SOLO HAY UN ASESINO.
PERO NADIE ES INOCENTE.

LA CABAÑA



NATASHA PRESTON

CROSS BOOKS

Índice

SINOPSIS

Un fin de semana de juerga en una cabaña remota es justamente lo que Mackenzie necesita. Quiere divertirse a tope con sus amigos, lejos de los padres y las obligaciones. Pero tras una noche loca dos de ellos mueren… asesinados.

Sin signos de que la puerta haya sido forzada y ningún rastro de forcejeo, las sospechas recaen sobre el grupo de amigos.

Entre ellos solo hay un asesino. Pero ninguno es inocente.

LA
CABAÑA

NATASHA PRESTON

Para Raquel. ¡Te quiero, chica!

Prólogo

Se creen invencibles.
Piensan que pueden hacer y decir lo que les venga en gana.
Creen que no hay consecuencias.
No me han dejado otra opción.
Ha llegado la hora de que paguen por sus pecados.

Capítulo uno

Viernes, 7 de agosto

—¿Tienes todo lo que necesitas, Mackenzie? —preguntó mi madre mientras yo metía la ropa en una bolsa.

—Supongo que sí. De todos modos, solo pasaremos dos noches fuera.

«Dos penosas noches teniendo que aguantar a Josh», me dije.

—Acuérdate de dejarme la dirección y el número de teléfono anotados en la nevera.

—No creo que en la cabaña haya teléfono, te dejaré solo la dirección. Pero por lo visto sí que hay cobertura. Te llamaré con el móvil cuando lleguemos.

Mi madre asintió, algo nerviosa, y me ofreció una débil sonrisa.

—Todo irá bien, mamá, tranquila.

—Vas a pasar el fin de semana con alguien que no me gusta nada.

—No, voy a pasar el fin de semana con Aaron, Courtney, Megan y Kyle. Es una lástima que tenga que venir también Josh.

Si hubiera podido decidir no invitarlo, lo habría hecho. Pero la cabaña era de sus padres, de modo que era imposible no hacerlo. Y tampoco hubiera sido razonable. Llevaba invitándonos a todos a pasar el fin de semana en la cabaña de su familia desde que habían acabado las clases. Gran Bretaña había caído por fin en la cuenta de que había llegado el verano, y el curso siguiente todos íbamos a emprender caminos distintos para ir a la universidad.

—Si necesitas que te recojamos antes...

Negué con la cabeza.

—Gracias, pero todo irá bien. No pienso permitir que me arruine un fin de semana con mis amigos. Bueno, tendría que ir tirando ya.

—Te dejaré en casa de Joshua.

—No, da igual, mamá. Puedo ir andando. —Cogí la bolsa y me la eché al hombro—. Nos vemos el domingo por la noche. Te quiero —dije, y le di un beso en la mejilla.

—Yo también, cariño. Llama si necesitas cualquier cosa.

—Lo haré —repliqué.

Josh vivía solo a dos minutos a pie de casa y llegaría enseguida. Cerré la puerta a mis espaldas y empecé a andar. Hacía muchísimo calor aquel día de principios de agosto, y me alegré de haberme puesto un pantalón corto y camiseta.

Cuando llegué a casa de Josh ya estaba todo el mundo fuera, metiendo las bolsas en el coche. Íbamos a pasar solo dos noches en la cabaña, pero daba la impresión de que tanto Courtney como Megan llevaban equipaje para toda una semana.

—¡Kenz! —gritó Courtney al verme.

Corrió hacia mí. Su cola de caballo pelirroja saltó arriba y abajo y sus ojos verdes bailaron de excitación. Era la única persona que se sentía realmente feliz con la excursión.

Respiré hondo, traté de olvidar todas las dudas que me inspiraba el fin de semana y sonreí.

—Hola, Court. ¿Ya está todo el mundo a punto?

—Casi. Josh vuelve enseguida —respondió con una sonrisa bobalicona—. Eso no me ha gustado —añadió, al ver la mueca que hice al oírla mencionar aquel nombre.

«Vaya, me ha pillado», pensé.

—Lo siento. No era mi intención. Está muy bien que nos haya invitado a la cabaña de sus padres.

Aceptó mi torpe disculpa con una sonrisa.

—Josh quiere que las cosas vuelvan a ser como antes.

¿Tendría una máquina del tiempo que le permitiera retroceder y no decir las cosas tan terribles que dijo sobre mis amigos? ¿Podría retractarse de lo que me había hecho? ¿De lo que aún me estaba haciendo?

Josh tal vez quisiera reparar el daño que había causado —si es que teníamos que creernos que era sincero—, pero no íbamos a perdonarlo tan fácilmente. Hay heridas que no se curan con facilidad, y yo no podía disculpar a alguien que no lamentaba lo que había hecho y que no había cambiado su conducta. Courtney ya lo había perdonado, evidentemente, pero no era consciente de lo crápula que era su novio.

Levanté una ceja.

—Mackenzie, por favor —dijo Courtney, suspirando y retirándose el flequillo de los ojos—. Josh lo está intentando, y significaría mucho para mí que

tú también lo intentaras. ¿Lo harás, por favor?

Refunfuñé y dejé caer los hombros con resignación.

—De acuerdo. Me portaré bien.

«Son solo dos noches. Puedes hacerlo», me dije.

—Todos nos portaremos bien —añadió Megan, que se acercó a donde estábamos nosotras—. ¿No es así, chicos?

Aaron y Kyle asintieron, accediendo de este modo a dejar sus diferencias de lado, al menos durante el fin de semana.

—¿Y dónde está Josh, por cierto? —pregunté.

—Recogiendo a su hermano —respondió Courtney, con cara de exasperación—. Blake quería volver a verlo, y Josh lo ha invitado esta mañana. Técnicamente, la cabaña también es de Blake, así que poco podemos hacer para impedir que venga.

—Oh —murmuré, sin saber muy bien qué pensar de que un desconocido se sumara a nosotros. No conocíamos a Blake y, si resultaba ser parecido a Josh, el fin de semana sería una pesadilla—. Así que el hermano remoto vuelve.

«Estupendo. La excursión pinta cada vez mejor», pensé.

Conocía a Blake de vista, había coincidido con él en un par de ocasiones, cuando sus padres se intercambiaban a los niños. Blake se había ido a vivir con su padre después del divorcio. Josh se había quedado con su madre. Los dos chicos no habían convivido mucho, lo cual probablemente era bueno para Blake.

Courtney volvió a apartarse el flequillo. Era imposible que se le mantuviera en su sitio y no lograba entender por qué no se lo recortaba un poco.

—No sé por qué dices que es un hermano remoto —dijo Courtney.

Rara vez se veían; yo diría que eso es una relación remota.

—¿Y por qué ha decidido aparecer ahora en la fiesta de su hermano? —preguntó.

—¿Porque se siente solo? —sugirió Kyle, poniendo cara triste.

Courtney se apoyó en el coche de Aaron.

—No, simplemente porque le apetece pasar más tiempo con su hermano. Es un deseo de ambos.

Si Blake resultaba ser como Josh, me vería obligada a volver a casa antes de tiempo. No me apetecía ni siquiera respirar el mismo aire que Josh, de modo que esperaba que Blake fuera también un idiota y así tendría la excusa perfecta para largarme sin herir los sentimientos de Courtney.

El aire caliente alborotaba mi melena castaña y me la pegaba a la cara. Me

la aparté de los ojos justo a tiempo para ver llegar un Mitsubishi Warrior de color negro metalizado —el único modelo de coche que reconocía sin mirar el logo porque era el tema favorito de conversación de Kyle—, que aparcó justo a mi lado.

«Allá vamos...»

Josh ocupaba el asiento del acompañante y su hermano conducía. Tenían los dos el mismo pelo castaño oscuro y los mismos ojos azules, pero, aparte de esos rasgos, por lo demás eran completamente distintos. Josh no había heredado la belleza. A Blake le había correspondido hasta la última gota de un atractivo de infarto y no había dejado ni pizca para su hermano menor. Blake era un afortunado en ese sentido.

Aparté la vista y me acerqué al coche de Aaron, deseosa de poner la máxima distancia posible entre Josh y yo. Con solo verle la cara me habían entrado ganas de arrearle un puñetazo, sobre todo después de cómo se había comportado conmigo en los últimos tiempos. Courtney era inteligente, pero en todo lo relacionado con él era una auténtica taruga.

Josh salió del coche.

—Hola, chicas. ¿Os acordáis de mi hermano Blake?

Megan hizo un gesto de negación.

—No, pero hola.

Blake rodeó su todoterreno y se apoyó con despreocupación en el capó, como si se aburriese.

—Hola —dijo, moviendo la cabeza para saludar.

Iba vestido con unas botas negras muy aparatosas, vaqueros oscuros y chaqueta negra, un atuendo que le daba un aspecto misterioso y, tal vez, algo peligroso. El cabello oscuro le salía disparado en todas direcciones; un peinado con el que pretendía dar a entender que todo le importaba una mierda, pero yo me imaginaba que en el fondo no era así. Dio un repaso al grupo con sus ojos azules, examinándonos de arriba abajo uno por uno.

Tenía una mirada intensa, como si lo viera *todo*. Y a mí no me apetecía que viera *nada* de mí.

—¡Vámonos ya! —dije mientras abría la puerta del coche para subir.

Cuanto antes llegáramos, antes podríamos volver. Pero cuando dije aquello mi tono me recordó al de mis padres en Nochebuena, cuando intentaban que me fuera a dormir porque el reloj se acercaba peligrosamente a la medianoche. El

lado bueno de la excursión, de todos modos, era que al menos podría disfrutar de dos noches sin adultos y con los amigos. Y eso sí que me apetecía, por supuesto.

—Mackenzie, oye —dijo Courtney—. Tú tendrías que venir en el coche conmigo.

Se me cayó el alma a los pies. Sabía lo que aquello significaba.

—¿Qué?

Courtney se acercó y se apoyó en el coche para poder hablar en privado conmigo.

—Ven en el coche conmigo, con Josh y con Blake.

—Mmm..., no —repliqué.

—Por favor. Mira, ya sé que estás enfadada con él, y entiendo tus motivos, pero ¿por qué no lo intentas? Creo de verdad que viajar en el mismo coche os ayudará a superar todo esto.

—De verdad que no, Court.

—Si te pasas todo el rato cabreada con Josh, el fin de semana será espantoso.

Fruncí el ceño. No era la única persona a la que no le gustaba Josh, ¿por qué, entonces, solo se me pedía a mí hacer aquel esfuerzo adicional?

—Su hermano es raro —le dije en voz baja, como si aquel comentario pudiera hacer cambiar de idea a Courtney.

—Blake es inofensivo.

Se me habían agotado las excusas. Con un suspiro de derrota, dije:

—De acuerdo. Pero si empieza a cabrearme con sus comentarios estúpidos de siempre, me cambio de coche.

Courtney levantó las manos para tranquilizarme.

—Vale, vale. Y gracias.

—¿Cogemos entonces el coche de Blake?

—Sí, deben de haber decidido ir en el de Blake. Y entiendo por qué.

Courtney entendía de coches. Reconocía de un vistazo todas las marcas y modelos. Yo ni siquiera era capaz de adivinar cuándo algo iba mal, a menos que el motor fallara.

—¿Conduce Blake?

—Es su coche, imagino que sí.

Courtney se encogió de hombros y lanzó tal mirada amorosa a Josh que me entraron ganas de zarandearla para que entrara en razón.

—Me pido ir delante —dije.

Pensé que, ya que teníamos que ir en el mismo coche, al menos debía intentar no sentarme a su lado. Era consciente de que me estaba comportando como una niña, pero me daba igual. Josh se había pasado de la raya y no estaba dispuesta a perdonarlo. De hecho, Josh se había pasado mil veces de la raya.

Me instalé en el asiento del acompañante antes de que a Josh le diera tiempo a decir o hacer cualquier cosa. Tendría que echarme a empujones si quería. Blake sonrió con cierta incomodidad y puso el coche en marcha. No rezumaba confianza, pero daba la impresión de que no le importaba en absoluto lo que pensara la gente.

—Voy también en vuestro coche —anunció Kyle.

Courtney entrecerró los ojos.

—Tú vas con Aaron y Megan.

—Hay espacio suficiente, ¿no?

—Kyle, cinco en un coche y dos en otro es una estupidez. A nadie le apetece ir apretujado en el asiento de atrás.

—Oh, por el amor de Dios, Kyle, métete de una vez en el puto coche de Aaron —le soltó Josh, abriéndose paso a empujones—. Eres patético.

Apreté los dientes. ¿Tan importante era realmente en qué coche fuese?

Blake y yo apenas nos conocíamos, de modo que nos sumimos rápidamente en un incómodo silencio mientras esperábamos a que Josh y Courtney subieran al coche. Me mordí la mejilla por dentro y crují los nudillos. «¡Dile alguna cosa!» De hecho, no habíamos hablado nunca. Aunque aquello no tardaría mucho en cambiar. Teníamos por delante un viaje de cuarenta y cinco minutos hasta un rincón remoto de la zona de los lagos.

—¿Por qué odias a Josh? —me preguntó.

Me sorprendió que fuera tan directo. Que Josh no era persona de mi agrado no era ningún secreto, pero no esperaba que su hermano fuera a preguntármelo de entrada y sin miramientos.

—Pues porque es un idiota.

Blake enarcó una ceja e hizo un mohín. Luego, asintió, una sola vez.

—Vale, entendido.

—No os veis mucho, ¿no?

—La verdad es que no. Nuestros padres no se aguantaban, hasta el punto de que ni siquiera fueron capaces de programar visitas para que estuviéramos juntos. Cuando finalmente superaron esa fase, nos intercambiaban durante un par

de días. Creo que podría contar con los dedos de una mano el número de veces que he visto a mi madre en estos últimos doce años.

Aquello me dolió. Me costaba imaginar lo que debía de haber pasado de pequeño. Debía de haber echado mucho de menos a su madre. A mí, al menos, me habría pasado eso: mi madre era la persona a la que acudía siempre que tenía un problema..., bueno, casi siempre.

—Eso es muy triste.

Blake levantó los hombros y los dejó caer.

—A veces las cosas funcionan así.

—Sí, pero... —Meneé la cabeza. No podía imaginarme no ver a mi madre a diario, por mucho que me hiciera enfadar de vez en cuando. Si su madre nunca había hecho el más mínimo esfuerzo, Blake debía de haberse sentido abandonado por ella. Y a lo mejor por eso Josh sentía lo mismo hacia su padre. Vaya, Josh y sentimientos profundos. Se me hacía raro juntar esos dos conceptos. En su carácter únicamente había visto rasgos superficiales y egoístas.

Josh y Courtney subieron al coche y cerré la boca. La atmósfera se volvió tensa, como sucedía siempre en presencia de Josh. Él sabía perfectamente que me gustaría que no saliese con Courtney, después de las cosas tan horribles que había dicho sobre nuestras amigas Tilly y Gigi. A Josh le encantaba que Courtney no lo hubiera dejado pese a tratar a sus amistades como basura. Era un cabrón.

—No me importa en absoluto que te sientes delante con *mi* hermano, Mackenzie —dijo Josh con sarcasmo cuando tomó asiento detrás.

Cerré los puños con fuerza. «No permitas que te altere.»

—Es mi coche, hermanito, y prefiero estar sentado cerca de una cara bonita que de tu feo culo —replicó Blake.

Sonreí para mis adentros, saqué la bolsa de piruletas que llevaba y le ofrecí una a Blake. Quizá debería haberme molestado su referencia a la «cara bonita», pero lo de llamar feo a Josh superaba con creces las molestias. Blake eligió una piruleta de naranja —mis favoritas— y me guiñó el ojo.

—¿No las compartes, Mackenzie? —preguntó Josh.

Respiré hondo, resistiéndome al impulso de clavarle en el ojo el palito de plástico.

—Por supuesto que sí —respondí, y le pasé la bolsa.

Josh cogió dos, seguramente para fastidiarme, y justo por eso no hice ningún comentario.

—Muy bien, pido por favor a todo el mundo que no haya malos rollos —dijo Courtney, casi gimoteando—. Estamos ante un fin de semana sin padres que va a ser épico, así que os pido a todos que os llevéis bien.

—Ya sabes que yo no tengo ningún problema con nadie, pequeña —dijo Josh.

—Lo que tú digas —murmuré yo, apretando los dientes.

Observé a Blake mientras conducía. De vez en cuando me miraba de reojo y me sorprendía mirándolo, pero no nos decíamos nada. No sabía por qué, pero me apetecía conocerlo. Después de aquel fin de semana volvería a su casa y lo más probable era que no volviera a verlo nunca más.

Pero Blake era un tipo guapo y me sentía atraída hacia él.

Llegamos a la cabaña sin que hubiera derramamiento de sangre y me sentí satisfecha del autocontrol del que había hecho gala hasta el momento. Courtney había mantenido a Josh a raya coqueteando con él y haciéndole escuchar música. Me moría de ganas de que lo calara de una vez por todas. Y cuando lo hiciera, me aseguraría de tener un asiento en primera fila para ver cómo por fin le asestaba una buena patada en el culo.

—¿Es esto? —pregunté. A través de la ventanilla vi una cabaña enorme de dos pisos que podía fácilmente albergar diez personas.

Blake apagó el motor e hizo una mueca.

—¿Qué esperabas? ¿El Ritz?

—¡Es increíble! No me la imaginaba tan grande.

—Hace tres años habría hecho alguna bromita sexual sobre eso que acabas de decir —replicó Blake.

—Ya somos todos mayorcitos, ¿no?

Pero justo entonces caí en que Josh iba por el mundo intentando hacerse el hombre y me di cuenta de lo cutres que podían llegar a ser esos comentarios.

Sonreí y salí del coche. Me gustaba Blake y aquel rostro tan atractivo que tenía. A lo mejor, al final resultaba que el fin de semana no iba a ser tan penoso como me había imaginado. Kyle y Aaron sacaron las bolsas del maletero y las dejaron en el suelo, a medio camino de la cabaña. Kyle cogió entonces su teléfono móvil y empezó a grabar, como hacía siempre. Quería trabajar en la industria del cine y estaba segura de que se desenvolvería magníficamente bien en ese campo.

—Sonríe, Kenz —dijo dirigiendo el teléfono hacia mí.

Saqué la lengua y Aaron hizo un gesto obsceno.

—Precioso, Aaron —dijo Kyle con ironía.

Megan se quedó mirando la enorme casa. La vegetación crecida y los cristales sucios dejaban patente que hacía tiempo que no pasaba nadie por allí. Josh y Courtney habían estado allí el fin de semana anterior para prepararlo todo, pero era evidente que solo habían limpiado por dentro.

La cabaña se asentaba en un claro y estaba rodeada de bosque por tres de sus lados. Delante de la propiedad había un precioso lago. El escenario era bellísimo. No entendía por qué la familia de Josh no la utilizaba más a menudo.

—¿Te alegras de volver aquí? —le pregunté a Blake mientras caminábamos hacia la puerta a paso de tortuga. Él avanzaba arrastrando los pies, como si en realidad no le apeteciera estar allí.

Blake se encogió de hombros con indiferencia y dijo, refunfuñando:

—Si estoy aquí es solo por la bebida.

«Pues claro.»

Josh abrió la puerta y se volvió hacia nosotros. Kyle hizo un gesto de exasperación, imaginando lo que iba a decir, e intenté no reírme. Aunque ya teníamos dieciocho años, y Blake alguno más, iba a darnos normas de comportamiento.

—Courtney y yo estuvimos trabajando para tener la cabaña lista para todos, de modo que nos gustaría que respetarais el entorno y que no lo dejarais todo como un vertedero.

Me mordí la lengua. Qué pomposo llegaba a ser. Ninguno de nosotros iba a destrozar la cabaña, y Josh lo sabía de sobra. Courtney se había situado a su lado, como la señora de la mansión, y se había convertido también en el foco de atención de todo el mundo. Quería mucho a esa chica, pero también pensaba que le vendría bien que alguien la hiciera entrar en razón.

Josh abrió la puerta y entró en la cabaña por delante de Courtney. ¡Miradme bien el culo, señores! Y a Court ni le importó: lo siguió como un perrito faldero.

—Voy a buscar las bolsas que faltan —dijo Aaron.

Entré y me quedé boquiabierta. Impresionante.

La cabaña era preciosa, aunque un poco anticuada. La vista del lago desde la ventana del salón era para morirse. El sol se reflejaba en la superficie del agua y la hacía brillar. La chimenea era tan enorme que incluso hubiese podido meterme dentro.

Kyle entró detrás de mí, grabando con el móvil.

—Voy a explorar. ¿Me acompaña alguien? —preguntó Megan.

Empezó a dar saltos como una niña, pero su pelo corto y engominado no se movió ni una pizca. Ya había dejado su bolsa a los pies de la escalera y seguramente ni siquiera la movería de allí.

Le pasé una caja de cervezas a Courtney, que estaba organizando la comida y la bebida en la cocina.

—No me apetece perderme en el bosque, gracias —le dije.

Aaron dejó en el suelo un montón de bolsas.

—Ya voy yo contigo —dijo.

Salió de la casa antes de que a cualquiera de los demás le diera tiempo a detenerlo para obligarlo a ayudar. Se marcharon hacia el bosque. El sol del mediodía iluminaba el pelo rubio platino de Aaron, que brillaba. Estaban felices por largarse un rato, y yo intentaría estarlo también.

—¿Ir a dar un paseo? —dijo Kyle, negando con la cabeza mientras bajaba el teléfono. Con la otra mano sujetaba un pack de cervezas—. Están locos. Oye, Blake, ¿dónde dejo las cervezas, tío?

—En el horno si te parece —respondió secamente.

Intenté no sonreír, pero fracasé. No entendía muy bien qué hacía Blake allí. Daba la impresión de que su relación con Josh no era muy buena y tampoco parecía esforzarse por mejorarla.

Kyle esbozó una sonrisa tensa y noté que se estaba mordiendo la lengua para no replicar. Entrecerró los ojos, dio media vuelta y se alejó, moviendo la cabeza con preocupación. Kyle era un tipo sensible y no llevaba nada bien que alguien hiciera bromas a su costa.

Blake y yo nos quedamos en el salón. Solos de nuevo. No sabía qué decir. De hecho, me preguntaba si debería decir algo. El silencio era incómodo, pero a Blake parecía no importarle en absoluto. Era como si no le afectara nada. Era frío, tranquilo, casi un robot. Pero yo no era tan ingenua como para pensar que pudiera ser así de verdad.

—¿Y venías mucho por aquí de pequeño? —pregunté, para romper el silencio.

Me miró por encima del hombro esbozando una media sonrisa.

—¿Me preguntas si vengo mucho por aquí?

—No, te preguntaba si *venías* mucho por aquí.

La diferencia era sustancial.

Blake se volvió, de tal modo que su cuerpo quedó completamente de cara a mí. No sé si lo hizo para intimidarme, pero lo consiguió. Tenía un aire arrogante,

pero no resultaba repelente como Josh.

—Veníamos mucho antes de que nuestros padres se separaran. Después del divorcio esto se quedó vacío, hasta ahora.

No sabía qué decir.

—Lo siento.

—¿Por qué? La gente se divorcia constantemente.

Y se fue antes de que me diera tiempo a decir nada más. Aquel chico escondía mucho más de lo que dejaba entrever.

—¿Cerveza, Kenz? —preguntó Kyle, que apareció por detrás.

Me volví con mala cara.

—Sabes que son las once de la mañana, ¿no?

—Sí —dijo él, ladeando la cabeza a la espera de que me explicara mejor.

Sonreí y acepté una cerveza.

—Bah, da igual.

Kyle y yo nos sentamos en el sofá mientras Josh y Courtney ordenaban las cosas en la cocina.

—¿Crees que deberíamos ir a ayudarlos? —pregunté.

—Yo me he ofrecido. Pero ya sabes cómo es Josh.

Un obseso del control. Nunca lo haríamos como a él le gustaba. ¿Cuántas formas distintas había de guardar la comida en un armario? Pero estábamos en casa de Josh y él estaba dejándonos muy claro que éramos simplemente sus invitados.

—Creo que voy a necesitar mucho alcohol para sobrevivir a este fin de semana —dije.

Les había prometido a mis padres que no bebería, claro está, pero estábamos sin padres y decididos a aprovechar la oportunidad al máximo. Ellos pensaban que nadaríamos en el lago, que haríamos una barbacoa y que asaríamos malvaviscos en una hoguera. Haríamos todo eso también, así que no era del todo mentira, pero íbamos a beber.

Kyle asintió y levantó la botella.

—¡Pues que corra!

Hice chocar la parte superior de mi botella contra la de él y bebí un trago.

Kyle y yo acabábamos de terminar nuestras cervezas cuando el resto del grupo reapareció.

—Esto va a ser divertido —dijo Aaron, sonriendo al ver las botellas de alcohol en la mesita.

—Kyle y yo hemos pensado que deberíamos tenerlas cerca. ¡Salud! —dije levantando la botella.

—Si vamos de este palo, hagámoslo bien. Quiero coger un buen pedo —replicó Aaron cogiendo la botella de vodka.

—Aquí tiene que apuntarse todo el mundo, nada de echarse atrás. ¡Josh, brinda con nosotros, tío!

Sonreí con ganas. Yo no era una gran bebedora, sobre todo desde la última vez, con el accidente, pero me apetecía disfrutar de una noche tonta e inmadura.

—Veamos, chicos, no quiero a nadie vomitando por mi casa —dijo Josh, con su fastidioso tono estirado de soy-mejor-quetodos-vosotros-juntos.

De pronto me entró una necesidad, infantil y repentina, de beber hasta tener que echar la primera papilla.

Si él quería una cosa, yo quería hacer la contraria. Aunque sabía que era peligroso. Sabía que no podía —y no era tan tonta como para hacerlo—, pero me moría de ganas.

—Relájate, colega, vamos. Todos queremos que sea un buen fin de semana —replicó Kyle.

Josh le lanzó una mirada furiosa y se puso tenso. No le gustaba que nadie lo desafiara.

—Estoy relajado —gruñó entre dientes.

Aaron le acercó a Josh un vaso de chupito que acababa de servirse, en un gesto algo provocador, y se lo pulió de un trago. Sonreí y lo imité. Y al instante me arrepentí de haberlo hecho, porque vi que Josh arqueaba una ceja y adiviné lo que estaba pensando. Y supe también que no dudaría en abrir su bocaza. Pero, antes de que le diera tiempo a decir nada, Aaron tomó la palabra.

—Un brindis —dijo, levantando una botella esta vez—. Por un fin de semana brutal.

Levantamos lo que fuera que tuviéramos en la mano.

—¡Por un fin de semana brutal!

CAPÍTULO DOS

Después de una hora bebiendo, aflojé un poco para no caer redonda antes de que anocheciera. Josh y Courtney, la pareja del grupo, se habían retirado a la habitación de matrimonio, la única doble, en busca de un poco de privacidad, lo que significaba que Josh tenía ganas de sexo.

Megan y Aaron estaban en la cocina. Ella se reía de alguna cosa que él había dicho. Kyle había desaparecido en el baño poco después de que Josh y Courtney subieran a la planta de arriba, y de eso hacía ya una eternidad. Me juré a mí misma no entrar para nada en aquel baño.

Blake estiró las piernas para colocar los pies en la mesita de centro, sin quitarse las botas.

No encajaba en el grupo. Había bebido con nosotros y se había sumado a la conversación en los momentos necesarios, pero con escasa contribución. La tensión entre Josh y él iba más allá del desagrado que Josh provocaba entre nosotros. Cuando uno decía algo que al otro no le gustaba, se miraban de arriba abajo. La situación era incómoda y en algunos momentos me hubiese apetecido largarme de allí.

Era evidente que no se llevaban bien. Entonces, ¿por qué demonios se habría invitado Blake?

—¿A qué te dedicas? —le pregunté, para tratar de averiguar algún detalle más sobre él, aparte de su bebida alcohólica preferida.

—Trabajo por ahí —dijo casi refunfuñando.

Aquello era como querer pedirle peras al olmo.

—No eres muy hablador, ¿no?

Dirigió los ojos hacia mí, pero sin mover la cabeza.

—¿Para qué sirve hablar?

—Para conocer a la gente, para hacer amistades, para no vivir como un ermitaño...

Le regalé una sonrisa encantadora, un gesto que ablandó un poco sus facciones.

—¿Crees que soy un ermitaño?

—¿Lo eres?

—No —respondió—. No paso mucho tiempo solo.

El brillo de su mirada fue revelador. Arrugué la nariz, un poco asqueada.

—¿Una chica distinta cada noche?

—No *cada* noche.

Aquello no tenía sentido. A menos que la timidez que había mostrado fuera una farsa. Pero ¿por qué hacerse el tímido con las mujeres? Evidentemente, se sentía orgulloso de poder acostarse con prácticamente quien le viniera en gana.

Se me formó un nudo en el estómago solo de imaginármelo enrollándose con cantidades industriales de chicas, lo cual era ridículo. No teníamos ninguna relación. Apenas lo conocía. Hice una mueca.

—¿Por qué? ¿Sufriste un desengaño amoroso o es que todavía no eres adulto?

Me miró frunciendo el ceño.

—¿Qué?

—Me gustaría saber por qué utilizas a las mujeres.

—¿Y no podría ser porque me gusta el sexo pero no quiero una relación seria?

—Normalmente no es por eso. —De repente me vino una idea a la cabeza—. Pero no te preocupes. Ya lo entiendo.

Suspiró y me preguntó:

—¿Qué es lo que ya entiendes?

—El porqué.

Se rascó la cabeza con exasperación y murmuró:

—Mujeres... ¿Qué es lo que crees entender, Mackenzie?

—Que no quieres una relación seria por lo que viviste con el divorcio poco amistoso de tus padres. Que te daría miedo que la historia se repitiese contigo.

Permaneció inmóvil un minuto, serio, y comprendí que había dado en el clavo. Mackenzie, uno; Blake, cero.

El silencio se prolongó y empecé a jugar con mis dedos, nerviosa. Blake entrecerró los ojos.

—No sabes de qué hablas. Aún no he conocido a ninguna que merezca la pena lo bastante como para salir exclusivamente con ella, eso es todo.

—Lo que tú digas.

Su mirada se volvió más fría.

«Mierda», pensé. El sentimiento de culpa empezó a agobiarme.

—Lo siento, Blake. No era mi intención ofenderte.

—No me siento ofendido.

Pero su voz, grave y ronca, transmitía lo contrario.

Me clavó la mirada y se me aceleró el corazón. El ambiente se solidificó hasta hacerse insoportable. Hacía un momento me había dado la impresión de que a Blake le hubiese importado un comino que me largara de su lado, pero luego parecía como si quisiera conocer toda la historia de mi vida.

Me tenía completamente confusa. Además, era muy *sexy*, tanto que cualquier otro chico que me hubiera gustado antes quedaba como una gárgola a su lado. Pero no lograba entenderlo, y eso no me gustaba en absoluto. Había gente en mi vida a la que quería mucho, otra que me traía sin cuidado, pero en todos los casos al menos sabía de qué iban.

—¿Te apetece salir un poco de aquí? —le pregunté.

—¿Lo dices en serio? No me da la impresión de que seas de las que hacen ese tipo de ofertas —replicó.

La chispa de sus ojos cristalinos, de sus ojos azules, había vuelto.

—No seas tan mal pensado, colega. Sabes perfectamente que no me refiero a eso.

Pensé que diría que no, pero clavó las manos en el sofá y se impulsó para levantarse. Viendo que yo no me movía, sonrió con suficiencia.

—¿No querías ir a algún sitio? ¿O era una pregunta trampa, Mackenzie? —preguntó, moviendo las cejas de forma sugerente.

—¡No, no lo era! —repliqué, y me levanté rápidamente. El corazón se me aceleró, tanto por el enfado como por la impaciencia—. No esperaba que te lo tomases en el mal sentido.

Sus ojos se volvieron más oscuros mientras pensaba su respuesta.

—Hay muchas cosas de mí que seguramente no te esperarías.

Me estremecí por las deliciosas perspectivas que insinuaba su tono de voz. Sí, no lo dudaba. Y ahí residía en parte su atractivo.

Blake se volvió sin decir palabra y se encaminó hacia la puerta. Salimos de la cabaña y lo seguí por el camino, aun sin tener muy claro si era una decisión muy inteligente. Mi madre llevaba toda la vida insistiéndome en que no debía fiarme nunca de los desconocidos.

Aquel bosque era inmenso y estábamos a muchos kilómetros de la ciudad, la cabaña más próxima estaba a más de veinte minutos andando y, pese a todo

eso, acababa de decidir ir a dar un paseo por el bosque con un desconocido.

Se dirigió hacia el bosque que había junto al río. Si nos adentrábamos mucho, nadie podría oírme gritar. Y allí era muy fácil hacer desaparecer un cadáver.

Tragué saliva para tranquilizarme.

«Eres ridícula. Tendrás que dejar de ver películas de terror.»

—Y bien, ¿dónde tienes la tara? ¿O eres tan perfecta como pareces? —preguntó mirándome por el rabillo del ojo.

—No sé muy bien cómo tomarme eso —dije, y él se encogió de hombros.

Estaba segura de que lo de «perfecta» lo había dicho con ironía. Estoy lejos de ser perfecta. He cometido errores y he hecho cosas que daría lo que fuera por tener la oportunidad de cambiarlas.

—No tengo ninguna tara. Soy aburridamente normal.

—¿No escondes ningún secreto oscuro?

Tropecé y perdí momentáneamente el equilibrio. Se me cerró la garganta hasta el punto de llegar casi a ahogarme. ¿Se lo habría contado Josh? No, era imposible. No tenía motivos para hacerlo. Contárselo a Blake no cuadraba con él.

—No, ningún secreto.

—Mentirosa —murmuró.

Me quedé plantada. Debió de dar más de diez pasos sin enterarse de que no me llevaba a su lado. Volvió entonces la cabeza para buscarme y sonrió con superioridad.

—Venga, Mackenzie, todo el mundo tiene secretos —dije.

—Pero no secretos oscuros.

«Aunque yo sí los tengo. ¿Qué es lo que sabe?»

Se aproximó y me inmovilizó con la mirada. Enderecé la espalda. Oí el crujido de las ramitas bajo sus botas hasta que se detuvo, a escasos centímetros de distancia de mí. Intenté ignorar el latido acelerado que me provocaba tenerlo tan cerca. Su cuerpo musculoso y sus ojos libidinosos despertaron en mí el deseo de acostarme con él.

Me mordí la mejilla por dentro. Estaba demasiado cerca y a la vez demasiado lejos.

Malditas hormonas.

—Los secretos que uno se esconde a sí mismo son siempre los más peligrosos —murmuró en voz baja, como si estuviera hablando solo.

—Yo no escondo nada a nadie.

—Eres demasiado franca.

Dejé pasar un momento para asimilar lo que acababa de decir. O para intentarlo, al menos. Pensé que no tenía ni pies ni cabeza.

—¿Qué?

—Que eres como un libro abierto, Mackenzie. Te fastidia que Courtney prefiera ponerse del lado de Josh que del tuyo, ¿verdad?

Asentí.

—¿Por qué? ¿Por qué no pasas de ella? Deja de tratar de arreglar vuestra amistad y de intentar que todo sea perfecto. La gente te decepcionará y se aprovechará de ello. Tienes que aprender a saber cuándo hay que abandonar. Lo veo en tus ojos. Luchas por mantener unida a la gente que te rodea. Debe de ser agotador. ¿Cuándo te liberarás de todo ese estrés? Te vas a volver loca antes de cumplir los treinta.

Enderecé la espalda de nuevo. ¿Cómo podía llegar a tener tanta razón si solo hacía un par de horas que me conocía? O yo era súper transparente, o él era un as interpretando a las personas. Pero de ninguna manera podía permitir que aquel tío supiera que había acertado. Seguí inmóvil y me crucé de brazos.

—No sabes *nada* sobre mí.

Había dado muy cerca del centro de la diana, y no me gustaba. Había cosas de mi pasado que no me gustaban: un error grandioso del que me retractaría si pudiera. Intentaba compensar aquella decisión horrorosa siendo todo lo que se esperaba de mí, todo lo que yo ahora esperaba de mí.

Y era agotador.

Lo más fastidioso del tema era que Blake, un chico al que hacía dos segundos que conocía, se había dado cuenta de eso, mucho antes que mis amigos y mi familia. De acuerdo, sí, él no sabía *qué* había pasado, pero sabía que yo escondía alguna cosa. De estar en mis manos, jamás se enteraría de qué era.

—Desconozco los detalles concretos, pero es como si llevaras tatuado en todo el cuerpo el emblema de la adolescente frustrada.

—¿Y tú qué llevas tatuado? —dije, y pensé que lo que le quedaría mejor sería una frase del estilo «Cabrón arrogante».

—El sol naciente japonés.

—¿Ah, sí?

Se subió la manga de la camiseta para mostrarme un tatuaje de un sol al amanecer. Así que estaba hablando en sentido literal, vaya.

—¿Y qué significa?

—Ni idea. Me gustaba, simplemente.

Entendido.

—Mola —dije.

Rio y siguió adentrándose en el bosque. Los árboles tenían una tonalidad de color verde intenso y las hojas se agitaban levemente a merced de la brisa. En la sombra, el ambiente era más fresco y, puesto que Inglaterra estaba sufriendo una ola de calor, lo agradecí.

—¿Hace mucho tiempo que conoces a los demás? —preguntó, mientras yo aceleraba el paso para volver a ponerme a su altura.

—Sí.

—Tengo la sensación de que a Kyle y a Aaron no les ha gustado mucho que os haya chafado el fin de semana. Y tampoco a Megan, creo.

Me encogí de hombros.

—Son buena gente. Lo que pasa es que nos gustaba más la dinámica que teníamos antes de que Josh y Courtney empezaran a salir, simplemente.

Son bastante protectores, sobre todo Aaron. Ese tío haría cualquier cosa por sus amigos. Permitiría que le disparasen a él antes que a cualquiera de nosotros. No quiero decir con esto que yo no lo haría también. Una vez, un tipo me tocó el culo cuando me negué a bailar con él y Aaron lo tumbó de un puñetazo.

—A mí eso me suena más a psicosis que a instinto protector, pero llámalo como quieras.

—Es lo que hago —repliqué entrecerrando los ojos.

Que Blake se hiciese sus propias teorías sobre mí me parecía correcto. Pero lo que no me gustaba era que hablase mal de mis amigos.

—Y dime. En un grupo tan íntimo como el vuestro...

Sabía adónde quería ir a parar.

—Yo no. Josh y Courtney, como ya sabes. Aaron y Tilly tuvieron una relación intermitente.

—¿Y tú nunca? ¿Ni una sola vez?

—No. Las chicas y los chicos pueden ser solo amigos, no sé si lo sabías.

—Claro, pero me parece extraño. He estado en grupos de amigos y siempre ha habido líos de sexo, sobre todo con alcohol de por medio. O como mínimo se han metido mano.

«Oh, ¡qué encantador!»

—Pues lo siento mucho, pero por aquí no ha habido guarrerías.

«O, al menos, no de este tipo.»

—Caray, Kenzie, tu grupillo es de lo más ejemplar. ¿Y esta noche qué? ¿Tenéis planeado algún juego de mesa?

—¡No, por supuesto que no! Siento que te parezcamos tan aburridos, Señor Emociones. ¿Y tú? ¿Qué haces para divertirte?

Se dio la vuelta rápidamente. Me lanzó una mirada hambrienta, con los ojos muy abiertos. Me sujetó por las muñecas y me empujó contra un árbol, atrapándome con todo su cuerpo. Me quedé pasmada. Mi cuerpo deseaba amoldarse al de él. Deseaba sentir su piel pegada a la mía, su lengua en mi boca, su aliento en mi cuello.

«Controla. La. Situación. Mackenzie.»

¿Qué me pasaba? Jamás en la vida había sentido una química como aquella con tanta rapidez. De hecho, jamás había sentido una química como aquella con nadie. La culpa de todo la tenía él. El escandaloso atractivo de Blake y su aire misterioso habían provocado un cortocircuito en mi cerebro, y tenía que esforzarme para poder concentrarme. Sentía que mis piernas eran de gelatina y, de no haberme estado sujetando él, me habría caído ya al suelo.

Me obligué a serenarme, tragué saliva a pesar de tener la garganta seca como el Sahara, y musité:

—¿Quieres decir con esto que el sexo es tu única diversión?

Su cuerpo presionó el mío con más fuerza y me vi obligada a contener un gemido. Notaba la musculatura dura de su torso. «Para. Ya.»

—No. El sexo es la mayor parte de mi diversión.

Me traspasó con una mirada encendida, buscando mis secretos escondidos. Siguió presionado contra mí, con la mandíbula tensa, como si le estuviese costando contenerse.

«No tengo que hacer esto. Ni ahora ni nunca.» Yo nunca había sido de esas personas que desean a un chico al instante. Tenía que ir construyendo la relación, conociéndolo antes, pero con Blake me apetecía romper todas mis reglas. Unas reglas que me había esforzado por mantener.

De pronto se apartó de mí. Me flojeaban las rodillas.

Me agarré al árbol porque apenas podía mantenerme en pie.

—¿Qué? —dije, y sacudí la cabeza para despejar la neblina de confusión y deseo que se había apoderado de mí.

—¿Qué probabilidades hay de que luego te largues corriendo asustada?

—Muchas —respondí.

Hacer el amor en medio del bosque con el hermano de Josh, al que además acababa de conocer, era muy mala idea. Pero, pese a todo, me veía incapaz de controlar tanto el ritmo de mi pulso como mi cuerpo, que empezaba a estar sobrecalentado.

—Me lo imaginaba. Vamos. Te enseñaré el lugar donde arrojé a Josh al río y se rompió el brazo.

¿Qué? ¿Que este tío pasaba de estar encima de mí a jugar a hacerse el guía turístico?

Respiré hondo para serenarme y dejar de comportarme como una idiota.

—¿Le rompiste el brazo? —pregunté, mientras corría otra vez para ponerme a su altura.

—Fue sin querer. —Sonrió con suficiencia—. No soy ningún sociópata.

CAPÍTULO TRES

Dos horas más tarde, Blake y yo estábamos de nuevo en la cabaña, inmersos en juegos de bebida con mis amigos. Tardé poco en ponerme otra vez achispada y luego pasé a estar completamente borracha. Aún recordaba mi nombre y el del primer ministro, pero era evidente que ya había tomado una copa de más.

Eché la cabeza hacia atrás y reí como una histérica hasta que mis abdominales empezaron a protestar. Cuando estás borracho, todo lo que apenas tiene gracia cuando estás sobrio se exagera, y cuando Kyle se cayó fue desternillante. Ni siquiera cayó al suelo, fue más bien un tropezón, pero como estaba borracha daba igual. Se incorporó y miró a su alrededor, como si confiara en que no nos hubiéramos dado cuenta de nada.

No podía parar de reírme.

—Vete a la mierda —soltó, y miró a Courtney con mala cara al ver que ella también rompía a reír.

—Qué susceptible —murmuró ella recostándose contra el pecho de Josh cuando él la rodeó con el brazo.

Kyle se cruzó de brazos.

—¿Susceptible? ¿Lo dices en serio, Court?

De haber sido Courtney la que hubiera tropezado, no le habría parecido tan gracioso.

—Cierra el pico, tío —ladró Josh.

¿Acaso ya no podíamos pasar ni una hora sin discutir? Antes de Josh, rara vez nos peleábamos. Refunfuñé y me llevé las manos al estómago. Lo tenía lleno de enchiladas y supongo que por eso había sido capaz de aguantar todo el alcohol que me había metido en el cuerpo.

Blake puso los pies en la mesita y estiró el brazo sobre el respaldo del sofá, por detrás de mí. Aaron nos miró con recelo. Me negué a mirarlo a los ojos y me crucé de brazos. No me apetecía ser el centro de atención.

Mi paseo con Blake había provocado más de una cara de sorpresa. Era evidente que mis amigos —con la excepción de Court, y excluyendo a Josh— no lo veían con buenos ojos, aunque probablemente fuera por su parentesco con Josh, puesto que ni siquiera habían tenido tiempo de hablar con él. Si estaban dándole una segunda —o una décima— oportunidad a Josh, bien podían darle a Blake una primera. Pero Aaron era terco y protector y sabía que sería, con diferencia, el más difícil de convencer.

—Mañana tendremos una resaca de las que hacen historia —dijo Megan, gimoteando.

No estaba tan bebida como aparentaba, pero siempre era así. Había perfeccionado su discurso para que la gente se fijara en ella, y caminaba a trompicones. No le gustaba estar borracha ni perder el control, pero tampoco ser la rara y la distinta, así que había optado por fingir. Todo el mundo sabía que fingía. Creo que ella sabía también que los demás lo sabíamos, pero le seguíamos la corriente y nos reíamos viéndola hacerse la tonta y la borracha, tambaleándose. Era todo un poco ridículo.

—¡Más chupitos! —anunció Aaron señalando los vasos vacíos que había sobre la mesa.

Ya había perdido la cuenta de cuántos llevábamos. Pero por mucho que hubiéramos bebido, íbamos bastante lentos en comparación con *aquella* noche.

Blake estaba sorprendentemente sobrio para la cantidad que había bebido. Pensé que para tolerar el alcohol de aquella manera tenía que estar bastante acostumbrado a beber. Cuando se levantó para ir a buscar más cerveza caminaba en línea recta.

La bebida no paraba de circular y empecé a encontrarme mal. Me daba vueltas el estómago y cada vez que bebía un trago tenía la sensación de que se me cerraba dolorosamente la garganta. Megan había traído un licor italiano y nos hizo terminar la botella porque, según dijo, «si vuelvo a casa con esa mierda, mi madre me echa». Y era comprensible. Sabía a limón y te quemaba por dentro. Sabía a limpiador de baño. Nos pulimos también la botella de ron con especias de Aaron.

Gimoteé y estiré el cuello para destensarme. Notaba el cuerpo débil y pesado a la vez. Empezaba a llegar a esa fase de adormilarse cuando se ha bebido demasiado. Todo flotaba y giraba a mi alrededor.

—¿Alguien más se siente raro? —pregunté.

«Si esta noche no vomito, será una suerte», pensé.

Megan rio.

—¿Te refieres a si alguien está borracho? Más o menos. Supongo que sí —respondió.

Me llevé las manos a la cara. Estaba ardiendo. «No vomites, por lo que más quieras.» El sabor del vómito y el hecho en sí de vomitar eran espantosos.

—Tienes la cara verde, Mackenzie —dijo Blake, retirándome la melena para colocármela por encima del hombro.

De no haberme sentido tan mal, me habría encantado notar su mano rozándome el cuello.

La cabeza me daba vueltas.

—¡Mierda!

Me levanté de un brinco, me tapé la boca con la mano y corrí al baño. Por suerte, llegué antes de echar la mitad del alcohol que había consumido. Acabé de vomitar con las manos apoyadas en la pared.

Refunfuñé, me incorporé muy despacio, tiré de la cadena y me lavé los dientes. Volví tambaleándome al salón, no más sobria que antes pero sí mejor, puesto que ya no tenía el estómago tan revuelto.

—¿Estás bien? —me preguntó Courtney cuando reaparecí.

Josh hizo un comentario burlón:

—¿Acaso lo parece?

No tenía energía para replicarle con sarcasmo, de modo que me limité a levantar el dedo corazón y volví a sentarme.

Blake me dedicó una sonrisa sincera que me derritió.

—¿Estás bien?

—Creo que voy a descansar los ojos un momento.

«Mantente quieta y no muevas ni un músculo», me dije. Si conseguía quedarme quieta como una estatua, las náuseas desaparecían. Cerré los ojos y noté que me vencía el sueño.

—Me subo a la cama —anunció Megan—. Estoy cansada y mañana tendré una resaca de mil demonios.

Asentí con la cabeza descansando en el sofá con los ojos todavía cerrados. Me regañé mentalmente. «No te muevas, Mackenzie.»

—Megan, esta noche toca aquí abajo —le recordó Josh.

Courtney había tenido la idea de dormir todos abajo, como si fuera una fiesta de pijamas. Aunque yo no alcanzaba a comprender qué importancia tenía dónde durmiéramos si todos estábamos borrachos. Josh la apoyó, claro está. No

porque fuera su novia, sino porque así parecía que él era un buen novio. Por él, como si Megan se quedaba durmiendo fuera.

—Calla, Josh —dijo Megan arrastrando las palabras.

—Venga, Megan, antes has estado de acuerdo —dijo Courtney en tono lastimero.

Josh posó la mano en el muslo de Court y se inclinó hacia Megan.

—No estás en tu casa, te lo digo por si ya no te acordabas.

Aaron resopló.

—¿Cómo quieres que no se acuerde? ¡Si nos lo recuerdas cada cinco minutos!

—¡Eres mi invitado, Aaron, así que harás lo que yo diga y cuando yo lo diga!

—¡Joder, Josh! ¿Qué huevos importa dónde duerme cada uno? —le espetó Blake.

«Gracias», pensé. Al menos alguien era razonable.

—Duerme arriba si quieres, Megan —dijo Blake.

Abrí los ojos a tiempo de ver cómo Megan le sacaba la lengua a Josh antes de subir escalera arriba. Blake guardó silencio, pero observó la escena con una sonrisa de superioridad.

«Te gusta Blake.» Sí, me gustaba, y mucho más de lo que me convenía.

—Pero ¿qué te pasa? —le preguntó Aaron a Josh. Estaba sentado en el suelo y apoyó la espalda en el sofá—. Desde que Tilly y Gigi murieron, te comportas como un gilipollas.

«Y mucho antes también.»

Me acurruqué. No me apetecía hablar con Josh de mis amigas muertas. Cuando pensaba en las cosas que él había dicho y que hacía, me ponía violenta y rabiosa. Puedes alegrarte de no haber muerto, pero lo que es inaceptable es que te alegres de que mueran los demás. Apreté los dientes.

—¿Y a ti qué te pasa? —dijo Josh con desdén—. Bien que dejaste plantada a Tilly justo antes, ¿o es que no te acuerdas?

Los ojos de Aaron se oscurecieron.

—¿Sabes qué, Josh? ¡Púdrete! Te juro que si vuelves a pronunciar su nombre, te mato.

Esperaba que Aaron se levantara y se lanzara a por Josh. Pero siguió sentado. ¿Estaría también tan borracho que ni siquiera podía moverse? Porque en condiciones normales no se hubiese contenido.

Suspiré y me restregué la cara. Últimamente las noches siempre terminaban con discusiones y estaba ya un poco cansada del tema.

—¡Parad! —gritó Courtney—. ¡Dejadlo ya de una vez!

Cerré los puños con fuerza. ¿Cómo era posible que no viera cómo era Josh en realidad? ¿Que no viera que el instigador era él? Aaron negó con la cabeza, dio un nuevo trago a la botella de vodka y acabó apurándola hasta la última gota. Quería levantarme y salir de allí, pero ni siquiera podía mover el brazo. De pronto, los ojos volvían a pesarme una tonelada. Estaba harta de aquello. Me sentía fatal. Y lo más probable era que mi aspecto fuera también espantoso. La sala me daba vueltas y notaba las extremidades cada vez más ligeras, como si pudiera empezar a flotar en cualquier momento. Me acurruqué en el sofá con un cojín y me dejé ir.

Me pareció que solo habían pasado unos minutos cuando me despertó el ser humano más valiente de la tierra. No suelo despertarme de muy buen humor. «Más le vale que tenga una buena razón para hacerlo.»

—¿Qué pasa? —gruñí.

La expresión claramente entretenida de Blake fue lo primero que vi cuando, a regañadientes, abrí los ojos. Luego me sonrió.

—Tu camiseta.

Me incorporé hasta quedarme apoyada sobre un codo y bajé la vista. Llevaba puesta la camiseta y no entendía qué quería decirme.

—¿Qué? ¿Mi qué, Blake?

—Es que...

Me acarició la cadera con un dedo, allí donde la camiseta se había levantado un par de centímetros, dejando al descubierto mi piel. Me esforcé por respirar con normalidad, pero tenía los sentidos sobrecargados. Lo único que alcanzaba a ver era su mirada intensa y lo único que lograba oler era su loción para después del afeitado, masculina y con aroma a madera. La sensación del dedo recorriéndome la piel me provocó un hormigueo y me dejó sin aliento.

Miré a mi alrededor para ver si había alguien despierto. Kyle y Aaron estaban roncando en el suelo. Courtney y Josh habían desaparecido y supuse que estarían en la planta de arriba. Hipócritas.

—¿Me has despertado para tocarme la barriga? —pregunté con la máxima calma posible.

—No, te he despertado para ver si me conoces ya lo suficiente como para poder llevarte a la cama.

No, no lo conocía lo suficiente. Pero mi lógica acababa de saltar por la ventana. Nunca había sentido deseo por un desconocido, pero Blake era distinto.

Arqueé las cejas, sorprendida por la pregunta, pero mi corazón se aceleró. Apenas conocía a Blake, pero mi cerebro no funcionaba lo suficientemente bien como para convencerme de ello. Sin que me diera tiempo a replicar, los labios de Blake rozaron los míos y mi razonamiento lógico se acabó allí. Dejé que me subiera a la planta de arriba.

Sábado, 8 de agosto

Abrí mínimamente los ojos y sufrí el ataque inmediato de la luz diurna. La habitación, además, estaba pintada de un tono amarillo intenso que acentuaba el brillo. Refunfuñé y me pasé la mano por la cara. Me sentía como si me hubiera atropellado un autobús. Me dolía la cabeza, y cada vez que tragaba saliva era como si engullera serrín. Para empeorar las cosas, esta vez no era Blake el que me había despertado. Mis resacas no solían ser tan terribles. Había bebido mucho, pero no tanto como para encontrarme en el estado en que me encontraba. ¿Desde cuándo me había convertido en una persona que se emborrachaba tan fácilmente? Blake estaba durmiendo de costado, con un brazo y una pierna encima de mí. Lo que quiera que fuera que lo agobiaba mentalmente de día no lo hacía mientras dormía, era evidente.

Me mordí el labio y observé cómo dormía. Me sentía como una mirona. Nunca había tenido un rollo de una noche y, por lo tanto, mi experiencia con la mañana posterior era inexistente. Sabía que en general se decía que había que largarse lo antes posible, lo cual, dada la situación, era impensable. Íbamos a pasar todo el fin de semana en un lugar aislado y ni siquiera tenía coche.

Dios mío. ¡Acababa de tener un rollo de una noche! Intenté tranquilizarme. «No pasa nada. Recuerda que eres una persona adulta. Son cosas que los adultos hacen constantemente.» Pero yo no. ¿Por qué me habría permitido acostarme con Blake cuando no hacía ni veinticuatro horas que lo conocía?

«Calla, no pasa nada. Puedes enrollarte con cualquier chico, pasártelo bien.»

Tenía que sosegarme. Lo pasado, pasado estaba, y ya no podía cambiarlo. Ninguno de los dos tenía que asustarse ni sentirse incómodo... aunque con «ninguno de los dos» me refería a mí. Habíamos sentido una atracción mutua y

habíamos obrado en consecuencia. Ambos lo habíamos querido y éramos mayores de edad. No pasaba nada. Además, me sentía tan mal físicamente que solo me faltaba tener que preocuparme por lo que había hecho.

Me incorporé y me dejé caer de nuevo en la cama. El estómago me daba vueltas. No tenía ni una pizca de energía. Necesitaba agua, una aspirina y vomitar el alcohol que quedara todavía en mi organismo.

«Nunca más. Nunca jamás.»

Mis movimientos despertaron a Blake. Retiró la mano que tenía en mi barriga y se restregó la cara.

—Me encuentro fatal —refunfuñó.

Me sonrojé, pensando en la situación en que estábamos, y dije:

—Bienvenido al club.

Me sonrió.

—¿Cómo es posible que no tengas una pinta horrorosa por la mañana? Tienes como un aura de resplandor postsexual que me está poniendo a cien.

«¿En serio?»

—¿Cómo puedes sentirte como una mierda y tener aún ganas de sexo?

—¿Tú te has visto bien, Mackenzie? —replicó.

Su comentario me hizo morder el labio. No me consideraba tan guapa, pero me encantaba que me viera así. A todo el mundo le gusta que lo consideren especial, y mi ex nunca había dado muestras de ello. Blake me hacía sentir *sexy* y valorada, lo cual era agradable, aun habiendo roto todas mis reglas.

—Yo...

«¿Yo qué? ¿Qué iba a decir?»

Blake rio para sus adentros, se levantó y cogió sus vaqueros.

—Necesito comida y un café bien fuerte. ¿Tienes idea de lo que ha planeado la gente para hoy?

Seguí su ejemplo, cogí mi ropa y empecé a vestirme. Le lancé una mirada para asegurarme de que no me mirara. Pero estaba mirándome.

—Iremos al lago a nadar. Aaron quiere preparar una barbacoa que dure todo el día. Y por la noche haremos una hoguera.

Blake se quedó inmóvil.

—¿Pensáis encender fuego en pleno bosque?

—Una hoguera pequeña. No prenderemos fuego a ningún árbol.

—No expresamente, ya me lo imagino —murmuró—. Me encargaré de supervisar todo eso.

—Supervisa lo que quieras. Seguro que a Aaron le encantará tener ayuda.

—No es con Aaron con quien me apetece pasar el rato.

«Ay, madre...»

Me mordí de nuevo el labio.

—Bueno, pues...

Arqueó una ceja sin dejar de mirarme fijamente a los ojos.

—Es verdad.

Si seguía mirándome de aquella manera, iba a explotar. Estaba ardiendo por dentro.

—¿Y piensas estar abajo en el río todo el día? —preguntó Blake.

Se agachó para recoger la camiseta y se la pasó por la cabeza. Su espalda musculosa era tan espléndidamente perfecta como la parte frontal. Debía de hacer mucho ejercicio, porque si no era imposible tener un cuerpo como aquel.

—Sí. Tú también irás, ¿no? —dije.

Me sonrojé de nuevo y confié en que mi tono no hubiera sonado muy desesperado. Tenía ganas de pasar el día con él.

Blake no era uno de nosotros, pero, si él brindaba la oportunidad, podíamos ser todos amigos. Yo ya había aprovechado esa oportunidad y me había lanzado a por ella. La noche pasada era prueba de ello. Blake era confiado y cariñoso, una combinación que me parecía realmente atractiva. Y, por lo visto, le apetecía pasar tiempo conmigo tanto como a mí con él.

—Iré. Aunque estaba pensando que podríamos escabullirnos tú y yo un rato.

Me subí la cremallera del vaquero y me crucé de brazos, aunque me gustaba que me deseara.

—Eres insaciable —le dije bromeando.

Blake se acercó lentamente. Yo me mantuve en mi sitio, decidida a no demostrarle hasta qué punto me había encendido su mirada de deseo. Sus ojos me recorrieron de arriba abajo.

—¿Y acaso tengo yo la culpa?

Iba a decirle que se olvidase de comer cuando se apoderó de mí una oleada de náuseas. Necesitaba comer para absorber lo que me quedaba de alcohol. Y necesitaba, además, aclararme las ideas. Perderse con Blake era muy fácil, y también peligroso.

—Encontraremos oportunidades para escabullirnos, seguro. Pero por el momento necesito comer algo con grasa si no quiero sentirme fatal todo el día.

No puedo creerme que quiera escabullirme con él, pero después de lo de anoche no puedo evitarlo.

Blake enderezó la espalda, rodeó la cama de matrimonio y me cogió por los brazos.

—Me parece un buen plan. No quiero que te encuentres fatal todo el día, así que...

Deslizó los dedos por la piel desnuda de mi brazo hasta llegar a la mano. Tirando levemente de mí, me invitó a salir de la habitación y a bajar.

Al llegar a los pies de la escalera, nos paramos para evaluar los daños. La mesita y el suelo estaban llenos de botellas, vasos y envoltorios de plástico. Había más botellas de alcohol vacías de las que alcanzaba a recordar. No me extrañaba que nos encontráramos tan mal.

Blake se quedó detrás de mí, con el pecho pegado a mi espalda y una mano en mi cadera. Me encantaba aquel contacto.

—Esto explica el martilleo que tengo en la cabeza —murmuró Blake, y se inclinó para darme un mordisco en el cuello.

Me volví en redondo y le di un palmetazo en el brazo, riendo. Mal hecho. La cabeza empezó a darme pinchazos como consecuencia de la rapidez del movimiento, pero la sonrisa infantil de Blake me inundó el corazón.

Mal hecho. «No te encariñes mucho.» En cuanto llegáramos a casa, Blake volvería a marcharse con su padre y quién sabe cuándo volvería a verlo. Si es que volvía a verlo.

Se oyó una puerta arriba; se abrió y se cerró. Me aparté de Blake y vi que era Megan, que bajaba renqueante. Estaba tan mal como yo.

—¿Kenzie? —susurró—. Creo que me estoy muriendo.

Reí y le dije:

—¿Tú también?

—¡Joder! Pero ¿cuánto bebimos? —murmuró, sujetándose en el pasamanos para recorrer los últimos peldaños de la escalera.

Megan no había bebido mucho, pero sí más de lo que acostumbraba a beber.

—Nos hacemos viejos —dije bromeando—. Ya no podemos ni con esto.

Kyle estaba tumbado en el suelo con la boca abierta, respirando fuerte, y su pelo negro azabache se disparaba en todas direcciones; parecía un nido de pájaros. Aaron estaba acurrucado a su lado, durmiendo en posición fetal. Era

evidente que tampoco habían podido con tanta cantidad de alcohol. Estaban en el mismo lugar en el que Blake y yo los habíamos dejado anoche.

Blake nos miró con una curiosidad que no comprendí. Me daba la sensación de que no tenía muchos amigos íntimos, lo cual era una lástima, puesto que detrás de su actitud de pasar de todo era un gran tipo. O al menos eso me parecía por lo que había podido ver de él.

—¿Dónde están Josh y Courtney? —preguntó Megan.

Me encogí de hombros.

—No he oído a nadie más levantarse, así que es posible que sigan durmiendo. Por Dios, Megan, creo que necesito una aspirina.

Kyle parpadeó y abrió los ojos de golpe al ver que tenía a Aaron pegado a su lado. Me encontraba tan mal que ni siquiera pude reír cuando lo apartó de un empujón y Aaron se despertó, sobresaltado, y levantó la vista, perplejo.

—¿Qué pasa? —se frotó los ojos y puso mala cara—. ¡Joder!

—Voy a preparar té. ¿Hago para todos? —pregunté, y recibí gruñidos a modo de «sí» y una cara de asco por parte de Blake. Sonreí al recordar qué era lo que antes me había dicho que quería—. Para ti café, ¿no, Blake?

Entré en la cocina. La cabeza me daba vueltas y todo estaba como neblinoso. Vi el destello de un mar de color rojo ante mis ojos.

Pestañeé.

«Estás muy mal.»

Abrí de nuevo los ojos y miré al suelo. Tardé unos instantes en comprender qué estaba viendo. Era sangre, de color intenso y brillante, una mancha que se extendía desde la zona central de la cocina hasta detrás de la isla.

Lancé un grito ahogado. Había mucha sangre. Se me aceleró el corazón y me entró un hormigueo extraño. El olor metálico me llenó los pulmones y me provocó náuseas. Me quedé fría y empecé a temblar. ¿Qué...?

—¿Courtney? —musité, y los oídos me zumbaban de tal manera que ni siquiera escuché mi propia voz.

«No te desmayes, Mackenzie, por favor.»

Noté la presencia de alguien detrás de mí.

—¿Qué...? —dijo Kyle, pasando por mi lado—. Mierda. Quédate aquí, Kenz.

Blake apareció justo detrás de Kyle.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Contradiciendo las órdenes de Kyle, rodeé la isla de la cocina y el estómago

me dio un vuelco.

—¡No! —grité, tapándome la boca con la mano al notar la bilis que ascendía por la garganta.

Courtney y Josh estaban tumbados en el suelo en medio de un gran charco de sangre carmesí.

CAPÍTULO CUATRO

Cerré los ojos. «Cuando los abras, lo que verás será distinto.» Con el corazón en la garganta, abrí mínimamente un solo ojo. La imagen no había cambiado. Había muchísima sangre. Courtney y Josh seguían inmóviles en el suelo.

Megan soltó un grito tan agudo que ni parecía humano.

«Esto no es real. Estoy soñando. Tengo que estar soñando.»

—Courtney —susurré. Y mi voz quedó ahogada por el mar de sollozos y gritos de Megan—. ¡Josh!

No respondían. Mi cabeza empezó a dar vueltas. ¿Cómo? ¿Quién? ¿Por qué? La conmoción me había dejado helada. Me agarré a la encimera y clavé las uñas en la superficie de madera. No podía moverme. Estaba paralizada. Y tampoco podía apartar la vista.

«Dios mío. ¡Haz algo! ¡Ayúdalos!»

Aaron se arrodilló junto a ellos. Movió las manos cerca de Josh, como si quisiera tocarlo pero el miedo le impidiera hacerlo.

—¡Mierda! —exclamó—. ¡Que alguien haga algo! ¡Llamad a una ambulancia!

Era demasiado tarde. Los labios siempre rojos de Courtney tenían un tono rosa claro, su piel estaba apagada y gris. De su oído brotaba sangre seca que se derramaba hasta el suelo.

El pulso se me aceleró.

«Están muertos. ¡Están muertos! ¡No, no, no, no!»

Caí de rodillas a su lado, ignorando la polémica sobre qué debíamos hacer que se desarrollaba a mis espaldas.

«Esto no está pasando.»

Courtney tenía los ojos cerrados, como si estuviera durmiendo. A lo mejor no estaba muerta. Tal vez mi mejor amiga tuviera oportunidades de sobrevivir. Si conseguía que abriera los ojos, todo iría bien. «Todo irá bien», empecé a repetirme mentalmente una y otra vez.

—Court, despierta.

Le aparté de la cara los mechones pelirrojos. Sabía que no le gustaba nada que el flequillo le quedara mal. ¿Por qué no llegaba la ayuda?

—Necesitamos una ambulancia ahora mismo. Que alguien pida ayuda. ¡Necesitamos ayuda! —rugí. Alguien tenía que despertarla—. Necesita ayuda. ¡Que alguien la ayude! ¡Por favor! ¡Dios mío, ayúdala!

Oí que alguien se arrodillaba a mi lado.

—¿Kenzie?

Era Megan.

—Se ha ido, Kenz. Tenemos que... no sé qué tenemos que hacer.

Me tiró del brazo. Creí que se me doblarían las piernas, pero de un modo u otro reuní las fuerzas necesarias para incorporarme.

—Pero ¿quién ha hecho esto? —sollocé.

Me llevé la mano a la boca para controlar las náuseas. «¡Deja ya de mirar!» No quería ver más aquella escena de terror, pero ¿por qué no podía dejar de mirarla?

Kyle se giró en redondo hacia los demás.

—Tiene razón. ¿Dónde está? ¿O dónde están?

El miedo se me clavó en el estómago. ¿Estarían los asesinos todavía en la casa?

Blake tragó saliva, mirando el rostro de su hermano. Josh tenía aún los ojos abiertos, aunque casi en blanco. Tenía el aspecto que siempre me había imaginado que tendría un cadáver.

—¿Dónde está quién? —dijo en voz baja.

—¡El hijo de puta que acaba de asesinar a nuestros amigos! —le espetó Aaron como respuesta.

¿No seguirían por allí, verdad? Nadie era tan estúpido como para cometer un acto tan horripilante y seguir rondando por el lugar del crimen. No podía ser. Pero ¿y si todavía estaban cerca?

—Tenemos que irnos —dijo Megan, tirando de mí—. Sí, tenemos que irnos.

—Vámonos. Esto no es seguro. Aquí ha venido alguien y tenemos que irnos. ¡Ya!

—¡Aquí nadie se va a ningún lado! —gritó Aaron—. Kyle, llama a la policía. Megan y Kenz, salid de aquí, y, Blake..., no te marches de la casa.

Vi que Blake se quedaba rígido. Su expresión se endureció y entrecerró los ojos.

—¿Por qué has dicho eso? ¿Por qué solo a mí? ¿Por qué no puedo irme?

Aaron arqueó una ceja, como queriendo decir que estaba muy claro.

—Vamos, no se necesita ser un genio para adivinarlo.

—¿Para adivinar qué? —le replicó Blake.

Megan me cogió de la mano y me la apretó hasta que tuve la sensación de que acabaría pulverizándome los huesos. Sabía adónde quería ir a parar Aaron. Pensaba que Blake era el asesino.

—¡El delincuente nos fastidia la excursión y luego nos despertamos con dos cadáveres en un charco de sangre! ¿Qué quieres que piense? —dijo Aaron.

No. Blake nunca haría eso.

No entendía por qué Aaron de repente consideraba a Blake un delincuente. No teníamos motivos para sospechar que Blake fuera capaz de cometer un acto como aquel. Todos sabíamos que no era el mayor admirador de Josh, pero tampoco lo éramos el resto. Que fuese un tipo solitario no significaba que fuese un criminal.

Blake dio un paso al frente y se detuvo junto a Aaron, pecho contra pecho. Ladeó la cabeza.

—El que está ahí en el suelo es mi hermano. Así que vigila tu puta boca.

—¡Parad! —grité, interponiéndome entre ellos. Ya me había hartado de verlos discutir. Mi mejor amiga estaba muerta. ¿Cómo podían pensar ahora en pelearse? Me pasé el dorso de la mano por los ojos—. ¿Qué demonios te pasa, Aaron? Esto no ayuda nada, así que parad los dos.

Me volví hacia Kyle y le dije:

—¡Llama a una ambulancia!

Kyle asintió y señaló el teléfono que tenía pegado a la oreja. Estaba muy sereno.

Volví a arrodillarme en el suelo.

—¡Tendríamos que hacer algo! ¿Cuánto tiempo creéis que ha pasado? Aaron, tú tienes nociones de reanimación cardiopulmonar. Inténtalo, por favor —le supliqué.

En el fondo sabía que era inútil, pero teníamos que intentarlo, como mínimo.

—No puedo, Mackenzie. No puedo devolverla a la vida.

—¡Inténtalo!

Sabía, lógicamente, que no podía. Por supuesto que no podía. Estaba fría como una piedra y blanca como un fantasma. No acababa de desmayarse.

Courtney estaba muerta. Pero ¿no había que intentarlo al menos? Tenía las perneras de los vaqueros manchadas de la sangre de Courtney y Josh. Se empezaba a filtrar en el tejido y el azul comenzaba a convertirse en rojo oscuro. Las películas de terror siempre habían sido mis favoritas y creía que exageraban mucho en cuanto a la sangre, pero allí había tanta sangre que tenía la sensación de ser la protagonista de una de ellas.

—Hay tanta, tantísima sangre —balbucí y, con las lágrimas nublándome la visión, acaricié el cabello de Courtney.

Su cara seguía estando perfecta, aparte del hilillo rojo que salía de la oreja. La sangre se concentraba, sobre todo, en la parte inferior del pecho y se había derramado hacia las piernas. Vislumbré varias heridas, de un par de centímetros de longitud, en la mitad inferior del abdomen.

—¿Creéis que habrán muerto antes? Sí, ¿verdad? —pregunté y, con el llanto, mi voz subió hasta alcanzar un tono extremadamente agudo. ¿Habría sufrido mucho dolor?

Aaron se arrodilló a mi lado y me masajeó la espalda trazando círculos lentos.

—¿Antes de qué? —preguntó, hablándome como lo haría a un bebé.

Su voz me resultó profundamente reconfortante. Aaron siempre solía ser más protector que empático.

—Antes de que... —respiré hondo—. Antes de que se desangraran.

—Basta ya de hablar de eso —dijo Aaron suavemente—. Anda, levántate, Mackenzie.

Tiró de mí y me enlazó en un abrazo que era tanto para consolarme a mí como a sí mismo. Que hubieran muerto o no rápidamente no alteraba el hecho de que Courtney había tenido una muerte horrorosa. Los dos la habían tenido.

Estaban muertos. Se habían ido. Tenía el corazón destrozado solo de pensar que jamás volvería a hablar con mi mejor amiga. Cerré la mano en un puño y me lo llevé a la boca. Tenía arcadas de nuevo. Aaron me acompañó hasta el baño. Me derrumbé en el suelo y me sujetó con fuerza por el brazo. Aaron levantó la tapa del inodoro justo a tiempo de que pudiera vaciar en él el contenido de mi estómago. Una vez más. Agarrada al inodoro, vomité hasta que no quedó nada dentro de mí.

Cuando terminé, lloré y me dejé caer contra la pared. Los pulmones me ardían. Me dolían tanto que era como si también me hubieran apuñalado, justo en el corazón. Mi mejor amiga se había ido, y yo estaba aterrada. Todo me

parecía increíble y surrealista.

—¿Quieres quedarte aquí? —preguntó Aaron.

El miedo se apoderó de mí. Le cogí la mano.

—No..., no quiero quedarme sola. No me dejes, por favor.

—Tranquila, tranquila —dijo—. Vamos.

Me ayudó a levantarme, porque era como si mis piernas fueran esponjas. Abrí el grifo y me enjuagué la boca. El sabor a bilis y a alcohol me produjo nuevamente náuseas.

—Deja que te ayude a llegar hasta el salón —dijo Aaron.

—No, quiero estar con todo el mundo.

Teníamos que permanecer juntos. Teníamos que hacerlo. Volví a cogerle la mano y me aferré a ella como si fuera una línea de vida. Aaron asintió y regresamos lentamente al lugar de los hechos.

«No mires.»

En cuanto entramos en la cocina, el estómago me dio un vuelco. Solté la mano de Aaron y me apoyé en la encimera. No podía verlos desde donde estaba, y prefería que fuera así. La imagen había quedado grabada para siempre en mi memoria; no tenía necesidad de volver a verla.

—La policía y la ambulancia están de camino —dijo Kyle, que seguía con el teléfono pegado a la oreja y dando información—. No lo sé —gritó al teléfono —. No respiran... Están fríos. Están muertos. ¡Estoy seguro!

Se puso blanco y cerró los ojos.

Nadie sabía qué hacer. La situación nos quedaba muy grande. Jamás en mi vida me había sentido tan inútil.

Si pudiera retroceder en el tiempo, habría ido con Aaron a aquel curso de reanimación cardiopulmonar. Si pudiera retroceder en el tiempo, no habría bebido la noche anterior. Los habría protegido. ¿Cómo era posible que no nos hubiéramos enterado de nada? Al menos uno de nosotros tendría que haberse mantenido sobrio. Éramos unos imbéciles.

Aaron se situó al lado de Megan y le pasó un brazo por el hombro. Kyle estaba mirando a Courtney con los ojos abiertos de par en par, con una mirada de total perplejidad. Yo me negué a mirar. Lo que había visto ya era suficiente para obsesionarme durante años.

Me sentía débil, mareada y tenía la sensación de que iba a derrumbarme de nuevo. Sabía que necesitaba comer, y sabía también que era incapaz de tragar nada. Me concentré en respirar más lentamente.

—¿Por qué alguien querría hacer una cosa así? —preguntó Megan llorando y tosiendo para coger aire.

Megan estaba histérica, como tendría que haber estado yo. Pero no lo estaba. Me sentía vacía, aturdida. ¿Sería que quería negar los hechos? Habían muerto. Lo sabía. Pero ¿cómo? ¿Por qué? Era imposible que hubiera sucedido todo aquello delante de nuestras narices.

—Mackenzie —dijo Aaron en voz baja, apartándose de Megan e indicándome que los siguiera.

Negué con la cabeza.

—Yo... yo...

¿Qué podía decir? Nada podía mejorar la situación. Nada.

—Chss, lo sé.

Aaron tiró de mi brazo, y dejé que nos condujera a Megan y a mí hasta el sofá del salón.

El pomo de la puerta vibró justo en el momento en que tomaba asiento, y me sobresalté. Fue entonces cuando vi el destello de las luces azules. Gracias a Dios. Había llegado la ayuda. Llamaron con fuerza a la puerta.

—¡Policía! ¡Abran!

Blake corrió a abrir la puerta. No recordaba que nadie la hubiera cerrado con llave la noche anterior.

Los agentes entraron y Aaron, Blake y Kyle no perdieron el tiempo en explicarles lo que había pasado.

Les contaron la historia enseguida. Sus voces se fundieron y sus bocas empezaron a moverse a cien kilómetros por hora, generando un zumbido imposible de entender.

Uno de los agentes, un hombre alto de cabello oscuro casi rapado y traje negro, levantó la mano.

—Cálmense. Por favor. ¿Dónde están? —preguntó, y su voz sonó grave y autoritaria, muy similar al tono del director de mi antiguo colegio.

—En la cocina —respondió Blake, cogiendo aire—. Los acompañaré.

—Quedaos aquí, chicas —dijo Kyle, mirándonos a Megan y a mí antes de seguir a los chicos hacia el lugar donde yacían Courtney y Josh.

Hice lo que me decía porque no podía enfrentarme a verlos otra vez. Me incliné hacia un lado y me acurruqué contra Megan para consolarme. En realidad, lo que me habría gustado era haber tenido a mi madre junto a mí.

—¿Qué crees que van a hacer? —le pregunté.

Megan hizo un gesto negativo con la cabeza y vi que le temblaban las manos.

—No tengo ni idea. ¿Dónde se los van a llevar? ¿Al hospital?

«A la morgue», pensé. La idea me llevó a cerrar los ojos con fuerza.

—No lo sé. Seguramente —repliqué.

Desconocía por completo el protocolo para situaciones como aquella.

Para distraerme, fijé la mirada en la chimenea, en las últimas llamas que luchaban aún por mantenerse encendidas. Durante la noche la temperatura había bajado y los chicos habían decidido encender el fuego. El resplandor anaranjado estaba casi apagado y la estancia se había quedado fresca.

Una agente con el pelo recogido en un tenso moño entró en el salón y se arrodilló delante de nosotras.

—Soy la inspectora Julienne Hale, pero podéis llamarme Julie. ¿Qué tal estáis?

Meneé la cabeza con perplejidad. ¿Cómo se suponía que debíamos responder a esa pregunta?

La respuesta de Megan fue un sollozo ahogado, incluso doloroso.

—Necesito haceros algunas preguntas. —Ninguna de las dos dijo nada. Yo lo intenté, pero cuando abrí la boca no me salieron las palabras—. ¿Podéis decirme cómo os llamáis?

—Mackenzie Keaton —respondí—. Y ella es Megan Haydock. —Megan no estaba en condiciones de hablar. Hundió la cabeza entre las rodillas y su cuerpo empezó a temblar cuando rompió a llorar en silencio—. ¿Hay alguien más en la casa? No he oído que entrara nadie. Lo habría oído, ¿verdad? No hemos mirado. Estábamos demasiado...

«Demasiado preocupados por nuestros queridos amigos», me habría gustado decir. Pero una oleada de náuseas me lo impidió.

La inspectora sonrió y posó una mano sobre la mía.

—Tranquila, Mackenzie.

—¿Por qué no los hemos oído? Courtney tenía una voz potente, y los gritos...

—Lo siento —dijo Julie, presionándome la mano—. Ya hablaremos más tarde. El *shock* que habéis sufrido ha sido tremendo. Tomaos el tiempo que necesitéis.

—Encontraréis a quien lo hizo, ¿verdad?

Siguió presionándome la mano.

—Haremos todo lo posible.

No era la respuesta que andaba buscando. Mis amigos estaban en el suelo con puñaladas por todo el cuerpo, ¿y ella decía que harían todo lo posible?

Blake entró en el salón y se acercó a la chimenea. Se sentó, apoyó los codos en las rodillas y se pasó los dedos por el pelo alborotado. Por lo poco que había visto de él, no era el tipo de persona que mostraba sus emociones, con la excepción de alguna sonrisa petulante, de modo que era imposible saber hasta qué punto le había afectado la muerte de Josh. Deseé levantarme, aproximarme a él y consolarlo, pero tenía la sensación de que era imposible. Era como si mis músculos se hubieran transformado en plomo.

—Blake —dije en voz baja.

No levantó la vista, sino que se limitó a ladear la cabeza para darme a entender que me había oído.

—¿Estás bien?

Ni cambió de postura ni hizo intento alguno de responder. ¿Cómo debería responder a una pregunta como la que acababa de hacerle, de todos modos?

—Tenemos que esperar aquí —dijo Kyle cuando Aaron y él entraron también en el salón.

Kyle tomó asiento a mi lado. Julie se marchó a la cocina y nos dejó en compañía de otro agente uniformado, que imaginé que tenía la misión de vigilarnos.

Nadie dijo nada durante mucho rato. Estábamos estupefactos. Pasaron por delante enfermeros y más agentes de policía —unos cinco, más o menos—, pero nosotros permanecimos inmóviles. Me sentía como si estuviera viviendo una pesadilla y necesitara despertarme. Era incapaz de pensar de manera normal. Nada tenía sentido. ¿Quién querría hacerles aquello? ¿Por qué atacarlos solo a ellos? ¿Por qué no también al resto de nosotros? ¿Y por qué no habíamos oído nada?

—Todos hemos seguido durmiendo mientras pasaba —dije. Oírlo pronunciado en voz alta lo hacía aún más increíble—. ¿Creéis que... habrán gritado... pidiéndonos ayuda?

—No hables —dijo Kyle pasándome el brazo por los hombros.

Me recosté contra él, sucumbiendo a la necesidad de mi cuerpo de desconectar de todo aquello. Kyle me acarició el cabello y ya no pude más. Rompí a llorar y me agarré con todas mis fuerzas a su camiseta. Kyle siguió acariciándome y sorbió también por la nariz. Nos abrazamos con fuerza.

—Todo irá bien, todo irá bien —me repitió al oído una y otra vez.

Pero nada iba bien, y nosotros tampoco estábamos bien.

Me retiré un poco y le ofrecí una sonrisa de lo más débil.

—Entiendo cómo estás tú también —susurré.

Kyle estaba siendo fuerte, pero era un chico sensible y necesitaba tanto apoyo como cualquiera de nosotros.

Seguimos sentados en silencio mientras la policía hacía lo que tuviese que hacer. La puerta de la cocina estaba cerrada y ya no veíamos nada. Nos habían dicho, además, que no volviéramos a entrar allí. La cocina se había convertido en la escena de un crimen. Nos habían prohibido también ir arriba, razón por la cual no podíamos subir a buscar nada. La policía no quería que nos moviéramos. ¿Estarían buscando algo entre nuestras cosas?

—Quiero volver a casa —musitó Megan, cerrando los puños con fuerza—. Quiero ir a mi casa. Necesito salir de esta cabaña.

Yo pensaba lo mismo, pero no nos lo permitían.

—¿Por qué no hemos oído nada? —repetí. Borrachos o no, tendríamos que haber oído que alguien entraba y apuñalaba a nuestros amigos—. ¿Alguien recuerda algo?

Nadie respondió; todos seguían inmersos en sus propios pensamientos. Hurgué en mi cerebro, pero apenas recordaba nada de lo sucedido después de la pelea entre Josh y Aaron, cuando Aaron le había dicho a Josh que lo mataría si volvía a mencionar el nombre de Tilly. No pensaba comentarle aquello a la policía. Aaron no lo había dicho en sentido literal, pero la policía podía tomárselo así.

Blake se levantó y todos nos quedamos mirándolo. El agente corpulento, nuestro guardián, se volvió hacia Blake para darle a entender que seguía vigilándonos.

—No es posible que estuviéramos *tan* borrachos. Ninguno bebió tanto como para estar inconsciente durante un asesinato sangriento. Es imposible —dijo.

—Pues nadie oyó nada —le soltó Kyle.

Blake se volvió en redondo.

—Eso ya lo sé, Kyle. Lo que no alcanzo a comprender es por qué. O cómo.

En aquel momento se abrió la puerta de la cocina y el inspector de pelo corto y traje elegante enarcó las cejas. Entró en el salón como si fuese el propietario de la casa.

—Tendríamos que charlar.

Compartimos una mirada rápida entre nosotros.

Se acercó a la chimenea y se colocó delante de ella. Tenía toda nuestra atención. Chasqueó la lengua y dijo:

—Primero, las formalidades. Soy el inspector criminalista Wright. Y ahora, vayamos a por lo de la puerta. Esta mañana han tenido que abrirla con llave para permitirnos entrar, ¿correcto?

—Sí —respondió Aaron frunciendo el ceño.

Wright volvió a chasquear la lengua.

—Umm... La puerta de la cocina también estaba cerrada con llave. ¿Cuándo se cerró?

—Anoche —dije, haciendo memoria—. Courtney la cerró antes de que empezáramos a beber. ¿Por qué?

—Gracias. Señor Harper —dijo Wright, volcando su atención directamente en Blake—. Las únicas puertas de acceso a la casa son esa —dijo señalando la puerta de entrada— y la de la cocina, ¿correcto?

—Sí —confirmó Blake.

—No hay evidencias de que hayan forzado nada para entrar y, ya que ambas puertas estaban cerradas con llave, el asesino o bien tenía una llave o... tenemos otra posibilidad.

Fruncí el ceño.

—¿Cuál? —pregunté.

—Que uno o más de ustedes apuñalara a sus amigos hasta matarlos. —Unió las manos a su espalda—. Y bien, ¿quién quiere confesar?

Me quedé boquiabierta y noté que se me paraba el corazón.

CAPÍTULO CINCO

—¡No! —dijo Megan, moviendo la cabeza con incredulidad ante la bomba que Wright acababa de lanzar.

No podía creerlo, y no estaba dispuesta a creérmelo. Mis amigos no eran unos asesinos. Todos habíamos tenido nuestros problemas con Josh, evidentemente, pero ninguno deseaba su muerte. Y en cuanto a Courtney... era dulce, divertida y fiel. Era la mejor amiga que podías encontrar. Nadie la odiaba. Aquello había sido un ataque que no iba dirigido expresamente a ellos. Tenía que ser así. El asesino no estaba entre nosotros.

—No. Tienen que seguir investigando. El atacante tiene que haber podido entrar de alguna manera —dije, negando con la cabeza—. Blake, tú conoces esta casa mejor que nadie.

Blake negó también con la cabeza e inspiró hondo. Tenía los ojos muy abiertos y la mirada asustada.

—Han comprobado las puertas, Mackenzie. No hay otra forma de entrar desde fuera.

—¡No puede ser! —insistí, y me volví hacia los policías, que me lanzaron una mirada hostil—. ¡Las ventanas!

—Están todas cerradas y no hay manera de acceder desde fuera. Nadie podría entrar en la casa sin hacerlo de manera forzada —replicó Wright—, y no hay indicios de que haya sido el caso.

—No —repetí—. Sigan inspeccionando, por favor.

—La policía no tiene ninguna necesidad de seguir inspeccionando, Mackenzie. Sabemos quién lo hizo —dijo Aaron, y miró fijamente a Blake.

—No seas cabrón, Aaron —dije.

Josh era hermano de Blake. Y tenía mucho más que perder que cualquiera de nosotros. No podía haber sido él.

Kyle se puso al lado de Aaron para apoyarlo.

—¿Quién ha sido entonces, Kenz? Vamos. Nos conoces a todos. ¿Ha sido uno de tus amigos o ese desconocido misterioso?

Blake se cruzó de brazos y no dijo nada. Aaron había lanzado una acusación muy grave contra él, y si yo estuviese en su lugar, me defendería y pondría a todo el mundo en su sitio.

—¿La policía expone una teoría y ahora empezáis a acusaros? —Me eché las manos a la cabeza, exasperada. Creía que conocía mejor a mis amigos. Creía que nuestra amistad era mucho más fuerte que eso—. ¿Podéis, por favor, dejar de acusaros para poder averiguar qué ha pasado con Josh y Courtney? Os estáis comportando de manera asquerosa. Tenemos que estar unidos, no destrozarnos mutuamente.

—Tiene razón —dijo Megan—. Me parece imposible que cualquiera de nosotros haya hecho esto.

Noté los ojos de Blake clavados en mi sien, pero no lo miré. Me negaba a creer que me hubiese acostado con un asesino. Yo no podía haber intimado con un criminal. No podía ser.

Wright chasqueó la lengua.

—Por muy interesante que sea todo esto, necesito que suban todos a los coches patrulla —dijo, mirándonos de uno en uno. Ante aquella mirada tan intensa, me sentí desnuda. Era evidente que pensaba que el autor del crimen había sido alguno de nosotros—. Vamos a ir a comisaría, donde les formularemos algunas preguntas y les tomaremos oficialmente declaración —dijo, haciendo una mueca—, y luego mis colegas registrarán hasta el último rincón de esta casa... y de sus casas.

Indicó con un gesto la puerta de entrada y salió.

Tomé asiento en una pequeña sala de interrogatorios y me mordí el labio. Una de las agentes me había traído una muda e iba vestida ahora con un pantalón de chándal de color gris y una camiseta blanca. Me habían requisado la ropa para poder examinarla. A pesar de que yo no había hecho nada malo y estaba cooperando en todo, me sentía como una criminal.

Tenía sentados delante de mí al inspector Wright y a una atractiva agente que Wright me había presentado como la inspectora Lancer. Me negué a que me acompañaran mis padres o cualquier otra persona porque podría parecer que tenía alguna cosa que esconder.

Wright ladeó la cabeza.

—Veamos, Mackenzie, cuénteme otra vez lo que pasó anoche.

Me incliné hacia delante y apoyé los brazos en la gélida mesa.

—No lo sé. Estuvimos todos bebiendo. Bebimos mucho. Lo último que recuerdo es que Blake me despertó, porque me había quedado dormida en el sofá, y... —Tendría que admitir que nos habíamos acostado. No sabía muy bien por qué me resultaba violento, pero así era. Me pasé la lengua por los labios para humedecerlos—. Subimos. Por la mañana, nos despertamos y fui a preparar el desayuno. Y entonces fue cuando encontramos... lo que encontramos.

—¿Dónde estaban todos los demás cuando Blake y usted subieron?

—Megan fue la primera en subir a dormir. Aaron y Kyle se quedaron dormidos en el suelo del salón. Josh y Courtney debieron de ir a su habitación mientras yo dormía en el sofá. Cuando Blake y yo subimos, no estaban en el salón. Supongo que Aaron y Kyle no subieron a buscar habitaciones porque no querían enzarzarse en otra discusión con Josh.

—¿Discusión?

—Bueno, sí. Megan y Josh tuvieron una pequeña riña sobre dónde dormir y Blake le dijo que podía subir a una habitación de la planta de arriba. Aaron también se enfrentó a Josh.

—¿Hubo pelea física?

—No, claro que no. Fue solamente verbal.

—¿Cómo fue la discusión? —siguió presionando el inspector.

—¿La de Megan y Josh?

El inspector pestañeó, como si yo acabara de formular una pregunta estúpida. Hubo dos discusiones. ¿Cómo tenía yo que saber sobre cuál me preguntaba?

—Sí, la discusión entre Megan y Joshua.

—Courtney quería que todo el mundo durmiese abajo, pero Megan quería dormir en una cama. Josh le dijo a Megan que la casa era suya y que tenía que dormir donde él dijera. Blake se metió en la discusión y le dijo que subiera y durmiera en una cama si quería. No fue nada, la verdad.

—¿Y sobre qué discutieron Joshua y Aaron?

Me mordí el labio y miré la grabadora que había encima de la mesa, al lado de Wright.

—Al principio, Aaron solo defendía a Megan, pero entonces Josh dijo que Aaron había dejado tirada a Tilly antes del accidente. —Fruncí el ceñó e intenté recordar con claridad. ¿Fue eso lo que dijo?—. Creo. Son cosas que suelta de

vez en cuando. No recuerdo exactamente lo que dijeron, pero gritaron y Courtney les dijo que pararan.

—¿Y entonces?

—Y entonces seguimos bebiendo.

—¿Por qué quería Courtney que todo el mundo durmiera abajo?

Me encogí de hombros.

—Dijo que beberíamos hasta caer tumbados. Aunque no creo que a ella le importara si alguien quería acostarse en una cama.

—¿Y a Josh sí?

—Josh es Josh.

«*Era* Josh.»

Wright juntó las cejas. Eran muy tupidas.

—¿Y eso qué significa exactamente? ¿Cómo era Josh?

—No le importaba nadie excepto él. Le gustaba ser el protagonista y se suponía que todos teníamos que estar en deuda con él porque organizaba actividades, como esta excursión. —Fijé los ojos en la mesa—. O el fin de semana en el parque temático.

—¿La excursión que acabó con un accidente de coche? —preguntó el inspector—. Aquel día murieron dos personas, Tilly Moss y Giana Beaucoup, ¿es eso correcto?

—Sí —susurré—. ¿Cómo lo sabe?

Tilly y Gigi iban sentadas en el asiento posterior de la furgoneta cuando un camión chocó contra nosotros.

—Vivimos en una ciudad pequeña, Mackenzie.

Me lo imaginaba. Daba igual lo que pasase y dónde pasase; en la ciudad todo el mundo se enteraba de todo. El inspector se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre la mesa.

—De modo que Joshua organizó la excursión que acabó con la muerte de dos de sus amigas.

—Sé adónde quiere ir a parar con esto. Pero nadie le echa la culpa a Josh de lo que pasó. Fue un accidente.

Solo le echábamos la culpa por cómo nos trató y por lo que dijo después.

—¿Cómo puede estar tan segura de que sus amigos piensan igual que usted?

Apreté los dientes.

—No perdonar es una cosa. Pero asesinar es otra muy distinta. Ninguno de

mis amigos sería capaz de hacer eso.

El inspector suspiró.

—Con lo cual, volvemos a usted.

¿Pensaría que yo era culpable? Me empezaron a sudar las manos.

—No. Yo jamás le haría daño a nadie. Yo no lo hice. Se lo juro.

—Hablemos un momento sobre su relación con Courtney Young. ¿Cuánto tiempo llevaban siendo amigas?

Fruncí el ceño al oír que hablaba en pasado.

—Unos ocho años. Nos conocimos cuando teníamos once.

En el colegio nos sentábamos juntas y nos hicimos amigas al instante. Compartíamos nuestra pasión por los libros de la saga *Crepúsculo*, las películas románticas para adolescentes y los chicos. Daría cualquier cosa por regresar a aquellos años.

—¿Y tuvieron alguna discusión durante ese tiempo?

—Algunas, supongo. Pero nunca duraron mucho. Como máximo estuvimos sin hablarnos dos o tres días después de la peor de las discusiones.

A partir de ahora sería mucho más. Me clavé las uñas en las palmas de las manos para intentar superar el dolor que me provocaba su pérdida. Me partía el corazón. Jamás volvería a oír a Court riendo o cantando como un gato estrangulado. Estaba esforzándose para ser la próxima Britney, pero ya no lo conseguiría.

El inspector anotó alguna cosa y pensé que iba a hacerme más preguntas de seguimiento, pero cambió por completo de dirección.

—¿Cuánto tiempo llevaban juntos Josh y Courtney?

Me encogí de hombros.

—Alrededor de un año y medio, creo.

—Me da la sensación de que la relación de su amiga con Josh no la emocionaba a usted mucho. ¿Por qué?

—Como ya le he dicho, Josh es... *era* una persona egoísta. Tenía dominada a Court. Antes era mucho más extrovertida y confiada. Desde que empezaron a salir juntos, ella dejó de tener voz y voto. Se limitaba a apoyar todo lo que él decía. Se merecía a alguien mejor.

El inspector levantó las cejas.

—Lo cual no significa que deseara que le pasase algo malo.

«O no *tan* malo, de hecho», pensé.

—¿Qué pasó después de la muerte de Tilly y Giana? Por lo que entiendo,

fue entonces cuando empezó la enemistad.

—No fue una enemistad. Josh dijo cosas muy desconsideradas.

—¿Como qué?

—Dijo que al menos no habían sido Courtney y él.

—¿Los que murieron en el accidente?

Asentí.

—Sí. Yo me alegré de que el resto hubiéramos salido ilesos, pero no entiendo cómo podía poner la vida de otra persona por debajo de la de él. Como si fueran vidas prescindibles. Decía que el accidente había sido culpa de Gigi, porque se emborrachó tanto que no podía conducir y tuvo que hacerlo Court. Por lo visto, por eso merecía morir.

—¿Y usted lo odiaba por todo esto?

Jugaba con el bajo de la camiseta, nerviosa.

No había hecho daño a nadie, pero el inspector Wright me llevaba constantemente hacia allí, quería que admitiese algo que no había hecho. Quería contarle la verdad, pero estaba asustada.

—Odiar es una palabra muy fuerte. Nunca deseé que le pasara nada malo, pero sí que cortara con Courtney y se alejara de nuestras vidas.

—¿Hasta qué punto lo quería lejos de su vida? —dijo el inspector, presionándome.

—¡Yo no lo maté!

¿Por qué no me escuchaba? Empecé a sentir náuseas.

Wright hizo una mueca. Noté su aliento en la cara. Olía a una mezcla de tabaco rancio y menta.

—No estoy diciendo que usted matase a Josh, pero ¿sabe quién lo hizo?

—No, le juro que no lo sé. Mis amigos no son violentos, eso sí que lo sé.

—Mmm... —murmuró el inspector—. ¿Tenía una habitación solo para usted?

—No. Megan y yo compartíamos una. Los demás tenían una habitación para cada uno.

«Pero yo dormí en la de Blake», eludí decir.

—¿Y deshicieron el equipaje en cuanto llegaron?

—Yo sí.

—¿Y los demás?

«¡Y yo que sé! ¡No soy su madre!»

—No estoy segura. Megan no. Nunca lo hace.

—Mmm...

Chasqueó la lengua. ¿Qué significaría aquel «mmm»?

—¿Quién tenía una llave de la puerta de entrada o de las dos puertas de acceso?

—Josh.

—¿Solo él?

—No lo sé. Blake podría tener también las llaves. Es su casa.

Quería preguntarle por qué me hacía aquella pregunta, pero algo me detuvo. Wright me intimidaba. Era alto, musculoso y tenía una actitud de no dejarse mangonear. Parecía como si estuviese enamorado de sí mismo. Me miró entrecerrando los ojos, como si quisiera hacerme creer que ya sabía quién era el asesino y estuviera simplemente esperando a que nosotros cantáramos. Ladeó la cabeza.

—¿Pasó usted toda la noche con Blake?

—Sí.

—¿Estaba todavía allí cuando se despertó?

—Sí. Yo me desperté primero.

El inspector asintió.

—¿Qué comieron mientras estuvieron en la cabaña? ¿Cocinó usted?

Aquel cambio repentino de dirección me dejó preocupada. Nunca me había interrogado la policía.

—Cocinamos enchiladas entre todos.

Se quedó mirándome. Sus ojos estaba concentrados en extraerme verdades.

—¿Cocinaron todos?

—Todos ayudamos, sí.

«¿Y por qué sería eso tan importante?»

Wright volvió a asentir levemente.

—¿Y las bebidas? Permítame que lo adivine, ¿colaboraron también todos con las bebidas?

—Sí —respondí.

Me estaba perdiendo algo, pero no tenía ni idea de qué era. Cerré los ojos y me froté la sien. ¡Era incapaz de pensar como un detective!

—De modo que bebieron, se quedaron dormidos y cuando despertaron Joshua y Courtney estaban...

—Sí —repliqué, antes de que él pudiera decir «muertos en el suelo de la cocina», un resultado que a esas alturas todos conocíamos perfectamente.

—¿Ni un pipí a medianoche?

—No.

—Joshua y Courtney recibieron una docena de puñaladas y no oyeron nada...

Cerré los ojos y respiré hondo, porque tenía la sensación de que iba a vomitar en cualquier momento.

—No, yo no oí nada —dije, y abrí los ojos.

«Créame, por favor.»

Wright arqueó una de sus tupidas cejas.

—Creo que esto es todo por ahora. Puede volver a la sala de espera con los demás.

«¿Ya?» Tenía la impresión de no haber estado allí tanto tiempo como pensaba que estaría. El inspector me miró con una media sonrisa. «No ha terminado conmigo, ni mucho menos.» Me levanté y salí de la sala, ansiosa por regresar con mis amigos. Abandoné la estancia con la cabeza bien alta y caminando con confianza, intentando demostrarle que no me sentía intimidada. Aunque lo más probable es que tuviese el aspecto de alguien culpable al caminar.

A través del panel de cristal de la puerta vi que todos los demás ya estaban allí fuera.

—¿Estás bien? —me preguntó Blake mientras me abría la puerta desde dentro cuando yo estaba a punto de empujarla.

Negué con la cabeza y enlacé mi cuerpo con los brazos.

—La verdad es que no. —Megan estaba sentada en una silla, hecha una bola. Kyle la rodeaba con un brazo por los hombros y la acunaba como si fuese una niña. Sonreí a Blake para darle las gracias y me arrodillé delante de mi amiga—. ¿Megan?

Estaba temblando.

—No ha dicho nada desde que ha salido del interrogatorio —me informó Kyle—. ¿Cómo ha ido?

—Cree que ha sido uno de nosotros —respondí.

Blake se había desplazado hasta el otro extremo de la sala. Estaba de pie apoyado en la pared, mirando por la ventana, como si estuviera solo.

Kyle siguió mi mirada hasta llegar a Blake.

—Y puede que sea así —dijo en voz baja.

Entrecerré los ojos. No teníamos que enfrentarnos. Debíamos mantenernos

unidos hasta que la policía averiguara quién había sido el verdadero responsable. Iba a ponerme a defender a Blake cuando Wright entró en la sala.

—Vamos a hacerle a usted también un test de drogas, Mackenzie —anunció, como si me ofreciera una taza de té.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunté.

No había mencionado en ningún momento nada al respecto. Ya tenían toda la ropa que llevábamos y las pertenencias que habíamos dejado en la cabaña. Creía que las pruebas y los análisis ya se habían terminado.

«Oh, ya veo por qué.»

El inspector se rascó la barba.

—Se trata de un procedimiento estándar, sobre todo cuando tengo dos adolescentes asesinados y cinco más presentes en la escena del crimen que afirman no recordar nada. Tome asiento, señorita Keaton. Señor Harper, en un momento estaré otra vez con usted.

Salió hacia el pasillo.

Blake se sentó en una de las sillas de piel sintética. Tenía la mirada perdida. Tomé asiento entre Megan y él.

—Esto es como un sueño —susurró Megan.

—Una pesadilla —dije, rectificándola—. ¿Os han hecho ya ese test?

Blake hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Aaron ha entrado el primero.

Aaron levantó la vista.

—¿Os han dicho qué buscan en el test? —preguntó.

—Justo me acabo de enterar ahora de lo de ese test —dije, con un gesto de ignorancia—. La verdad es que no lo sé. Nunca me han hecho un test de drogas. Esto es una locura.

¿Harían el test para todo tipo de drogas o solo para las más comunes?

—¿Has visto ya a tu madre? —le pregunté a Megan.

Negó con la cabeza, llorando.

—Creo que ya están todos aquí, o al menos ya los han llamado, pero no podemos verlos hasta que hayamos acabado con esto —dijo con voz temblorosa.

Con un gesto desafiante, Blake volvió a levantarse y se acercó de nuevo a la ventana. Se apoyó con los codos en el alféizar, inmerso en sus pensamientos. En poco rato tendría que enfrentarse a sus padres, que se angustiarían mucho más al conocer su relato sobre lo que les había pasado a Josh y Courtney, porque ellos, además, habían perdido un hijo.

—Haydock, acompáñeme —dijo Wright asomando de nuevo la cabeza por la puerta.

Megan me miró como queriéndome decir «deséame suerte» o «ayúdame», y echó a andar detrás de Wright con la espalda encorvada. Repasé mentalmente por millonésima vez todo lo que había pasado, pero no recordaba nada de lo sucedido después de haberme quedado dormida. No había oído ningún ruido en plena noche que hubiera sido capaz de despertarme. Y era evidente que cuando alguien está siendo asesinado, grita. Cuando Courtney veía una araña, sus gritos eran capaces de despertar a alguien en coma. Por mucho que estuviera más cansada de lo habitual después de beber y de estar con Blake, era imposible que estuviera *tan* cansada.

Se abrió la puerta y llamaron a Kyle. Wright estaba llamándonos personalmente. ¿Por qué no le encargaba esa tarea a un agente? ¿Tanto necesitaba controlarlo todo que incluso llevaba a cabo personalmente los trabajos basura?

Me recosté en mi asiento y cerré los ojos. No recordaba nada nuevo y me asustaba el hecho de que gran parte de la velada estuviera envuelta en una neblina o completamente desaparecida. No pintaba bien. Era imposible que estuviéramos drogados. En la casa no había nadie más, a menos que lo hubieran hecho antes de que llegáramos allí a pasar el fin de semana. Recordé que algunas botellas de alcohol estaban ya abiertas, medio llenas.

Pero ¿quién querría drogarnos?

—¿Estás bien, Blake? —pregunté en cuanto nos quedamos solos.

Blake negó con la cabeza.

—Josh y yo...

Se volvió hacia mí y se me cortó la respiración. Tenía la mirada apagada y se comportaba de forma distinta. Era como si estuviera poseído, como si estuviera sufriendo dolor físico.

«¿Josh y tú qué?»

—¿Qué pasa, Blake? —dije, para ayudarlo.

—Mi madre se morirá cuando se entere. Ella hubiera preferido que fuese yo.

Parpadeé, pasmada. Sí, Blake había decidido vivir con su padre, pero eso no significaba que su madre no lo quisiera tanto como quería a Josh.

—No, eso no es verdad.

Desesperado, se inclinó ligeramente y suspiró con fuerza.

En aquel momento supe que creía sinceramente lo que estaba diciendo. Que pensaba de verdad que su madre quería más a su hermano y que por eso habría preferido que quien hubiera muerto fuera él.

—No es verdad que hubiese querido que fueras tú.

—No, no lo hubiera querido, claro. Pero habría preferido mil veces que no fuera Josh.

—Acompáñeme, Harper —dijo Wright, reapareciendo de nuevo.

No habíamos tenido tiempo suficiente para hablar. Me hubiese gustado consolarlo diciéndole que su madre no habría preferido que muriese él antes que Josh. Pero Wright no estaba dispuesto a concedernos ni un minuto más. Blake salió de la sala sin pronunciar palabra y sin siquiera mirar hacia mí. Me senté. Apoyé la cabeza en la pared. ¿Qué hacía yo allí? Quería estar con mis padres. Mi madre siempre era capaz de solucionarlo todo.

«Pero no puede solucionar esto», me dije.

Cuando llegó mi turno me guiaron por un corto pasillo hasta una pequeña sala con una mesa como las que hay en la enfermería.

—Siéntate, por favor. Terminaremos enseguida —me dijo una mujer.

Me dio la espalda sin siquiera presentarse, así que supuse que nunca llegaría a saber su nombre.

—Gracias —dije. Tomé asiento y me mordí el labio.

—Súbete la manga.

Abrí los ojos como platos.

—¿Es un análisis de sangre?

Las agujas me daban pánico y por eso evitaba los análisis de sangre como si fueran la peste. Pero algo me dio a entender que de aquel no podía escaquearme. ¿Qué impresión daría si lo intentaba?

—Sí. Súbete la manga, por favor.

Me subí la manga hasta más arriba del codo y me sujeté al lateral de la silla. ¿Por qué no habría pedido que me acompañaran mi padre o mi madre? Los análisis de sangre nunca eran tan terribles como yo anticipaba, pero los odiaba de todas formas.

—¿Q-qué es lo que están buscando? —pregunté.

—Drogas —respondió, como si fuera una obviedad.

¿Y no tenían la obligación de decirte qué era exactamente lo que buscaban si tú lo preguntabas? Sin embargo, no presioné más. Lo único que quería era volver a casa. Necesitaba ver a mis padres. ¿Quién se hubiese imaginado que un

fin de semana relajado y de borrachera con los amigos iba a acabar con sangre, asesinatos y policía? Aquel día tenía que acabarse pronto.

La aguja me perforó la piel. Contuve la respiración y cerré con fuerza los ojos al imaginármela hundiéndose en mi vena. Escocía. «Esto no es nada en comparación con lo que tuvo que sufrir Courtney», pensé. Tragué el nudo que se me había formado en la garganta. ¿Habría sufrido durante mucho tiempo? ¿Habría rezado para morirse pronto?

—Ya está —dijo la enfermera. Retiró con delicadeza la aguja y colocó una bolita de algodón sujeta con un esparadrapo en el punto de la extracción—. Hecho. Puedes esperar con tus amigos aquí delante. Creo que tus padres están aquí.

—De acuerdo, gracias —repliqué, y salí corriendo de la sala.

Irrumpí en la sala de espera. Aaron, Kyle y Megan ocupaban unas sillas situadas al lado de la puerta. Tomé asiento al lado de Megan, que no paraba de temblar, y me froté los brazos. De pronto tenía frío.

—¿Dónde está Blake? —pregunté.

Megan señaló una puerta que daba acceso a un despacho.

—Hablando con su padre por teléfono. Por lo visto está en Hong Kong y está intentando encontrar un vuelo para regresar.

—Ni siquiera parece descompuesto. Su hermano acaba de morir —dijo Aaron, observando a Blake a través del cristal—. ¿Qué te da a entender eso?

—Que acaba de ver el cuerpo sin vida de su hermano y que está en estado de *shock*. Igual que nosotros —repliqué.

¿Cómo podía Aaron emitir aquel juicio sobre Blake? Cuando pierdes a un ser querido, no existe una forma establecida de comportarse. Cada uno reacciona de manera distinta al dolor y la pérdida. Yo estaba sorprendida de mí misma por mostrarme tan serena. Cuando murieron Tilly y Gigi estaba destrozada. Pero las vi morir. Estábamos volviendo a casa, bromeando y jugando a ese juego de las matrículas que yo tanto odiaba. Chocaron contra nosotros. Recordaba el sonido del metal aplastándose y los gritos de mis amigos. Los fragmentos de cristal volando por todas partes y clavándose en mi piel. Todo se desarrolló a cámara lenta hasta que nos quedamos inmóviles. Oí el grito de Tilly hasta que se apagó por completo y oí que Gigi balbucía palabras incomprensibles hasta que sus ojos se cerraron para siempre. Pero yo no podía moverme. Estaba sentada detrás de ellas pero no podía alcanzarlas. Tenía el cinturón de seguridad bloqueado y me sentía mareada. Lo intenté, pero no pude moverme para ir a ayudarlas.

Pero esta vez era distinto. Esta vez la muerte no era un accidente, y tanto mis amigos como yo éramos sospechosos. No podía sentir el dolor de aquellas muertes adecuadamente mientras me estaban interrogando, mientras su asesino seguía libre en algún lugar.

Estábamos todos en estado de *shock*, y Blake no era una excepción.

—¿Por qué siempre intentas ver la parte buena de todo el mundo? —preguntó Aaron.

¿Y qué tenía de malo esa actitud? Aaron no se andaba con chiquitas cuando tenía que alejar a alguien por completo de su vida. A mí no me gustaba ser así. Creía que la gente se merecía una primera y una segunda oportunidad.

—Todo esto es patético, Mackenzie —dijo Aaron resoplando.

—¡Ya basta! —gritó Kyle.

Aaron suspiró profundamente.

—Mierda. Lo siento, Kenz. No tendría que haber dicho eso. Supongo que confiar en la gente no es malo.

Tenía la mandíbula tan tensa que comprendí que pedirme disculpas le estaba resultando casi doloroso. Aaron era terco y tenía serias dificultades para reconocer sus errores.

Wright reapareció y nos condujo al vestíbulo.

—Pueden marcharse —dijo—, pero no se vayan de la ciudad porque tendré que hablar con todos ustedes muy pronto.

Dio media vuelta y se fue. ¿Eso era todo? Imaginaba que querría retenernos allí para seguir interrogándonos. Las tácticas de aquel hombre eran extrañas y exasperantes.

Respiré hondo. ¿Qué pensarían mis padres de todo lo sucedido? Sabía que me creerían cuando les dijera que yo no había hecho nada contra Josh y Courtney, pero ¿creerían que los demás eran inocentes? Se fiaban de mis amigos, pero la confianza tenía sus límites. Para superar todo aquello necesitaba tener a mis padres conmigo y saber que tenían la certeza de que yo conocía bien a mis amigos.

Aaron y Kyle salieron los primeros. Megan los siguió, aturdida. Cuando Kyle empujó la puerta para abrirla, me empezaron a temblar las manos. Nuestros padres estaban en la zona de recepción hablando con dos agentes. Me dio la impresión de que mi padre estaba dispuesto a apartar a cualquiera que se interpusiera en su camino con tal de correr a abrazarme. Tenía que sentirse muy

mal ante aquella sensación de no poder hacer nada. Mi madre tenía los ojos enrojecidos y estaba blanca y congestionada de tanto llorar. Tragué saliva cuando nuestras miradas por fin se cruzaron.

—Oh, Mackenzie —dijo mi madre, con la voz tomada por la emoción. Avancé tambaleando hacia ella. Mis piernas me transportaron con dificultad hasta caer en sus brazos—. Tranquila, no pasa nada, cariño —me susurró al oído mientras me acariciaba el cabello.

Me agarré con fuerza a ella y me derrumbé.

CAPÍTULO SEIS

Lunes, 17 de agosto

Todos los ojos estaban posados en mí y en mis amigos. Y de eso hacía ya nueve días, desde que Josh y Court habían sido asesinados. Habían registrado mi habitación y había tenido que volver a contar mil veces mi versión de los hechos.

Se supone que eres inocente hasta que se demuestre lo contrario, pero, en cuanto salía de casa, la gente me miraba y susurraba cosas como «No puede ser ella» o «Normalmente son los más buenecitos, ya sabes». Mujeres que llevaban toda la vida tomando el té con mi madre y planificando obras benéficas para la ciudad cruzaban a la otra acera cuando me veían por la calle. Era terrible saber que muchos de los vecinos que me habían visto crecer me tachaban de asesina. Nos habían tildado de asesinos a todos nosotros. Corrían muchos rumores. Y, al parecer, el más popular era que lo habíamos planificado entre todos y que ahora nos encubríamos mutuamente.

La madre de Josh, Eloise, nos recibió en su casa para el velatorio. Hacía años que conocíamos a Eloise, y confiaba en que no nos creyera responsables del crimen. Los demás parientes de Josh, sin embargo, parecían juzgarnos. Megan se agarró a mi brazo. Desde que habíamos cruzado la puerta, y de eso hacía ya diez minutos, no había mirado a los ojos a nadie. No estaba haciendo nada para demostrar nuestra inocencia y me daba la impresión de que le daba igual.

De entrada pensé que la policía querría retener más tiempo los cadáveres de Courtney y Josh, pero resultó que no. Mi madre siempre decía que el proceso de curación empezaba en cuanto te despedías para siempre. Yo no estaba de acuerdo con ella. El funeral era la despedida, pero después tenías que rehacer tu vida y encontrar la forma de gestionar la ausencia de la persona fallecida. Después de la despedida venía lo más duro. Me había costado mucho salir adelante después de lo de Tilly y Gigi y tenía la sensación de que era la única de mis amigos que aún seguía luchando por salir adelante.

—No tendríamos que haber venido —dijo Kyle, repasando la estancia con sus ojos de color chocolate. Estaba nervioso y crispado.

Enderecé la espalda.

—Tenemos el mismo derecho que cualquiera a estar aquí. No hemos hecho nada malo. Por mucho que no fuéramos los mayores admiradores de Josh, era el novio de Court. También tenemos que despedirnos de él.

—Pero es evidente que la familia no nos quiere aquí —añadió Aaron, hablando entre dientes.

—No nos quedaremos mucho rato. Solo lo suficiente para expresarles a Eloise y a Blake que estamos a su lado en todo esto.

Aaron resopló.

—Tendríamos que vigilar más de cerca a Blake.

Puse cara de exasperación y le dije:

—¿Y por qué?

—¿Quién es el asesino más probable, Mackenzie?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Un loco que andaba por los bosques que entró y...

Kyle suspiró.

—Nadie forzó las puertas, Kenzie. Aaron tiene razón. Tiene que ser Blake.

—No es él, Kyle.

Me miró a los ojos.

—¿Por qué no? ¿Qué hay entre vosotros dos?

Me pasé la lengua por los labios. No me apetecía contarles que había pasado la noche con Blake. Tendría que hacerlo algún día, pero ahora no era el momento. Creían que Blake era el asesino y si se enteraran de lo nuestro sus sospechas aumentarían todavía más. Estaba segura de que dirían que lo había hecho tan solo para tener una coartada.

—¿Qué? No hay nada. Josh es su hermano. Y lo siento mucho, pero no creo que ese tío sea capaz de matar a su propio hermano.

Meneé la cabeza con perplejidad y apreté los dientes. ¿Por qué preferían creer que había sido Blake antes que un desconocido?

—No estaban muy unidos y es evidente que no se llevaba bien con Josh —dijo Megan.

—Y nosotros pensábamos que era un chico estupendo —repliqué con ironía—. Mirad, no sigamos hablando de esto aquí. Creo que mañana, después del funeral de Courtney, tendríamos que hacer algo en su honor. Sé que a ella no le hubiese gustado un velatorio formal —dije para cambiar de tema.

Estar en el velatorio de Josh se estaba haciendo durísimo y no sabía cómo

podría superar el funeral de Courtney. No quería reconocer el hecho de que no volvería a verla nunca más. ¿Cómo iba yo a vivir sin mi mejor amiga? En los funerales de Tilly y Gigi, Megan, Courtney y yo nos habíamos abrazado para apoyarnos mutuamente. Ahora solo quedábamos Megan y yo y, por mucho que Megan lo intentara, era demasiado egoísta para brindar su apoyo a los demás.

—¿Podemos irnos pronto, por favor? —suplicó Megan.

Su cabello se movía como si hubiera rebajado la dosis habitual de laca, probablemente porque no le importaba ni eso.

—En un rato —dije—. Tendríamos que quedarnos un poco más, por Josh. A menos que su madre nos pida que nos vayamos.

El padre de Josh y Blake no estaba allí. No había podido regresar a tiempo de su viaje de negocios porque había tenido problemas en el control aduanero. Me sabía muy mal que tuviese que perderse el funeral de su hijo. Eloise tendría que haber esperado. Me parecía inapropiado y egoísta por su parte. Tendría que haber puesto a Josh por delante del odio que sentía hacia su exmarido. Sabía que a Blake le habría gustado que estuviera su padre. Miraba a sus familiares, pero continuaba retraído y solo. Me daba la impresión de que apenas los conocía.

Por el rabillo del ojo vi que Blake se levantaba y abandonaba la estancia.

—Enseguida vuelvo —dije.

Apenas había cruzado una palabra conmigo en toda la mañana y necesitaba tener una conversación con él sobre su madre y sobre cómo estaba llevando la muerte de Josh que fuera más allá de las respuestas monosilábicas y los gruñidos.

Lo encontré en el pasillo, mirando un *collage* de fotografías en un marco grande de cristal. Sin siquiera mirarme, dijo:

—Solo salgo en tres.

Debía de haber más de sesenta fotografías y tenía razón: todas eran de Josh.

—Lo siento.

—No lo sientas, Mackenzie. Era su favorito, siempre fue así. Ella siempre lo prefirió incluso antes de que se separaran. Era su pequeño «Joshie». Era el pequeño y depositó todo su cariño en él. Yo me quedé con el papel de mocoso molesto.

Me sorprendió su tono de voz. Hasta aquel momento no había sido consciente de lo profundo que llegaba a ser su rencor. Tenía la sensación de que su madre no lo quería.

Miré a mi alrededor para comprobar si alguien nos había oído, pero

estábamos solos. Sabía que sus palabras podían provocar que mis amigos sospecharan aún más de él. Pero la intensa rabia que pudiese sentir Blake hacia su madre y su hermano no lo convertía en asesino. Quitarse de encima a su hermano no ayudaría a que su madre lo quisiese más, y tampoco explicaría por qué Courtney había sido también asesinada.

—Ella te quiere, Blake. Josh se ha ido, y tu madre y tú tenéis que apoyaros mutuamente.

—¿Por qué? —La ferocidad de sus ojos azules, intensos y abrasadores, me dejó sin aliento—. Ella nunca estuvo a mi lado. Jamás.

—Habéis perdido muchas cosas. Deja que esto se convierta en una oportunidad para volver a estar unidos. No permitas que la muerte de Josh no sirva para nada.

—Me siento como si estuviera en el funeral de un desconocido en casa de un desconocido. —Entrecerró los ojos—. Josh y yo apenas nos conocíamos, y no quiero ningún tipo de relación con mi madre.

Dio media vuelta y entró de nuevo en el salón, dejándome sin habla. ¿Cómo podía decir aquello? No podía creérmelo. Si todo le diera igual no estaría tan destrozado.

Noté una mano en la espalda y di un brinco, asustada.

—Kenz —dijo Aaron.

Me volví, aunque necesité unos instantes para recuperarme de las palabras de Blake.

—¿Qué? —dije.

—Sé que vas a soltarme otra vez que Blake es inocente, pero te pido que me escuches, por favor.

Puse cara de exasperación.

—Esto ya empieza a cansar, Aaron.

—Por favor —repitió.

Suspiré y le hice un gesto con la mano para indicarle que accedía a escucharlo.

—Muy bien. ¿Sabías que Blake fue expulsado de su antiguo instituto?

—¿Y?

—¿Por peleas?

Noté que empezaba a tener un tic nervioso en el ojo y cerré las manos en puños.

—En el instituto mucha gente se mete en peleas. No creo que tengamos que

condenarlo por eso.

—¿No crees que es un poco raro que Blake, el delincuente, aparezca de repente y a la mañana siguiente nos despertemos y... encontremos lo que nos encontramos?

—No, pienso que fue otra persona, alguien con algún tipo de resentimiento, que metió algo en la comida y en la bebida para que no nos enteráramos de nada. No toda la bebida que tomamos estaba sin abrir, y con la comida es fácil dar el cambiazo.

—Entiendo que no quieras creerlo. Yo tampoco quiero, pero ¿qué otras opciones factibles tenemos? Sabemos que en la casa no había nadie más. ¿Podrías, como mínimo, considerar esta teoría?

Negué con la cabeza.

—No.

Aaron suspiró, derrotado, y dijo:

—Entremos, va. —Eché a andar delante de él y oí que añadía, casi para sus adentros—: Pronto despertarás a la realidad.

Le hice caso omiso. Que pensara lo que le viniera en gana, porque eso no cambiaría ni lo que yo sabía ni lo que sentía dentro de mí. Blake era inocente. Jamás confiaría en un asesino hasta el punto de intimar con él.

Aaron y yo nos reunimos con Kyle y Megan en una esquina, apartados de la línea de recepción. Noté que me seguían docenas de pares de ojos, pero me negué a mirarlos, consciente de que detrás de aquellas miradas solo vería condena y odio. No conocía a todo el mundo, pero aquellos a quienes sí conocía se comportaban como si fuera a contagiarlos de cualquier cosa y me evitaban descaradamente.

—Solo un poco más —dijo en voz baja Kyle, abrazando a Megan.

Blake entró en la estancia. Llevaba en la mano un vaso con un líquido de color ámbar. Bebió un poco e hizo una mueca y luego tomó asiento entre su madre y nosotros. Apenas había hablado con nadie en todo el día y me fijé en que su familia, excepto sus abuelos paternos, tampoco hacía ningún esfuerzo por hablar con él. No me extrañaba que pensara que Josh era el favorito.

—¿Puedes al menos prometernos que irás con cuidado con él? —dijo Aaron mirando a Blake.

El corazón me dio un pequeño vuelco y parte del enfado hacia él y su postura de «Blake es el malo de la película» se difuminó. Aaron estaba preocupado por mí.

—Tranquilo, no me pasará nada —le aseguré.
—Prométemelo, Mackenzie.
—Te lo prometo.
—¿Y que me llamarás si me necesitas o si no te sientes segura?
Fruncí el ceño.
—Sí.
¿Cómo podía conseguir que se pusieran del lado de Blake, de nuestro lado? Teníamos que estar unidos. Aaron asintió una sola vez y se marchó para ir a hablar con Greg, el primo de Josh, que era amigo suyo porque habían jugado juntos en el equipo de fútbol del instituto. Me quedé sin habla por segunda vez y tenía la sensación de que tiraban de mí en dos direcciones y estaba obligada a elegir un bando. ¡Todos teníamos que estar en el mismo bando!
Me fijé en Eloise y se me partió el corazón. Estaba mirando una fotografía enmarcada de Josh que había en una mesita auxiliar. Me habría gustado acercarme a ella y consolarla. Pero ¿qué se le dice a una mujer que acaba de enterrar a su hijo? Ni siquiera la conocía muy bien.
Blake observaba también a su madre. Se le veía destrozado, incluso perdido. «¡Olvídate de todo esto!» No estaba dispuesta a perder la fe en él tan fácilmente. Blake estaba sufriendo y no permitiría que me expulsase de su lado como hacía con todos los demás.
Crucé la sala y me senté a su lado.
—Hola —dije.
A pesar de lo que me habían contado Aaron y Kyle, seguía creyendo que él no lo había hecho. Tal vez fuera el raro del grupo, pero eso no significaba que fuese un asesino.
—Hola. —Apoyó los codos en las rodillas—. Ni siquiera me mira —dijo, ignorando lo que le había dicho en nuestra última conversación. Yo no sabía qué decir—. Anoche, cuando le pregunté si quería que me encargase de hacer la lectura, me miró como si... —Movió la cabeza de un lado a otro y suspiró—. Ni siquiera sé cómo explicarlo. Vi en sus ojos que estaba enterrando al hijo que no tocaba.
—No digas eso —dije en voz baja.
—Es la verdad. Y no la culpo. Sé que no la elegí a ella. Yo quería vivir con mi padre y Josh quiso quedarse con ella.
—Pero eso no significa que a ti te quiera menos.
Movió la cabeza hacia mí y me miró.

—En el mundo de Mackenzie el vaso siempre está medio lleno, ¿verdad?

«¿Estará diciéndolo en serio?», pensé.

—¿Te parece que está medio lleno?

Me mantuve inexpresiva.

—Intentas ser optimista. Por eso no aceptas que uno de tus amigos mató a mi hermano —dijo señalando con un gesto la esquina donde mis amigos seguían apiñados—. Josh y Courtney están muertos, pero si eres capaz de demostrar que tus amigos son inocentes, entonces el vaso está medio lleno.

—Eres demasiado cínico, incluso con todo lo que está sucediendo. Seguro que tienes gente en quien confiar. Tienes que ser positivo aunque todo te parezca tan negativo. ¿Confías en alguien?

—En mí.

—Eso no cuenta.

Se enderezó en su asiento y se encogió de hombros.

—En ese caso, no.

—Pues es muy triste.

—Si no confías en nadie, nadie puede joderte. Lo descubrirás con el tiempo, a las duras —dijo, y se excusó para marcharse.

Kyle tenía razón. No deberíamos haber venido. Entré en la cocina a buscar mi bolso para poder marcharme. Era hora de irnos.

—¿Quién de vosotros fue? —me espetó Pete, el tío de Josh. Pete y mi padre eran amigos, y me sentí como una mierda cuando vi que me miraba con tanto odio—. ¿Quién fue el hijo de puta que mató a mi sobrino?

Negué con la cabeza y pegué la espalda a la encimera de mármol. ¿Pensaba pegarme? Estaba rojo de rabia, tenía los ojos muy abiertos y las comisuras de su boca rezumaban burbujas de saliva.

—No fue ninguno de nosotros, Pete, te lo juro —repliqué—. Jamás haríamos ningún daño a Courtney o a Josh.

—¡Y tenéis la cara dura de presentaros en el funeral!

—No hemos hecho nada malo.

—Di la verdad —dijo entre dientes—. Contad a la policía lo que hicisteis.

—Pete, por favor...

—¡No! —rugió con tanta fuerza que me encogí de miedo. Estaba tan furioso que no sabía qué podía acabar haciendo—. Tuvo que ser uno de vosotros. Si tuvierais un mínimo de decencia, asumiríais la culpa y pondríais fin a la desgracia que ha caído en nuestra familia. Josh se merece justicia.

«Y también Courtney», pensé.

—Yo pienso lo mismo. Pero estás buscando la justicia en el lugar incorrecto, Pete. Te prometo que nosotros no lo hicimos.

—Tus promesas no significan nada para mí, Mackenzie. Mi hermana tal vez no vea lo que le habéis hecho a su hijo, pero yo sí. Lo pagaréis...

—¡Ya vale! —gritó Kyle. Me volví en redondo y vi que estaba en la puerta de la cocina—. Ya es suficiente. —Me rodeó con el brazo y me atrajo hacia él con un gesto protector—. Siento mucho que hayas perdido a tu sobrino, pero nosotros hemos perdido a dos amigos. No somos culpables.

—Sois todos unos mentirosos. Os pudriréis en el infierno por esto.

—¡Pete! —exclamé.

Se estaba comportando de un modo tan distinto al habitual que me sentía como si me hubiera dado un puñetazo. El hombre que siempre tenía un chiste preparado y con el que me reía a carcajadas de pequeña se mostraba ahora frío y odioso.

—Entiendo que necesites echarle la culpa a alguien de lo sucedido. Yo también lo necesito. Pero nosotros no los matamos.

No sabía si llegaría a creerme algún día. Aunque le dijera un millón de veces que no habíamos sido nosotros, estaba tan convencido de lo que había dicho la policía y tan necesitado de encontrar un culpable que era incapaz de ver la situación con claridad.

—Marchaos —dijo muy lentamente—. Y no volváis a poner un pie aquí nunca más.

—Vámonos —murmuró Kyle guiándome hacia la puerta. Aaron y Megan se habían quedado en el pasillo y habían observado la escena, boquiabiertos—. Nos vamos.

No volví a ver a Blake antes de marcharnos y el vistazo rápido que eché al salón cuando iba de camino hacia la puerta me dio a entender que nadie se había enterado de la salida de tono de Pete. Al menos me sentía más tranquila sabiendo eso.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté mientras caminábamos hacia el coche de Kyle, aferrada todavía a mis ideas.

Nadie supo darme una respuesta, porque todos sabíamos que, hasta que no se descubriera quién lo había hecho, todos nosotros éramos sospechosos.

CAPÍTULO SIETE

Miércoles, 19 de agosto

—¿Qué hace este aquí? —preguntó Kyle.

Forzó la vista para ver mejor la figura que avanzaba entre los árboles desnudos de hojas que había junto al cementerio. Los árboles llevaban muchos años muertos, pero nadie los había talado. Me parecía morbosamente apropiado para la situación. Las facciones de Kyle, manchadas por las lágrimas, se endurecieron.

Cuando me volví vi que se trataba del inspector Wright. Se mantenía lo suficientemente alejado del grupo para que quedara claro que no formaba parte del funeral. Iba vestido con traje negro y corbata, como si todo aquello fuera con él, pero estaba concentrado en nosotros y no en el agujero en el suelo en el que estaban a punto de depositar el féretro de Courtney.

Me recorrió el cuerpo un escalofrío de asco. Tenía que aparecer precisamente hoy. ¿Cómo se atrevía a presentarse allí y hacer que el funeral de Courtney se centrase en la investigación y no en despedirnos de un ser tan querido?

Lo único que deseaba era que el sepelio transcurriera sin problemas y que no faltasen los discursos de las personas que la queríamos. La aparición de Wright nos obligaba a todos a pensar en lo que había pasado. Y gestionar lo que había pasado era ya muy duro de por sí.

—¿Es que no puede concedernos ni un día? —preguntó Megan, que estaba detrás de mí.

El inspector, sin embargo, no había hecho acto de presencia en el funeral de Josh, por lo que no entendía qué implicaba que acudiera solo al de Courtney.

—Está intentando pillar a un asesino, Megan. —La voz de Blake me sobresaltó. Se colocó delante de nosotros y miró hacia Wright—. Tiene que tener controlados a sus sospechosos favoritos.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté. Pensé que Blake no conocía de nada a Courtney y, por lo tanto, nunca habría esperado verlo en su funeral.

—He venido a presentar mis respetos en representación de mi hermano —respondió—. He decidido quedarme un tiempo con mi madre. Está fatal. —Parpadeé, sorprendida. Después de todo lo que había dicho sobre su madre en el funeral de Josh, me había imaginado que se marcharía en cuanto pudiera—. Intento ayudarla, pero soy consciente de que no me apaño muy bien con mujeres tan sensibles como ella.

—Lo siento, Blake —dije.

Se encogió de hombros.

—No pasa nada.

—Cuando acabe esto vamos a ir a la pista de baloncesto. ¿Te apetece venir?

Por las miradas asesinas que me estaba lanzando Aaron comprendí que no quería que Blake viniese, pero, en aquellas circunstancias, lo que pensara Aaron me daba igual.

Blake frunció el ceño.

—Tenía entendido que el velatorio era en el club social.

Asentí.

—Así es, pero hemos decidido hacer otra cosa. Íbamos mucho por la pista. —Enarqué una ceja—. Y solíamos beber allí. Nos ha parecido más... apropiado.

Blake se mordió el labio inferior y ladeó la cabeza. Finalmente respondió:

—De acuerdo. Gracias.

El corazón me dio un brinco al ver que aceptaba. Que me gustara Blake era peligroso: me gustaba y, por lo tanto, podía hacerme daño. Parecía que estuviera buscando sufrir mal de amores, pero no podía evitar que me hiciese sentir como me sentía. Una sonrisa de Blake y ya me tenía en el bote.

Blake vivía en otra ciudad y por eso no conocía a nadie, excepto a su madre, que no estaba en condiciones de ser un apoyo para él en estos momentos. Sus padres estaban de duelo. Y por muy misterioso y solitario que pudiera ser Blake, necesitaba a alguien que estuviera por él. Yo tenía a mis amigos, que sabían de mi inocencia, pero Blake ni siquiera tenía eso. No pude evitar desear ser esa persona, por mucho que supiera lo poco recomendable que era lanzarme con un desconocido hacia el que me sentía tremendamente atraída.

Volqué entonces la atención en la madre de Courtney, que estaba hablando sobre el cuento favorito de su hija, *Caperucita roja*. Estaba explicando que a Courtney le gustaba tanto que ella se lo leía cada noche al ir a dormir. Parpadeé para evitar que se derramaran las lágrimas calientes que se acumulaban en mis ojos. Hoy era el último «buenas noches» para Courtney.

Inspiré hondo y me di cuenta de que me temblaban las manos. Cada palabra que pronunciaba aquella mujer dejaba patente el dolor que sufría por haber perdido a su hija, a su única hija.

—Esto no es justo —susurré, y rompí a llorar.

Aquello no podía estar pasando. El dolor me estaba debilitando. Courtney era mi mejor amiga y nunca más la volvería a ver. El corazón se me hizo añicos cuando el féretro desapareció en el suelo. Lloré y me tapé la boca con la mano.

Noté el brazo de Blake rodeándome por la cintura.

—Todo irá bien —dijo Aaron, mirando furioso la mano de Blake—. Te lo prometo.

Volví mi cuerpo hacia el pecho de Blake, desesperada por recibir consuelo. Necesitaba que alguien hiciera desaparecer el dolor que sentía en mi interior. El cuerpo de Blake se puso rígido. Pero entonces, al cabo de un instante, me abrazó con fuerza con ambos brazos.

Ver cómo enterraban a otro ser querido, una persona tan joven, con tanto potencial, era insoportable. Cuando enterramos a Tilly y a Gigi fue durísimo. Pero jamás me hubiese imaginado que acabaría perdiendo a otra amiga tan pronto. Las chicas siempre nos encerrábamos en nuestra habitación para escuchar música y despotricar de los chicos. Y fue terrible pasar del grupo de cinco que éramos a un grupo de solo tres. Tardé mucho tiempo en acostumbrarme a no oírlas reír o sumarse a las bromas sobre el último romance de cualquiera de nosotras. Y ahora tendría que acostumbrarme a que solo quedábamos Megan y yo.

—¿Podemos irnos ya, por favor? —pregunté cuando la familia de Courtney empezó a echar tierra sobre el ataúd.

Tenía el corazón destrozado y no sabía cuánto tiempo más podría mantenerme serena.

—Sí —respondió Kyle. Sorbió por la nariz y señaló el camino de gravilla que conducía al aparcamiento. Respiró hondo y añadió—: Marchémonos y démosle a Courtney la despedida que de verdad le habría gustado.

—¿Vodka y cerveza? —dijo Blake al ver las bebidas que habíamos elegido —. Lo clásico.

Megan entrecerró los ojos.

—¿Quieres o no?

Blake asintió y Megan le pasó una cerveza. Blake tenía razón; eran las bebidas típicas que la gente menor de edad bebía en los parques. Pero siempre nos reíamos mucho haciendo el tonto por allí. Antes de que conociéramos el significado de la pérdida, cuando aún estábamos todos, las cosas eran mucho más sencillas. Echaba mucho de menos aquella época.

Nos sentamos en círculo en la hierba, al lado de la pista de baloncesto, que estaba vacía, y dejamos un espacio para Courtney. Aún no estaba preparada para dejarla marchar del todo.

—¿Creéis que cada uno de nosotros tendría que decir algo? —pregunté—. ¿No es eso lo que deberíamos hacer?

Aaron asintió y bebió un trago de cerveza.

—¿Por qué no decimos algo sobre los dos? Empezaré yo. Courtney era una de las chicas más guapas que he conocido en mi vida y, a pesar de ello, no era nada creída. Era muy discreta, y eso hacía aumentar aún más su belleza. Josh... —dijo Aaron, y se echó a reír—. Bueno, Josh, digamos que jugaba en una liga superior a la que le correspondía, y lo sabía.

—Ahora voy yo —dijo Megan.

Tosió para aclararse la garganta antes de tomar la palabra. Daba la impresión de que le habría gustado estar en cualquier lugar excepto allí, haciendo cualquier otra cosa que no fuese hablar sobre nuestros amigos muertos. Y no era la única.

—Durante nuestro primer año en el instituto, Courtney y yo no nos llevábamos bien. Me daba la sensación de que quería abrir una brecha entre Mackenzie, Tilly, Gigi y yo. No fue hasta que mi novio me dejó plantada que me di cuenta de lo equivocada que estaba respecto a ella. —Megan se pasó la lengua por los labios—. Mackenzie estaba de vacaciones y Tilly y Gigi andaban muy liadas. Courtney me envió un mensaje diciéndome si me apetecía salir y le conté lo que había pasado. Se presentó en casa en menos de veinte minutos, con bombones y un DVD. Era una buena amiga y la echaré mucho de menos. —Megan hizo una pausa, y luego un mohín—. Y Josh... Josh dijo una sarta de estupideces y cosas horribles de las que estoy segura que se arrepintió, pero no era mala persona. Ojalá hubiéramos podido tener la oportunidad y el tiempo para solucionar nuestros problemas. A lo mejor podríamos haber tenido entre todos una relación mejor.

¿Megan quería arreglar las cosas con Josh? Yo jamás había deseado su muerte, ni que lo asesinaran, pero no me parecía bien todo lo que había dicho ni

cómo nos había tratado.

Megan me miró. Había llegado mi turno. Dejé en la hierba el vaso de plástico con vodka.

—No sé muy bien por dónde empezar. Hay tantas cosas que podría decir, que quiero decir. ¿Cómo condensar tantos años de amistad en unas breves palabras? —Aaron me apretó la mano para darme ánimos. Suspiré—. Pues bien, ahí va. Courtney y yo fuimos prácticamente inseparables durante toda nuestra época en el instituto y recuerdo cuánto nos gustaba compartir casi todas las asignaturas de cada curso. Siempre estuvo a mi lado y nunca criticó nada de mi conducta, ni de la de nadie, de hecho. Nunca podría haber soñado con tener una amiga mejor que ella, y me parece increíble que no vaya a hacerse mayor con nosotros. —Parpadeé para que no se me saltaran las lágrimas—. Teníamos pensado alquilar un piso juntas. ¿Te acuerdas, Megan? Íbamos a tener un piso de lo más pijo en un barrio elegante de la ciudad.

Megan ladeó la cabeza y añadió:

—Preferiblemente con vistas a un campo de fútbol, para poder ver correr a los chicos en pantalón corto.

Reí y me sequé una lágrima que me caía por la mejilla. Aquello había sido idea de Courtney. Mientras estuviéramos cerca de una zona animada de la ciudad, a Megan y a mí nos daba igual donde viviéramos. Pero Court decía que, si no le salía bien la cosa con Josh, quería ser una «WAG», como Victoria Beckham y todas esas esposas y novias de futbolistas. Yo esperaba que pudiese hacer realidad aquel sueño. Court era una chica intensa, extrovertida y con confianza suficiente en sí misma como para salir con cualquiera... antes de Josh, claro está.

—Sí, ya casi me había olvidado de ese detalle.

—¿Y Josh? —preguntó con tono cortante Blake—. ¿No piensas decir nada sobre él?

Noté que el estómago me daba un vuelco. No me gustaba mentir y, en consecuencia, no podía soltar una parrafada sobre lo maravilloso que era. Pero había muerto, y pensé que podría encontrar algo agradable que añadir.

—Por supuesto que sí, Blake. Josh y yo tuvimos nuestras diferencias, pero nunca deseé que le pasara nada malo —dije frunciendo el ceño.

Blake abrió la boca para decir algo, pero, justo en aquel momento, el inspector Wright se sentó en el suelo ocupando el espacio vacío que habíamos dejado a su lado.

—¿No les apetecía ir al velatorio?

—La verdad es que no —respondió Kyle—. ¿Podemos ayudarlo en algo?

—Podríais decirme quién de vosotros asesinó a vuestros amigos. —Wright miró a su alrededor, clavándonos poco a poco la mirada a cada uno de nosotros—. ¿No? ¿Ni un intento? —Entrelazó sus manos.

—Acabo de recibir los resultados de los test de drogas.

—¿Y? —preguntó Aaron, mirándolo furioso.

Wright era un arrogante. Tenía algo especial, un aura que rezumaba confianza en sí mismo y que lo hacía parecer el propietario de todo el mundo. Me daba la impresión de que sabía del caso mucho más de lo que nos daba a entender y que estaba esperando a que llegara el momento oportuno para compartir la información. Seguramente hacía días que tenía los resultados del test.

—Han dado positivo en flunitrazepam.

Me quedé boquiabierta.

—¿La droga que se utiliza para violar a las chicas?

Los finos labios de Wright esbozaron una media sonrisa.

—Esa misma, Mackenzie. ¿La conoce?

—Todo el mundo ha oído hablar de ella —repliqué.

Salía a menudo en las noticias. Era la razón por la cual mis padres me echaban siempre el sermón de «nunca dejes tu copa sin vigilar cuando vayas por ahí». Se oían constantemente historias de mujeres que se despertaban después de haber sido drogadas y violadas y no recordaban lo que había pasado.

Noté que se me helaba la sangre. Alguien nos había drogado.

—Alguien nos la ha pegado —dijo Blake, rabioso e incrédulo—. ¿Quién?

Wright se encogió de hombros.

—Confiaba, una vez más, en que alguno pudiera ayudarme con esto, pero ya veo que me había hecho falsas ilusiones.

—Espere un momento —dije—. ¿Y hemos dado todos positivo?

—Sí.

—¿Incluso Josh y Courtney? —preguntó Aaron.

—Sí —respondió Wright—. Raro, ¿verdad?

Mi corazón se iluminó con un rayo de esperanza.

—Lo cual demuestra que los mató alguien distinto.

Habíamos dejado de estar bajo sospecha. Estábamos todos drogados y el asesino se aprovechó de ello. Ninguno de nosotros pudo cometer el asesinato si

todos habíamos tomado aquello. No me extrañaba ahora lo grogui que estaba cuando me desperté.

—No ha cambiado nada, Mackenzie —dijo Wright—. Lo único que demuestra esto es que el asesinato estaba muy bien planeado. Que fue premeditado. Quienquiera de ustedes que tenga las manos manchadas de sangre ha hecho un buen trabajo escondiendo las pistas. Estoy impresionado. Drogarse también, después de cometer los asesinatos, claro está, y camuflarse entre los amigos es una maniobra tremendamente inteligente. Pero quiero advertiros de algo: por inteligente que sea este asesino, averiguaré quién de ustedes es el responsable. —Se levantó—. Nos vemos muy pronto.

Durante mucho rato, nadie dijo palabra. Creo que todos estábamos demasiado conmocionados como para poder hablar. Me resultaba imposible ver a cualquiera de nosotros como un asesino, sobre todo un asesino tan cruel y desalmado como este.

—¿De verdad que ese hombre está acusando a uno de nosotros de drogar al resto, matar a Court y a Josh y encubrirlo todo después? —espetó por fin Kyle.

—Está loco —añadió Aaron—. Tendría que estar por ahí buscando al verdadero asesino y no haciendo acusaciones estúpidas y ridículas contra nosotros.

¿De modo que Aaron creía ahora que Blake era inocente?

Megan movió la cabeza de un lado a otro y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Alguien lo planificó. ¿Cómo es posible odiar tanto a una persona? Courtney era... era...

Se interrumpió y cogió aire. Era incapaz de terminar la frase, pero yo sabía perfectamente lo que quería decir.

Había alguien que quería ver muertos a Courtney y a Josh, hasta el punto de que se había tomado su tiempo para planificar a la perfección aquel asesinato. El asesino había llegado incluso al extremo de drogarnos a todos nosotros para alcanzar su objetivo. Josh cabreaba a mucha gente, pero Courtney no. Teníamos que averiguar qué había pasado y demostrar nuestra inocencia.

Respiré hondo.

—Veamos —dije, intentando asimilar la última bomba que Wright nos había lanzado—. ¿Alguien sabe con quién podían tener algún problema Court y Josh? Aunque fuera una estupidez, tenéis que decirlo ahora.

Sabía que a Wright le encantaría colgarnos las muertes a cualquiera de

nosotros y que su última teoría, que nos habíamos drogado después de asesinar a nuestros amigos, solo tendría sentido si era capaz de encontrar pruebas circunstanciales o un motivo. No estaba dispuesta a permitir que uno de mis amigos fuera condenado por algo que no había hecho.

Nadie respondió y empecé a frustrarme con ellos. ¿Acaso yo era la única desesperada por intentar descifrar aquel misterio? ¿Entendían realmente lo que pasaría si no encontraban al verdadero asesino? Seríamos sospechosos toda la vida. No confiaba en que Wright pusiera tanto esfuerzo en encontrar al asesino de verdad como lo estaba poniendo en forzar la confesión de alguno de nosotros.

—¡Vamos! Necesito que me ayudéis todos. Podemos averiguarlo. Nosotros los conocíamos mejor que nadie. Sabéis lo que nos pasará si no lo conseguimos, ¿no? —dije. Les estaba suplicando desesperadamente que se subieran al tren y colaboraran conmigo.

—Sí, Mackenzie, creo que todos somos conscientes de que Wright está fascinado con la idea de que uno de nosotros es ese gran y malvado asesino, pero ¿qué crees, sinceramente, que podemos hacer? Ninguno tiene ni la más remota idea de cómo capturar a un asesino —dijo Aaron.

Frustrada, apreté la mandíbula con tanta fuerza que incluso me dolió.

—¿Así que tendríamos que limitarnos a darnos por vencidos y aceptar la situación?

—No. —Aaron suspiró y dejó caer los hombros—. Lo que pasa es que no sé ni qué hacer ni por dónde empezar. Todo esto es nuevo para mí.

«Tal vez necesitaríamos abogados», pensé.

—Empezaremos haciendo una lista de cualquiera que pudiera odiar a alguno de ellos, o a ambos —dije.

La personalidad de Josh aseguraba que sería una lista larga. En el pasado había tenido conflictos con un montón de gente. Naturalmente, nadie iba a matarlo por ello, pero los enemigos de Josh podían ser la respuesta. Estaba segura.

Me restregué el entrecejo; estaba dolorido.

—A mí no se me ocurre nadie que pudiera odiar a Courtney. ¿Y a vosotros?

—¿Por qué no empezamos con Courtney y así luego nos centramos en quién odiaba a mi hermano? —propuso Blake, que me leía como si fuera un libro abierto.

—No es por ofender, pero...

Blake levantó una mano y dejé de hablar.

—Entendido, Mackenzie. Yo habría hecho lo mismo. Veamos entonces, ¿alguien que pudiese odiar a Courtney? Yo no. Apenas la conocía.

Hice un gesto negativo con la cabeza. Kyle, Megan y Aaron respondieron encogiéndose de hombros. Nadie sabía de nadie a quien Courtney no le cayera bien.

—Tengo la sensación de que para hacer una lista de sospechosos del asesinato de Josh necesitaríamos un bloc de notas muy grande —dijo Blake, soltando una triste carcajada.

—Empezaré yo —dijo Kyle—. Los cuatro sabemos que tuvimos un problema con él después de la muerte de Tilly y Gigi por las cosas que dijo sobre ellas, pero sabemos también que no lo hizo ninguno de nosotros cuatro. Blake también tuvo problemas con su hermano menor, ¿no es así, Blake?

—Así es —respondió Blake—. Pero yo tampoco los maté. —Miró, además de a Kyle, a Aaron—. Contrariamente a la creencia popular.

—El padre de Tilly —sugirió Aaron, ignorando por completo a Blake.

—No —replicó Megan—, se puso muy furioso pero no estaba enfadado con nadie en concreto.

Después de la muerte de Tilly y Gigi, sus padres habían gestionado lo sucedido de formas muy distintas. Los padres de Gigi se habían quedado destrozados, pero se habían mostrado decididos a hacer algo positivo y pusieron en marcha una organización benéfica para ayudar a las familias que sufrían la pérdida de un hijo. El padre de Tilly estaba derrotado, pero también rabioso.

Aaron le lanzó una mirada furibunda.

—Dijo que deseaba matar a quienquiera que hubiese sido el responsable del accidente. Vamos, creo que, como mínimo, deberíamos tenerlo en cuenta.

Sí. El padre de Tilly había dicho —en el calor del momento y como resultado de su rabia y su dolor— que mataría a la persona responsable de la muerte de su hija, pero nunca pensé que pudiera hacer realidad su amenaza. De todos modos, no estábamos en posición de pasar por alto a nadie por el simple hecho de que no quisiéramos que fuera cierto, de modo que seguimos con el tema.

—Aaron tiene razón —dije arqueando la espalda y enderezándola a continuación—. Pensémoslo bien. Íbamos todos en la furgoneta. Nosotros sobrevivimos al accidente y Tilly y Gigi no. El conductor del camión también murió, de modo que no pudo pagar por lo que había hecho. Courtney era la que

conducía y Josh el que planificó la excursión y el que después de los hechos se comportó como un cabrón. Tal vez el padre de Tilly los consideraba responsables de lo sucedido.

Kyle se rascó la barbilla.

—Lo entiendo. Perdió a su hija, y no hay motivación mayor para cometer un asesinato que buscar venganza por la muerte de tu hija.

El estómago me dio un vuelco. Aquello tenía sentido.

CAPÍTULO OCHO

Jueves, 20 de agosto

—¿Por qué estás cambiando la decoración? —le pregunté a Kyle.

Estábamos en su habitación. Todos los muebles estaban colocados en el centro del cuarto y estaban tapados con sábanas para dejar despejadas las paredes pintadas de color azul oscuro.

Hasta hacía cuestión de diez minutos no tenía ni idea de que estaba planteándose una nueva decoración. Me había llamado hacía un rato para decirme que necesitaba hacer cambios y se quejaba de que su habitación le resultaba demasiado oscura y deprimente.

Llevaba deambulando nervioso de un lado a otro desde que yo había llegado. Lo observé mientras daba vueltas por la habitación, mirando las paredes vacías. Kyle era muy equilibrado, y verlo tan estresado me hacía sentir incómoda. Se mostraba apasionado por las cosas que le interesaban, pero ahora estábamos simplemente hablando sobre colores para la pared.

Su ansiedad me estaba poniendo histérica. Me di golpecitos en los muslos, nerviosa.

—No soporto más este azul de mierda.

Me mostró una lata de pintura de color verde, de un tono claro pero muy intenso. Su conducta me estaba incluso alterando el pulso.

Sonreí, aunque estaba preocupada. «Algo no va bien», pensé.

—Oye, Kyle...

Estaba cambiando un color extremo por otro. El azul oscuro era casi negro y deprimente y el verde lima era intenso y excesivamente alegre. Era como si estuviera desesperado por obligarse a mostrar una fachada de felicidad.

—¿Te parece terrible? —dijo.

—No es que el color me parezca terrible, en absoluto, pero nunca lo pondría en todas las paredes. En diez minutos tendrías dolor de cabeza.

—Me da igual. Necesito un color vibrante. Un cambio total. —Eligió una de las muchas brochas que tenía encima de la cajonera—. Sí, es un cambio. Empecemos pues. —Sonrió—. ¿Qué haría sin ti?

—Pues pintarlo tú solo —repliqué con una sonrisa, y sumergí la brocha en la lata del blanco.

—¿Lo llevas bien? Ayer fue... complicado —dijo.

Empezó a embadurnar una pared de cualquier manera. A pesar de que no era más que una primera capa de imprimación antes de que todo se volviera verde, yo utilicé mi brocha con cuidado, asegurándome de que la pintura se distribuía equitativamente.

El día anterior había sido uno de los más duros de mi vida. No solo había sido la despedida de Courtney, sino que además me había hecho recordar los funerales de Tilly y Gigi, en los que me había sentido completamente perdida y vacía. Y, para rematarlo, mis amigos y yo nos habíamos enterado de que nos habían drogado e incriminado por asesinato. Sí, «complicado» era un calificativo que se le quedaba corto.

—Fue espantoso, pero estoy bien.

—Mmm... eso es mentira.

—No es del todo mentira, Kyle. En estos momentos estoy bien.

—Estás concentrada en la caza del asesino. Cuando lo descubran, te hundirás.

Guardé silencio. Kyle y yo nos conocíamos desde que éramos niños. Siempre había sido el amigo que me había dado todo el apoyo emocional que necesitaba.

—Ya sabes que me preocupas, Kenzie. No soportaría verte otra vez tal y como te vi después de lo de Tilly y Gigi.

Me mordí el labio inferior y reflexioné sobre lo que acababa de decirme. Cuando mis amigas murieron me sumí en el caos, en un caos tremendo. Pasé casi una semana sin comer y apenas me levantaba de la cama. Sabía que jamás volvería a verlas ni a recibir un mensaje cotilleando sobre el último episodio de *Crónicas vampíricas*, quejándose a gritos porque habían matado a su personaje favorito de *The Walking Dead* o sugiriendo ir a Nando’s a cenar. Y aún las echaba de menos. A veces veía cualquier cosa y mi primer pensamiento era enviar un mensaje a mis cuatro chicas. La verdad es que yo también estaba preocupada. Después de todo este tiempo, sentía todavía muy reciente aquella

sensación de impotencia total. Tal vez podría haberme movido y haber hecho alguna cosa por ayudar. Nunca había vuelto a sentir tanta impotencia hasta que descubrí a Courtney y Josh asesinados.

—Todo irá bien. Os tengo a vosotros; a ti, a Megan y a Aaron.

Y a Blake. Más o menos. Creía. La lista de gente con quien podía contar se iba reduciendo cada vez más.

—A nosotros siempre nos tendrás. —Abrió los brazos y prácticamente me derrumbé sobre ellos. Lo abracé por la cintura y me quedé allí, sin ganas de soltarme. Ya solo quedábamos cuatro y teníamos que mantenernos unidos—. Lo siento mucho, Mackenzie.

Su cuerpo temblaba como si estuviera llorando, aunque no emitía ningún sonido. Kyle siempre me había parecido muy fuerte. Cuando Tilly y Gigi murieron, se acostaba a mi lado hasta que me quedaba dormida, se dedicó a buscar los mejores psicólogos de la zona cuando vio que sola no podría seguir adelante, se había quedado a veces noches enteras conmigo para ayudarme a estudiar para un examen. A veces, también él necesitaba desahogarse.

—Tranquilo, tú no tienes culpa de nada. Todo saldrá bien —murmuré pegada a su hombro. Rezaba para que fuera verdad.

«Todo saldrá bien» era una frase muy utilizada, pero también muy cierta. Por muchas cosas que pasaran, por muy profundamente que las circunstancias te hicieran sufrir, el mundo seguía girando y tú seguías respirando. La situación podía volverse horrorosa durante una temporada —a veces durante una temporada muy larga—, pero, al final, siempre salías adelante. Solo que no estaba del todo segura de si esta vez tendría la paciencia y la energía suficientes para esperar a que esa temporada pasara.

Kyle se apartó y respiró hondo.

—Tendríamos que seguir pintando. Creo que le daré dos capas.

Asentí, esbocé una mínima sonrisa y cogí de nuevo la brocha.

—Kyle, ¿crees sinceramente que los mató Blake?

Siguió moviendo el brazo arriba y abajo para extender la pintura sobre la pared. Tardó mucho en responder.

—Mira, Kenz, sé que te gustaría creer que alguien entró en la casa, y a mí también me gustaría, pero no fue así. Eso es un hecho consumado, de modo que sí, creo que fue Blake. No lo conocemos, y prefiero pensar que fue un desconocido antes que alguien que conozco desde hace media vida. Comprendo que tú quieras que el asesino sea otro, pero a mí me parece que no puede ser.

Tenía que ser otra persona. Yo no me había acostado con un asesino. Pero ¿cómo negar los hechos? No, tenía que negar la implicación de Blake en las muertes porque era inocente. Tenía que creer en eso. Era necesario.

—¿Se te ha pasado en algún momento por la cabeza que pudiera haber sido yo? —le pregunté.

Contuve la respiración. Si respondía que sí, me destrozaría. Pero Kyle se echó a reír.

—Me tomas el pelo, ¿no? Mackenzie, ¡si me haces sacar afuera las arañas porque te da pena matarlas! No, jamás he pensado que pudieras haber sido tú.

Exhalé un enorme suspiro de alivio. Kyle levantó las cejas.

—¿Y tú? ¿Has pensado que podría haber sido yo?

—No —respondí—. No creo que haya sido ninguno de vosotros.

—Tienes algo con Blake —soltó, y lo hizo como una afirmación, no como una pregunta.

Algo. Pues claro, me importaba como ser humano. Me negaba a creer que pudiera haber matado a su hermano, pero esto no significaba que tuviera algo con él. Nadie sabía que Blake y yo nos habíamos acostado, y no era consciente de que nuestros sentimientos fueran tan evidentes. Había habido sexo, y Blake me había hecho sentir cosas nuevas, cosas que me daban miedo. No era de las que se acostaba con cualquiera. Mantener relaciones íntimas con alguien era muy especial para mí y, en ese sentido, le había dado acceso a Blake demasiado pronto. Y eso me asustaba. La forma en que reaccionaba mi cuerpo cuando él estaba cerca me daba miedo. Pero no podía contárselo a Kyle. Ninguno de mis amigos creería jamás que el asesino pudiera ser cualquiera de nosotros antes que Blake. Y de ninguna manera estaba dispuesta a contarles a mis amigos que me había acostado con un chico el mismo día de conocerlo, porque estaba segura de que la noticia acabaría llegando a mis padres. Vivíamos en una ciudad pequeña y era difícil esconder las cosas.

Cuando me di cuenta de que llevaba un rato callada, tartamudeé y dije:

—N-no. Apenas lo conozco, Kyle.

—Pero lo defiendes ciegamente.

—Ciegamente no.

—Sí. Tú misma acabas de decir que no lo conoces bien. Pero estás defendiendo a un tío que, por lo que sabemos, podría ser un asesino. Yo calificaría tu defensa de ciega.

—No pudo ser él —espeté.

—¿Por qué no?

Cerré los ojos y lo solté:

—Porque estuvo toda la noche conmigo.

Kyle se quedó paralizado.

—¿Qué?

—No me juzgues mal. Me despertó a medianoche y una cosa llevó a la otra. Subimos. No vimos a Josh ni a Courtney por ningún lado. Supuse que también estaban por arriba.

—¿Arriba? ¡Nunca llegaron a subir, Mackenzie!

Negué con la cabeza.

—No, si ya hubiesen estado muertos, lo habría sabido.

—¿Cómo? Desde el sofá no podías ver la cocina. Dios mío. —Se pasó la mano por la cara—. ¿Es que de verdad no ves lo que pasó? Blake los mató y luego te despertó para poder tener una coartada.

—No..., Kyle, no, no fue así. —Retrocedí un paso y cerré la boca con fuerza. Lo que decía Kyle no era cierto. Blake no podía haberse aprovechado de mí de esa manera..., ¿no?—. No me digas que crees sinceramente lo que estás diciendo.

—¿Qué otra explicación tienes?

—Cualquiera de nosotros podría haberse despertado y haberlos matado.

—Cierto, pero ninguno de nosotros lo habría hecho.

Suspiré, frustrada.

—¿Podemos dejar de hablar de esto, por favor? Sigamos pintando la habitación.

Kyle hizo una mueca y consideró mi petición. Bajó la vista hacia el suelo y luego volvió a levantarla para mirarme.

—Claro.

Conociendo a Kyle, era muy probable que quisiera seguir dándome el sermón hasta convencerme de su idea... o que le pidiera a Aaron que me vigilara y me mantuviera alejada de Blake.

—Gracias.

No me apetecía discutir con él, con mi dulce Kyle. No quería discutir con el chico que me compraba mi comida basura favorita cuando estaba baja de ánimos y que veía conmigo películas románticas sin quejarse —bueno, sin quejarse mucho— solo para darme ese gusto.

—¿Has hablado hoy con Aaron o con Megan? Yo antes he intentado llamar

a Megan, pero me ha saltado directamente el contestador.

—Aaron está en casa de Megan. Se ve que sus abuelos han venido desde Italia para asegurarse de que está bien y es probable que no te haya respondido por eso.

Asentí y tomé nota mentalmente para ir a verla a la mañana siguiente. Si Aaron ya estaba con ella, no me necesitaba por el momento, y tampoco quería entrometerme si estaba su familia de visita.

—¿Y de verdad piensas que el asesino podría ser el padre de Tilly? —pregunté, mientras seguíamos trabajando codo con codo.

Lawrence había proferido amenazas. Pero también lo había hecho Aaron. Había amenazado con matar a Josh. Eran palabras que se decían en el calor del momento, pero si nos tomábamos en serio la amenaza de Lawrence, ¿por qué no tratar con la misma seriedad la de Aaron?

Kyle levantó un hombro y lo dejó caer.

—Podría ser. De haber tenido la oportunidad de matarnos sin que hubiera consecuencias, creo que lo habría hecho. Necesita desesperadamente alguien a quien culpar de la muerte de Tilly, y en el fondo es comprensible.

—Lo sé, pero ¿matar a alguien por un accidente? No me cabe en la cabeza —dije.

—La gente intenta justificar constantemente sus actos. Yo podría comprarme una camiseta porque tiene un descuento del treinta por ciento o considerar que beber una copa más es correcto porque he cenado mucho.

—¿Y decidir matar a una persona porque se lo merece?

Kyle volvió a encoger el mismo hombro.

—Supongo.

—¡Es una estupidez!

—No estoy diciendo que sea una actitud sensata, Kenz, sino simplemente que la gente utiliza su propia lógica para justificar decisiones de todo tipo. Nuestra otra opción es Blake, pero ya sé cómo te sientes al respecto y no hablaremos más sobre él.

Aplicar dos capas a la habitación de Kyle nos llevó cuatro horas y media. Me dolía el brazo —me dolía todo— y llegué a pensar que iba a caerme redonda.

—Mierda. Es *muy* verde —dijo Kyle, mirando las paredes con los ojos abiertos de par en par.

—Sí —repliqué—. Pero no pienso volver a ayudarte a pintar hasta dentro de tres meses, así que tendrás que vivir con ello o pintar tú solito.

Kyle sonrió.

—Trato hecho. Solo espero no sentirme como si viviese en un bosque de dibujos animados de Disney cuando vuelva a colocar los muebles.

—Lo dudo, pero ya veremos —dije en tono jocoso. Era agradable bromear un poco después de tanto llorar por Courtney y Josh.

Cuando las paredes se secaron, descubrimos los muebles y los empujamos hacia su lugar. Por suerte, con los muebles colocados, el verde no se veía tan chillón, aunque yo no habría dormido allí, de todos modos.

—Siento decirte que ya te lo dije... —comenté.

Kyle esbozó una sonrisa de suficiencia y chocó su hombro contra el mío.

—No lo sientas. Quería un cambio y lo he conseguido. Lo soportaré por una temporada.

—A lo mejor podríamos pintar tres paredes en blanco o algo por el estilo. Así el tono quedaría más discreto.

—Sí, a lo mejor.

—Bueno, acabemos de ordenar las cosas y luego me preparas algo de comer, ¿te parece?

Kyle aún tenía que ordenar sus trofeos de fútbol, sus pósteres y algunas cajas de zapatos con trastos. Cuando me agaché para coger una de las cajas de zapatos, se rompió por un lateral y todo el contenido se desparramó por el suelo.

—Mierda —murmuré, y me arrodillé para recoger las fotografías que habían quedado esparcidas por todos lados.

—Tranquila —dijo Kyle, agachándose también para ayudarme.

Me llamó la atención una de las fotografías, y se me hizo un nudo en el estómago.

—¿Qué es esto, Kyle? —susurré, conmocionada, cogiendo la foto.

La boca de Kyle formó una «o» perfecta. Capté su mirada de pánico, aunque al instante se recuperó.

—No es más que una foto de hace años.

Miré de nuevo el *selfie* de Kyle besando a Courtney y fruncí el ceño. Courtney llevaba el pelo rojo, de un tono más intenso que el tinte que solía utilizar porque no había encontrado el que usaba habitualmente. Lo recordaba con una claridad pasmosa porque fui yo quien le aplicó el tinte —por última vez, creo—, justo antes de Pascua, hacía tres meses. La fotografía era reciente.

—Kyle, esta foto debe de ser de abril. Por el pelo de Courtney —dije, para que se diese cuenta de que sabía que estaba mintiéndome—. ¿Qué demonios

había entre vosotros dos?

Kyle y yo nos quedamos mirando, desafiándonos en silencio. Kyle suspiró y cerró los ojos. Y los mantuvo cerrados mientras confesaba, en voz muy baja:

—Estábamos juntos.

—¿Juntos? ¿Que vosotros dos estabais juntos? ¿Cuándo? ¿Cómo? No lo entiendo...

Kyle carraspeó y arrugó la frente.

—A espaldas de Josh. En secreto. Teníamos un lío. ¿Lo entiendes ahora?

Dejé caer los hombros. Fue como si mis pulmones se quedaran de repente sin aire. ¿Cuántas cosas no sabía de mis mejores amigos?

—Mierda, pero ¿en qué demonios pensabas? ¿Por qué Courtney no me lo contó? ¿Por qué *tú* no me lo contaste?

—¿Hablas en serio, Mackenzie? —murmuró Kyle con sequedad.

—Mira, Kyle. Court y yo nos conocíamos desde los siete años y siempre habría preferido verla contigo antes que con Josh.

—Sí, y yo también. Pero ella no lo dejaba. Decía que rompería con Josh, pero lo iba posponiendo por un motivo u otro. Al final, cuando ya llevábamos ocho meses, pasó de mí y lo eligió a él.

Casi se me saltan los ojos de las órbitas.

—¿Ocho meses? —Lo de Kyle y Courtney no había sido un rollo pasajero, sino un romance en toda regla. Había estado viéndose con él durante prácticamente todo el tiempo que había estado con Josh—. No sé ni qué pensar...

Me cogió la foto.

—No pienses nada. Courtney me metió en esto y luego pasó de mí. Habría hecho cualquier cosa por ella. La quería mucho, pero lo eligió a él. La odiaba por lo que me hizo —soltó.

Parecía frío y distante. Parpadeé, sorprendida. La hostilidad que emanaba Kyle estaba invitándome a irme. No parecía él, y eso no me gustaba nada.

—No digas que la odiabas —dije en voz baja.

Courtney se equivocó liándose con él y me daba rabia que le hubiese hecho tanto daño, pero era nuestra amiga. Y ahora estaba muerta. Enfadarme ahora con ella no servía de nada.

Kyle se levantó y señaló el caos reinante en el suelo de la habitación.

—Tengo cosas que hacer.

—¿Qué? ¿Quieres que me marche ahora? No puedo, Kyle...

Explicaciones. Necesitaba explicaciones. No podía hacerme marchar sin

hablar más del tema.

—Estoy cansado, Mackenzie, y, francamente, no me apetece hablar de lo que había entre Courtney y yo.

Suspiré y me incorporé. Entendido. No iba a sacar nada en claro y quedarme más rato no tenía sentido si Kyle no pensaba hablar. También yo necesitaba en aquel momento mi espacio.

—Siento mucho que te hiciese tanto daño.

Kyle se quedó mirándome; era una mirada oscura y vacía. Hasta que, finalmente, replicó.

—Ahora ya da igual, ¿no crees?

Di media vuelta y salí de la habitación, impaciente por alejarme de él lo máximo posible. Estaba destrozado por la muerte de Courtney, era evidente, pero no podía evitar sentirme traicionada por aquella relación secreta. Mi amigo cariñoso, feliz y travieso se acababa de convertir en un desconocido amargado y rencoroso.

Caminé con rapidez hasta el coche. ¿Hasta qué punto odiaba Kyle a Courtney por no haberlo preferido a él? ¿Hasta qué punto odiaba a Courtney y a Josh? Ayer ni se me habría pasado por la cabeza considerarlo capaz de cometer un asesinato, pero el Kyle que había visto en su habitación era completamente distinto. ¿Sería aquella persona furiosa que acababa de conocer —el lado oscuro de Kyle— capaz de apuñalar a dos personas que habían sido sus amigos? Un lío. Kyle no se habría metido en eso. Era fiel y tenía un gran sentido de la ética. O eso había creído hasta hacía tan solo unos instantes.

CAPÍTULO NUEVE

Viernes, 21 de agosto

Aparqué delante de la cabaña y las manos me empezaron a temblar. No había estado allí desde que la policía se nos llevó a bordo de los coches patrulla y no deseaba volver a entrar nunca más. Pero tenía que pensar. A la policía se le tenía que haber pasado alguna cosa por alto, porque me estaba volviendo loca. Pensar que la gente en quien más confiaba en el mundo era capaz de cometer un acto tan atroz como aquel no iba conmigo. En la cabaña tenía que haber pistas. Era imposible asesinar a dos personas de un modo tan violento y sangriento y no dejar ningún rastro.

El teléfono me vibró en el bolsillo y me quedé paralizada. Lo saqué con cuidado y toqué la pantalla. Kyle ya me había llamado ocho veces en lo que iba de día y yo había ignorado todas sus llamadas. Nunca se había mostrado tan insistente. Suspiré y puse el teléfono en silencio.

Vi el Warrior de Blake en el camino de acceso, pero no me sorprendió. No tenía ningún otro lugar adonde ir para alejarse de su familia e imaginé que en casa de su madre tenía que sentirse tremendamente incómodo. De momento no podía volver a casa con su padre porque nos habían obligado a todos a permanecer en la ciudad.

La cabaña estaba acordonada con la cinta de la policía, pero la puerta de entrada estaba abierta, por lo que deduje que a Blake le daba igual que fuera una escena del crimen cerrada al público. También a mí. Yo era una persona que en condiciones normales acataba las reglas, pero ahora no había tiempo para eso. Alguien tenía que averiguar qué había pasado, y tenía que hacerlo rápido. ¿Y si al asesino se le ocurría ir a por el resto de nosotros?

Ignorando el tamborileo de mi corazón, entré en la cabaña y miré a mi alrededor en busca de Blake. Era un desastre. Todo estaba patas arriba. Los cojines del sofá estaban tirados por el suelo. Habían movido los muebles. Habían descolgado las fotografías de la pared y las habían dejado sobre la mesita auxiliar.

Blake estaba junto a la ventana, mirando hacia el exterior con la mirada perdida. Tosí para aclararme la garganta y para avisar de mi presencia. Volvió la cabeza hacia donde yo estaba y arqueó una ceja.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

No estaba dispuesta a dejarme intimidar y enderecé la espalda. «Estoy intentando demostrarme que Kyle no es el asesino y pretendo averiguar quién fue.»

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí?

—La cabaña es mía. Ahora te toca responder a ti.

—He venido a buscar... —Me interrumpí. Encorvé la espalda, derrotada. ¿A quién pretendía engañar? No tenía ni idea de cómo capturar a un asesino—. No sé. Cualquier cosa que pueda encontrar, supongo.

Blake ladeó la cabeza.

—Estás buscando a un asesino. ¿Qué te hace pensar que encontrarás una pista que docenas de policías y detectives no han podido encontrar? Han peinado hasta el último rincón de esta cabaña, Mackenzie. Aquí no hay nada que ver.

—Ellos no tienen tanto que perder como yo, y tampoco sabemos que no hayan encontrado nada.

Blake suspiró.

—Tú siempre tan dramática.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunté, ignorando el comentario.

—La policía debe de haber estado buscando la ropa del asesino. Tienen el cuchillo. Era uno de los nuestros.

—¿Sí? —«¡El cuchillo! En el cuchillo debe de haber huellas.»—. ¿Y?

—Y tienen el cuchillo —replicó, socarrón—. Todos utilizamos los cuchillos cuando estuvimos cocinando... y prácticamente todos los demás utensilios. Dudo que puedan averiguar gran cosa a partir de ahí.

—¡Pero las huellas del asesino tendrían que estar también allí!

El corazón se me aceleró con aquel rayo de esperanza. «Por favor, que encuentren ahí las huellas de alguien más.»

Blake sonrió con superioridad y sus impresionantes ojos azules se iluminaron.

—¿Qué tienes planeado entonces? ¿Perros para que huelan posibles pistas?

—¿Piensas ayudarme o qué?

—¿Acaso me he ofrecido? —replicó, frunciendo el ceño.

—Perfecto, Blake, quédate donde estás y sigue mirando por esa ventana.

Haz como si yo no estuviera.

—Es complicado si no paras de hablarme.

—Pero ¿qué te pasa? —Se estaba comportando como un cabrón—. ¿Qué ha pasado?

—Nada —gruñó—. Simplemente que estoy cansado de toda esta mierda. Quiero saber quién mató a mi hermano y quiero que todos tus amigos dejen de mirarme como si yo fuera el asesino.

—Pues yo quiero saber quién mató a mis amigos.

—A tu amiga —dijo Blake, corrigiéndome—. Odiabas a Josh, ¿lo recuerdas?

Apreté los dientes. De un modo u otro, Blake me culpaba, cuando yo era la única que lo apoyaba.

—De acuerdo. Quiero averiguar qué le pasó a mi amiga y a su novio. ¿Mejor así?

Ignorando mi respuesta, preguntó:

—¿Dónde quieres mirar primero?

La cabeza me daba vueltas. Estar con Blake era como estar con un yoyó humano: me llevaba a su terreno y luego me echaba.

—¿Quieres decir con esto que ahora has decidido ayudarme?

—No me hagas cambiar de idea, Mackenzie.

—Tienes razón. Lo siento. Pues no tengo ni idea de por dónde empezar. Tú conoces la cabaña mejor que yo. Si él o ella no utilizó las puertas, ¿qué me dices de las ventanas?

Blake se cruzó de brazos.

—Estaban todas cerradas, bien cerradas, desde el interior.

—Sí, eso ya lo sé, Blake.

—Y entonces ¿por qué quieres mirar ahí?

Le lancé una mirada furibunda. Tenía ganas de besarlo y de abofetearlo a la vez. Me estaba tocando las narices y yo estaba a segundos de explotar. ¿Por qué nadie se tomaba aquello tan en serio como yo? Necesitaba hacer mis comprobaciones, por si acaso.

—¡Tú a lo tuyo y pasa de mí, tío!

Blake levantó las cejas, sorprendido por mi respuesta. Y antes de que le diera tiempo a decir cualquier cosa, salí del salón y entré en la cocina. La cocina era el lugar más lógico por donde entrar o, como mínimo, por donde salir. Los

asesinatos se habían producido en la cocina y quienquiera que los cometiera tuvo que necesitar una vía de escape rápida.

En cuanto me encontré ante el suelo que había visto aquel día cubierto de sangre tuve ganas de huir corriendo hacia el coche, volver rápidamente a casa y esconderme en mi cama. Pero no podía permitirme ser débil. No quería pararme a pensar. No quería enfrentarme a la realidad de lo que había pasado.

—¿Mackenzie? —oí que decía Blake.

Lo había ignorado y me había lanzado hacia la ventanita que había encima del fregadero. La manija miraba hacia abajo y la ventana no se movía. Esperaba que el cierre estuviera roto y se abriera sin tener que hacer mucha fuerza. Aunque la policía ya habría probado eso, evidentemente.

—¿Qué? —repliqué, empujando el marco de madera con todas mis fuerzas —. ¡Maldita sea! —Golpeé el cristal con la palma de la mano, frustrada—. ¿Por qué no se abre? —grité con rabia.

—Para. —Me agarró del antebrazo con la mano y me apartó de allí—. Esto es ridículo. No conseguirás abrirla por arte de magia, Mackenzie. Y encima acabarás haciéndote daño.

Levanté el dedo: se me acababa de ocurrir otra idea.

—A lo mejor es que he empezado por el lugar equivocado. Tendría que averiguar quién es el asesino antes de descubrir cómo lo hizo.

—Muy bien, Sherlock, ¿por dónde empezamos?

Si yo fuese Sherlock Holmes, ya habría resuelto el caso en aquel punto. Pero no tenía ni idea de nada, ni siquiera una pista.

—Un escondite.

Di media vuelta y salí de la cabaña. Me froté el pecho, lo notaba dolorido. El asesino debía de haber necesitado un lugar donde esconderse, donde esperar la llegada del momento perfecto. Estaba segura. Más o menos. Oí los pasos de Blake siguiéndome, aplastando las hojas secas del suelo.

—No sabes ni adónde vas —dijo.

—Nadie sabe adónde va hasta que va —repliqué, caminando a paso ligero —. Si me sigues solo para fastidiarme, ya puedes ir dando media vuelta ahora mismo.

—No puedes andar por el bosque sola.

Me detuve, me volví y le lancé una mirada furiosa.

—¿Acaso te importa lo que pueda pasarme?

Blake pasaba constantemente del calor al frío. No sabía qué pensar de él.

Notaba que lo tenía pegado a mí y que su mirada me abrasaba. Era imposible descifrarlo. Blake era un misterio, y un misterio fastidioso, además.

—No tengo nada más que hacer —dijo en voz baja.

Oír su voz tan cerca me puso la carne de gallina. Su proximidad hizo que la rabia que sentía por su actitud se aplacase completamente... o casi.

—Mentiroso —dije, segura de que tenía centenares de cosas más que hacer, entre ellas no hacer nada de nada.

Me miró entrecerrando los ojos. Era evidente que no le había gustado en absoluto que le replicara de aquella manera.

—Yo también quiero encontrar al asesino. Nadie es capaz de darme respuestas. Así que me he dicho: ¿por qué no pegarme como una lapa a la detective Mackenzie y ver adónde me lleva eso? Además, no aguanto estar en casa.

Bajó la voz para hacer aquella confesión. Me imaginaba lo complicado que debía de ser tanto para él como para su madre.

—Lo siento.

Esbozó una sonrisa poco convincente y encogió un hombro.

—¿Qué es lo que andas buscando?

—Un cobertizo, una cabaña —respondí—. Cualquier lugar donde pudiera haberse escondido el asesino.

—¿Y esperas encontrar también ropa ensangrentada y el carné de identidad del asesino?

—No espero encontrar algo, sino que confío en poder hacerlo. ¿Se te ocurre algún lugar?

—Un par de sitios.

Pasó por mi lado y echó a andar en dirección contraria.

—¿Y recuerdas aún cómo llegar hasta allí?

—Por favor —dijo volviendo la cabeza para mirarme con suficiencia—, soy un hombre.

Eché también a andar siguiéndolo muy de cerca y empezamos a serpentear entre los árboles. Cuanto más nos adentrábamos en el bosque, más oscuro estaba y más me apetecía dar media vuelta.

—¿Estás seguro de que es por aquí? —pregunté, con un poco de recelo.

—¿Qué piensas? ¿Que estoy llevándote a un lugar recóndito para rajarte el cuello?

—Eso que has dicho no tiene gracia, y no creo que vayas a hacerlo. Pero

me parece que nos hemos perdido. Ya sé que ningún hombre lo reconocería, pero creo que estamos dando vueltas en círculo y que solo esperas que nos topemos con la cabaña de nuevo.

Blake suspiró.

—Mira, justo enfrente de ti verás una cabaña vieja y desvencijada. Josh y yo la descubrimos hace años cuando buscábamos un lugar donde jugar con nuestras pistolas de agua.

—¿Y necesitabais un escondite para eso?

—Necesitábamos una base. Toda buena operación militar tiene su base.

Sonreí y me imaginé a Blake de pequeño, correteando por aquí y divirtiéndose con juegos de fantasía. Seguimos andando, más despacio esta vez.

—Vaya imaginación que tienes.

—Que tenía —dijo Blake, corrigiéndome—. La vida siempre acaba jodiéndote.

—Pesimista.

—Optimista sin remedio.

—¿Hasta dónde llega el río? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Lejos, supongo.

—El agua brinda muchas oportunidades para eliminar pruebas. Y también el bosque. ¿Crees que lo escondió todo en alguna parte? La ropa, me refiero.

—No, creo que lo más probable es que se dedique a hacer la compra semanal vestido con esa ropa —replicó secamente Blake.

Entrecerré los ojos.

—Cabrón.

—El bosque es enorme. Por aquí todo se puede perder. El suelo está lleno de hojas y de porquería, lo cual, imagino, también sirve para ocultarlo todo.

—Estupendo. Eso significa que tenemos pocas esperanzas.

Encontrar pistas parecía una labor imposible. Si Blake estaba en lo cierto, y conocía la zona mejor que yo, el asesino podía haber escondido las pruebas en cualquier lugar de aquella kilométrica extensión de bosque. Y la policía iba a necesitar la ropa del asesino para compararla con las pruebas.

—¿Me quieres explicar por qué estamos haciendo esto? —preguntó Blake levantando una ceja.

Sabía lo que estaba pensando y coincidía con él. Aquello era una estupidez, una estupidez gigantesca, y una gran pérdida de tiempo.

—¡Porque tengo que hacer algo, Blake!

¿Y qué podía hacer si no? Yo no era de esas personas que se quedan cruzadas de brazos sin hacer nada cuando la gente que te importa tiene un problema. Blake señaló algo.

—Ahí la tienes.

Fruncí el ceño, pero en cuanto di un paso más vi el lateral de una estructura de madera.

—¿La hemos encontrado?

—No, yo te he guiado hasta aquí.

—¡De acuerdo, gracias! —Exasperada, murmuré para mis adentros—: Eres un cabrón y un cínico.

Blake esbozó una generosa sonrisa, enseñando toda la dentadura. Sabía dejar de lado sus emociones. Yo sabía hacerlo más o menos bien para poder salir adelante, pero Blake lo hacía para ser quien era.

Nos acercamos un poco más y me paré en seco. «No pienso entrar ahí dentro de ninguna manera.» Parecía que la estructura se iba a derrumbar. Era la típica cabaña de las películas de terror, de esas que, cuando aparecen, los personajes gritan para que nadie se acerque a ellas.

—Da miedo —dije, y un escalofrío me recorrió el cuerpo.

—Es una cabaña vieja, Mackenzie. ¿Qué crees que te va a hacer? ¿Morderte?

Hice caso omiso a sus comentarios y señalé la puerta que estaba medio colgada de la bisagra superior.

La sonrisa de Blake se hizo más pronunciada.

—Las damas primero.

—Calla y entra. —No entendía cómo podía estar todo el rato con sus chistecitos cuando lo que estábamos haciendo era tan serio. Y detestaba el hecho de que yo no aborreciera totalmente su humor—. ¿O es que estás asustado?

Me miró con aires de suficiencia.

—La psicología inversa no te va a funcionar conmigo. Esta cruzada es tuya. Tú primero, detective.

—De acuerdo. —Enderecé la espalda e intenté convencerme de que era más valiente de lo que en realidad me sentía—. Pero que quede constancia de que no tienes pelotas, princesa.

No sabía cuál sería su reacción, si continuaría con su actitud petulante o si replicaría, pero no me quedé a la espera de averiguarlo. Me tragué el miedo que

sentía y entré en la cabaña. La parte superior del umbral estaba plagada de telarañas, pero la mitad inferior estaba despejada, tal vez porque alguien la había limpiado recientemente. Eché un vistazo al interior, pero las ventanas estaban tan cubiertas de polvo que apenas dejaban que se filtrase la luz.

Cuando miré por encima del hombro me encontré con un Blake que me observaba engreído.

—¿Quieres que pase yo primero, corazón? —preguntó.

—¿Es una oferta sincera?

Se mordió el labio, fingiendo que se estaba pensando la respuesta, aunque ambos éramos perfectamente conscientes de que ya la sabía. Suspiró.

—Apártate.

Retiró con las manos las telarañas y entró.

—¿Qué hay? —pregunté en voz baja.

—No hay nadie. No es necesario que hables susurrando.

Respiré hondo y apreté los dientes.

—¿Qué hay ahí dentro, Blake?

—Nada de nada. Pasa.

Podía estar mintiendo y haber entrado yo y encontrarme un esqueleto o cualquier cosa horripilante, pero, por algún motivo que desconocía, confiaba en él. Blake me estaba volviendo loca con su actitud, pero sabía que no iba a ponerme en peligro. O, como mínimo, en peligro real. Aunque, probablemente, sí me permitiría entrar en un lugar donde hubiera un esqueleto solo por el placer de darme un susto de muerte.

Di un paso más y, cuando estaba ya dispuesta a cruzar el umbral, el olor a humedad me penetró la nariz. Blake limpió con la mano el cristal de una ventana. Al instante, un rayo de sol inundó el pequeño espacio y nos dio la luz suficiente para poder ver.

El interior de la cabaña estaba lleno de polvo, barro y más telarañas. El suelo estaba lleno de bolsas de patatas fritas y de botellas vacías. Fruncí el entrecejo.

—No vamos a encontrar nada, ¿verdad?

Blake se rascó la nuca.

—Si quieres seguir buscando, estoy contigo.

—¿Pero? —dije, intuyendo que tenía algo más que decir.

—Pero creo que fue uno de tus amigos.

Tragué saliva y negué con la cabeza.

—No, es imposible. Ninguno de ellos haría eso jamás.

—Eso es lo que quieren que creas, sí.

—No. Necesito seguir buscando. Mira las fechas de caducidad de toda esta basura. Podría haber cosas recientes.

—¿Lo cual demostraría...?

«¡Y yo qué sé!»

—Por favor, Blake —dije.

Sabía que estaba buscando una aguja en un pajar y que hurgar entre la basura era de lo más ridículo, pero tenía que encontrar pruebas que me llevaran hacia un intruso. No podía aceptar que el asesino fuera uno de mis amigos.

Blake levantó las manos.

—De acuerdo, examinemos la basura.

Sonreí.

—Gracias.

«Esto es totalmente absurdo. Estamos examinando basura. Esta investigación está tocando fondo.»

Blake se arrodilló y cogió una bolsa de patatas fritas descolorida. Me hubiese gustado decirle que aquella bolsa llevaba allí mucho tiempo, pero sabía que estaba haciéndome un favor.

—Confío en que tus amigos te aprecien.

—¿Qué quieres decir?

—Que estás haciendo todo lo posible por demostrar su inocencia, una inocencia que ni siquiera sabes si es real, y eso incluye remover basura. ¿Y ellos? ¿Qué están haciendo ellos por ti?

—Yo no hago las cosas esperando recibir algo a cambio.

—Ya, pero tal vez tendrías que preguntarte más a menudo si los demás te aprecian de verdad.

No repliqué. Cogí del suelo un paquete arrugado de galletas. Lancé un grito ahogado y le mostré el paquete a Blake.

—¡Blake, mira!

El paquete estaba manchado de sangre. No mucha, pero confiaba en que fuera realmente sangre para vincular el asesino al crimen. Blake lo examinó con seriedad.

—¿Cuánto tiempo crees que debe de llevar aquí? —pregunté.

—¿Cómo demonios quieres que lo sepa?

—¿Crees que es sangre antigua?

Se encogió de hombros.

—No lo sé.

Oí un crujido en el exterior y me quedé inmóvil. Agarré a Blake por el brazo y miré horrorizada hacia la puerta.

—¿Has oído eso? —susurré.

—Sí —dijo Blake, avanzando un paso y ladeando la cabeza. Tensé los dedos alrededor de su bíceps, intentando retenerlo. Me miró por encima del hombro—. Tengo que ir a ver qué es —dijo en voz baja, y soltó el paquete manchado de sangre.

Moví la cabeza con un gesto de preocupación y tiré de él, pero Blake apenas se movió.

—No vayas. Podría ser el asesino.

—Y también podría ser un animal.

—Por favor, Blake.

Un nuevo crujido me llevó a apretar los dientes. Se me paró el corazón.

—No salgas —dije, en un intento de disuadirlo de la idea.

Blake me apartó la mano con la que seguía sujetándole el brazo.

—Quédate aquí.

—¿Estás loco?

—Ni la mitad de lo que empiezo a pensar que estás tú. —Sus ojos se oscurecieron cuando se acercó aún más a mí—. Y no se te ocurra volver a poner en duda mi salud mental.

Di un paso atrás y me aparté de él.

—Quédate aquí, Mackenzie —rugió.

Contuve la respiración y lo vi salir con cautela de la cabaña. No podía permitir que saliera solo. ¿Y si el asesino estaba fuera? Era poco probable, aunque tampoco me hubiera imaginado nunca que en la cabaña pudiera pasar lo que pasó.

Me armé de valor y salí al exterior. Blake había doblado la esquina de la estructura y estuvo a punto de chocar contra mí. Pegué un salto y puse mala cara al verlo sonreír con superioridad.

—Era un ciervo —dijo.

—¿Qué?

—Un ciervo, un animal de cuatro patas que vive en los bosques.

Lo miré con exasperación.

—Sí, ya sé lo que es un ciervo. Pero ¿estás seguro de que era eso?

—Pues si no era eso, era una persona muy rara. —Se agachó para coger el paquete, que se había quedado justo en el umbral de la puerta—. ¿De verdad quieres llevártelo?

—Sí —dije. «No era más que un ciervo, serénate.»—. La sangre parece reciente.

Blake se echó a reír. Debía de tenerme por idiota, pero al menos mi conciencia estaba más tranquila por estar siendo proactiva.

—No sé dónde le ves la gracia, Blake. ¿Por qué no te tomas todo esto en serio?

—Pues porque hemos acabado removiendo basura. Te haré caso y le llevaremos esto a Wright. —Se incorporó—. Y ahora vámonos, antes de que encuentres un pájaro muerto y lo acuses de...

—Gracias.

Di media vuelta y me puse en marcha. Mantener la frialdad en compañía de Blake era complicado, incluso cuando intentaba ayudarme.

—¿Mackenzie?

—¿Qué?

—¿Qué harás si resulta que uno de ellos es el asesino?

—La verdad es que no lo sé —dije, e intenté alejar aquella idea de mi cabeza—. ¿Me ayudarás? Ninguno de los demás se muestra entusiasmado con la posibilidad de investigar. Necesito a alguien —dije en voz baja.

Blake me miró frunciendo el ceño.

—¿Vas a echarte a llorar? Recuerda que no me apaño muy bien con las mujeres histéricas.

—No pienso llorar. Todavía no.

—¿Acaso llevas puesto un cronómetro? —preguntó bromeando.

Sonreí.

—Lo haré cuando todo esto haya acabado. Entretanto, seré Mackenzie *la Fuerte*.

—La verdad es que tus amigos son muy afortunados.

Le resté importancia al cumplido. Era lo que cualquiera haría por la gente que le importaba.

—¿Me ayudarás?

Levantó las comisuras de la boca e hizo una pequeña reverencia.

—Estoy a su servicio, detective Keaton.

Exhalé profundamente, agradecida por tener a alguien con quien compartir

aquello, por mucho que ese alguien me volviera loca la mayor parte del tiempo. Sabía que, juntos, conseguiríamos averiguar la verdad sobre lo sucedido.

Blake extendió la mano y me rozó el dedo meñique con el pulgar. El contacto provocó una descarga eléctrica en todo mi cuerpo.

—Gracias, Blake —murmuré.

CAPÍTULO DIEZ

Cuando regresamos de la cabaña, Blake y yo pasamos por comisaría a dejarle el paquete manchado de sangre a un perplejo Wright y luego fuimos a casa de Blake. En el instante en que cruzamos la puerta adiviné que lo que más deseaba Blake en el mundo era volver a irse de allí. Entró en la sala de estar muy despacio. Su madre estaba sentada en el mismo sillón donde había pasado todo el velatorio de Josh. La televisión estaba encendida, pero me dio la impresión de que no la estaba viendo. Tenía la mirada perdida y no se movía. Solo podías adivinar que seguía con vida por el movimiento de su pecho al respirar.

—Hola, Eloise —dije a la estatua en la que se había convertido la madre de Blake.

La mujer ni siquiera parpadeó. Miré a Blake, pidiéndole ayuda.

Blake movió la cabeza con discreción y fue como si sus labios perdieran volumen. Imaginé que aquella coraza era la actitud habitual de su madre en aquellos momentos.

—Subamos a mi habitación —dijo.

Miré una vez más a su madre y seguí a Blake. Eloise tenía los ojos enrojecidos y hundidos. El cabello grasiento y recogido en una cola de caballo alta y descuidada. Daba la impresión de que había desconectado del mundo hacía días y que se había abandonado por completo.

—¿Se encuentra bien? —le pregunté a Blake.

Esperé a llegar al piso de arriba, aunque creo que ni siquiera se habría enterado si me hubiese oído formularle la pregunta a Blake justo delante de ella.

—La verdad es que no.

Empujó la puerta y me indicó con un gesto que pasara yo primero.

«Caray, es capaz incluso de comportarse como un caballero.»

La habitación era sencilla y apenas tenía decoración. Las paredes estaban pintadas de un tono azul claro anodino y no tenían nada colgado que las personalizara un poco. El mobiliario consistía en una cama de matrimonio, una mesita de noche y un armario. En la pared de enfrente de la cama había un

televisor de pantalla plana que parecía bastante antiguo, y supuse que iría a parar allí cuando lo sustituyeron en alguna parte de la casa por otro más nuevo. Imaginé a Eloise comprando un aparato nuevo para el salón y diciendo: «El viejo podemos dejarlo en el cuarto de Blake». El dormitorio de Blake me recordaba a la habitación de un hotel barato.

—Nunca he pasado mucho tiempo aquí —me comentó.

—Está bien. —No entendía por qué tenía que darme explicaciones. A mí me daba igual el aspecto que tuviera su cuarto—. ¿Has tenido noticias de Wright?

—No, pero no me extraña, porque hace apenas dos minutos que salimos de allí.

Me senté en la cama.

—Tienes razón, pero es que estoy impaciente.

—Siéntete como en casa, por favor —dijo, medio en broma. Y añadió—: Creo que lo hace a propósito.

—¿El qué? ¿No decirnos nada?

Se dejó caer en la cama y boté.

—Sí. Tal vez pienses que se dedica las veinticuatro horas del día a nuestro caso, pero dudo mucho que sea así. Sea lo que sea que esperemos nosotros, él seguro que está haciendo lo contrario.

—Para liarnos. No parece un detective muy normal.

—No sé —dijo Blake, encogiéndose de hombros con indiferencia—. Si yo tuviese su cargo, creo que sería creído y arrogante.

Resoplé y me miró con sorna: si él tuviese su cargo...

—Sigamos —dijo. Su mirada me dio a entender que se lo estaba pasando en grande—. ¿Qué actividades divertidas nos tienes preparadas? ¿Abrir tumbas? ¿Rastrear las cloacas?

—¿Por qué no sugieres alguna cosa, si tan poco te gusta lo que hago? —dije, y pensé que cualquier iniciativa sería bienvenida.

—Podríamos hablar con el padre de Tilly. Es posible que algún detalle de lo que nos dijera pudiera sernos más útil que hurgar entre la basura que deja la gente.

Sin prestar atención, y mientras hablaba, Blake alargó el brazo y me acarició el dorso de la mano con el pulgar. Yo no estaba segura de si era consciente de lo que me estaba haciendo sentir con aquel contacto, pero me gustaba muchísimo. Cada vez que me tocaba tenía la sensación de estar cayendo

al vacío. Y no sabía muy bien si estaba empezando a colarme por él o si estaba a punto de caer al vacío por culpa de él. En aquel momento, creo que podría haber sido cualquiera de las dos cosas.

—He encontrado sangre, ¿no? —repliqué, y me di cuenta de que me temblaba la voz, a pesar de que intentaba tomar el control de mis hormonas.

—Lo más probable es que sea de un animal moribundo, pero sí.

—Eso ya lo veremos. Wright la hará analizar.

—Pensé que se reiría de nosotros y nos haría marchar —dijo Blake.

No se había reído, pero era evidente que nuestro trabajo de investigación le había hecho gracia.

—Porque sabe que tengo razón.

—Sí, pero también podría ser que la sangre sea de uno de tus amigos y se lo hayas presentado en bandeja.

Mi mundo se paró en seco. ¿Y si el resultado era ese? ¿Significaría que el autor era uno de mis amigos? No, no podía ser.

—No será de ninguno de ellos —dije, y noté que mi garganta se cerraba al pronunciar esas palabras.

—Lo que tú digas. Yo apuesto por Kyle.

¿Estaría Blake al corriente de la aventura que Kyle había tenido con Courtney?

—¿Por qué Kyle?

—Por esos ojos oscuros que tiene. Parecen los de un misterioso asesino en serie.

Me eché a reír.

—¿Un misterioso asesino en serie? Tener los ojos castaños no te convierte necesariamente en asesino.

—No es por el color, sino por su forma de mirar.

Negué con la cabeza. Blake estaba empezando a decir cosas sin sentido.

—Entonces... ¿vamos a casa de Lawrence? —dijo—. Supongo que es el padre de Ricitos de Oro.

—Sí, ¿y cómo sabes que Tilly era rubia?

—Huelo a las rubias desde lejos. Es un don.

—¡Eres un cerdo!

Rio y se levantó, como yo.

—Os conozco a todos. Bueno, mejor dicho, sé cosas de vosotros. —Y era cierto, nos había visto cuando sus padres hacían el intercambio de niños—.

¿Vive muy lejos Lawrence?

—A cinco minutos. Todos vivimos por aquí.

—Odio los pueblos pequeños.

—Oye, que este pueblo está muy bien.

—Lo que tú digas, siempre y cuando no te importe que haya algún que otro asesinato de vez en cuando —murmuró.

Inspiré hondo e intenté que sus palabras no me calasen. Le agradecía que estuviera ayudándome, pero sus pequeñas pullas no hacían gracia. Bromeaba sobre todo para que la gente pensara que pasaba de todo. Pero no era cierto. Había cosas que le importaban, pero, por algún motivo que desconocía, no quería prescindir de su fachada de tipo duro.

—¿Y donde vives tú es mejor?

—Las ciudades grandes siempre son mejores. Es un hecho consumado. Aquí todo el mundo sabe lo que haces y todo el mundo te mira y se pregunta qué te traes entre manos. En las ciudades la gente tiene su vida. Pero en los pueblos la vida de la gente es la vida de la otra gente.

—Lo que tú digas. —Llegamos a los pies de la escalera y lo miré con preocupación. ¿Haríamos bien yéndonos y dejando a su madre sola?—. ¿Está bien, Blake? Tengo la sensación de que tendríamos que hacer algo por ella.

Eloise estaba sentada en la misma posición, seguía inmóvil. Ojalá Blake y yo nos hubiéramos conocido en otra parte. Era comprensible que no le gustara estar en casa de su madre. Normalmente sabía consolar a la gente. Decía o hacía cosas para intentar ayudar, pero con Eloise me parecía imposible. No me daba nada con lo que poder empezar a confortarla. Me veía capaz de gestionar el llanto. Me veía capaz de gestionar la rabia. Pero ¿una estatua carente de emociones? Me quedé en blanco.

—¿Ha comido algo tu madre? A lo mejor tendríamos que prepararle un bocadillo antes de irnos —dije, y nos detuvimos frente a la puerta del vestíbulo.

—No comerá aunque le prepares algo. No come nunca.

—¿Y tú?

—Soy mayorcito, Mackenzie. Sé cuidarme solo.

Se acercó a la puerta de entrada y lo seguí.

—Tú no cocinas —dije, pensando en que cuando mis amigos y yo habíamos estado preparando la cena no había ayudado en nada.

—Puedo hacerlo si quiero. Incluso sé cómo funciona una lavadora.

—Caramba, desconocía la existencia de los chicos inteligentes. Mi padre

aún tiene que preguntar por el programa si no le queda otro remedio que poner la lavadora.

Blake sonrió con suficiencia.

—Pero lo sabe perfectamente. Si te fastidia preguntándotelo cada vez es para no tener que hacerlo. Yo haría lo mismo en su lugar. Pero en casa solo estamos mi padre y yo, así que...

—No conozco a tu padre.

Abrió la puerta del coche.

—Aún no hemos llegado ahí.

Resignada con su ironía, ocupé el asiento del acompañante. No estábamos juntos y, en aquellos momentos, esa posibilidad ocupaba el último lugar en mi cabeza... bueno, tal vez no el último, pero sí que se situaba por detrás de encontrar al asesino de mis amigos. De todos modos, fuera lo que fuese que estaba pasando entre nosotros, era real y potente.

—¿Y cómo es ese tal Lawrence? —preguntó Blake.

—Un tipo muy agradable hasta que Tilly murió.

—Supongo que es comprensible.

—Josh no le gustaba nada, así que quizá sea mejor que no le menciones que era tu hermano.

Blake resopló y sacó el coche del camino de acceso a su casa.

—¿Hay alguien en este pueblo a quien le cayera bien Josh?

—A Courtney —dije—. Mira, no era tan mal tío y la verdad es que nadie deseaba su muerte.

Blake levantó una ceja.

—Una persona sí, como mínimo. Porque de momento seguimos asumiendo que lo hizo una sola persona, ¿no?

Me encogí de hombros.

—La verdad es que no le he dado muchas vueltas al tema en ese sentido. Lo único que sé es que no fue uno de mis amigos.

—O más de uno de tus amigos.

Lo miré entrecerrando los ojos.

—¿Sabes? Cuando te conocí pensé que estabas bien de la cabeza.

Blake volvió la cabeza hacia mí y me miró con aires de suficiencia.

—¡Mira la carretera! —grité.

—¿Dónde vive ese tío?

Le di la dirección y me recosté en el asiento para armarme de paciencia y

rezar por mi vida. El acelerador parecía ser el mejor amigo de Blake. No es que condujera de manera temeraria, sino que le gustaba pisar a fondo el acelerador y lo hacía con frecuencia.

—¿Qué piensas decirle? No podemos llamar a su puerta y soltarle: «Hola, ¿asesinó usted a dos adolescentes...?».

—Eso ya lo sé —dije, cortándolo. ¿Qué podíamos decirle? Después de la muerte de Tilly había pasado a ver cómo estaban sus padres y los había ayudado a clasificar la ropa que pensaban donar a beneficencia, pero ahora llevaba meses sin aparecer por allí. Tal vez podía utilizar alguna excusa—. Les diré que vengo simplemente a ver qué tal siguen, como solía hacer. Y recuerda no mencionarles que eres pariente de Josh. Te lo digo en serio, Blake.

—Sí, ya lo he captado, pero gracias de todos modos por recordármelo.

No volví a cruzar palabra con Blake durante el resto del corto trayecto. Podíamos haber terminado discutiendo y necesitaba mantenerme serena. Era consciente de que mentía fatal y recé para que Lawrence no me calara de entrada.

Cuando Blake aparcó delante del bungaló de ladrillo amarillo, el corazón empezó a latirme con fuerza. Por mucho que hubiera sido la única dispuesta a desplazarme hasta allí en busca del auténtico asesino, era la persona menos preparada para hacerlo.

—¿Lista? —preguntó Blake.

Tragué saliva y moví la cabeza en un gesto afirmativo.

—Vamos a ello.

No quería pensar que el padre de Tilly pudiera ser el asesino. Había dormido centenares de veces en aquel bungaló y había comido las famosas rosquillas de queso y beicon de Lawrence en infinidad de ocasiones. ¿Cómo podía ser que alguien que conocía tan bien fuese un asesino? Los asesinos salían en televisión. En mi mundo no tendrían que existir. Pero, con todo y con eso, mi mejor amiga había muerto asesinada.

Recorrí el camino de acceso con Blake ralentizando el paso detrás de mí. No hizo comentarios estúpidos ni intentó que me diese prisa. Llamé con suavidad a la puerta, respiré hondo y traté de sosegar el ritmo acelerado de mi corazón.

—Mackenzie, qué sorpresa —dijo Lawrence cuando abrió la puerta—. ¿Qué te trae por aquí?

Sonreí y recurrí al motivo que había ensayado mentalmente durante el

camino.

—Me apetecía pasar a ver qué tal seguís. Hace ya tiempo que no nos vemos.

—Cierto —dijo Lawrence, y entonces miró a Blake—. ¿Y tú... eres?

«No digas que eres el hermano de Josh. No digas que eres el hermano de Josh.»

No tenía ni idea de cómo podía reaccionar Lawrence si se enteraba; odiaba a Josh más que a nadie. Blake le tendió la mano y Lawrence se la estrechó.

—Todo el mundo me llama Spike. —Me pasó el brazo por encima del hombro—. Soy el novio de Mackenzie.

«Lo mato.»

Esbocé una sonrisa tensa y apreté los dientes. ¿Spike? ¿En serio? No podría haber encontrado un nombre más soso por mucho que se hubiera esforzado. Tendríamos que haber hablado en el coche sobre quién sería, pero nunca me habría imaginado lo de «Spike».

—Spike —repitió Lawrence, y me miró como queriendo decirme «¿Qué demonios haces con este chico?». Y la verdad es que en aquel momento no tenía ni idea—. Encantado de conocerte. Pasad, por favor.

Lawrence tomó la delantera y aproveché la oportunidad para darle un manotazo a Blake en el brazo. «Pero ¿qué te has pensado?», dije sin levantar la voz, y Blake se limitó a sonreír.

—Ya sabes el camino hacia el salón. Id para allá y mientras os prepararé un té —dijo Lawrence, hablando por encima del hombro.

Blake arrugó la nariz, pero no pidió café.

—Perfecto —repliqué, y giré hacia la derecha para ir al salón.

Todo estaba exactamente igual que cuando Tilly vivía. Paredes pintadas en un tono caramelo claro, un sofá de color marrón y una mesita de centro de madera de roble, aunque habían sustituido el reloj clásico de madera por uno más moderno. Tilly odiaba el viejo reloj y siempre decía que parecía el de un asilo. Sin duda alguna, habría dado su aprobación a aquel cambio hacia la modernidad.

Blake y yo esperamos en silencio. Jugué con nerviosismo con los dedos, pensando en la conversación que íbamos a mantener. No podía entrar a matar y preguntarle directamente si acababa de cometer un par de asesinatos.

Blake pegó su pierna a la mía y luego me cogió la mano para darme fuerza y apoyo en silencio.

—Cálmate —susurró.

—¿Y si lo hizo él?

—No creo que lo reconozca, Mackenzie. Todo saldrá bien.

—¿Y si no nos sale bien? Si es verdad que los mató, es capaz de hacer lo mismo con nosotros.

Blake me cogió por la barbilla y ladeó mi cabeza hasta poder mirarme a los ojos.

—Nadie en este mundo te hará daño mientras yo esté aquí.

—Pero ¿qué te pasa? —le dije en broma, con el tono de voz más despreocupado que conseguí articular.

Blake me miró con expresión enfurruñada, como si no estuviera seguro de sí mismo. Lawrence entró en el salón y dejó en la mesita una bandeja con té y galletas. Blake y yo enderezamos la espalda. Nuestro momento de intimidad había tocado a su fin.

—Gracias —dije—. ¿Y qué tal estáis?

El padre de Tilly tomó asiento en el ajado sofá de cuero situado enfrente de nosotros.

—Vamos tirando. ¿Y tú?

—Pues no muy bien.

—Sí, claro. Siento mucho lo de Courtney y Joshua. —«¿De verdad?»—. Fuiste tú quien los encontró, ¿verdad?

Asentí.

—Siento mucho que tuvieras que ver eso, Mackenzie. Debe de ser muy duro vivir con ello.

Lawrence hablaba con voz fría y sus palabras no parecían sinceras ni sentidas. Nada me demostraba que sintiera de verdad lo que estaba diciendo. Yo siempre me había llevado bien con la familia de Tilly, pero cuando murió, Lawrence pasó una temporada sin hablarme; sin hablar, de hecho, con ninguno de los amigos de su hija. Sabía que habría preferido que fuese yo, o cualquiera de nosotros, quien hubiera muerto aquella noche en vez de Tilly. Por supuesto que lo hubiera preferido. Si yo iba a visitarlo era porque para mí era importante hacer aquello por Tilly. Lawrence se mostraba educado y nunca había rechazado mi presencia, pero su conducta nunca más había vuelto a ser la misma que antes. A nuestra llegada se había mostrado afable, pero ahora que el tema de conversación había cambiado me daba cuenta de que no me quería en su casa.

Noté que el cuerpo de Blake se tensaba. «Ahora no. ¡Sea lo que sea, ahora

no!»

—Siento mucho lo de su hija, Lawrence. Mackenzie me lo contó. Tilly era una gran persona.

—Gracias, Spike. Sí, era una gran persona, una de las mejores que he conocido. Mi Tilly quería ser médica. Siempre quiso ayudar a los demás.

Sonreí con el recuerdo agridulce de Tilly ayudándonos a todos siempre que algo iba mal. Nunca llegaría a cursar la carrera de sus sueños y era una lástima, porque habría sido una médica estupenda.

—Lo habría hecho muy bien en esa profesión —dije—. Perdí la cuenta de las muchas veces que actuaba como un médico cuando alguno de nosotros se hacía daño. ¿Recuerdas cuando me torcí la muñeca hace unos años y ella insistió en examinármela regularmente y en cambiarme los vendajes?

Lawrence se echó a reír.

—Te volvía loca, si no recuerdo mal.

—Sí. Me obligaba a dejar lo que estuviera haciendo en aquel momento para poder examinarme. Llegó un momento en que ni siquiera había nada que examinar.

Su insistencia habría sido comprensible si realmente hubiera habido un corte al que tener que aplicar algún tipo de cura, pero mi lesión no exigía ninguna intervención médica. Pero Tilly era así. Aunque no hubiera nada que pudiera hacer, seguía intentando ayudar.

—Aaron también me mencionó ese aspecto de Tilly. ¿Te acuerdas de cuando Aaron tuvo una neumonía a principios del año pasado y Tilly se pasó la semana entera prácticamente instalada en su habitación? —Lawrence sonrió con orgullo al recordar aquello—. Fue una lástima que lo suyo no tuviera oportunidad de salir adelante. Es un buen muchacho y era evidente que estaba enamorado de ella.

La relación de Tilly y Aaron había sido tan intermitente que apenas podía calificarse de relación. Cada vez que volvían a estar juntos estaban estupendamente bien, pero nunca duraron mucho tiempo. Parecía más una costumbre que otra cosa.

—Sí, habrían estado bien juntos —dije. Tal vez más mayores y con más madurez habrían tenido más oportunidades de que la relación funcionase, pero nunca pudieron llegar a intentarlo—. Aaron la echa mucho de menos.

—Sí, viene por aquí a menudo para sentirse más cerca de ella.

Intenté disimular mi sorpresa. ¿Que Aaron iba a visitarlos a menudo? Todos

habíamos visitado a la familia, pero últimamente ya no. Aaron había mencionado que había ido a verlos un par de veces después del accidente, pero luego las visitas habían cesado, o eso me imaginaba yo. No tenía sentido que Aaron no me hubiera contado que seguía visitando a la familia de Tilly. Hablábamos muchas veces sobre ella.

¿Qué otros secretos tendría Aaron?

—¿Y sigue viniendo mucho? No lo sabía —dije.

—Casi cada semana. Se sienta en su habitación, o a veces mira fotografías. Al principio me quedé sorprendido. Tilly había llorado mucho por él, y otras veces despotricaba diciendo que era «un estúpido y un cabrón idiota».

Era como si estuviera oyéndola pronunciar aquellas palabras. Era una frase que utilizaba a menudo para referirse a Aaron.

—Para mí es importante que aún la quiera tan profundamente —dijo Lawrence.

Al parecer, Aaron quería a Tilly mucho más de lo que yo me imaginaba, pero ¿tanto la quería como para que odiase a Courtney por tener la mala suerte de ser la que iba al volante aquella noche? ¿Y para odiar a Josh por el papel que había jugado en que así fuera?

No me gustaba nada pensar que Aaron pudiera haber sido el asesino. Por mucho que odiara a Josh, no era una persona vengativa. Nunca le había deseado ningún daño a nadie. No iba con su personalidad. Ni con la mía ni con la de ninguno de mis amigos.

—Eso está muy bien. Me alegro de que venga a visitaros. A Tilly también le habría gustado —dije finalmente.

Lawrence sonrió, pero fue una sonrisa tensa.

—Sí, le habría gustado.

—¿Cuánto tiempo hace del accidente? —preguntó Blake, poniendo un énfasis quizá excesivo en la palabra «accidente».

—Fue hace ocho meses —respondí yo.

Me parecía increíble que hubieran pasado ya ocho meses. Era como si fuera ayer. Seguía escuchando con claridad el sonido del metal aplastado, de los cristales rompiéndose, de los gritos de mis amigos. La furgoneta había dado vueltas de campana hasta detenerse en seco en una acequia. Yo ocupaba la fila de asientos de enfrente de donde iban sentadas Tilly y Gigi, y si el camión hubiese impactado contra nosotros tan solo unos centímetros más adelante, probablemente también habría muerto.

—Ocho meses y seis días —me corrigió Lawrence. Movió la cabeza con preocupación—. Nunca entenderé por qué Giana bebió aquel día.

Me mordí el labio. Gigi no tenía la más mínima intención de emborracharse. Antes de perder siete kilos de peso, era capaz de tomarse cinco o seis copas sin enterarse. Solo había bebido dos cervezas. Y sabía que era mejor no conducir. Por eso era Courtney la que iba al volante cuando sucedió el accidente.

—No era su intención beber —repliqué en voz baja.

No fue culpa de Gigi, ni de Courtney, y tampoco de Josh. Fue un maldito accidente. ¿Por qué le costaba tanto a la gente entenderlo? A todos nos hubiese gustado poder dar marcha atrás en el tiempo y repetir aquella jornada, pero era imposible y la realidad era algo con lo que teníamos que aprender a convivir.

—Lo creo, pero el accidente se produjo como resultado directo de la borrachera de Giana. Era mucho mejor conductora que Courtney.

Su forma de pronunciar el nombre de Gigi me produjo escalofríos. Ahora se había convertido en Giana. Sentía como si se me hubiese congelado el corazón. El veneno de aquel tono de voz era el mismo que había apreciado en Kyle cuando me explicó el daño que le había hecho Courtney. Era de una amargura tremenda. Tragué con mucho esfuerzo el nudo que se me estaba formando en la garganta.

La muerte de Tilly y Gigi había sido un accidente. Fue el camión el que chocó contra nosotros. Cuando un camión gigantesco te impacta por detrás, completamente igual quién sea el conductor. En esa situación no hay esperanzas y, de haber conducido Gigi, Tilly habría muerto igualmente.

El hombre que tenía sentado enfrente en aquel momento no era el hombre que yo conocía. Se mostraba frío y distante. Su mirada estaba vacía y carecía de empatía.

«Es él.» Lawrence era el asesino.

Tenía que ser él. Otra alternativa era impensable.

La sangre me bombeaba con fuerza y noté que la cara me ardía. Cogí a Blake de la mano y me levanté repentinamente.

—Tendríamos que irnos. Hemos quedado con Megan. —Blake frunció el ceño y me miró como si hubiera perdido la cabeza. Y a lo mejor la había perdido. En aquel momento, volverme loca de remate era una alternativa plausible—. Volveré pronto a visitaros, Lawrence.

Lawrence movió la cabeza, sorprendido por una despedida tan repentina.

—De acuerdo.

Cogí la mano de Blake y tiré de él para salir al pasillo y dirigirme a la puerta de entrada. Me costaba incluso respirar. Era como si mis pulmones fueran de plomo.

—Él —dije entre dientes—. ¡Fue él!

Blake asumió el control de la situación. Guiándome con una mano en la espalda, me condujo rápidamente hacia su coche.

—Entra —dijo abriéndome la puerta.

—Es él —repetí, y vi que me temblaban las manos de pura incredulidad.

—Eso no lo sabes. No ha dicho nada que pudiera incriminarlo. Ha hablado de Gigi con el tono con que la mayoría de la gente habla de Josh. Odiar a alguien no te convierte en un asesino, recuérdalo. No líes la investigación irrumpiendo ahora en comisaría estando tan alterada como estás —dijo moviendo un dedo en dirección a mí—. Serénate, Mackenzie.

—¿Qué? ¡No podemos quedarnos sin hacer nada!

¿Se había vuelto loco Blake? A saber si la policía habría siquiera interrogado a Lawrence para conocer su paradero la noche de los hechos. Era posible que, si no se lo mencionábamos nosotros, ni siquiera lo consideraran sospechoso.

—No nos queda otro remedio. No hay pruebas. Si ahora lo llamaran para interrogarlo, tendría la oportunidad de ocultar bien cualquier rastro. Piénsalo bien, por favor. Esperemos al menos a que Wright tenga los resultados de la muestra de sangre antes de ir a verlo con esto.

Respiré hondo. Blake tenía razón, por supuesto. Comprendía, lógicamente, que podía echarlo todo a perder si acusaba a Lawrence sin pruebas, pero estaba desesperada por limpiar nuestro buen nombre y por conseguir que la gente dejara de mirarme como si fuera un monstruo. Estaba hecha un manojo de nervios.

—De acuerdo, lo que dices tiene sentido —repliqué.

Blake sonrió.

—Mira, volvamos un rato a mi casa antes de que te deje después en casa de Aaron para que vayáis juntos a casa de Megan. Mientras estés en este estado de pánico no pienso dejarte ir a ningún lado.

—Sí, vale. Gracias, Blake.

—¿A ver? Repite eso.

Sonreí para mis adentros y volví la cabeza hacia la ventanilla. Había formado equipo con un auténtico idiota.

CAPÍTULO ONCE

Cuando enfilé el camino de acceso a casa de Aaron vi algo delante de la casa de su vecino que me llamó la atención. Me acerqué a los arbustos que separaban ambas casas y asomé la cabeza entre ellos. Me quedé boquiabierta. Aaron ocupaba el asiento posterior del coche de Wright. En el asiento del acompañante había otro agente, sentado con el cuerpo de lado, que hablaba con Aaron.

Me llevé la mano el estómago, pues noté que se me acababa de formar un nudo, y miré fijamente la escena hasta que, un segundo después, Wright puso el coche en marcha y se fue... ¡con Aaron en el asiento trasero del coche patrulla!

Blake se había ido hacía ya un buen rato; de lo contrario, habríamos seguido a Wright. ¿Qué estaba pasando? ¿Habrían arrestado a Aaron?

Eché a andar hacia casa de Megan, plantando un pie delante del otro como si fuera un robot. Me temblaban las manos. Estaba ya a medio camino cuando saqué el teléfono del bolsillo y marqué el número. Confiaba en Aaron, pero la situación me ponía enferma y me resultaba terriblemente incómoda. «Cógelo, cógelo.» Me pegué el teléfono a la oreja hasta tal punto que empezó a dolerme.

—Wright acaba de llevarse a Aaron a comisaría —dije en cuanto Blake me respondió.

—Oh, sí, estoy bien. Gracias. ¿Y tú?

Suspiré y me rasqué la frente. Sería estupendo poder mantener una conversación con él que no fuera complicada.

—Olvídate de tu ironía aunque sea solo cinco segundos. ¿Qué querrá de él?

—Supongo que no será una sorpresa para ti, pero te aseguro que no estoy loco.

—Blake —le espeté—. ¿Por qué no te tomas nada en serio?

—Me lo estoy tomando muy en serio. No tengo ni idea de lo que Wright puede querer de él —replicó, en un tono algo frío. Blake tenía sus teorías y, por una vez, me apetecía conocer una de ellas.

—Sé que me mientes. ¿Por qué no me dices qué estás pensando?

—Pues porque, señorita Keaton, te estás tomando demasiado en serio tu trabajo como detective.

«Y confías demasiado en tus amigos», añadí en silencio, puesto que sabía que era justo eso lo que Blake quería decirme.

—Dímelo, Blake. Por favor.

—La sangre, Mackenzie. Creo que deben de tener ya los resultados y que la sangre es de Aaron.

Ni siquiera se me había ocurrido.

—No —dije—. La sangre... es imposible que sea de él. Aaron nunca le haría daño a nadie.

—Lo que tú digas —contestó Blake, y me lo imaginé esbozando una mueca de exasperación—. Llámame cuando sepas algo más.

Me estremecí de frío. El sol se había escondido detrás de una nube, abandonándome.

—¿Por qué? ¿Qué estás haciendo?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Adiós, Blake —dije, y colgué el teléfono porque no estaba de humor para más chistecitos estúpidos.

Seguí andando hacia casa de Megan e intenté calmarme. Seguramente se trataría de un interrogatorio rutinario y nos irían llamando otra vez a todos. Era eso. No podía permitir que ver a Aaron sentado dentro de un coche patrulla acabara obsesionándome.

Antes de llamar a la puerta de casa de Megan envié un mensaje de texto a mis padres para decirles que había llegado sana y salva. En aquellos momentos necesitaban estar al corriente de todos mis movimientos.

Respiré hondo, esbocé aquella sonrisa falsa que ya empezaba a odiar y llamé al timbre. No quería que Megan se enterara de lo que estaba pasando. Se pondría nerviosa y, por otro lado, Blake y yo no habíamos comentado aún con nadie lo que nos llevábamos entre manos. Era, además, el único que se había mostrado dispuesto a ayudarme.

Megan abrió la puerta y pude percibir claramente el alivio en su gesto.

—¡Oh, gracias a Dios que has venido!

Entré y levanté las manos. Tenía que comportarme como una persona normal y en su sano juicio.

—¿Qué pasa?

—¡Mi familia me está volviendo loca! —Cerró de un portazo y me guio

hacia la cocina—. ¿Dónde están Aaron y Kyle?

Me pasé la lengua por los labios para prepararme para soltar una mentira.

—No lo sé. ¿Dijeron que vendrían también?

—Dijeron que quizá.

—¿Te dedicas a fabricar eso a granel o qué? —pregunté, señalando cuatro botellas de aquella bebida alcohólica italiana que habíamos bebido la otra noche y pensando que al menos era un tema más seguro del que poder hablar.

Se volvió y me miró con cara de desesperación.

—Mis abuelos no paran de mandar botellas de esas. Estas las trajeron con ellos. Mi madre está cabreada porque justo ahora acababa de quitarse de encima la última remesa.

—¿Y por qué no le decís a tu abuela que no os gusta y ya está?

—Es lo que yo digo. Vamos. Subamos a mi habitación.

La habitación de Megan era pequeña y claustrofóbica. Solo había espacio para una cama y un armario, pero ella había intentado crear la ilusión de que era más grande pintándola de un color verde menta y colgando espejos en las paredes.

Se sentó en la cama y se acercó un cojín al pecho.

—Mackenzie —dijo.

Me senté también y vi que jugaba con las puntas de su cabello. Algo iba mal. Había visto a Megan nerviosa en otras ocasiones, pero nunca estando sola conmigo. Me dio la impresión de que estaba a punto de salir corriendo por la puerta.

—¿Qué pasa, Megs?

—¿Qué? —murmuró, sin ni siquiera levantar la vista.

—Tienes algo importante metido en la cabeza.

Dejó de jugar con el pelo. La laca de uñas de color rosa, pese a estar descascarillada, destacaba entre sus mechones.

—Mi padre tiene razón, ¿verdad? La verdad siempre acaba saliendo a la luz.

El corazón me dio un vuelco.

—Claro. Normalmente es así. ¿Por qué lo dices?

—Hice una cosa, Mackenzie.

—Continúa —dije en voz baja, sin saber muy bien si quería oír o no lo que tuviera que decirme.

Si Megan me contaba que había matado a Courtney y a Josh, no sabía cómo

iba a responder. Pero aquello era ridículo, igual que la posibilidad de que lo hubiera hecho Aaron.

—Dímelo, Megan. ¿Qué hiciste?

—La noche del accidente... adulteré la copa de Gigi.

Me eché hacia atrás, sorprendida, e intenté darle sentido a lo que acababa de decirme.

—¿Que hiciste qué?

Temblorosa, Megan inspiró hondo y tragó saliva de forma audible.

—El accidente fue por mi culpa, Kenz. Adulteré la copa de Gigi.

Mierda. Megan adulteró la copa de Gigi. Efectivamente, me pareció extraño que estuviera tan borracha habiendo bebido tan poco. De repente las cosas se ponían en su lugar, pero de la forma más desagradable posible. Noté una punzada en el pecho. La acción de Megan había llevado directamente al accidente. Gigi era la conductora más experta y habría tomado el atajo por las carreteras comarcales que a Courtney le había dado miedo tomar. Me rasqué la frente.

—La drogaste —murmuré con incredulidad.

Megan abrió mucho los ojos.

—No, Dios mío, Mackenzie, no pienses eso. Le añadí vodka a la cerveza. ¡No habría tenido ni idea de dónde sacar flunitrazepam!

—Pero ¿por qué? No entiendo nada. ¿Qué te hizo Gigi?

Megan hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Eso sí que no puedo decírtelo.

—¿Lo dices en serio? —farfullé—. Megan, no puedes soltar una bomba como esta y luego no dar más explicaciones. Tilly y Gigi murieron en ese accidente de coche. Esto es innegociable. Cuéntame qué pasó. Y cuéntamelo ahora.

Courtney fue la única que no bebió la noche del accidente de coche porque estaba tomando antibióticos. Acababa de aprobar el examen de conducir y no se sentía en absoluto segura al volante. A falta de alternativas y con Josh pegado a su oído diciéndole «una furgoneta no se diferencia en nada de un coche», había decidido conducir. Después de detenerse en un cruce, nos habían embestido.

—Yo... yo... —Se interrumpió y se mordió el labio—. Prométeme que luego no pensarás distinto sobre mí.

—Cuéntamelo —dije. No podía hacerle aquella promesa después de saber que había adulterado la bebida de Gigi. En aquel momento no podía prometerle

nada—. ¿Por qué, Megan?

—Porque siempre que bebíamos acabábamos acostándonos.

Pronunció aquellas palabras a tanta velocidad que se mezclaron entre sí. Pero, con todo y con eso, las entendí perfectamente.

—¿Qué? ¿Que tú y Gigi hacíais qué?

Me fulminó con la mirada.

—No me mires así. Tú te acostaste con un asesino.

Estupendo. Kyle era un bocazas.

Puse los brazos en alto.

—Lo siento. No me esperaba eso. No sabía que estabais liadas.

—Nos acostábamos cuando estábamos borrachas. —Bajó la vista, avergonzada, y no entendí muy bien si era por acostarse con una mujer o por lo que le hizo a Gigi el día del accidente. Tenía que ser por esto último, puesto que sabía de sobra que yo seguiría siendo su amiga y que no me importaba con quién le apeteciera acostarse—. Aquella noche quería estar con ella, Kenz.

—Pero si tú no eres lesbiana —le espeté, y al instante me abofeteé mentalmente por lo que acababa de decir.

Esa no era la parte más importante de lo que acababa de contarme, pero era cierto. Jamás le había oído ni siquiera mencionar un enamoramiento con una famosa, como me había pasado a mí con Mila Kunis o a Tilly con Mischa Barton.

—Lo sé. —Se encogió de hombros—. Pero ella tenía algo especial. La primera vez fue un verano, cuando terminamos la escuela. Acababa de cumplir quince años. Todos vosotros estabais de vacaciones u ocupados con alguna cosa, y Gigi y yo pasábamos el rato en su habitación. Estuvimos bebiendo Malibu y, de repente, ella me besó. De entrada me quedé perpleja, pero le devolví el beso. Aquello no se parecía a nada que hubiera podido sentir antes, era más cálido y más íntimo. Y la cosa no se paró en los besos... así que siempre que estábamos borrachas acabábamos liándonos.

Pero ¿qué narices le pasaba a todo el mundo? ¿Acaso era yo la única que no se había acostado con otra persona del grupo? Primero Kyle y Courtney, ahora Megan y Gigi.

—Entendido —dije, tomándome un respiro para digerir la información—. ¿Y por qué solo lo hacíais cuando estabais borrachas?

—Porque ella decía que yo no estaba preparada para salir del armario, que no podía. Pero ya la conocías: cuando estaba borracha no controlaba en absoluto.

Y en parte tenía razón: no soy lesbiana. Los chicos me siguen gustando y nunca he sentido nada por una chica antes o después de ella, solo la deseaba a ella. Y no es porque fuera una chica, sino porque me hacía sentir cosas que nunca imaginé que pudiera sentir.

Vi una lágrima que resbalaba por la mejilla de Megan hasta instalarse en su mandíbula. Me sentía fatal por ella. El dolor que había en su rostro y en sus palabras cortaba la respiración.

—Todo ha sucedido por mi culpa. Gigi murió por mi culpa. Y también Tilly. ¡Murieron las dos porque fui egoísta y tenía ganas de acostarme con Gigi!

La abracé.

—Tranquila, no pasa nada. Tú no querías hacer daño a nadie.

—Pero fue por mi culpa. Tengo que contárselo a la policía. Tengo que hacerlo.

Me aparté de ella para cogerle la cara entre las manos y obligarla a mirarme. Tenía los ojos muy abiertos, la mirada asustada.

—Megan, con eso no conseguirás nada. El choque también podía haber pasado si hubiese conducido Gigi. Era tarde y en las carreteras secundarias tampoco habríamos tenido mucha visibilidad. Recuerda que era una noche muy oscura y que había niebla. Nadie vio cómo se acercaba el camión.

—Pero...

—Piénsalo bien. Le adulteraste la bebida para aprovecharte de ella. ¿Tienes idea de lo mal que sonaría eso?

Rompió a llorar y se tapó la boca con la mano.

—Lo sé. Ya lo entiendo. Sí. Ya sé que suena muy mal, pero te lo juro, Mackenzie, yo no les hice nada a Courtney y a Josh. Por favor, créeme. Por favor.

Abracé de nuevo su cuerpo tembloroso.

—Tranquila, no pasa nada. —Sí que pasaba, pero necesitaba tranquilizarla para poder seguir hablando con ella—. Megan, no puedes ir a la policía. Sé que no mataste a nadie. Te creo, pero tal vez la policía no piense lo mismo.

—Yo no les hice nada —replicó Megan.

Me aparté un poco para poder mirarla y hacerla entrar en razón.

—Tendría que sincerarme con lo de Gigi. La gente la culpa del accidente. Pero fue por mi culpa, por adulterarle la bebida.

—La gente también culpa a Josh y a Courtney del accidente.

Cerré los ojos. ¿Qué estaba pasando? ¿Fue una cuestión de venganza el

asesinato de Courtney y Josh?

—En todo esto, existen millones de frases que podrían empezar con «y si...», Megan. Yo podría haber ido al baño antes de ponernos en marcha y habríamos pasado por aquel lugar cinco minutos más tarde y podríamos haber eludido el camión de ese modo. Podríamos haber salido una hora antes, cuando Kyle quería marcharse, o haber parado en la hamburguesería de aquel cruce, como quería Aaron. Hay muchísimas cosas que podríamos haber hecho y que hubiesen cambiado lo que sucedió aquella noche, pero no podemos volver atrás en el tiempo. Fue un accidente.

Megan asintió y se secó la nariz con la manga de la camiseta. Sus ojos oscuros estaban inyectados en sangre.

—Me siento muy culpable.

—Creo que todos nos sentimos culpables. Es lo que pasa por ser los supervivientes. Cuéntame todo lo que pasó aquella noche. Tengo que saber qué pasó, por qué le adulteraste la bebida.

¿De verdad quería saber aún con más detalle lo poco que conocía a Megan y a Gigi? Todo el mundo tenía sus secretos, pero nunca habría pensado que Courtney o Megan me esconderían las relaciones que mantenían con Kyle y con Gigi. Si una semana atrás me hubieran preguntado, habría pensado que lo sabía todo sobre mis amigos.

Pero era evidente que no.

Megan cogió la almohada y se la llevó al pecho.

—Era la última noche de aquella salida y llevábamos... llevábamos varias semanas sin estar juntas. Ella coqueteaba conmigo, pero cuando yo intentaba besarla me apartaba. ¿Te acuerdas que sugerí que condujera otro porque Gigi ya había conducido en el camino de ida?

Era cierto, Megan lo había sugerido por la tarde, antes de que nadie empezara a beber. En aquella época yo solo tenía el carné provisional; de lo contrario, me habría presentado voluntaria. Gigi había insistido en que no le importaba conducir también en el camino de vuelta. Al fin y al cabo, la furgoneta era de su padrastro y prefería no hacer responsable a nadie de nada en el caso de que pasara algo.

En aquel momento pensé simplemente que Megan estaba siendo considerada y quería que Gigi pudiera beber el último día. No tenía ni idea de que tenía el incentivo adicional de poder acostarse con ella. Megan y Gigi nunca

habían tenido un comportamiento que despertara suspicacias, o al menos yo no me había dado cuenta de nada. Pero, tal como estaba descubriendo, había muchas cosas que se me habían pasado continuamente por alto.

—Sí —respondí.

—Cuando se decidió que Gigi conduciría también en el camino de vuelta, opté por arreglarlo a mi manera. En el hotel dijo que solo se tomaría un par de cervezas, así que decidí añadirles vodka —explicó, con la voz rebosante de emoción y de arrepentimiento.

—¿Y cómo es posible que no se diera cuenta?

Megan sonrió.

—Seguramente porque comprasteis cerveza barata y asquerosa.

Ladeé la cabeza y la fulminé con la mirada.

—¿Para qué comprar buen material cuando os lo tragáis en cuestión de segundos? ¿Y luego qué pasó?

—Pues que funcionó. Cuando salisteis todos, subimos a su habitación y... bueno, no es necesario que te dé detalles. Yo sabía que Courtney no podía beber, así que acabó teniendo que conducir ella, y el resto ya lo conoces. Yo tuve la culpa, Mackenzie.

La cabeza me iba más rápido que si estuviese en una montaña rusa.

—Entendido. —«Piensa. Controla.»—. Entendido —repetí—. Lo que hiciste estuvo mal. Muy mal, pero eso no altera lo que sucedió, y contárselo a la gente solo serviría para quedar como una persona que no es de fiar. Y si, además, la policía se entera de que adulteraste la bebida de Gigi, pensará que hiciste lo mismo con nosotros la otra noche. Si eres capaz de drogar a una amiga para tener relaciones sexuales con ella, ¿de qué no serías capaz?

—¡Pero no fue así!

—Lo sé. Y tú lo sabes también, Megan. —«Creo.»—. Pero no puedes darle motivos a la policía para que dude de ti.

—¿Y qué hacemos? Este secreto me está matando, Kenz. Quiero salir del armario. Contártelo me ha sentado muy bien, pero no quiero ir a la cárcel por algo que no he hecho.

Cerré la boca con fuerza para contener la punzada de culpabilidad que me atravesaba el estómago.

—Habla conmigo siempre que quieras. Todo lo que necesites decir, siempre que necesites desahogarte, acude a mí, ¿entendido? Pero no iremos a la policía. Cometiste un error tremendamente estúpido, pero sé que no querías hacer daño a

nadie.

Con los ojos llenos de lágrimas, movió lentamente la cabeza de un lado a otro.

—No sé qué decir.

—No digas nada. Sécate esas lágrimas y pon una sonrisa en tu cara. Cuando me marche, tienes que mantener una actitud normal. Tus padres no pueden verte en este estado.

—¿Te vas? —preguntó.

«Necesito irme o me estallará la cabeza.»

—Tengo que irme, pero no te preocupes. Todo irá bien.

«Espero.»

CAPÍTULO DOCE

Aturdida, me senté en la cama con las piernas cruzadas. Dos de mis amigos me habían escondido secretos enormes. Borra eso: técnicamente eran cuatro. Era consciente de que si contaba a alguien lo que sabía, Kyle y Megan podían tener problemas. Al fin y al cabo, los secretos que guardaban podían ser considerados móviles del crimen.

Mi cabeza albergaba un pensamiento horroroso que se repetía sin cesar, hasta tal punto que casi necesitaba expresarlo a gritos: «¿Y si había sido uno de ellos?». Era evidente que no conocía a mis amigos tan bien como pensaba, pero entre no revelar hasta el último detalle de tu vida y ser un asesino había una diferencia abismal.

Aquello era como vivir en una espantosa montaña rusa de la que me quería bajar.

Mi mejor amiga había sido asesinada y tres de mis amigos podían ser responsables del crimen. ¿Cómo guardármelo solo para mí si acababa descubriendo que había sido uno de ellos? ¿Y cómo entregar a uno de ellos a la policía? Elegir entre la gente que quería, por mucho que hubieran cometido un crimen atroz, era muy duro. Tenía que elegir, y era duro porque dos personas habían perdido la vida y se merecían justicia.

Cogí el teléfono y llamé a la prima de Courtney, Felicity.

No habíamos hablado desde el breve encuentro en el funeral y confiaba en que me aclarara un poco las cosas. Se había criado con Courtney. Su madre nunca estaba, de modo que había vivido prácticamente siempre con Court y sus padres hasta que se marchó a estudiar a la universidad.

—Kenz —dijo cuando me cogió el teléfono al primer ring.

—Hola, ¿qué tal estás? —dije, y al momento cerré los ojos y pensé que era una pregunta de lo más estúpida.

—Bien, ¿y tú?

—Sí, bien, supongo. ¿Tienes algo que hacer mañana, Felicity?

—La verdad es que no. Estoy preparando la maleta para volver a la uni, pero, aparte de eso, aburrimiento total.

¿Pensaba marcharse pronto? ¿Cómo podía la gente volver a su vida normal tan pronto?

—¿Quieres que quedemos para almorzar? —sugirió.

—Me parece estupendo —repliqué.

—¿En el Lion a las once y media?

—Perfecto. Nos vemos allí.

—Adiós.

Colgó, pero yo me quedé inmóvil, con el teléfono aún pegado a la oreja. No me imaginaba que fuese a marcharse tan pronto. Courtney había sido como una hermana para ella. ¿Le estaría pasando a Felicity lo mismo que le pasaba a Blake? ¿Estaría la madre de Courtney ninguneándola, deseando que la que hubiera muerto hubiera sido Felicity?

En aquel instante mi teléfono vibró. Apareció en pantalla un número desconocido y un mensaje de texto: Mantén cerca a tus amigos y más cerca aún a tus enemigos.

—¿Qué...? —murmuré.

¿Quién era? La mano que sujetaba el teléfono estaba temblando. Miré el mensaje, sin saber muy bien si tendría que intentar llamar a aquel número o responder con otro mensaje de texto, intentando descifrar cuál podía ser el significado de aquello y, lo que era más importante, quién podía habérmelo enviado.

«¿Quién eres?», tecleé a modo de respuesta, y la envié antes de que me diera tiempo a cambiar de idea.

Miré fijamente la pantalla y esperé una eternidad. Los segundos se transformaron en minutos, y seguía sin haber respuesta.

«¿Qué está pasando? ¿Alguien está intentando confundirme?», me dije. De repente, solté el teléfono. «¡Es el asesino!» ¿Cómo habría conseguido mi número? ¿Lo conocía?

—¡Mackenzie! —gritó mi madre desde los pies de la escalera. Di un salto al oír su voz y recogí el móvil—. Ha venido Kyle a verte. Lo mando a tu habitación.

Sumida en un ataque de pánico, escondí el teléfono debajo de la almohada y respiré hondo.

—¡Gracias! —dije.

Kyle apenas me había dejado un momento sola desde que me había contado

lo de Courtney. Me ponía de los nervios. Sabía de sobra que no iba a contárselo a nadie y no entendía por qué estaba obsesionado con verme a todas horas para asegurarse de que no pregonaba su secreto.

—Hola —dijo, cerrando la puerta de mi dormitorio a su espalda.

Su sonrisa, que siempre me había parecido relajante y apetecible, ahora me hacía sentir como si tuviera que estar en todo momento preparada para defenderme, por si acaso.

—¿Qué pasa? —pregunté, y carraspeé para aclararme la garganta, que tenía completamente seca.

«Olvídate del mensaje que acabas de recibir y concéntrate en él.» Tenía claro que no pensaba contarle lo del mensaje. Antes de abrirme y revelar cualquier cosa, que lo hiciera otro. No tenía ni idea de si yo era la única que había recibido aquello o si lo habíamos recibido todos. Kyle estaba hecho polvo por su relación —o por su falta de relación— con Courtney. Eso no lo convertía en asesino, aunque sabía que los crímenes pasionales eran algo habitual.

¿Lo habría hecho saltar el hecho de ver a Courtney y a Josh tan acaramelados en la cabaña?

Deseaba ser sincera con mis amigos, pero cuantas más cosas sabía, más difícil se me hacía confiar en ellos. Mi corazón vacilaba de miedo y de ansiedad.

Kyle se encogió de hombros y se dejó caer en la cama. Se tumbó bocarriba con las manos detrás de la cabeza. Esbocé una sonrisa sincera; era tan normal verlo aposentarse así en mi habitación.

—Poca cosa. Pero es que no aguanto estar en casa.

—¿Te están volviendo loco tus padres? —dije.

Mis padres me estaban hinchando la cabeza, pero después de todo lo que había pasado era una suerte que no me hubieran encerrado con llave en casa o que no hubieran contratado a un vigilante de seguridad, una posibilidad que mi madre había llegado incluso a sugerir.

—Sí, la verdad. ¿Y tú? ¿Qué estabas haciendo?

«Intentando averiguar quién me manda mensajes espeluznantes. Preguntándome si tú también lo has recibido.»

—Nada. ¿Y tú?

Sonrió mostrándome la dentadura.

—Visitando a una de mis viejas amigas.

—Oye, que yo no soy vieja.

—Tienes razón. —Sus ojos oscuros se iluminaron—. Eres el bebé del

grupo.

En cinco meses iba a cumplir los diecinueve. Courtney los habría cumplido dos semanas antes que yo, pero nunca celebraría aquel cumpleaños. Tendría dieciocho años eternamente, igual que Tilly y Gigi.

Kyle y yo nos sumimos en un silencio incómodo. Nos habíamos conocido de niños, y los niños se llevan bien, independientemente de si se conocen o no. Quería preguntarle si realmente pensaba todas aquellas cosas desagradables que había dicho sobre Courtney y me daba la impresión de que él también quería hablar del tema.

—¿De verdad que va todo bien? Sé que estás enfadado por cómo te trató Courtney. Si quieres que hablemos de ello, podemos hacerlo.

«Quieres que dé un paso en falso.»

No. No era eso. Creía en él. Kyle era encantador. Era mi osito de peluche humano. No le haría daño ni a una mosca.

—Me juzgarás mal, Kenzie. Lo hiciste ayer y no lo soporto. No lo entiendes.

—En ese caso, haz que lo entienda. Vamos, Kyle. No hay nada sobre lo que tú y yo no podamos hablar.

«Sí lo hay.» Yo no hablaría con él sobre mi secreto, sobre el chantaje de Josh o sobre aquel mensaje de texto.

—¿Has estado alguna vez enamorada? —me preguntó, aunque sabía perfectamente cuál era la respuesta.

Había creído estar enamorada de mi ex, Danny, pero cuando me engañó demostró ser un cabrón desalmado. Desde que rompimos, hacía ya dos años, no había habido nadie más. No quería volver a encontrarme nunca jamás en la situación en la que me encontré con él.

—No —respondí, con un nudo en el estómago.

Pero Blake...

No, no tenía ni tiempo ni capacidad mental para plantearme mis sentimientos hacia Blake en aquel momento. Además, apenas lo conocía. Teníamos una química increíble, pero enamorarse de alguien a quien no conoces es imposible. El amor instantáneo es imposible. ¿No?

—Entonces no creo que puedas comprenderlo aún. Courtney lo era... todo. Solo pensaba en ella. Mi vida giraba en torno a hacerla feliz. Creía que ella sentía lo mismo. Estábamos hechos para estar juntos. Pero luego ella cambió de idea y me echó a patadas. No te imaginas lo que me dolió. Fue como si me

arrancaran de repente toda la felicidad y, sí, estoy cabreado con ella. La odio, y odio no poder dejar de quererla. Ojalá pudiera darle a un interruptor y dejar de pensar en ella, pero no puedo, y estaré cabreado hasta que lo haya superado. Y ahora que sé que nunca podré solventar este tema con ella, estoy además cabreado conmigo mismo.

Aunque tal vez me fuera imposible entender lo que Kyle sentía, seguía sin saber si yo sería capaz de odiar a alguien a quien había amado y que había muerto, por mucho daño que esa persona me hubiera hecho. ¿Desearía Kyle que Courtney solamente pudiera ser feliz a su lado? Para mí, el amor no era eso.

—Lo siento, Kyle —dije, incapaz de encontrar algo útil que decirle—. Siento que te hiciese daño y que las cosas no salieran como querías. —Cerré los ojos y noté que me quedaba sin un solo gramo de energía. Me sentía vacía y sin recursos—. Dios mío, estoy muy cansada.

Kyle frunció el ceño.

—Lo siento. Tendría que haberte llamado antes de venir y soltarte todo esto. Quería asegurarme de que estábamos bien. No quiero que lo que pasó con Courtney perjudique nuestra amistad.

—Tranquilo, no pasa nada. Eso no se interpondrá entre nosotros. Creo que necesito dormir.

No me gustaba haber dudado de nuestra amistad. ¿Le preocupaba a Kyle que yo pudiera pensar que él era el autor del crimen? Sabía que no había sido él. Pero no estaba tan segura acerca del posible teléfono con tarjeta de prepago utilizado para enviar mensajes de texto misteriosos. ¿Por qué no me sentía lo suficientemente cómoda como para preguntarle al respecto?

Kyle se levantó y me dio un beso en la frente.

—Adiós, Kenzie. Hablamos mañana.

Sonreí sin ganas y me derrumbé en la cama, agotada. Era como si mi cuerpo fuera de piedra. No habría podido moverme ni aunque hubiese querido hacerlo.

—Adiós, Kyle —repliqué, bostezando.

En cuanto se fue marqué el número de Aaron, pero me saltó directamente el contestador. Mierda. Repasé mis contactos y llamé entonces al teléfono fijo de casa de Aaron.

—¿Diga? —respondió su madre.

—Hola, soy Mackenzie. ¿Está Aaron?

—Está durmiendo. Le diré que te llame mañana por la mañana.

—Perfecto, gracias.

La madre de Aaron colgó enseguida y me quedé mirando el teléfono. Me dio la impresión de que Aaron evitaba hablar conmigo.

Sabía que no lograría tener un sueño reparador después de haber recibido aquel mensaje de texto, pero al menos podría estar un rato sola y no tendría que pensar.

Sábado 22 de agosto

—¿A qué hora volverás a casa? —preguntó mi madre mirando el reloj de la pared de la cocina.

Llevaba toda la mañana convertida en mi sombra. El tiempo pasaba muy lentamente y estaba que me tiraba de los pelos, así que estaba agradecidísima por la idea de haber quedado para comer con Felicity.

—Solo vamos a comer. No creo que esté fuera más que un par de horas.

Calculé que tendría hasta las dos para volver a casa antes de que me empezara a llamar.

—Entendido —replicó mi madre, con un gesto de asentimiento.

Le costaba dejarme salir de casa, pero reconocía que no podía tenerme encerrada. Nada sugería que en mi salida a comer pudiera correr peligro. Mi madre seguía pensando que alguien había hecho una copia de la llave o forzado la cerradura de la cabaña. Rezaba para que estuviera en lo cierto.

—Siempre puedes llamarme o mandarme un mensaje, ya lo sabes —dije.

—Lo sé, cariño. Simplemente me preocupo por ti. Me siento incómoda sabiendo que estás por ahí sin que hayan capturado aún al asesino.

A mí también me ponía nerviosa. Alguien me estaba enviando mensajes crípticos y me había convertido en sospechosa de un doble asesinato. No podía decirse que me sintiera muy segura.

Nuestro pequeño pueblo era un lugar seguro, o lo había sido hasta entonces, al menos. Todo el mundo se conocía y todo el mundo se preocupaba por los demás. Y yo había pasado de tener libertad plena a tener que explicar todos mis movimientos.

—No me pasará nada, mamá, y te prometo que te diré en todo momento dónde estoy —dije, confiando en que, con un poco de suerte, mis palabras sonaran más serenas de lo que en realidad me sentía.

Mi madre me retiró el pelo por encima de los hombros y sonrió.

—Eres una buena chica, Mackenzie. Saluda a Felicity de mi parte y pásatelo bien.

—Gracias. Hasta luego —dije.

Y me marché antes de que mi madre empezara a ponerse llorosa y yo a sentirme culpable por alejarme de nuevo de su lado. Me hubiese gustado quedarme con ella para que no tuviera que estar preocupada, pero tenía que limpiar mi buen nombre y el de mis amigos y averiguar quién me estaba mandando mensajes siniestros.

Si Megan, Kyle, Aaron o Blake eran los responsables, Felicity me ayudaría a ir a la policía. Me gustaba pensar que sería lo suficientemente fuerte como para hacer lo que Courtney se merecía, pero, por otro lado, sabía que denunciar a un ser querido no iba a ser fácil. Felicity me daría el apoyo que necesitaba.

La vi en cuanto entré en el restaurante. Estaba sentada al fondo, al lado de una ventana. Llevaba un vestido de tirantes de color rojo y una cazadora vaquera. Su cabello caía en rizos dorados por encima de sus hombros.

El aspecto de Felicity no podía ser más distinto del de Courtney. Court llevaba el pelo liso y teñido de rojo desde los quince años. Le encantaba aquel color.

—Hola —dije en cuanto llegué a la mesa.

—Hola —respondió Felicity.

Su expresión solemne se iluminó en cuanto se levantó y extendió los brazos para abrazarme. Al menos ella no creía que yo hubiera asesinado a su prima.

Le devolví el abrazo y nos sentamos.

—¿Qué tal está todo el mundo? —le pregunté.

—Están destrozados. No quiero irme, pero tengo mucho que hacer. —Se mordió el labio y su mirada se nubló—. Y, si quieres que te diga la verdad, no soporto estar allí. Sé que puede sonar muy egoísta, pero no puedo hacer nada para ayudar. Jamás me había sentido tan inútil.

—No eres inútil. No creo que nadie pueda hacer nada por el momento. Han perdido a su hija; necesitan tiempo.

—¿Y tú qué? ¿Qué necesitas? Kyle me comentó que lo estabas llevando bastante bien.

Me puse rígida.

—¿Has hablado con Kyle?

Felicity cogió la carta y examinó las distintas alternativas.

—Ha pasado por casa unas cuantas veces. ¿Verdad que aquí nunca sabes si

las tortitas van a estar buenas o no?

—A veces están estupendas y otras veces, asquerosas —dije confirmando su afirmación.

No sabía que Kyle hubiera ido a visitar a la familia de Court. Seguía enfadado con Courtney por haber elegido a Josh antes que a él. ¿Por qué ir entonces a visitar a la familia? Tanto Kyle como Aaron habían estado visitando en secreto a la familia de la chica que amaban, pero aquello no tenía ningún sentido.

Una voz fastidiosa oculta en algún rincón de mi cabeza me decía a gritos que Kyle escondía algo más.

«Se me está pasando algo por alto.»

¿Y si era Kyle? Lo conocía prácticamente de toda la vida. No era posible estar tan ciega. Pero si las últimas semanas me habían enseñado alguna cosa era que estaba tan ciega que incluso me avergonzaba.

¿Y si el mensaje me lo hubiera enviado él?

—¿Qué te pasa entonces, pequeña? Ya sabes que guardarse las emociones no es bueno.

Reí y me recogí el pelo detrás de las orejas. Era una frase que había oído últimamente con excesiva frecuencia.

—Las estoy guardando solo temporalmente. Pasaré el duelo cuando encuentren al asesino o, al menos, cuando nos hayan borrado a todos de la lista de sospechosos.

Felicity rio y agitó la mano en un gesto que invitaba a restarle importancia al asunto.

—Todo eso son chorradas. Cuando me lo dijeron pensé que era un chiste. Nadie se lo cree, o al menos nadie que os quiera puede creerse eso.

Sabía que la gente que nos conocía sabía que no teníamos nada que ver con lo sucedido, pero seguía sin poder dormir bien pensando en que había gente que me consideraba una asesina.

—¿Y qué vamos a hacer si no lo encuentran nunca? Yo no sé cómo voy vivir sabiendo que nunca se les hará justicia.

Felicity frunció el ceño.

—No me gustaría nada que fuera así, pero la vida sigue, Mackenzie. Sé que suena duro y horrible, pero es la verdad. Espero que lo encuentren, pero, si no lo hacen, todo continuará igual. Courtney y Josh seguirán sin estar entre nosotros. Nada nos los devolverá ni cambiará lo que les pasó.

—¿Y podrás estar bien si no descubren quién lo hizo? —Solo de pensar en esa posibilidad, la cabeza me daba vueltas.

—No, estar bien no. Quiero justicia, pero que se haga justicia no va a servir para devolvérnoslos. No te vuelvas loca con esto. Sabes perfectamente que Courtney te diría: «Tranquila, Mackenzie. Estoy muerta, afronta la realidad». ¿No crees?

Sonreí y moví la cabeza, intentando escuchar aquellas palabras con la voz de Court.

—Sí, supongo que diría eso. —Pero encubrir a alguno de mis amigos seguiría sin estar bien. Cambié de tema de conversación—. ¿Y qué tal te va la uni? ¿Aún te gusta tanto vivir en Liverpool?

—Pues sí. Es una ciudad estupenda. Aunque no sé si me quedaré allí después de graduarme. Estoy pensando en volver aquí cuando tenga que buscar trabajo.

Felicity quería ser enfermera y estaba en el tercer curso de una carrera de cuatro años. Era la misma carrera que Tilly habría empezado el año próximo.

—¿Crees que aquí hay mejores oportunidades laborales?

La verdad es que me parecía poco probable. El hospital más cercano estaba a cuarenta y cinco minutos en coche y solo había tres más en un radio en el que fuera factible desplazarse hasta allí a diario.

—La verdad es que no, pero me apetece estar con la familia. Estoy pensando en un ambulatorio o en la consulta de un médico.

—Suena bien. Me gustaría volver a tenerte por aquí.

Liverpool estaba a más de trescientos kilómetros al norte, a tres horas y media por carretera. Felicity no volvía a casa muy a menudo, con lo cual sería estupendo poder verla con más frecuencia. Y los padres de Courtney también estarían encantados.

—¿Y tú? ¿Qué tal van los estudios?

Arrugué la nariz.

—Vamos tirando. Con pocas ganas de volver después del verano, sobre todo ahora. Pero hay una amiga de la familia que trabaja como asesora en una universidad y espero poder trabajar en prácticas con ella el año que viene cuando esté en la escuela de verano.

—¿Y por qué no quisiste hacerlo ya este verano?

—Supuestamente era nuestro último verano de libertad y todos preferimos pasarlo a nuestro aire antes de entrar en la universidad, haciendo todas las cosas

que habíamos anotado en una lista.

Felicity se echó a reír.

—Sí, Courtney me lo mencionó. ¿Y qué hicisteis de todo eso?

—Fuimos a Legoland y de camping, lo cual fue un asco porque no paró de llover. —Llevábamos solo dos semanas de vacaciones de verano cuando todos nuestros planes se fueron al traste. Court y Josh nunca tendrían oportunidad de hacer todo lo que habíamos planeado... ni nada más, de hecho. Agaché la cabeza y añadí—: Luego llegó aquel fin de semana.

—¿Y ya no quieres hacer las cosas que quedan pendientes en la lista?

—Quizá algún día.

Por Tilly, por Gigi y por Courtney haría todas las cosas que habíamos planeado, pero antes de empezar a borrar actividades de aquella lista había cosas mucho más importantes que hacer. Además, tampoco es que tuviera ganas de hacerlas. Ya no sería divertido.

—¿Qué tal es el inspector Wright? He oído cosas interesantes sobre él.

—¿No te ha tocado hablar con él?

—Me han interrogado, pero no él.

—Oh. Bueno, no sé por dónde empezar —murmuré—. Interesante podría ser una manera de describirlo, sí. Es como uno de esos detectives excéntricos que salen por la tele. Aunque no sé si es consciente de que lo de la televisión no es real y de que tal vez tendría que encarar su carrera desde una perspectiva más adulta.

—¿No ha habido más pistas?

—Por lo visto no, pero la verdad es que no nos da mucha información. Lo único que sabemos es lo que él quiere que sepamos y en el momento en que quiere que lo sepamos. No tengo ni idea de lo que piensa sobre la ropa, por ejemplo.

Felicity frunció el ceño y agitó el contenido de la taza de té que servían a todo el mundo al llegar, la quisieras o no. Los propietarios del local, el señor y la señora Graham, eran grandes aficionados al té y, en cuanto vi la tetera acercándose, imaginé que no tardarían en servirme a mí también.

—¿Qué ropa?

—La que llevaba el asesino. Si fue uno de nosotros, esa ropa tendría que estar por algún lado, ¿no? —Felicity asintió—. Pero no la han encontrado, claro está. Y, a pesar de esta evidencia, sigue sin aceptar que todo deja patente que no fue ninguno de nosotros.

—¿Estás segura? No creo que puedan ignorar ese hecho.

Me encogí de hombros.

—Ya no estoy segura de nada. Pero nadie ha mencionado nada sobre la ropa. —Resoplé, pensando en que tampoco nos lo comunicaría en caso de haber descubierto algo—. Te apuesto lo que quieras a que no tendremos información hasta que arresten a alguien. Sé que han estado interrogando otra vez a Aaron.

—Dios, vaya lío —dijo Felicity, moviendo la cabeza con preocupación.

«No tienes ni idea de lo liada que está la cosa.»

—Sí.

Todo aquello era un buen lío y yo estaba atrapada en medio y desesperada por salir.

Cuando Felicity y yo terminamos de comer y emprendí el camino de vuelta a casa me sentía un poco mejor. La fuerza de Felicity era alentadora y yo sabía, sin ningún género de dudas, que quienquiera que hubiese asesinado a Courtney y a Josh acabaría pagándolo. En caso de averiguar cualquier cosa, estaba dispuesta a revelarlo, independientemente de quién fuera y de lo mucho que quisiera a mis amigos.

El teléfono me avisó de la llegada de un nuevo mensaje. Me quedé helada. Hasta aquel momento el tono de aviso jamás me había dado ningún miedo.

Afortunadamente, el mensaje era de Megan, que me preguntaba si me apetecía hacer algo por la tarde. No me apetecía. De modo que le respondí con una excusa y le propuse quedar otro día. Así tendría más tiempo para poner mis ideas en orden y averiguar qué estaba pasando.

Sonó el teléfono justo cuando estaba enviándole el mensaje a Megan. Suspiré aliviada al ver el nombre de Aaron en la pantalla. ¿Acaso esperaba que la persona anónima que me enviaba mensajes empezara ahora a llamarme? Sinceramente, no sabía de lo que podía ser capaz.

—¡Aaron! ¿Estás bien? Anoche intenté hablar contigo.

Aaron rio.

—Sí, mi madre me dijo que llamaste. Estoy bien.

—¿Qué ha pasado?

—Por lo visto, Wright encontró sangre mía en el bosque. Pero no pasa nada. Le expliqué lo que pasó.

Se me paró el corazón. Dios mío. La sangre era de él.

No.

¿Aaron?

No, él nunca haría eso.

—Empieza por el principio —dije, aterrada solo de pensar en la respuesta y pensando que tenía que haber una explicación razonable.

—Megan y yo fuimos a dar un paseo cuando llegamos a la cabaña. Ella encontró una piedra que le pareció que era una piedra preciosa. Cuando la cogí me corté. Resultó que era simplemente un fragmento de cristal verde viejo, muy afilado, y lo tiré en un cobertizo que había por allí.

No habíamos visto el cristal verde, aunque la verdad era que el interior de la pequeña cabaña estaba bastante oscuro. Podía haber aterrizado sobre la bolsa de plástico y haberse caído al suelo cuando la cogí.

—Oh. No mencionasteis nada cuando volvisteis.

Pero en su relato había algo que no me gustaba, por mucho que fuera perfectamente creíble. Era evidente, además, que Wright lo había aceptado, puesto que Aaron estaba llamándome con su móvil y no estaba encerrado en la cárcel.

—En primer lugar, soy un tipo duro. Y, en segundo lugar, el corte sangró solo unos segundos, no hubo ni siquiera necesidad de tapármelo con nada. Wright simplemente quiso que se lo aclarara. E imagino que también querrá confirmarlo con Megan. ¿Te puedes creer que ese hombre no se fía de nosotros? —dijo bromeando.

—Es una locura, sí —repliqué, obligándome a reír—. ¿Así que todo va bien?

—Sí. Tengo que marcharme. Mis padres y yo vamos a ir a visitar a la familia. Mañana estaré en casa y podemos vernos, ¿te parece bien?

—Espera un momento. ¿Que te vas, dices?

—A cincuenta kilómetros de aquí, Kenz, no me voy a México.

Me mordí el labio y enfilé el camino de acceso a mi casa.

—De acuerdo. Nos vemos mañana.

Aaron colgó y abrí la puerta de casa. Mi madre salió corriendo de la cocina. Había llegado pronto, pero ella seguía estando tremendamente preocupada.

—Hola —dije sonriendo como una tonta para que pareciera que todo iba bien, aunque no fuera así.

—¿Qué tal la comida?

—Bien. Felicity está muy bien y está a punto de volver a la uni para los cursos de verano.

—Así me gusta.

Sabía que a mi madre le gustaba interrogarme para conocer hasta el último detalle de todo y que se estaba reprimiendo. Podía llegar a ser un poco obsesiva.

—Subo a mi habitación —dije dándole un abrazo rápido, y empecé a subir los escalones de dos en dos.

Me dejé caer en la cama y me rasqué la cabeza. Me dolía. Aaron había decidido ir a visitar a la familia en el último minuto, cuando normalmente hacía todo lo posible por evitar las reuniones familiares. La última vez se puso enfermo, y la vez anterior tuvo un examen inventado. Y creo que en una ocasión utilizó también como excusa mi ruptura con Danny.

Odiaba a sus familiares lejanos porque eran unos criticones que lo menospreciaban por no ser un estudiante de sobresalientes. Ellos consideraban que debería ir a Cambridge a estudiar Derecho, como sus primos. Por lo tanto, me daba la sensación de que estaba huyendo, quizá no de Wright y la policía, sino de sus amigos. Había algo que no quería que supiéramos.

Marqué el número de Blake y dejé el teléfono a mi lado con el altavoz conectado. Esperaba que me ayudase a aclarar un poco las cosas... o que las convirtiese en un chiste. En aquel momento, cualquiera de las dos posibilidades me iba bien. La desesperación acababa provocando esas cosas.

—¿Necesito una orden de alejamiento? —bromeó Blake en vez de saludarme con el tradicional «hola».

—La sangre era de él —dije en voz baja, con la práctica seguridad de que Aaron era el asesino. La línea se quedó en silencio. Esperé a que dijera algo—. ¿Blake?

—Estoy aquí —dijo—. ¿Quieres que venga a verte?

Dijo eso, en vez de un fastidioso «Ya te lo dije».

—No sé lo que quiero, Blake. ¿Cómo es posible que la sangre sea suya? —Estaba empezando a asimilar la realidad y vi que me temblaban las manos—. ¿Crees que los mató Aaron?

—¿Me lo preguntas a mí?

—Estoy demasiado cerca de todos ellos, ¿verdad? Creo tanto en mis amigos que no logro ver la situación con claridad. ¿Lo hizo Aaron, Blake? Respóndeme, por favor.

—Si quieres mi opinión, no lo creo. Yo sigo apostándolo todo a Kyle. —Oí que Blake estaba haciendo alguna cosa y a continuación capté el tintineo de unas llaves. Iba a venir—. Relájate. Aún tenemos pendiente ir a hablar con Wright

sobre Lawrence. El hecho de que hubiera sangre de Aaron en la choza no demuestra que sea el asesino.

—¿Por qué haces esto? Crees que fue uno de ellos, ¿por qué, entonces, me ayudas con lo de Lawrence e intentas tranquilizarme?

—Me pediste ayuda, ¿te acuerdas?

—Eso no responde a mi pregunta. Podrías haberme mandado a paseo perfectamente, y no me digas que estás ayudándome porque te aburres, porque sé que es mentira.

Blake suspiró.

—Está bien. Me gusta que seas tan fiel a la gente que quieres, que creas en esa gente y quieras hacer todo lo posible por garantizar su seguridad. No es algo muy habitual, y no es tampoco una cualidad que haya visto nunca en un amigo. Además, no estás nada mal.

—Tenías que echar a perder el discurso al final —repliqué, esbozando sin querer una débil sonrisa—. ¿Vas a venir?

—Voy ya de camino —dijo, y colgó.

Dejé el teléfono y moví la cabeza con perplejidad. Por mucho que Blake jugara la carta del «todo me importa un comino», en realidad estaba preocupado. El corazón me latía con tanta fuerza que me sentía incluso débil. La verdad era que sentía algo por él. Algo importante.

«Esto se pone interesante», me dije. Un chico que encontraba del que podía enamorarme, y resultaba ser hermano de un tío al que odiaba, un tío de cuyo asesinato era, además, sospechosa. Fabuloso.

Blake se plantó en la puerta de casa en la mitad del tiempo que debería haberle llevado llegar en coche desde su casa. Me habría gustado regañarlo a gritos, pues era evidente que había conducido a una velocidad excesiva, pero, por otro lado, me alegraba de que hubiera venido tan pronto. Subió a mi habitación por delante de mí, como si fuese el propietario de la casa.

—¿Qué te ha dicho Aaron? —preguntó, mientras se sentaba en mi cama y se recostaba en los cojines.

—Ponte cómodo, por favor.

El tono de sus ojos se oscureció con la mirada que me lanzó.

Me concentré en lo que tenía que explicarle.

—Me dijo que cuando fue a pasear con Megan se hizo un corte en el dedo con un fragmento de cristal, pero que no tenía importancia y por eso no mencionó nada cuando volvieron.

A Blake le dio un ataque de risa.

—Los tíos dejamos de quejarnos o de jactarnos de nuestras heridas de guerra cuando cumplimos diez años, Mackenzie. ¿Y te lo creíste?

—Sí —respondí. «O eso creo.»

Se incorporó un poco para poder quedarse de cara a mí. De repente se puso serio y tuve la sensación de que iba a soltarme un sermón sobre confiar en las personas. No me gustaba nada el rumbo que estaba tomando aquello.

—¿De verdad? ¿No tienes ni una pizca de duda sobre la inocencia de Aaron?

Blake me estaba mirando de tal manera que, si ya se me hacía complicado concentrarme en respirar, pensar en algo tan serio como un asesinato más todavía. Me pasé la lengua por los labios, que estaban más secos que el desierto de Gobi, y tragué saliva.

—Mmm...

—En serio, Mackenzie, ¿crees que es inocente?

—Sí, lo creo. Tal vez sea impulsivo, pero con sus seres queridos siempre se ha mostrado muy protector. Es imposible que hiciera daño a Courtney y a Josh, sobre todo a Court. El tío de Aaron pegaba a su mujer antes de que ella lo abandonara y Aaron aborrece la violencia contra las mujeres.

Se dejó caer de nuevo sobre los cojines.

—De acuerdo. Yo también creo que tienes razón. Aaron no lo hizo. Es Kyle. Y tendríamos que profundizar un poco más en Megan.

—En Megan —repetí.

—Dijiste que podía ser tanto un tío como una tía. Y ella tuvo también la oportunidad de hacerlo.

Lo miré con exasperación. Era una de las mayores estupideces, por decir poco, que había salido de su boca.

—*Todos* tuvimos la oportunidad.

—Calla —dijo—. Voy a echar una siesta. Seguiremos con esto cuando me despierte.

De no haber estado sentada, me habría caído al suelo.

—¿Perdón?

—Intento dormir, Mackenzie.

Se puso de lado y cerró los ojos.

—¿Por qué quieres dormir aquí?

—Porque me da miedo que venga el hombre del saco.

Suspiré.

—Pues muy bien, Blake. Ya sé que en realidad es porque no te sientes a gusto en casa.

—Y entonces ¿por qué lo preguntas?

Lo miré entrecerrando los ojos, aunque él no podía verme.

—¿No pensarás pasarte la tarde entera durmiendo aquí?

—Solo un par de horas. Despiértame cuando tengas preparada la cena.

Apreté los dientes, pero no pude evitar sonreír. «Idiota.»

Se quedó dormido enseguida. Cogí un libro de la estantería y me senté a su lado. Se le veía tranquilísimo. Su camiseta negra se movía al ritmo de la respiración y sus párpados se agitaron levemente a medida que fue cayendo en un sueño más profundo. El corazón me latía con fuerza viéndolo dormir, y en el momento en que movió el brazo para extenderlo por encima de la almohada y volvió la cabeza hacia mí, me quedé sin aliento.

Lo cual no era bueno. En absoluto.

Cuando llevaba unos diez minutos de contemplación, Blake suspiró, se puso de lado y extendió sobre mi regazo el brazo que tenía por encima de la cabeza. Mi interior ardía de deseo. Habíamos estado juntos solo una vez y no había tenido nada que ver con ninguna de las experiencias que había tenido previamente. Había sido algo más que sexo y no me avergonzaba reconocer que me apetecía volver a sentir aquello.

Pero no era el momento, ni mucho menos. Tenía tantas cosas en la cabeza que no podía preocuparme por el descontrol de mis hormonas, aunque estuvieran alzando mucho más la voz que mi deseo de capturar al asesino.

Blake regresó a su casa a las ocho, después de que mi madre nos obsequiara con unas pizzas caseras. Por suerte, mis padres no sospechaban que hubiera nada entre nosotros porque, de ser así, las reglas cuando Blake estuviera en mi casa o yo fuera a la suya serían muy distintas.

Por mucho que Blake me volviera loca, también me ayudaba a mantener la cordura. Mi madre y yo salimos a la puerta para despedirlo.

—¿Qué tal está?

—Bastante bien, teniendo en cuenta las circunstancias.

—Lo siento mucho por toda la familia, pero ese chico ha pasado por muchas cosas, sobre todo después de la complicadísima ruptura de sus padres y de no ver apenas a su madre. Debe de ser horroroso saber que tu propia madre no te quiere en casa. No entiendo cómo pudo rechazarlo de esa manera.

—¿Qué? —dije, notando un extraño calor que me subía por todo el cuerpo.

—Después del divorcio, Eloise dijo que no podía con el carácter de Blake y lo mandó a vivir con su padre. Si quieres mi opinión, te diría que la mala conducta de Blake fue consecuencia de los mimos excesivos de Eloise hacia Josh. El pobre niño tenía que llamar la atención de alguna manera, y creo que aún intenta hacerlo. Es evidente que está resentido con ambos.

El pulso me latía con fuerza en los oídos. Blake no me había hecho mención alguna de todo aquello, pero seguramente explicaba por qué estaba tan enfadado con su madre y con su hermano menor. Pero aquello formaba parte del pasado. Si ahora estaba en casa de su madre no era solo porque tenía que quedarse aquí, como todos nosotros, sino que además quería hacerlo.

Mierda.

Tragué una saliva que me supo a ácido y le pregunté a mi madre:

—¿Y todo esto cómo lo sabes?

—Eloise y yo no somos amigas íntimas, pero en el transcurso de los años hemos hablado unas cuantas veces. Vi cómo se comportaba con los chicos, y Lori, del trabajo, la conoce bien.

Dios mío. Y yo que esperaba que me dijese que no era más que un rumor. A mi madre no le iban los chismorreos, y mucho menos conmigo. Si había una persona en este mundo en la que podía confiar con los ojos cerrados era mi madre.

—Entendido —dije—. ¿Y no quiso que viviese con ella?

Mi madre hizo un gesto de negación.

—No, fue más que eso. Cuando Josh tendría dos o tres años, Blake y él estaban jugando en el jardín de atrás de su casa y Josh se cayó en la piscina de plástico que tenían. Eloise lo sacó enseguida de allí, pero le echó la culpa a Blake. Creo que Blake quería vivir con Eloise, pero ella nunca volvió a confiar en él como para dejarlo a solas con Josh.

Caray, eso debió de dolerle mucho. Un accidente era algo que podía pasarle a cualquiera, y tampoco era responsabilidad de Blake cuidar de su hermano menor. Además, Eloise había mantenido separados a los dos hermanos, lo cual tampoco era correcto. ¿Por qué no me habría contado Blake todo aquello?

Me rasqué el entrecejo y fingí un bostezo.

—Creo que me acostaré pronto. Estoy agotada.

—Me parece un plan estupendo, cariño. Buenas noches.

Dejé que mi madre me diera un beso en la mejilla y subí rápidamente a mi

habitación.

Cerré la puerta y empecé a deambular con nerviosismo de un lado a otro. Blake me había mentido en cuanto al motivo por el que no vivía con su madre. Tal vez indirectamente, pero seguía escondiéndome la verdad. Eloise temía por Josh. Confiaba en que fuese simplemente porque estaba preocupada por su bienestar; de lo contrario, no me parecía bien que su madre pensara que podía hacerle ningún daño a su hermano. Pero si consideraba que los secretos de Aaron y Kyle podían ser móviles del crimen, estaba obligada a hacer lo mismo con el secreto de Blake.

Me desnudé, me puse el primer pijama que encontré, me cepillé los dientes y me metí en la cama. Pero me sentía incapaz de desconectar mentalmente y dormir.

El teléfono sonó diez minutos después de que Blake se hubiera ido. Lo cogí con manos temblorosas, temiendo quién pudiera ser. Era increíble, ahora me daba miedo hasta mi propio teléfono. Por suerte, vi el nombre de Blake en la pantalla. Solté el aire y respondí.

—Hola —dije—. ¿Ya estás en casa?

—Mi tío Pete está en el hospital —dijo tartamudeando, y a continuación carraspeó.

—¿Qué?

—Lo han... lo han atacado.

¿Atacado? Salté de la cama y cogí corriendo el pantalón vaquero que había dejado en la silla.

—Voy enseguida. Nos vemos en tu casa y vamos juntos, ¿te parece bien? —respondí.

Colgué rápidamente para vestirme y salir a la calle. Blake parecía muy afectado y no quería que cogiese solo el coche. Mi madre no se iba a alegrar, pero tenía que estar a su lado.

CAPÍTULO TRECE

Mi madre accedió a regañadientes a dejarme ir a casa de Blake y acompañarlo al hospital, siempre y cuando estuviera de vuelta en casa a las once. Llegué a un acuerdo con la hora de vuelta, antes de tener que informarle a cada momento de dónde estaba.

La casa de Blake estaba a oscuras cuando llegué, pero la luz de su habitación estaba encendida y la puerta de entrada no estaba cerrada con llave.

—¡Blake! —grité, y empecé a subir la escalera.

No respondió, pero la puerta de la habitación estaba abierta de par en par. Lo encontré sentado en la cama, mirando la pared. Sin duda me había oído llamarlo y subir por la escalera, pero no hizo el más mínimo intento de reconocer mi presencia. Me senté en la cama, a su lado. Estaba recelosa y preocupada.

—Lo siento mucho —dije—. ¿Qué le ha pasado a Pete? ¿Vamos al hospital? Puedo llevarte ahora mismo, si quieres.

—Mi madre lo ha encontrado en su casa. Se suponía que tenía que venir aquí, pero no aparecía y ha decidido ir a ver qué pasaba. La puerta estaba abierta y lo ha encontrado tendido en el suelo del salón. Le habían golpeado en la cabeza con un bate de críquet, Mackenzie. Con su propio bate de críquet.

—Dios mío. —Cubrí su mano cerrada en un puño con mi mano—. ¿Y sabes algo más?

Hizo un gesto de negación y encogió los hombros con escasa convicción.

—Acabo de enterarme. Mi padre se ha ofrecido a venir a buscarme, pero...

—Pero ¿qué?

—No creo que quieran verme por allí.

—Por supuesto que quieren verte por allí. —Era a mí a quien Pete no quería ver—. Vamos. Tenemos que ir.

Cuando me miró, vi el dolor reflejado en sus ojos.

—¿Por qué has venido?

«Porque me has llamado y porque no logro sacarte de mi cabeza.»

—¿Y por qué viniste tú cuando te llamé?

Frunció el ceño y bajó la vista hacia sus manos.

—Somos amigos, ¿es eso?

Creía que después de acostarnos habíamos superado ya esa fase, pero consideré que no era necesario sacar el tema a relucir en esos momentos.

—Sí, así que ve acostumbrándote. Ponte los zapatos, anda —le ordené—. Nos vamos al hospital.

Solo podía ver su cara de perfil, pero su sonrisa petulante era evidente.

—¿Acabas de decirme que me ponga los zapatos como si fuera un niño?

—Bueno, cuando decidas comportarte tal y como te corresponde por edad... —Le di un palmetazo en el brazo—. Vamos, Blake. Tienes que ir.

—Ese ataque podría haberlo matado. Alguien ha intentado matar a mi tío. ¿Sabes dónde están Aaron, Kyle y Megan?

—¿Qué? —repliqué, riendo con incredulidad—. ¿Crees que ha sido uno de ellos?

—¿Cómo es posible que no se te ocurra que esto está relacionado con el asesinato de Josh y Courtney?

La verdad es que no lo había pensado. Court y Josh habían muerto apuñalados, no como consecuencia de un golpe, como podría haberle pasado a Pete.

—Ahora concentrémonos en lo importante. Arriba, mueve el culo y vamos al coche. Te llevaré al hospital. Tienes que estar con tu familia.

Levantó una ceja y murmuró:

—Familia. Vale.

—Vamos —dije, tirándole del brazo hasta que conseguí levantarlo de la cama.

Llegamos al hospital cuarenta y cinco minutos más tarde y recorrimos un pasillo desierto en busca del ala F, donde estaba ingresado Pete según el mensaje de voz que había dejado Eloise.

Miré a Blake. Estaba tan tenso que pensé que acabaría haciéndose añicos.

—Cuando lleguemos te esperaré fuera. ¿Te parece bien? —le pregunté.

Abrió y cerró la mandíbula con fuerza.

—No necesito que me des la mano.

—Por supuesto que no lo necesitas. Tú no necesitas a nadie —repliqué con sarcasmo—. Blake, tú has estado a mi lado y yo quiero corresponderte ahora. No tengo más motivos que ese. No lo hago para recibir nada a cambio. Esto es lo que suelen hacer los amigos.

—Ya estás otra vez con lo de los amigos. ¿Te gusto de verdad, no?

Lo dijo en tono jocoso, pero intuí entre líneas que la pregunta real estaba allí. En su vida no había mucha gente que lo conociera de verdad y se preocupara por él.

—Sí. —«Me gustas mucho más de lo que sería conveniente.»—. Y me voy a pegar a ti en todo momento.

Llamé al interfono de la sala de cuidados intensivos y en cuanto mencioné que estaba allí el sobrino de Pete nos dijeron que pasáramos. No me pareció muy buena noticia; daba la impresión de que querían que la familia entrara rápidamente para despedirse de él antes de que se produjera lo inevitable.

Blake sujetó la puerta cuando se abrió. Entré y me volví hacia él.

—Oooh, veo que te estás convirtiendo en todo un caballero.

Me fulminó con su mirada azul.

—La próxima vez voy a dejar que la puerta te dé un buen golpe en el culo.

—Seguro que sí. Adelante. Yo esperaré ahí —dije, moviendo la cabeza para indicarle la puerta con un letrero en el que podía leerse «SALA DE ESPERA».

—¿De verdad que no quieres pasar?

—Blake, tu familia se alegrará de que hayas venido. Pero ya sabes lo que piensa Pete de mí. Me demostró rabia y odio y estoy segura de que no querría verme ahí dentro. Esperaré aquí y nos iremos cuando tú quieras.

Blake abrió la boca para hablar, pero yo, intuyendo lo que iba a decir, levanté la mano y se la tapé.

—Después de que hayas visto a tu tío. Anda, puedes hacerlo.

Blake dio un paso hacia atrás y retiré la mano. Hizo un gesto con la cabeza para despedirse y entró a ver a su familia.

Me quedé en el pasillo hasta que Blake entró en la habitación de Pete y luego me dirigí a la pequeña sala de espera. Junto a una de las paredes había una hilera de sillas tapizadas de azul y en la otra, un mostrador de madera. Justo lo que cabía esperar en un hospital. Había café y té, pero imaginé que sería para los familiares de los pacientes, de modo que introduje una moneda de cincuenta peniques en la máquina expendedora y esperé a que saliera una taza de plástico con café.

Tomé asiento y envié un breve mensaje a mi madre explicándole lo que pasaba. Me respondió de inmediato y me dijo que informara a la familia de Blake de que los tenía en sus pensamientos. No tenía la más mínima intención de

hacerlo, por supuesto, pues era plenamente consciente de que era *persona non grata*, pero le respondí de todos modos diciéndole que se lo haría saber a Blake.

No tenía ni idea de cuánto tiempo estaría Blake allí dentro, sin embargo no creía que se alargase mucho. Pero, aunque estuviera cansada y anhelara mi cama, también quería que Blake se quedara un buen rato. Necesitaba conectar con familiares que eran prácticamente desconocidos para él. La única familia que en realidad tenía era su padre y sus abuelos paternos.

Era la única persona sentada en la sala de espera y, a falta de otra distracción, dejé vagar mi mente en lo que Blake me había dicho. ¿Sería la persona que había atacado a Pete la misma que asesinó a Courtney y a Josh? Blake creía que el asesino era Kyle, pero yo no me imaginaba a ninguno de ellos golpeando a alguien en la cabeza con un bate de críquet, igual que tampoco los veía apuñalando a nuestros dos amigos. Y luego estaba el pasado de Blake con su madre y el hecho de que no albergara grandes sentimientos hacia nadie, excepto hacia su padre.

Pero, por mucho que le diera vueltas, siempre llegaba a la misma conclusión: no era ninguno de ellos. No podía ni siquiera obligarme a imaginar que lo fueran. La imagen de cualquiera de ellos con un cuchillo en la mano junto a los cuerpos ensangrentados de Court y Josh se negaba a entrar en mi cabeza.

Pero Blake no tenía el mismo historial que yo ni mis vínculos emocionales, y por eso pensaba que había sido Kyle.

Justo acababa de terminar mi segundo café con aguachirri y mi segunda ronda de pensamientos obsesivos cuando Blake irrumpió en la sala.

—Vámonos —anunció.

—¿Cómo está? —le pregunté, levantándome y tirando la taza vacía a la papelera.

—Inconsciente —respondió, caminando hacia la puerta.

Corrí tras él, ansiosa por saber por qué quería irse con tanta prisa. ¿Qué había pasado allí dentro?

Llegué a casa poco después de medianoche y con las piernas a punto de colapsar. Estaba agotada. Blake apenas había pronunciado palabra en todo el camino y no entendía si aquello era bueno o malo. Por muchas veces que se lo hubiera preguntado, se había negado a explicarme por qué nos habíamos marchado de allí con tantas prisas. Alguien le había dicho alguna cosa, eso era evidente. Pero ¿quién y qué?

Yo no había visto a los familiares de Blake, pero él me había contado que

estaban todos en la habitación de Pete. Por lo que había conseguido sonsacarle, sabía que su tío estaba en estado crítico. Tenía un fuerte traumatismo craneal y no respondía a los estímulos. Una máquina se había convertido literalmente en su línea de vida.

Y la otra cosa que había conseguido sonsacarle era que su abuela se había alegrado de verlo allí. La cosa pintaba mal, muy mal, y la situación me daba miedo.

Domingo, 23 de agosto

A la mañana siguiente, me desperté sobresaltada después de un sueño en el que había visto a Josh y a Courtney siendo apuñalados por un asesino sin cara. Sabía que los habían apuñalado a ambos. Había visto las consecuencias del acto y conocía los detalles que había revelado la policía, pero en el sueño había visto cómo sucedía. Había sido un sueño tan real que sentía náuseas.

Me giré hacia un lado y cogí el teléfono para ver qué hora era. Pero me quedé boquiabierta al ver de nuevo el número desconocido. «Abre el mensaje, Mackenzie. Puedes hacerlo.»

Hay alguien que es un bocazas.

Un bocazas. ¿Pete? ¿Se refería a Pete?

—Piensa, Mackenzie —murmuré frotándome la frente.

Tenía que haber algún tipo de conexión entre Pete y Lawrence, además del acalorado intercambio de ideas que habían tenido después del funeral de Tilly. No quería que uno de mis amigos fuera el responsable de todo aquello. Josh se había comportado como un cabrón al decir que era una suerte que hubieran muerto Tilly y Gigi y no Courtney y él. Pete había defendido a su sobrino y Lawrence, a su hija.

Podía ser. Deseaba poder culpar de todo aquello a Lawrence.

Consideré que había llegado el momento de contarle a Wright mi teoría sobre Lawrence y dejar que fuera él quien decidiera qué hacer. Nosotros no estábamos llegando a ninguna parte. Yo no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Acababa de recibir un segundo mensaje espantoso y mi cabeza era un caos. ¿Era yo la única que estaba recibiendo aquellos mensajes? Y, de no ser así, ¿por qué nadie había comentado nada? ¿Estarían tan asustados como yo?

Éramos amigos. No deberíamos estar protegiéndonos unos de otros. Pero eso era justo lo que yo estaba haciendo.

Pete había sido víctima de un ataque y la policía tenía que empezar a vigilar a Lawrence antes de que alguien más sufriera algún daño. Estaba obligada a agotar todas las opciones antes de atreverme a examinar con más detalle a mis mejores amigos.

Durante el desayuno, mis padres recibieron todo tipo de garantías de que me encontraba bien. Era agotador. En cuanto terminé de comer se fueron a trabajar y yo cogí las llaves y subí al coche, ansiosa por acabar cuanto antes con mi visita a comisaría.

Conduje sujetando con fuerza el volante con ambas manos. Tenía un nudo de nervios en el estómago y pensé que lo que más me hubiera apetecido habría sido acurrucarme en la cama y fingir que era un día de verano normal y corriente. Cuando estaba entrando en la ciudad, sonó el teléfono. Era Megan.

No estaba preparada para hablar con ella, pero tampoco podía rechazarla porque seguiría llamándome.

—Hola —dije, y puse el manos libres para poder seguir conduciendo.

—Hola, Kenzie, ¿estás bien?

«No, en absoluto.»

—Sí. ¿Y tú?

—Bien. Mira, es que estaba pensando que tendríamos que quedar. Llevamos prácticamente una semana sin reunirnos todos, solo nos hemos visto nosotras. Aaron y Kyle vendrán a casa a las siete y comeremos pizza. Debemos mantenernos unidos y no seguir distanciándonos. ¿Te apuntas?

Todo sonaba de lo más normal, como una velada más para relajarnos. Pero me parecía forzado, como si quisiéramos hacer la vista gorda ante todo lo que estaba pasando.

—Me apunto, claro. Ahora tengo que dejarte porque estoy conduciendo. Nos vemos luego.

—Perfecto. Adiós.

—Adiós.

Terminé la llamada y estacioné en el aparcamiento que había junto a comisaría. Vi a mi derecha el coche de Aaron. «¿Qué demonios pasa?», me pregunté. Salí rápidamente y vi que se acercaban Aaron y Kyle. El corazón se me aceleró.

—Hola —dijo Kyle dándome uno de sus abrazos de oso.

Le devolví el abrazo y me aparté rápidamente.

—Hola.

—También te han llamado, ¿no? —me preguntó Aaron, con cara de estar ya harto de la situación.

«¿Llamado? ¿Así que a él lo habían vuelto a llamar?»

—Eh, sí —respondí. No quería entrar en por qué había decidido ir a comisaría.

Si le preguntaba por los detalles a Aaron, tal vez me preguntaría él por qué yo los desconocía. Lo más probable era que lo hubieran llamado por algo relacionado con el ataque que había sufrido Pete.

—¿Vendrás luego a casa de Megan? —preguntó Aaron.

—Sí, allí estaré. Nos vemos, chicos.

—Estupendo —dijo Aaron, abriendo la puerta del coche.

Kyle se instaló en el asiento del acompañante y vi que cogía el teléfono. En ese momento cualquier cosa que hicieran me parecía susceptible de tener un significado oculto. Conociendo a Kyle, lo más probable era que estuviera jugando con cualquier aplicación basura que se hubiese bajado. Por lo que yo sabía, no se podía camuflar el número desde el que se enviaban mensajes de texto, ¿no? Pero no, no tenía sentido. Estaba demasiado nerviosa. Aaron dio marcha atrás para salir del aparcamiento y los dos me dijeron adiós con la mano, tranquilamente.

Puse rumbo a comisaría, decidida a contarle a Wright lo de Lawrence y, justo en aquel momento, vi salir a Wright y a Blake por la puerta. «Blake también está aquí. ¿Seremos Megan y yo las únicas a quienes no han llamado?» Di unos pasos más para intentar oír lo que estaban diciendo.

—Sí..., muy peculiar, sí —dijo Wright, levantando una de sus cejas oscuras.

No podía ver la cara de Blake porque estaba de espaldas a mí, pero me resultaba fácil imaginar su expresión de aburrimiento.

—Ser peculiar no te convierte necesariamente en asesino, señor Wright. Lo que está usted buscando es un psicópata.

Wright se encogió de hombros.

—Tal vez. Y tal vez no sea usted el asesino. Su pasado no demuestra que asesinara a su hermano y a su novia. Pero sus antecedentes policiales han sido una lectura de lo más interesante, Blake. Le doy las gracias por animarme una tarde monótona.

Lo saludó con la cabeza y volvió a entrar en comisaría. Blake se giró y echó a andar hacia el aparcamiento.

—¡Hola! —grité, saludándolo con la mano.

—¿Qué haces aquí, Mackenzie?

—¿A qué se refería Wright con eso de que tienes antecedentes policiales?

Le formulé la pregunta acelerando el paso para ponerme a su altura. Cuando le daba la gana caminaba muy rápido.

Blake juntó las dos cejas para fruncir el ceño.

—A nada —murmuró.

—¡Mentira! —dije, y lo agarré por el brazo.

Se volvió en redondo y estuvo a punto de chocar contra mí.

—¿Qué quieres? Estás por todas partes, corriendo de un lado a otro para intentar aclarar un asesinato. Yo. No. Los. Maté —dijo muy despacio.

—Te creo, Blake.

Me miró a los ojos, intentando averiguar si le estaba diciendo o no la verdad.

—Te creo —repetí.

—Bien. En ese caso, olvídate del tema.

Dio media vuelta y siguió andando hacia su coche.

«¡No tan rápido, colega!»

Lo seguí, dejando una pequeña distancia entre nosotros. Quería saber qué era lo que escondía acerca de sus antecedentes policiales. Blake abrió el coche y yo abrí casi a la vez la puerta del lado del acompañante.

—¿Qué haces? —dijo, con un tono tan aburrido que no pude evitar sonreír —. ¿Qué?

—Entra en el coche, Blake.

Refunfuñó, entró y cerró de un portazo.

—Cuéntamelo —insistí.

—Te contaré lo que pone en mi ficha policial si tú me cuentas algo que nadie sepa de ti.

—¿Siempre actúas así? ¿Con evasivas?

Era como si hubiera levantado un muro a su alrededor.

—Si tengo que contarte algo que solo sabe mi padre, algo de lo que no me siento orgulloso, quiero que tú también me cuentes alguna cosa a cambio —dijo —. Tú decides.

—De acuerdo.

—Y empiezas tú, además —añadió.

Me mordí el interior de la mejilla y miré por la ventanilla. No podía mirar a Blake mientras se lo explicaba. Era demasiado personal, demasiado intenso.

Tenía el corazón roto. Me disponía a contarlo por primera vez desde los quince años. Junté las manos y noté el cuerpo helado por dentro.

«No quiero hacer esto. ¡No quiero revivirlo! ¿Puedo confiarle esta historia?» Respiré hondo y tragué el nudo del tamaño de una pelota de fútbol que se me había formado en la garganta. Sabía que no me quedaba otro remedio que compartirlo si quería, a cambio, la misma sinceridad por parte de Blake. Y si teníamos que averiguar qué sucedió realmente aquella noche en la cabaña, necesitaba esa sinceridad.

Abrí la boca, cerré los ojos y esperé a que se formaran las palabras. El corazón me pesaba como si fuera de plomo.

—Hace tres años tuve... un aborto.

Dios mío, lo había dicho en voz alta. El dolor me presionaba el corazón.

Esperé a que dijera alguna cosa, pero Blake guardaba silencio.

Continué:

—Tenía quince años, era demasiado joven para ser madre, y estaba muy asustada. Mi novio por aquella época había roto conmigo tan solo una semana antes de que me enterara de que estaba embarazada y se había vuelto muy... desagradable. De modo que no se lo dije. Tampoco podía contárselo a mis padres, porque se habrían enfadado mucho y se habrían llevado un desengaño conmigo. No tenía ni idea de a quién acudir ni adónde ir. Me sentía asfixiada y no sabía qué hacer. Por las noches me dormía llorando y rezando para pedir ayuda. Pero nadie podía ayudarme, o eso al menos me parecía en aquel momento. Nunca me había sentido tan aterrada como entonces, ni he vuelto a sentirme así, ni siquiera cuando encontré a Courtney y a Josh. Estaba sola y tenía la sensación de que no tenía alternativas, así que no se lo conté a nadie.

Noté el crujido del asiento al rozar con el tejido del pantalón vaquero de Blake cuando se volvió para mirarme.

—¿Pasaste eso sola, Mackenzie? —preguntó con delicadeza.

Me esforcé por recuperar el ritmo de la respiración y parpadeé para eliminar el escozor que sentía en los ojos. «Puedes hacerlo», me dije.

—Pedí cita en la clínica. No me permití darle muchas vueltas. Fingí que era para una visita rutinaria. —Al verme catapultada de nuevo hacia aquel día me empezaron a temblar las manos. Seguía percibiendo el olor a limpio de la clínica, continuaba sintiendo el miedo que me abrasaba el estómago—. Cuando me tomé aquella píldora, me imaginé que era una aspirina. Y cuando empecé a

sentir los dolores, me convencí de que eran los normales del periodo. Me odié a mí misma en aquel instante. Y sigo odiándome. Fue el mayor error de mi vida —balbucí—. Y Josh fue la única persona que lo supo.

CAPÍTULO CATORCE

Blake extendió el brazo y me cogió la mano. Engullí el sollozo que me provocó la amabilidad de su gesto.

—¿Lo sabía Josh? ¿Cómo es eso? —preguntó.

Me mordí el labio y noté una lágrima que me abrasaba la piel de la mejilla. Pensar en aquello nunca resultaba fácil.

—Josh me vio salir de la clínica. Después de clase iba a trabajar a la oficina de su tío, que estaba justo al lado. Yo estaba hecha polvo. Me parecía increíble haber hecho lo que acababa de hacer. Enseguida averiguó qué pasaba.

Me ardían la garganta, el pecho y el corazón.

—¿Y qué hizo, Kenz?

Recogí las piernas sobre el asiento y las enlacé con mis brazos, como si quisiera protegerme de la conversación con aquel gesto.

—Me chantajeó —le expliqué—. No fue nada serio, en realidad; sobre todo cosas como no entrometerme si él quería salir con Courtney, pedirme que fuera a recogerlo en plena noche cuando necesitaba que alguien lo llevase a algún lado en coche, darle dinero, inventar referencias falsas para un trabajo que quería o conseguir que mis amigos y yo accediéramos a hacer excursiones a las que sabía perfectamente que no queríamos ir porque no nos gustaba su compañía.

—Hijo de puta —murmuró Blake, apretando los dientes.

—Cada vez que intentaba convencer a Courtney de que Josh era un gilipollas, me imaginaba su cara, aquella media sonrisa desdeñosa y su ceja arqueada, diciéndome que sabía una cosa que a mí no me gustaría nada que se supiera. —Respiré hondo—. Yo quería que Courtney se lo quitase de encima, pero no podía permitir que la gente se enterara de lo que había hecho. Me odio por hacer lo que hice y odio todo lo que hice por mantenerlo en secreto.

—¿Por qué no se lo has contado aún a tus padres?

Parpadeé para evitar que se me escapasen más lágrimas.

—Porque estoy avergonzada y porque es de lo que más me arrepiento en mi vida. Estaba hecha un lío, Blake. Salir con Danny me dejó muy confusa y estuvo a punto de acabar conmigo. No tenía ni autoestima ni ningún respeto hacia mi propia persona. Él me engañaba constantemente y yo nunca corté la relación ni le conté nada a nadie de lo que me hacía. Mis padres se habrían llevado un desengaño si se hubiesen enterado de que había mantenido relaciones sexuales siendo tan joven y de que había sido tan irresponsable y había tenido un aborto. Haría cualquier cosa por retroceder en el tiempo y cambiar lo que sucedió.

Blake volvió a apretarme la mano. Parecía estar como un pez fuera del agua, pero el hecho de que estuviera intentando consolarme y apoyarme era un mundo para mí.

—No te machaques, por favor. Eras muy joven, Mackenzie.

—¿Y? Era lo bastante mayor para mantener relaciones sexuales. Lo suficientemente mayor para afrontar las consecuencias. —Bueno, en realidad no lo era, pero tomé decisiones a pesar de saber, en el fondo, que debería haber tomado otras—. Solo me gustaría haberlo pensado un poco más antes de tomar una decisión tan rápida. Y ahora tengo que vivir con ello.

—Siento que tuvieses que pasar por eso sola.

—Mira el escándalo que monto con los secretos de todo el mundo cuando el mío es tan...

Moví la cabeza en un gesto de impotencia y pegué la frente a las rodillas.

—Yo envié a un hombre al hospital.

Abrí mínimamente los ojos.

—¿Qué?

—Con dieciséis años me gustaban las peleas. De hecho, eran mi vida.

—¿Por qué?

—Porque sentía rabia.

—¿Rabia hacia qué?

Rio con suficiencia.

—Mira que eres curiosa.

Me volví para quedarme frente a frente con él.

—Oye, yo te he contado aquello de lo que más me arrepiento, algo que no sabe nadie. Ahora te toca a ti, ¿lo recuerdas?

Me limpió una lagrimita que me resbalaba por la mejilla y se me cortó la respiración por un segundo.

—¿Qué pasó, Blake?

—No tengo buena relación con mi madre, eso ya lo sabes. —Asentí—. Sentía rabia hacia ella porque pasaba de mí y porque quería más a Josh. Mi madre no podía mantenernos a los dos y eligió al niño bonito. Mi padre trabajaba mucho y yo me pasaba todo el tiempo solo. No tenía muchos amigos, o amigos de verdad. Pero sí tenía un grupo con el que me pasaba el día callejeando, bebiendo y metiéndome en peleas.

—Caray, así que bebiendo y metido en peleas callejeras. Y luego nos cuestionas a nosotros por beber en el parque.

Blake esbozó un amago de sonrisa.

—En ningún momento he dicho que lo que yo hacía fuese elegante. Era una gilipollez. Y yo, un gilipollas. Una noche nos encontramos con un tipo que empezó a fanfarronear y perdí los estribos. Ni siquiera recuerdo lo que dijo. El caso es que fui demasiado lejos y, cuando me apartaron de él, comprendí por qué todo el mundo estaba gritando tanto. El tipo se había quedado inmóvil. Había mucha sangre. —Se interrumpió, recordando—. Fue mi última pelea.

—Joder. —Parpadeé, intentando asimilar lo que acababa de contarme. Al menos me había contado la verdad, o casi, en cuanto a que su madre no lo quería —. Eras un niño rabioso, pero puedo entender por qué eras así.

Blake respiró hondo e intentó frivolizar un poco la situación.

—Vale ya de psicoanalizarme —dijo.

—Me imagino que Wright se habrá puesto las botas con toda esa información.

—Podría decirse que sí. Porque, a pesar de que las peleas y un asesinato premeditado son cosas completamente distintas, tengo la impresión de haber saltado al número uno de su lista de sospechosos.

—Yo no iría tan lejos, señor Harper. —Dimos un brinco al oír la voz de Wright. El corazón se me detuvo un instante y se me pusieron los pelos de punta. Me volví en redondo y lo vi apoyado en el coche, por el lado de Blake. Estaba justo al mismo nivel que las ventanillas de atrás, y era imposible verlo mientras hablábamos. Teníamos ambas ventanillas bajadas porque el calor en el interior era abrasador. Lo había oído todo—. Pero de todas formas, Keaton, creo que deberíamos tener una pequeña charla.

Wright dio media vuelta y echó a andar hacia el edificio de comisaría, confiando en que lo seguiríamos.

El estómago me dio un vuelco.

—¡Dios mío, Blake!

—Tranquila. Todo irá bien.

—Va a pensar que maté a Josh porque me hacía chantaje.

«Creo que voy a vomitar», pensé.

—Eso ya lo piensa —dijo Blake en tono burlón, y luego sonrió—. Mackenzie, cualquiera puede ver que no eres una asesina a sangre fría. Eres demasiado enclenque para eso. Si ni siquiera puedes abrir la puerta de mi coche.

—Calla. ¡Lo que pasa es que va muy dura!

Abrí la puerta, lo cual era mucho más sencillo desde el interior, y salí del coche. Blake me siguió, riendo para sus adentros. ¿Cómo podía mantener aquella calma cuando estaba muy claro que Wright iba a arrestarme en el instante en que pusiese el pie en comisaría?

Cuando entré en comisaría, un edificio que empezaba a conocer en exceso, el pulso me retumbaba en los oídos. Wright sonrió y chasqueó la lengua.

—Acompáñeme, Keaton.

Blake me rozó el brazo con la punta de los dedos y me señaló la puerta con un gesto. Naturalmente, él se largaría pitando de allí. ¿Acaso tenía que ser siempre así? ¿Acaso siempre tenías que enfrentarte solo a las cosas más duras?

—¿Quiere que llame a sus padres? —preguntó Wright.

—No, gracias —respondí con sequedad.

Tomé asiento en la sala de interrogatorios, un cuarto pequeño pintado de color magnolia. Una mesa negra se interponía entre Wright y yo. El inspector cerró la puerta y se sentó. Se inclinó por encima de la mesa y dijo:

—Ya conoce la rutina. —Conectó la grabadora y anunció mi nombre y la fecha—. Cuénteme ese chantaje al que la sometió Joshua Harper.

—En realidad no era un chantaje. Josh nunca me hizo nada realmente espantoso. Pero no me permitía explicarle a Courtney cómo era él en realidad.

El inspector arqueó una ceja.

—¿Y cómo era?

—Ya se lo expliqué.

Se encogió de hombros.

—Pues concédame otra vez ese gusto.

Suspiré. Contarle lo que le había contado a Blake en el coche no era muy buena idea, pero era evidente que tenía que repetírselo.

—Josh era un egoísta y pensaba que todo el mundo estaba en deuda con él. Yo sabía que intentaría controlar a Courtney. Y la controló. Podría haber encontrado a alguien mucho mejor que él.

—¿Y Josh no le permitía expresar lo que realmente pensaba sobre su relación?

—Bueno..., no. No era eso. —Agaché la cabeza—. Al final le dije a Courtney que si tanto le gustaba era porque no podía ser tan malo. Le dije que era una decisión solamente suya. Yo no quería que Courtney tuviera una relación con Josh, pero tampoco quería que la gente se enterara de que yo había tenido un... aborto.

—¿Y por eso lo mató?

Sofoqué un grito y me enderecé en la silla.

—¡No! ¡Le juro que yo no lo hice!

—Josh era el único que lo sabía. Era el único que podía revelar su secreto. Con él fuera de su vida, ya nadie lo sabrá nunca. Su muerte le ha resuelto el problema, ¿no le parece? —dijo el inspector Wright, presionándome.

—¡Yo no lo maté! Y, de haberlo hecho, ¿por qué tendría que haber matado a Courtney? ¡Era mi mejor amiga! Jamás mataría a nadie por un secreto. ¡Tiene que creerme!

—Mire, esto es lo que creo que sucedió —dijo Wright, e hizo un segundo de pausa para ver si pensaba desafiarlo. Pero no tenía sentido hacerlo—. Creo que se produjo un altercado entre Joshua y usted, y usted acabó perdiendo el control. Courtney lo vio y, para acallarla, acabó apuñalándola también.

—¡No! ¡No pasó nada de eso! ¡Yo no lo hice!

Sabía que tenía que mantener la calma, pero eso es prácticamente imposible cuando tienes a alguien acusándote de un crimen que no cometiste.

—¿Dónde estaba usted ayer a las ocho de la noche?

—En casa.

—¿Estaba con alguien más?

—Blake estuvo en mi casa hasta las diez y media, y mis padres también estaban. No ataqué a Pete.

Wright levantó las manos y sonrió.

—Solo preguntaba. —Hizo una pausa—. ¿Así que Harper estuvo con usted anoche?

—Sí.

—¿Todo el rato?

—Sí. Bueno...

Wright levantó una ceja y se inclinó hacia delante.

—¿Bueno?

—Me refiero a que estuvo en mi casa todo ese tiempo, pero yo no estuve con él todo el rato. —Wright se mantuvo en silencio, a la espera—. Bajé para ayudar a mi madre a preparar la cena y Blake se quedó en mi habitación. Pero estaba durmiendo y no salió de casa.

—¿Cómo puede estar tan segura?

—¿Cómo quiere que pasara por la cocina para ir hacia la puerta y yo no me enterara?

—¿No hay una puerta trasera?

—Las puertas dobles del salón —dije, explicándome—. Mi padre estuvo toda la noche viendo películas en blanco y negro. Habría visto a Blake, y es imposible que lo dejara salir de casa sin hablar primero con él.

—¿De modo que no hay ninguna posibilidad de que saliera y volviera a entrar?

—No —contesté.

—¿Salió usted de casa?

—No.

Wright sonrió y pensé que seguiría indagando, pero no lo hizo.

—Permítame repasar una vez más lo que creo que sucedió en la cabaña, ¿de acuerdo?

No era una pregunta, y no me quedó más remedio que escuchar.

—Creo que usted mató a Josh porque la amenazó con revelar su secreto. Courtney fue testigo del ataque, lo que implica que se vio obligada a matarla también a ella. De un modo u otro, Peter Sheffield descubrió lo que usted había hecho y usted intentó matarlo también. Esto último aún no lo he trabajado, pero lo acabaré averiguando.

—No. No es verdad. Seguro que a Blake le ha dicho lo mismo, pero eso no significa que lo hiciera él.

Sonrió tensamente, entrecerrando los ojos.

—Claro, pero el motivo de Harper era distinto.

Parpadeé, perpleja. ¿Estaba reconociendo Wright que había acusado a Blake igual que lo había hecho conmigo? La cabeza me daba vueltas. Pensara lo que pensase de Wright o de cómo reaccionaría, siempre salía con algo completamente distinto. Era como si para él todo aquello fuese como un juego.

—Y ahora ya puede irse, señorita Keaton.

Podía irme. Decidí no quedarme para hablarle sobre Lawrence. Habría dado la impresión de que me agarraba a un clavo ardiendo después de que Wright

hubiera revelado su teoría, de modo que no me quedaba más remedio, por el momento, que guardarme para mí mis sospechas. Me levanté y salí de la sala. Me negaba a permitir que Wright supiese que me estaba haciendo sufrir.

Crucé a toda velocidad la comisaría y salí por la puerta. Estaba de tan mal humor que le habría dado un puñetazo a cualquier cosa.

—Hola.

Mi corazón revivió al oír la voz de Blake. ¡Me había esperado! Estaba apoyado contra la pared de ladrillo, con una pierna dejada caer sobre la otra, como si todo le importase un comino.

—¿Qué haces aún aquí? ¿Estabas esperándome?

—No te emociones.

Demasiado tarde. Tenía la sensación de que todo lo relacionado con él me emocionaba. Necesitaba ayuda.

—No pensaba hacerlo —repliqué, despreocupada.

—¿Quieres que demos una vuelta en coche y charlemos? Luego te traeré de nuevo hasta aquí para que recojas tu coche —dijo.

Los músculos de la boca me dolieron del esfuerzo que tuve que hacer para no sonreír como una tonta.

—Vale.

CAPÍTULO QUINCE

Estábamos sentados en silencio en la habitación de Blake. Yo jugueteaba con mis dedos.

—¿Quién piensas que los mató? —preguntó Blake mirando el techo.

No habíamos dicho palabra desde nuestra llegada, hacía ya veinte minutos. Había necesitado un buen rato para calmarme. Y a pesar de que Blake no conseguía encontrar palabras para consolarme, no costó nada que sus actos surtieran el mismo efecto.

Me encogí de hombros. Era una pregunta que, por mucho que me la formulara mil veces en una sola hora, para mí tenía siempre la misma respuesta: «No lo sé».

—No quiero que sea ninguno de ellos.

—Preferirías que fuese yo —dijo Blake en voz baja, y su mano se quedó quieta sobre mi rodilla, sobre la que había estado trazando círculos desde que nos habíamos sentado.

—No —repliqué. Tendría que haber visto venir que iba a salir por ahí. No me gustaba que se sintiera un extraño con todo el mundo. Para mí, era uno de los nuestros. Ahora formaba parte de nuestro grupo—. Supongo que tendría que preferirlo, pero no.

Se recostó sobre los codos y me miró.

—Por supuesto que lo preferirías.

—No. Te lo digo sinceramente. No quiero que el asesino sea una persona que conozco. Tiene que haber otra explicación.

—Pero no la hay, ¿verdad? Ambos sabemos que Lawrence estaba muy cabreado, pero no fue él.

En el fondo lo sabía, pero no quería reconocerlo en voz alta y convertirlo así en una realidad.

—Al final tendrás que aceptar que el asesino fue uno de tus amigos.

—¿Tú quién crees que es? —pregunté.

Había apuntado a Kyle en un par de ocasiones, pero las razones que daba Blake eran ridículas. A mi entender, sus sospechas tenían más que ver con el hecho de que aquella noche no se habían llevado nada bien.

—No lo sé. —Se estiró en la cama—. Nadie está diciendo gran cosa. Sigo pensando que es Kyle, pero no descarto todavía a los otros dos.

«Han dicho muchas cosas, aunque no a ti.» Últimamente me había enterado de cosas de mis amigos que me habían sorprendido increíblemente. Todos tenían un motivo u otro para querer hacer daño a Courtney y a Josh. ¿Haría bien contándoselo a Blake para ver si él era capaz de averiguar algo a partir de lo que yo sabía? Él no tenía una relación íntima con ninguno de ellos y era posible que hubiera algún detalle evidente que a mí se me pasara por alto.

—Blake —dije, debatiendo aun mentalmente si debería o no decirle algo. «Mala idea, Mackenzie.»

—¿Qué?

No pude evitarlo.

—Hay cosas de Megan y de Kyle que no sabes —dije, y me convertí oficialmente en la mayor zorra del planeta.

Su expresión no se alteró en absoluto.

—¿Qué tipo de cosas?

—Que tenían motivos —dije. El ambiente se cargó tanto que pensé que me iba a asfixiar. Olvidaba constantemente que Blake no solo estaba allí para ayudarme, sino que además era un sospechoso más y, aparte, era el hermano de Josh.

—Continúa.

¿Por qué habría considerado que era buena idea contárselo? Era evidente que enseguida pensaría que los secretos de mis amigos los convertían en culpables. Sin duda, Blake quería que alguien pagara por la muerte de Josh y, aun sin saber nada, ya creía que uno de ellos tenía las manos manchadas de sangre.

No solo era una amiga espantosa, sino que además era idiota.

Pero ya le había dicho que todos tenían motivos y no podía dar marcha atrás sin que sospechase y pensase lo peor... sobre mí. Lo más probable era que, si no le explicaba nada, Blake pensara que estaba tratando de ocultar mis pistas.

—Josh me hizo chantaje. Tú le guardabas rencor —dije para dejar claro que todos teníamos nuestros motivos y que no podíamos dedicarnos a echar la culpa a los demás a la ligera—. Megan adulteró la bebida de Gigi, lo que obligó a

Courtney a ponerse al volante la noche del accidente que acabó con las vidas de Tilly y Gigi, y Kyle tenía un lío con Courtney —dije, y mis palabras me dejaron un sabor amargo.

—¿Que Courtney se la estaba pegando a Josh?

—Sí. Kyle me dijo que la cosa acabó hace unos meses, pero duró mucho tiempo.

Blake resopló.

—Mi hermano era un engreído, un cabrón y un arrogante, y probablemente se lo mereciera.

Enderecé la espalda, sorprendida. No era la reacción que me esperaba. En absoluto.

—Blake, ¿qué...?

—Venga, no me digas ahora que no pensaste lo mismo cuando te enteraste. Le habría ido bien a Josh para bajarle un poco el ego. Es una lástima que no llegara a enterarse. ¿Y Aaron?

—¿Qué? —Meneé la cabeza, intentando seguirle el ritmo. ¿Que ahora Blake acusaba a Aaron? Aquello era un giro de ciento ochenta grados—. ¿Qué pasa con él?

—¿Cuál es su secreto oscuro?

—Pues no tiene ninguno.

Rio con suficiencia y me miró como queriendo decir: «Ya».

—Por supuesto que no tiene. Está perfectamente limpio.

—¿Tú crees que sí lo tiene?

—Lo que creo es que ya no hay nada que me sorprenda. Todo el mundo tiene un cadáver en el armario, como mínimo, y tendrías que preguntarte por qué Aaron sigue aún escondiendo el suyo.

—Cabe la posibilidad de que no tenga secretos, o de que sus secretos no tengan que ver ni con Courtney ni con Josh.

Blake se incorporó y se puso delante de mí con tanta rapidez que me produjo vértigo. La cabeza me daba vueltas cuando lo tenía cerca. Si lo que pretendía era mantener una conversación seria conmigo, tendría que guardar las distancias.

—Eres demasiado ingenua y demasiado confiada, Mackenzie.

Me aparté un poco, de modo que dejé más espacio entre nosotros. Retrocedí hasta quedarme pegada a la pared y confié en que no se acercara más, porque me estaba empezando a costar respirar.

—Eso me dicen.

—La gente se aprovechará de ti.

Me crucé de brazos.

—Pido perdón por no querer creer que mis amigos son unos asesinos.

—No pretendo decir con todo esto que sean malas cualidades, sino que tienes que ir con cuidado. Tu necesidad de verle la mejor cara a todo el mundo acabará jugándote una mala pasada. Te ciega la fe que depositas en los demás, incluso en los desconocidos.

—¿Te refieres a ti?

—Sí, me refiero también a mí. Crees que no maté a Josh y a Courtney, pero no sabes de mí más que les guardaba rencor a mi madre y a mi hermano y que mandé a un tipo al hospital.

Me ardían los pulmones por falta de oxígeno y no conseguía hacerlos funcionar. ¿Qué estaba diciendo?

—¿Estás diciéndome que lo hiciste tú?

Blake suspiró.

—No, Mackenzie. Lo que te estoy diciendo es que si yo fuese el culpable no te enterarías. ¿Cuál de tus amigos crees que tiene más probabilidades de ser el asesino de Josh y Courtney?

—No lo sé. Ninguno.

Sonrió y ladeó la cabeza.

—¿Lo ves? Sabes que es uno de nosotros, pero te niegas a afrontarlo. Los conoces más que nadie. Sabes cuál de ellos es el asesino más probable, por mucho que no quieras ni reconocerlo ni aceptarlo.

Me mordí el labio tan fuerte que noté el sabor de la sangre.

—Por instinto, Mackenzie, dime ¿quién es?

—¡No lo sé, Blake! —Salté de la cama y empecé a caminar de un lado a otro de la habitación. ¿Por qué me hacía aquello? Me estaba observando como un halcón—. No lo sé. ¡No tengo ni puta idea!

—La tienes.

—¡No, no la tengo! —grité—. ¡Para ya! Eres un... ¡un cabrón!

Blake esbozó una sonrisa que indicaba que se lo estaba pasando en grande.

—Ahora mismo me encantaría pegarte un puñetazo —le espeté.

—Mira, no es mi intención cabrearte...

—Pues deja ya de cabrearme.

—¿Quieres que te ayude o no?

Negué con la cabeza y salí de la habitación.

—No, lo único que quiero es que me dejes en paz. Ya iré andando a recoger el coche.

Salí de la casa y no me siguió, aunque tampoco esperaba que lo hiciera. No era de los que corre detrás de una chica. Empezaba a hacerse tarde y la tenue luz de las farolas apenas iluminaba mi recorrido. Tenía que ir a casa de Megan, pero no me veía con ánimos. El aire era caliente, estábamos en agosto y en plena ola de calor, pero pegué igualmente las manos al cuerpo.

Estaba ya a medio camino cuando mi teléfono emitió el sonido de un mensaje entrante. Y aún tenía que ir a recoger el coche a comisaría en algún momento.

El ochenta por ciento de las víctimas conoce a su asesino. Piensa en todos tus conocidos, Mackenzie.

Me detuve en seco. Temblorosa, volví a leer el mensaje. ¿Qué era aquello? ¿Una amenaza?

El remitente era el mismo número que el de los demás mensajes siniestros. El corazón se me aceleró y las pulsaciones me retumbaron en los oídos. No había nadie... o al menos yo no veía a nadie. Contuve la respiración y agucé el oído para poder escuchar pasos o cualquier otro sonido que me diera a entender que estaban siguiéndome. La brisa agitaba las hojas de los árboles, pero no se oía nada más.

Porque a lo mejor están quietos, observándote.

Noté un escalofrío y aceleré el paso.

Respiraba tan fuerte que era imposible que oyera cualquier otra cosa. Miré de nuevo por encima del hombro e inspeccioné los alrededores. Oí un portazo a mis espaldas. Era un golpe sordo, de madera, como si fuera la puerta de un cobertizo. Daba igual lo que fuera. Eché a correr.

Estaba tan asustada que aquella noche no vi a ninguno de mis amigos, ni hablé con ninguno de ellos. «Lo más probable es que uno de mis amigos sea el asesino.»

Empecé a leer obsesivamente los misteriosos mensajes de texto y busqué en internet aquel número de teléfono móvil. No había nada. Por supuesto.

Me senté en la cama con las piernas cruzadas y la mirada fija en el teléfono. ¿Me estaba diciendo aquel mensaje que yo conocía al asesino de Courtney y Josh o quería darme a entender que yo sería la siguiente?

¿Qué significaba todo aquello?

Blake pensaba que yo ya conocía al asesino. ¿Podrían ser suyos los mensajes?

¿Serían de Kyle, de Megan o de Aaron?

Lunes 24 de agosto

Aquella noche apenas dormí. Por la mañana, me froté los ojos y busqué a tientas la botella de agua que había dejado en la mesita. La cabeza me daba vueltas de dolor.

—Buenos días, cariño —dijo mi madre asomando la cabeza por la puerta—. ¿Todo bien?

—Buenos días. Sí, todo bien. ¿Vais a trabajar?

—Estamos a punto de irnos. ¿Seguro que no quieres venir al despacho conmigo?

—Seguro, mamá.

Se apoyó en el marco de la puerta y se cruzó de brazos.

—Como quieras. Pero prométeme que me llamarás si necesitas cualquier cosa.

—Te lo prometo, pero estoy bien, de verdad.

—¿Has quedado con alguien hoy?

—¿A qué te refieres con «alguien»?

—A si has quedado con alguno de tus amigos.

—No, hoy me parece que no tengo un día muy sociable. Creo que me quedaré ganduleando en la cama y viendo telebasura.

—Muy bien —dijo mi madre. Sonrió y posó la mano en el pomo de la puerta para cerrarla de nuevo—. Hasta luego. Y llama si necesitas cualquier cosa.

—Así lo haré. Hasta luego.

Miré el teléfono. Había un montón de llamadas perdidas y mensajes. La noche anterior había pasado de todo y me había quedado en casa en vez de ir a comer pizza a casa de Megan y, a pesar de que me sentía mal por haberlos plantado, necesitaba tanto estar sola que casi me daba igual. Los secretos que me habían ocultado Kyle y Megan seguían volviéndome loca. Estaba agotada, harta y consumida emocionalmente. Solo quería saber la verdad.

Y alguien me había mandado un mensaje escalofriante que no sabía descifrar.

Quería ir a visitar a Aaron, pero no lo hice. Quería ir a ver a Blake, pero no tenía ánimos para soportar otra de sus teorías o uno de sus sermones. Quería estar sola pero, por otro lado, no me apetecía. Y luego estaba lo de Pete. Había sido atacado, probablemente porque había descubierto al asesino de Courtney y Josh. O probablemente porque estaba en el lugar inapropiado en el momento menos adecuado.

Refunfuñando, me tiré del pelo y me dejé caer otra vez en la cama. ¿Por qué no se aclaraban las cosas? Si resultaba que uno de mis amigos era el asesino, no solo estaría escondiendo la verdad, sino que además estaría permitiendo que todos los demás fuéramos sospechosos del crimen. ¿Hasta dónde dejaría que llegara este asunto? Si por alguna razón llegaban a condenarme a mí, ¿permitiría el verdadero asesino que me mandaran a la cárcel?

Aquello no era amistad. Yo jamás me pondría por delante de un ser querido. Blake tenía razón. Confiaba demasiado en la gente.

En algún punto entre echar humo de tanto pensar e ir recogiendo el montón de ropa que tenía tirado por el suelo, tuve un momento de claridad. Uno de mis amigos me estaba mintiendo y tenía que fijarme en los detalles, como hacía Blake.

Se trataba ahora de algo más que de demostrar nuestra inocencia. Los mensajes que había recibido eran amenazadores. Tenía el estómago revuelto del miedo que sentía. Era muy posible que el asesino quisiera más sangre.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Por suerte, el coche de Aaron era el único aparcado en el camino de acceso a su casa cuando llegué allí después de haber ido andando a recoger el mío. No había ni una sola persona en el mundo que no mintiese; lo que ocurría es que había mentiras inofensivas y mentiras peligrosas. A veces costaba vislumbrar la diferencia entre ellas. Y yo estaba dispuesta a averiguar qué secretos ocultaba Aaron y qué mentiras había contado.

Ir a recoger el coche me había llevado más tiempo del que me imaginaba. En aquellos momentos solo me quedaba un amigo en quien aún confiaba. Aunque eso también podía cambiar, y pronto.

Cuando se abrió la puerta supe que había estado demasiado tiempo sentada en el coche. Evidentemente, Aaron ya me había visto. Cuando salió al jardín me miró como si fuese un bicho raro, como si acabara de salirme otra cabeza.

—Kenz, ¿qué estás haciendo? —preguntó, alzando la voz por encima del ruido del motor de mi coche.

Quité el contacto y abrí la puerta.

—Lo siento, estaba en otro mundo —dije. «En un mundo donde aún puedo imaginar que al menos uno de mis amigos no miente.»

—¿Estás bien?

Aaron era la inocencia personificada. Tenía unos ojos azules angelicales, el cabello rubio y cara de no haber roto nunca un plato. No me lo imaginaba haciendo nada malo. Jamás.

—Sí, estoy bien. ¿Y tú?

—Pues claro. No viniste anoche a casa de Megan. Te echamos de menos.

Me encogí de hombros y me detuve al llegar donde estaba él.

—No estaba con ánimos.

Me acarició debajo del ojo con el pulgar.

—Veo que tú tampoco duermes bien.

—¿Tan mala pinta tengo?

—¡No! —Sus ojos azules me miraron con bondad—. Solo pareces un poco cansada, y quizá estresada. Pasa.

—¿No está tu madre?

—No, estamos solos. Sube y prepararé té y chocolate.

Era el Aaron protector de toda la vida, y su actitud me reconfortó el corazón.

—Qué bien me conoces.

Subí y me acurruqué en la cama de Aaron para esperarlo. Mi teléfono sonó, anunciando la entrada de un nuevo mensaje. Era de Blake.

Mira en los cajones. Si me necesitas, envíame un mensaje con la palabra «AYUDA» y vendré volando con el Batmóvil.

Sonreí para mis adentros. Blake no era tonto. Le había dicho que iba a ir a casa de Aaron. Nos habíamos reconciliado después de la pelea y habíamos decidido fingir que nunca había pasado. Ya me iba bien. No me apetecía hablar del tema.

Tecleé la respuesta: Catwoman no necesita ayuda. ¿¿¿Tienes un disfraz de Catwoman???

Colgué el teléfono y reí pensando en el mensaje que me había enviado.

—¿De qué te ríes? —preguntó Aaron. Entró en la habitación con los bolsillos llenos de chocolatinas y una taza de té en cada mano.

—De nada —respondí, y me senté para cogerle la taza. Aaron no tenía muy buena opinión de Blake y decidí no iniciar la conversación hablando de él—. Gracias.

Le di un sorbito al té. Estaba hirviendo, pero no me importó quemarme la lengua. Dejé la taza en la mesita de noche.

El teléfono de Aaron emitió un sonido. Aaron se quedó paralizado y se puso serio antes de sacar el teléfono del bolsillo.

¿Estaría también recibiendo mensajes del acosador?

—¿Va todo bien? —pregunté.

Leyó el mensaje, refunfuñando, y vi que presionaba el teléfono y que se le arrugaba la frente en un gesto de preocupación. Me habría gustado contarle lo de los mensajes que estaba recibiendo, pero me daba miedo hacerlo. En aquel momento no me fiaba de nadie. Pero ¿y si resultaba que Aaron también estaba recibiéndolos?

—¿Aaron?

Dejó el teléfono y esbozó una sonrisa que no llegó a alcanzar sus ojos.

—Lo siento, Kenz. No era mi intención distraerme con el teléfono. Ha sido de mala educación por mi parte.

Tosió para aclararse la garganta y bebió un poco de té.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Vi que no pensaba explicarme quién le mandaba el mensaje, y no podía culparlo por ello. Yo estaba haciendo lo mismo.

Aaron se sentó y se acercó a mí.

—¿Qué estás pensando?

Parpadeé. ¿Se me vería nerviosa? ¿Con miedo? ¿Confusa?

—¿Por qué me preguntas qué estoy pensando?

—Se te ve perdida en tus pensamientos, como si estuvieras a miles de kilómetros de aquí.

¿Cómo podría preguntarle cuál era su secreto sin que se notara demasiado?

—No pienso en nada. ¿Y tú qué tal vas? Hace siglos que no hablamos.

—Lo sé. Lo que ha pasado con Courtney y Josh ha sido muy intenso. Y pronto será el cumpleaños de Tilly.

—Sí —susurré—. La echo de menos.

—Yo también. Ojalá pudiéramos haber solucionado las cosas y haber estado más tiempo juntos que peleados. No llevo muy bien lo de no poder saber nunca si habríamos logrado que la cosa funcionase.

Sabía que para Aaron no era fácil exponer sus sentimientos, razón por la cual valoraba mucho su sinceridad. Pensé que tenía que respetar su postura mostrándome también sincera.

—Aaron, no me gustaría parecer maleducada, pero la relación entre Tilly y tú era como una pesadilla. Creo que si hubierais estado juntos siendo mucho más mayores y después de haber tenido tiempo para estar con otras personas, lo vuestro podría haber funcionado. Pero ninguno de los dos estaba preparado para tener una relación siendo tan jóvenes. No puedes seguir machacándote con eso.

—Sí, ya sé que tienes razón. Pero aún la quiero. Me gustaría haber tenido la oportunidad de mantener una relación más seria.

—A mí también me habría gustado que la hubieras tenido. ¿Quieres hacer algo por su cumpleaños?

Para el cumpleaños de Gigi había preparado un pastel y le habíamos escrito tarjetas de felicitación. Era una tontería, pero, aunque ya no estuviesen con nosotros, nos parecía importante celebrar la ocasión. Ellas seguían mereciéndose una celebración y nosotros necesitábamos tiempo para honrar su memoria.

Su mirada se volvió seria y llena de dolor.

—Pillaré un colocón y recordaré los buenos tiempos.

—¿Un colocón?

¿Un colocón de...? No. Aaron no consumía drogas. O eso creía yo, al menos.

—Venga, Mackenzie. ¿No lo has hecho nunca?

—No —repliqué.

Pero él sí. Evidentemente.

—Eres demasiado buena chica —murmuró, aunque lo suficientemente alto como para que lo oyera—. Pues tú te lo pierdes. Va muy bien cuando todo te importa una mierda.

Creo que si se hubiese bajado los vaqueros allí, delante de mí, y se hubiera meado en el suelo, no me habría dejado tan sorprendida como con lo que acababa de decir. Nunca habíamos hablado de drogas, pero como yo no consumía daba por sentado que mis amigos tampoco. Aaron se mostraba muy abierto respecto a la bebida y, por desgracia para el resto de nosotros, también respecto al sexo, así que no me sorprendió tanto que lo reconociera... pero sí que lo hiciera.

—¿Y Tilly también consumía drogas?

—A veces. Tengo algo de hierba, por si quieres probar.

—Pero ¿qué te pasa? —le solté, y aparté el brazo cuando vi que iba a cogérmelo. Me levanté y me volví hacia él—. No sé qué problema tienes, pero no me metas en él. ¡No pienso quedarme aquí y colocarme contigo con todo lo que está pasando!

—Vale, vale —dijo levantando las manos—. Solo pensaba que así nos animaríamos un poco.

Aquel no era el Aaron que yo conocía. El que yo conocía no consumía drogas. Lo que estaba haciendo no tenía nada que ver con él. «A lo mejor es que no lo conoces», me cuestioné. ¿Estaría colocado? Los ojos se le veían bien, pero no tenía ni idea de qué pensamientos rondarían por su cabeza en ese momento.

—Si lo que quieres es animarme, mejor que lo hagas siendo el Aaron que me hace reír y me da chocolate. —Moví la cabeza con preocupación—. Mira, me marcho. Llámame cuando quieras cualquier cosa que no sea colocarse.

Eché a andar y Aaron no me siguió. Me daba igual no haber descubierto el secreto oscuro que podría haberlo empujado a asesinar a Courtney y a Josh. Si pensaba que iba a tomar drogas con él, estaba muy equivocado.

Entré en el coche y cerré de un portazo. Aporreé el volante para descargar en él toda mi frustración. En cuestión de segundos, mi estómago entró en caída libre. Aaron consumía drogas y en la cabaña nos drogaron a todos. La hierba no tenía nada que ver con el flunitrazepam, pero si conseguía droga de un tipo, seguro que podía conseguir otras.

Sin pararme ni un segundo a pensar adónde iba, fui directa a casa de Blake. Necesitaba oír sus comentarios mordaces. Siempre que tenía algún problema solía ir a casa de Kyle sin pensármelo, pero ahora iba a casa de Blake.

Llamé al timbre y esperé. En cuanto me abrió la puerta, entré casi a empujones.

—Adelante —murmuró a mis espaldas.

Lo ignoré y subí directamente a su habitación. Su madre no estaba o, si estaba, no la vi por ningún lado. Tal vez estuviera aún en el hospital con su hermano. Lo único que podía oír eran los pasos de Blake siguiéndome. Ni siquiera más comentarios sarcásticos. Debía de estar cansado.

—¡Toma drogas! —anuncié, dejándome caer en su cama y levantando las manos.

—¿Quién? ¿Aaron?

—Sí. Hierba.

—No me parece precisamente la confesión del año.

—Toma drogas, Blake.

—La verdad es que nunca pondría en el mismo cajón a los consumidores de hierba y a los de flunitrazepam.

Yo pensaba lo mismo, pero... Era sospechoso.

—¿Fumas hierba? —le pregunté.

—No. Pero sé que no está exactamente al mismo nivel que lo que nos metieron aquel día.

—Sí, ya. Aunque eso no significa que Aaron no pudiera conseguirlo.

—Hoy en día cualquiera puede conseguir cualquier cosa.

—Yo no podría. ¡No sabría siquiera por dónde empezar! ¿Cómo se hace? ¿Te adentras en un callejón sórdido y le pides que te venda drogas a cualquiera que tenga aspecto de criminal?

Blake arqueó las cejas y se quedó boquiabierto.

—Vale, prométeme que nunca harás eso. Jamás.

—¿Por qué? ¿Es así como lo haces tú?

Se echó a reír a carcajadas e hizo un gesto de negación con la cabeza. «Al

menos hay uno de nosotros a quien le resulta gracioso», pensé.

—No, así es como acabas consiguiendo que te violen o te asesinen, señorita inocente. Te lo digo en serio, tu ingenuidad es preocupante.

—Lo siento. No tengo ni idea de drogas.

Volvió a reír y se sentó en la cama, a mi lado.

—Tenemos que seguir con la investigación —dijo, con una sonrisa tan grande que parecía de dibujos animados—. ¿Así que ahora piensas que fue Aaron?

—No he dicho eso —respondí, a la defensiva.

—Más o menos sí. Piensas que podría haber comprado la droga. Y estás planteándote la posibilidad de que asesinara a Courtney y a Josh, ¿no?

—Ya no me gustas, Blake. —No replicó, sabiendo que lo que decía no era cierto—. No sé qué pensar —dije, cambiando de postura y sentándome con las piernas cruzadas.

Me miró, y sus ojos azules me parecieron gélidos e intensos.

—Mackenzie, deja de pelear tanto contigo misma y abre tu mente. Distánciate de tus sentimientos.

—Ya lo he intentado y no funciona. Tú sí que sabes distanciarte. ¿Por qué no me cuentas lo que pasó?

—Sé mantener las distancias, pero no soy un oráculo —respondió con sequedad—. Ya te he dicho lo que pienso, y tú descartas mi teoría constantemente.

—¡Porque piensas que fue Kyle!

—Bueno, ahora pienso que fue Aaron.

Su respuesta me provocó dolor de cabeza al instante.

—Pero... —murmuré, y me interrumpí, buscando palabras con las que defender a Aaron.

—Pero tú también lo piensas, ¿verdad?

—Pienso que, si estaba fumado, podría ser. Sigue queriendo a Tilly, o piensa que sigue queriéndola. Sea lo que sea que esté pasando, está hecho un verdadero lío —dije.

—¿Por qué dices eso, Mackenzie? ¿Crees que sufre algún problema mental? ¿Algún tipo de crisis?

—No. Pero Aaron y Tilly nunca se llevaron bien como pareja. Nunca duraron más de unas semanas. Siempre acababan peleándose y rompiendo la relación. Sé que se gustaban, si no no hubieran estado siempre volviendo a

intentarlo, pero no creo que estuvieran enamorados.

—¿Crees que eso es motivo suficiente?

—¿Hay algo que sea un motivo suficiente? La gente mata porque le gusta o porque lo ve como algo para divertirse. Pero eso no es lo importante. Si Aaron mató a Courtney y a Josh, lo hizo impulsado por un sentimiento de venganza o de celos hacia su relación, lo cual siempre ha sido un motivo muy potente.

Blake recuperó su sonrisa de superioridad.

—A lo mejor tendrías que plantearte ser juez o...

Chasqueé los dedos delante de su cara y dije:

—Concéntrate en mis argumentos. —No teníamos tiempo para irnos por la tangente—. Si piensas que podría haber sido Aaron, tendríamos que estudiarlo con más detalle.

—Me siento un poco herido porque creo que estás utilizándome.

—¿Utilizándote en qué sentido?

—Tú también piensas que podría haber sido Aaron y estás utilizándome como excusa para indagar en este sentido, para recopilar pruebas. Has rechazado todas las demás teorías que te he propuesto o me has dicho que era un idiota por pensar eso, pero ahora estás de acuerdo en que...

—Yo no he rechazado nada —dije mientras jugaba con nerviosismo con mis dedos.

Pero Blake tenía razón: ambos pensábamos que podría haber sido Aaron y, por mucho que yo no tuviera el valor necesario para reconocerlo en voz alta, estaba utilizando las sospechas de Blake para confirmar las mías.

—Impondremos una nueva regla —dijo Blake levantando la mano—. Si en un futuro piensas seguir utilizándome, solo lo permitiré si estamos ambos desnudos.

Me quedé mirándolo, boquiabierta.

—Ya sabía que no eras un caballero, pero eso es pasarse.

—Pequeña, no querrás herir mis sentimientos, ¿no?

—No, pero los heriré cuando me largue frustrada y quejándome de tu mal comportamiento en la cama —dije, socarrona.

Se abalanzó sobre mí y grité, sorprendida.

—¡Blake!

Se suponía que aquello no tenía que pasar. La habitación empezó a girar cuando me clavó en la cama y me sujetó las muñecas por encima de mi cabeza.

Cuando lo tuve encima de mí, toda mi coherencia salió huyendo por la

ventana.

—Eres mala. Me he sentido cruelmente insultado y te has mofado de mi rendimiento cuando sabes perfectamente que es sobresaliente. Recuerdo muy bien cómo reaccionaste a mis caricias la última vez.

La última y primera vez. Aquella noche había significado mucho para mí, y no solo porque Blake lo hubiera hecho todo por satisfacerme. Había sido la primera vez desde el aborto. Era la primera persona en quien había confiado desde Danny.

Reí debajo de él, medio asfixiada. Estaba a la vez demasiado cerca y demasiado lejos.

—Gracias por la oferta, pero estoy ocupada.

Intenté hablar sin alterarme, pero lo más probable era que mis palabras salieran de mí precipitadamente.

—¿Qué parte de lo que he dicho te has tomado como una oferta? Quítate la ropa, Mackenzie.

Hice pucheros, pero el fuego que consumía mi bajo vientre empezaba a arder sin control.

—Venga, no digas chorradas. Qué poco *sexy* suena que te digan que te quites la ropa de esta manera.

—Pues a mí me gusta.

Sí, y a mí también me gustaba, pero no era necesario que Blake lo supiera.

—Eso es porque eres un tío.

«Mentira, mentira, mentira», pensé, avergonzándome.

—A las mujeres se las besa y se les va quitando la ropa. Tómatelo como un consejo que te doy gratuitamente. Ya me dirás si te funciona —dije, y moví los brazos para ver si conseguía soltarme—. Vamos. Pesas mucho y tenemos cosas que hacer. —Fruncí el ceño y me quedé mirándolo. ¿Por qué tardaba tanto en hacer algo?—. ¿Hola? —dije, observando su perfecta imitación de la cara de una estatua.

—Me parece que por ahí tienes algo —dijo entonces, y bajó la cabeza.

Noté mi corazón acelerado contra su pecho.

Ay, Dios.

Iba a besarme. Por muy obsesionada que estuviera con mis amigos, ni siquiera eso iba a impedirme devolverle el beso. Aquello era solo para mí, para nosotros, y creo que tanto Blake como yo lo necesitábamos.

—¡Blake! —gritó Eloise desde abajo. Sus pasos retumbaron por la escalera

—. ¡Blake!

Blake soltó una ristra de palabrotas y se apartó a regañadientes. Oír que su madre lo llamaba justo cuando la cosa se estaba calentando fue un auténtico jarro de agua fría.

Eloise abrió la puerta en el momento en que acababa de sentarme correctamente en la cama.

—Ha muerto —dijo llorando. Sus rodillas se doblaron al instante y cayó al suelo, sin soltar aún el pomo de la puerta—. Pete ha muerto. Está muerto.

CAPÍTULO DIECISIETE

Dios mío. Me arrodillé en el suelo al lado de la madre de Blake, que estaba destrozada y no paraba de temblar. Acababa de perder a un hijo y ahora a su hermano, y daba la sensación de que ella también iba a morirse. Blake me miró como un cachorrito extraviado.

—Mamá... —dijo, con voz rota.

Le pasé un brazo por la espalda y la atraje hacia mí.

—Lo siento mucho, Eloise —susurré, intentando calmarla. Se dejó caer en mi regazo y rompió a llorar con más fuerza. Las vibraciones que zarandeaban el cuerpo de Eloise de un lado a otro me hicieron temblar también—. Tranquila, tranquila. ¿Ha venido sola? ¿Quiere que llamemos a alguien?

Sabía que tenía una amiga que había venido a verla prácticamente a diario desde la muerte de Josh.

—Sí, he venido sola —gimoteó—. Estoy sola.

Lo dijo de tal manera que se me partió el corazón pensando en Blake. Por mucho que hubiera perdido a un hijo y a un hermano, no estaba sola. Seguía teniendo a Blake.

—De acuerdo —dije—. Voy a llevarla a la cama para que pueda descansar un poco y Blake y yo veremos a quién hay que llamar y qué se tiene que hacer.

No respondió, pero tampoco intentó impedirme nada cuando la enlacé por el brazo y la ayudé a levantarse. Blake colaboró también, poniendo toda la fuerza, y juntos la llevamos a su habitación. Blake se apañaba bien con las cuestiones prácticas, pero en todo lo emocional era inútil como una tetera.

—Blake, no... no hagas ninguna tontería. No te mates —musitó Eloise, y rompió de nuevo a llorar, pero con tanta fuerza que pensé que iba a partirse en dos.

—No voy a hacer nada ni me marcho a ningún lado..., mamá —replicó Blake, con una voz que parecía encontrarse a miles de kilómetros de su zona de confort.

El llanto de Eloise se intensificó cuando oyó que Blake la llamaba «mamá». Y no paró ni cuando la acostamos ni cuando le prometimos que la ayudaríamos a superar la pérdida de Pete. Se abrazó a la almohada, presionando la cara contra la tela de algodón. La sujetó con tanta fuerza que se le quedaron los nudillos blancos.

—¿Necesita alguna cosa? ¿Un poco de agua? —le pregunté, acariciándole el pelo.

—N-no. Cuida de él —dijo, replegándose en posición fetal.

—Lo haré —le prometí—. ¿Quiere que nos quedemos? —Hizo un gesto negativo con la cabeza y se acurrucó todavía más—. Luego vendremos a verla.

Moví la cabeza en dirección a la puerta para indicarle a Blake que nos íbamos.

—¿Cómo lo haces para saber siempre qué hay que hacer? —me preguntó en cuanto salimos de allí.

Tenía una cara espantosa, como si llevara semanas sin dormir. Pero, a pesar de su aspecto, mi corazón se aceleró cuando me habló.

—Siento mucho tantas pérdidas, Blake —dije.

Lo enlacé por la cintura y su cuerpo se tensó. Sabía de sobra que no era una persona especialmente cariñosa, pero cuando lo abracé y vi que no me devolvía el abrazo la situación se volvió incómoda rápidamente. «Ha sido un error», me dije. Y cuando me disponía a soltarlo, noté que levantaba muy lentamente los brazos y que unía las manos por detrás de mi espalda. Respondí entonces a su pregunta.

—La verdad es que no sé nunca qué hacer. Pero hago lo que me gustaría que hicieran por mí. Lo único que tienes que hacer es cuidarla, pensar en lo que a ti te gustaría que hiciera si la situación fuera a la inversa.

—Nunca he tenido que hacer nada de ese estilo —dijo, acomodando mi cabeza debajo de su barbilla.

—Pues ahora lo harás. Sé que no tienes mucha experiencia con tu madre, ni la mejor relación del mundo, pero te necesita. Y tú también la necesitas a ella.

—Mmm... Así que cuando te vengas abajo tendré que acordarme de que lo que tengo que hacer es meterte en la cama.

Me aparté, pero él no me soltó. Era casi imposible verle la cara.

—¿Acaso me estoy viniendo abajo?

—Todavía no. Aún no has acabado con tu labor de proteger a todo el mundo.

No sabía muy bien a quién estaba intentando proteger. No sabía quién era culpable y quién inocente.

—¿Significa esto que vas a quedarte por aquí? ¿Aunque te hayan dado permiso para marcharte y volver con tu padre? —pregunté.

Si me respondía que no o me decía que solo se quedaría hasta que aquello hubiera acabado, me dejaría destrozada. No hacía mucho que nos conocíamos, pero sí el tiempo suficiente como para entregar voluntariamente mi corazón. Y mi corazón era suyo.

—Aún no estoy seguro de qué voy a hacer. Donde vivo no tengo muchas cosas que me aten, pero es mi casa. Sea lo que sea lo que decida, volveré. Te prometo que me encargaré de meterte en la camita y arroparte.

Aquello era mejor que un no directo, pero, egoístamente, deseaba más.

—Tienes sentimientos, ¿verdad? Por mucho que intentes alejar a todo el mundo de tu vida e ir de Don Independiente, tienes sentimientos, Blake.

—No, lo que pasa es que tú entras en la vida de la gente como una apisonadora y luego te quedas ahí.

Sonreí y cerré los ojos. Con su pecho pegado al mío, tenía la sensación de estar en casa y, a pesar de que no era nada romántico, me sentía querida. Estaba pasando la peor época de mi vida y él estaba allí, era la roca en la que apoyarme que tanto necesitaba.

—Creo que, en cierto modo, eso que has dicho es muy dulce —dije.

—Yo no hago cosas dulces, Mackenzie.

—¡Demasiado tarde! Has sido dulce. Por dentro estás hecho de nubes de azúcar de color rosa.

—¿Por qué de color rosa?

Abrí los ojos y sonreí.

—Porque son más monas.

—¿Crees que soy mono?

Dejé caer los brazos y esta vez sí que se retiró un poco.

—No, de hecho creo que eres idiota. —Rio con suficiencia, orgulloso de sí mismo—. Bueno, da igual, Blake. Deja ya de distraerme.

Había gente asesinada a nuestro alrededor y nosotros no hacíamos más que tonterías. Solo él podía devolverme a mi antiguo yo aun cuando mi mejor amiga había muerto y estábamos posiblemente en la lista de objetivos de un asesino.

—Lo siento —replicó, sin sentirlo en absoluto—. Creo que deberíamos seguir a Aaron, a Kyle y a Megan.

—¿Quieres espiar a mis amigos?

—No, pero creo que Pete averiguó quién asesinó a Josh y a Courtney y que por eso lo han matado. Sea quien sea de tus amigos el asesino, empieza a estar desesperado. Si piensa que la gente comienza a seguirle la pista, es posible que haga algo o que vaya a alguna parte que nos conduzca hacia la verdad.

—¿Así que vamos a jugar a la patrulla de vigilancia?

—Eso es. Pero necesitaremos otro coche.

—¿Un coche de alquiler? —dije, y percibí una subida de adrenalina y también de excitación. ¿Qué me pasaba?—. ¿Y podremos?

—¿Por qué no tendríamos que poder?

—¿No hay que tener veintitrés años o no sé qué edad?

Aunque Blake tenía veinte años y tenía ya tres años de carné, no creía que le permitieran alquilar un coche. Blake resopló.

—Por favor, tengo carnés de identidad falsos que me ponen hasta treinta años. Iré a buscar un coche y te recogeré mañana por la mañana. Hay que solucionar esto antes de que...

—¿Antes de qué? —dije.

—Antes de que alguien sufra algún daño.

—Ten cuidado con lo que dices. Ya estás mostrando otra vez sentimientos.

Blake levantó una ceja.

—Quería decir antes de que *yo* sufra algún daño.

—Claro —dije, y le di un empujón en el brazo con el mío.

—Anda, lárgate ya, Mackenzie —dijo bromeando.

—De acuerdo. Y cuando tu madre se despierte, recuerda que...

Me agarró por la muñeca y vi que sus ojos reflejaban el miedo de que fuera a dejarlo solo con su madre.

—Vale, vale, me quedaré de momento —dije, tranquilizándolo.

—Es lo que pensaba. Vamos.

Tiró de mí para ir de nuevo a su habitación.

—¿Estás bien? —dije—. No has dicho gran cosa desde que Pete...

—Desde que me he enterado de que Pete ha muerto, te refieres —dijo. Se sentó en la cama y me tendió la mano para que se la cogiera.

La acepté, con una sonrisa, y me senté también. Puse las piernas por encima de las de él.

—Era un desconocido. Después de que me fuera a vivir con mi padre, apenas volví a ver a ninguno de mis familiares.

—¿Y tenías ganas de conocer mejor a tu madre?

—¿Piensas volver a psicoanalizarme?

Sonreí.

—A lo mejor sí, un poco.

—Sí, claro que sí. Pero las cosas no siempre salen como uno quiere. Mis padres se separaron y mi familia, también. A veces, de pequeño, deseaba que mi madre formara parte de mi vida, que ocupara su lugar, que no fuera solo aquella llamada telefónica cada dos meses. Pero ella estaba ocupada criando a Josh y llevando su vida.

—Pero eso no significa que no pudiera ejercer de madre contigo —repliqué.

La rabia me hervía en el pecho. Por muy separados físicamente que hubieran estado, ella tendría que haber sido la mejor madre posible para su hijo. Una llamada cada par de meses no era ser madre.

—No pasa nada, Mackenzie. Soy un chico mayor, ¿vale?

No me parecía bien, pero decidí dejar el tema, porque Blake no era precisamente de los que abren su corazón y no me apetecía pelearme con él.

—De acuerdo, lo siento. ¿Y qué significa esto para nuestro caso?

—Imagino que Wright querrá colgarnos también la muerte de Pete. Sea quien sea el asesino, acabamos de entrar en el terreno de un asesino en serie.

Fue como si me hubieran dado un puñetazo.

—¿Qué?

—Un asesino en serie, Mackenzie.

—Sí, ya, pero ¿cómo lo sabes?

Suspiró con exageración, como si estuviera frustrado.

—Tres asesinatos te convierten en un asesino en serie. Aunque creo que solo cuenta si transcurre un tiempo entre ellos, por lo que creo que el asesinato de Josh y Courtney solo contaría como uno.

Tragué bilis.

—Para.

¿Cómo podía hablar de la muerte con tanta tranquilidad?

—Lo siento —murmuró Blake, levemente avergonzado.

—¿Y si tú y yo fuéramos los siguientes, Blake?

Blake ladeó la cabeza y me acarició la barbilla.

—¿Sabes que es la primera vez que te pones por delante de tus amigos? No pongas esa cara de confundida. Hace tan solo unos días seguro que habrías dicho: «¿Y si todos nosotros fuéramos los siguientes?». No solo tú y yo.

—Lo he dicho así porque no sé quién de...

Me interrumpí a media frase. «Quién de ellos es el asesino.» Me aparté de Blake como si fuera fuego.

Blake me miró con ojos compasivos. Si se le ocurría decirme algo para que me sintiera mejor, era muy probable que acabara arrancándoselos.

—¿Quieres que hable con Wright sobre Lawrence? A lo mejor...

—No —dije, cortándolo. Agradecí que no hubiera decidido intentar hacerme sentir mejor—. No es Lawrence, ¿verdad?

Blake respiró hondo antes de responder:

—No, no creo.

—Dios mío —murmuré—. Qué imbécil soy. Una de las personas en quien más he confiado en mi vida tiene que ser un asesino.

Lo sabía, sin la más mínima sombra de duda. No podía seguir fingiendo por más tiempo. Tenía que examinar los hechos. Alguien de los que estaba aquella noche en la cabaña era el asesino de Court y Josh.

—No eres una imbécil. Eres una amiga fiel.

Resoplé.

—Lo cual viene a ser lo mismo.

—Deja ya de una vez de comportarte así. Deja de infravalorarte por haber sido una buena amiga. No te sientas mal por no querer creer que uno de tus amigos podría ser un asesino.

—Vale, de acuerdo. No me sentiré mal. Pero me gustaría ser capaz de calar mejor a la gente, de ver quiénes son en realidad.

Blake hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, en ese sentido lo haces fatal. Por si te sirve de algo, te prometo que siempre que vea que alguien te está mintiendo delante de tus narices te lo haré saber.

—Así que te importa algo, ¿no, Blake?

Poniendo cara de exasperación, replicó:

—Sí. ¿Feliz?

—¿Feliz por qué?

—Mujeres —murmuró Blake—. Pues sí, me importas. Ya está. ¿Satisfecha?

Abrí los ojos como platos. «Satisfecha» era el eufemismo más grande del siglo. Esperaba que dijera que le importaba su familia, no solo yo. Aunque me parecía bien. El Señor Corazón de Acero acababa de decirme que le importaba. Yo, concretamente. Como si necesitara otro motivo para colarme aún más por él.

La cosita que sentía por Blake se había convertido en algo del tamaño del Everest.

—No es muy normal que te quedes sin habla, Keaton. ¿Por qué te sorprendes tanto?

—Lo dices como si no fuera nada —dije.

Se merecía una buena patada en la espinilla si su intención era restarle importancia. Para mí era una enormidad. Después de lo de Danny había dejado de confiar en los hombres y no podía fingir que nuestra conexión era algo trivial para mí.

—Ya sabes que no es nada —replicó.

—Sí, lo sé —dije, apretando los dientes—. Pero estás intentando... Ya lo sabes, no importa.

—A modo de aviso, que sepas que pienso besarte.

Se me hizo un nudo en el estómago.

—Blake, Pete acaba de morir. Tu madre está en la habitación de al lado, hecha polvo, y es más que probable que seamos los siguientes en la lista del asesino.

Blake tenía la mirada clavada en mis labios y se me hacía difícil pensar en cómo comportarme correctamente.

—Razón de más para aprovechar el momento. Es lo que la gente hace en situaciones de impotencia como esta. ¿Acaso no ves películas? —murmuró.

No me dio tiempo a responder. Sus labios rozaron los míos de un modo tan sutil que me provocó un hormigueo. Mi cabeza se vació de cualquier pensamiento que no fuera él. Y cuando se apartó y me miró a los ojos, dejé de respirar. Comprendí que estaba concediéndome un segundo para detener aquello.

¡A la porra con todo! Si pasaba en las películas... Pegué mi boca a la suya y lo besé. Sabía que no era buena idea, pero lo que recordaba de sus besos —aquel fuego ardiente y la sensación de sentirme como en casa— me sirvió como estímulo. Nadie me había besado jamás con la pasión con que lo hacía Blake. Nadie nunca me había hecho sentir tan segura.

Noté sus manos en las caderas. Me cogió en volandas como si yo no pesara nada y me sentó en su regazo. Mi cuerpo se puso a cien.

Busqué su cabello, agarré sus mechones y tiré de ellos. Noté que le gustaba. Normalmente me consideraba una persona comedida y controlada, pero Blake me perdía por completo. Lo oí gemir y me tumbó en la cama.

Se colocó encima de mí y me besó hasta dejarme sin aliento, a punto de

perder el conocimiento o de perecer por combustión espontánea.

—No tendríamos que hacer esto —murmuré, pegada a su boca.

—Sí que tenemos que hacerlo. Deja de pensar tanto. Deja de pensar del todo.

Y así lo hice.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Jueves, 25 de agosto

A la mañana siguiente me senté en el salón con mi madre para compartir un té antes de que ella se fuera a trabajar. Blake y yo habíamos decidido seguir a nuestros amigos, lo cual era oficialmente la cosa más ridícula que había hecho en mi vida.

—¿Estás bien, cariño? —me preguntó mi madre.

Estaba recelosa desde que había vuelto de casa de Blake por la noche y revoloteaba constantemente a mi alrededor, como si pensara que escondía algo. No es que le quisiera ocultar mi... lo que fuera que tuviera con Blake, pero una especie de novio con todo lo que estaba pasando me parecía un poco excesivo para mis padres.

—Estoy bien. Eloise sí que estaba destrozada por la muerte de su hermano. Tendrías que haberla visto, mamá. Fue terrible. Y Blake no sabía qué hacer solo.

—¿Y su padre dónde está?

—Sumergiéndose en el trabajo para afrontar la muerte de Josh. Por lo visto es su manera de gestionarlo todo. Blake tiene que hacer de padre de sus padres sin que lo hayan ayudado nunca a cuidar de nadie.

—Te gusta ese chico —dijo mi madre, esbozando una sonrisa empalagosa.

Como mínimo no me decía que era mal momento para esas cosas ni me consideraba una persona horrorosa por el hecho de que me gustase un chico en un momento como aquel. Además, lo de Blake era mucho más que simplemente gustarme y ya ni siquiera me hacía gracia el comentario.

—Sí.

—¿Y él siente lo mismo?

¿Lo mismo que yo sentía por él? Lo dudaba mucho. Pero era evidente que algún sentimiento hacia mí tenía.

—Creo que sí.

—Por supuesto que sí —replicó ella. Era la respuesta típica de una madre.

—Bueno, ya veremos qué pasa.

—Mientras te trate bien, tienes mi bendición.

Caramba, esperaba que me pusiera más peros, sobre todo teniendo en cuenta el poco tiempo que hacía que conocía a Blake. La muerte de cuatro amigos en menos de un año, sin embargo, ponía las cosas en perspectiva. Mis padres solo habían tenido que enfrentarse al hecho de que tuviera un novio. Los padres de Tilly, de Gigi, de Courtney y de Josh habían tenido que enfrentarse a la realidad de no poder verlos nunca más.

—Gracias, mamá. Lo que dices significa mucho para mí.

—¿Me prometes una cosa?

—Claro —dije. Bebí un poco de té.

—Que cuando estéis juntos me lo dirás. No quiero secretos.

Se me encogió el corazón y me sentí culpable. Se refería, claro, a cuando nos convirtiéramos oficialmente en pareja.

—Lo haré —repliqué, pero las palabras me ardieron en la garganta cuando las pronuncié.

Mi madre se marchó poco después y creo que nunca me había alegrado tanto de que tuviera que irse a trabajar. No me gustaba mentirle, pero no podía decirle que me había acostado con Blake. Había cosas que no era necesario que supiera.

A lo largo del día, Blake y yo nos intercambiamos mensajes sobre nuestra misión para espiar a mis amigos. Me dijo que vendría a recogerme con un coche de alquiler. Lo esperé en la entrada. Me gustaba que, a pesar de la locura en la que estábamos inmersos, fuera aún capaz de emocionarme por un chico. Le daba a mi vida cierto sentido de normalidad.

Oí un claxon y supe que tenía que ser él. Cogí las llaves de casa y salí. Mi excitación se transformó en un instante en incredulidad cuando vi lo que Blake había alquilado.

—¿En serio?

Blake apoyó el codo en la ventanilla del coche y dijo:

—¿Qué?

Señalé el descapotable rojo.

—Se supone que tenemos que pasar desapercibidos.

—Ya, pero he pensado que jamás se les ocurriría que fuéramos en un coche tan llamativo. Pasaremos más desapercibidos con esto que con un triste y viejo Focus —dijo señalándose la cabeza, como si fuera la idea más inteligente del mundo.

¿Cómo se le habría ocurrido?

Cerré los ojos y me rasqué la frente. «Esto no puede estar pasando», me dije.

—La verdad es que no sé qué decirte, Blake.

—¿Gracias, quizá?

—No pienso darte las gracias por ser tan tonto —repliqué mientras me subía al coche—. Mira, ¿podrías subir al menos la capota?

—Luego. ¿No te apetece pensar que somos como Bonnie y Clyde?

—¡Vete a la mierda! —repliqué, suspirando de desánimo y lanzando el bolso al asiento de atrás—. ¿Qué crees que descubriremos?

—Seguramente poco más de lo que hemos descubierto hasta ahora, que es apenas nada, pero ¿qué alternativa nos queda? La gravedad del asunto se ha multiplicado por diez. No podemos quedarnos sentados y esperar a que la policía averigüe qué ha pasado. Pete ha muerto y no sabemos hasta dónde está dispuesto a llegar el asesino —dijo.

No sabía si creer que uno de mis amigos quería o podía matarme. Todos habíamos tenido nuestros problemas con Josh y con Courtney, pero, a mi entender, nunca los había hecho cabrear tanto como para que alguno de ellos quisiese acabar con mi vida. Pero ¿tenía eso alguna importancia? Era evidente que alguien estaba jugando conmigo enviándome aquellos mensajes, y yo seguía sin saber por qué lo hacía o qué había hecho yo para merecer aquello.

—¿De verdad crees que el asesino quiere matarnos?

—No pienso tentar a la suerte, Mackenzie.

Meneé la cabeza con preocupación.

—Estamos hablando de esto como si estuviéramos hablando de adónde vamos de excursión.

—¿Prefieres que entre en modo pánico?

Lo miré con exasperación.

—No.

—Kenz, la única alternativa que tenemos es esta. Averiguar quién lo hizo o acabar a tres metros bajo... o existe también una tercera opción: acabar en la cárcel sin ser culpables. Yo no sé qué piensas tú, pero a mí no me apetece ni la opción B ni la opción C. Como bien has dicho, ya habrá tiempo más adelante para llorar estas pérdidas. Lo que tenemos que hacer por el momento es luchar. ¿Te parece bien?

—Me parece bien —repliqué.

Era lo que llevaba haciendo todo aquel tiempo, solo que ahora estaba intentando demostrar que Blake y yo éramos inocentes, en vez de intentar demostrar que lo eran Megan, Aaron y Kyle. Solo estaba al ciento por ciento segura de la inocencia de Blake. Y no me gustaba desconfiar así de mis amigos.

—Vayamos primero a casa de Megan a ver qué se cuece por allí. Y tendrás que guiarme para llegar, por cierto. Recuerda que estamos haciendo esto para cazar a un asesino, así que durante unas cuantas horas tendrás que controlar tanto tus manos como tu boca.

Lo miré de nuevo con exasperación, aunque pensé que estaba bien que quitase hierro al asunto.

—Gira a la izquierda cuando llegues al final de la calle y deja de pensar en esas cosas.

La sonrisa de suficiencia de Blake le iluminó toda la cara. Me encantaba aquel Blake despreocupado. Me propuse firmemente espiar a mis amigos y mantener también a raya a Blake durante un rato.

—Esto no es tan divertido como me imaginaba —se quejó Blake, reclinando el asiento y tapándose los ojos con el brazo.

Llevábamos poco más de un cuarto de hora aparcados delante de casa de Megan. Me sentía como un policía siguiéndole la pista a un sospechoso.

—¿Y qué esperabas?

Encogió un hombro.

—Ver a Megan cargando con una bolsa negra o una alfombra enrollada de aspecto sospechoso. Un camión cargado de flunitrazepam descargando en la puerta.

—Serías un detective malísimo.

Me miró por el rabillo del ojo.

—Oh, perdón, ¿entonces es que ya sabes quién es el asesino?

—No es eso. Pero intento mirar más allá de lo evidente.

—¿Y lo evidente es Aaron?

Suspiré y miré por la ventanilla hacia la casa de Megan. Blake podía llegar a ser exasperante a veces.

—¿Quién tuvo tiempo de poner droga en nuestra bebida?

Me quedé mirándolo y le aparté el brazo que le tapaba los ojos.

—¿Por qué das por sentado que nos adulteraron la bebida?

—¿Piensas que podría haber sido la comida?

—Tal vez. Todos colaboramos en la cocina.

—Por la noche también bebimos todos.

—Sí, lo sé, pero la comida sigue siendo una posibilidad. Hubo solo dos personas que se encargaron de terminar la cena —recordé, ante aquella nueva posibilidad.

—¿Quiénes fueron? ¿Aaron y...?

Tragué saliva.

—Y Josh.

Blake se quedó inmóvil y esperé su reacción. No frunció el ceño hasta pasado un minuto.

—¿Un asesinato-suicidio? Pero ¿cómo pudo Josh apuñalarse de aquella manera? Y eso tampoco explicaría lo de Pete.

—A lo mejor lo de Pete no tuvo nada que ver. Pete se pasaba el día en el pub vociferando sus opiniones. Es posible que se metiera demasiado con alguien y que ese alguien acabase explotando. También es posible que alguien utilizara el asesinato de Courtney y Josh para encubrir el de Pete. Es una posibilidad, la verdad.

Recordé que en una ocasión le pegaron un puñetazo a Pete por llamar gilipollas a un tipo por apoyar un partido político que no era de su agrado. Siempre decía lo que pensaba y le daba igual si resultaba ofensivo.

—¿Estás diciéndome que me crea que mi hermano asesinó a su novia y luego se suicidó?

Noté que los engranajes de mi cabeza se accionaban y las distintas posibilidades iban ocupando su lugar.

—¿Y si Josh se enteró de lo de Kyle y Courtney?

—De ser así, habría tenido más sentido matar a Kyle que suicidarse.

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Es evidente que ese chico estaba mal de la cabeza. Podría haber sido eso, Blake. ¡Llama a Wright!

Blake cerró los ojos y gruñó.

—No, Mackenzie. Recuerda lo de Lawrence. Estábamos equivocados respecto a él. —«Creemos estar equivocados respecto a él.»—. No quiero hacer nada que pueda darle a la policía la impresión de que estamos desesperados por encontrar un culpable.

—Pero la verdad es que estamos desesperados.

—No quiero que Wright lo sepa. Hay que pensarlo bien antes de hacer nada.

—De acuerdo —dije, desinflándome—. Y cuando estemos más seguros se lo contaremos a Wright, ¿no?

—Veamos cómo va todo esta noche y reflexionémoslo más. Iremos mañana si es necesario. —Me sonrió y miró por la ventanilla—. Mira, mira, mira —dijo precipitadamente, señalando la casa de Megan.

Megan estaba corriendo hacia su coche y abrió la puerta con brusquedad.

—Parece que sale con prisas.

—¡Arranca el coche! —dije entre dientes al ver que Megan se ponía en marcha.

Blake arrancó y seguimos a Megan hacia el cementerio. ¿A quién se le ocurriría ir allí con tantas prisas?

Ya en el cementerio, vi exactamente por qué corría tanto. Kyle estaba allí agitando los brazos, gritando algo que no alcanzaba a oír. Avanzaba a trompicones y encorvado, borracho y visiblemente enfadado. Se me cayó el alma a los pies.

—Pero ¿qué hace?

Abrí la puerta del coche y salí. Eché a correr hacia Megan y el rabioso Kyle, y oía los pasos de Blake justo detrás de mí. Blake soltó una palabrota en cuanto logró alcanzarme. Sabía que estábamos en una misión «secreta» y que había cometido una estupidez, pero no podía dejar allí a mis amigos cuando era tan evidente que necesitaban ayuda.

—¡Kyle! —grité.

Megan ya había llegado donde estaba Kyle y fue la única que levantó la vista. Kyle siguió como si no me hubiese oído.

—No sé qué está haciendo —dijo Megan—. ¡Acaba de llamarme diciéndome que Courtney era una puta y que quería desenterrarla! —Me quedé paralizada. Aquello no era propio de Kyle. Él nunca hablaba de aquella manera. Ni siquiera pensaba de aquella manera—. No sé qué hacer, Kenz.

—¡La odio! —exclamó Kyle, avanzando unos pasos hacia mí.

Era la primera vez en mi vida que Kyle me daba miedo. No tenía ni idea de qué pensaba hacer.

Blake se interpuso entre Kyle, Megan y yo.

—Cálmate. Ya sabemos que Courtney eligió a Josh. Compórtate como un hombre, tío, y deja ya de ser tan quejica —rugió Blake.

Me habría encantado arrearle un buen puntapié. ¿No podría haber intentado decirlo con un poco de tacto?

—¡Tú no tienes ni idea! —bramó Kyle—. Eres un solitario patético y no tienes ni idea de lo que es amar a alguien. Solo piensas en ti.

«Eso no es cierto», me habría gustado decir, pero me obligué a guardar silencio.

—¿Qué pasa? —dijo Megan—. ¿De qué demonios va esto? ¿Estabas con Courtney, Kyle?

—¡Ya basta, Kyle! —grité, ignorando la confusión de Megan. El secreto había salido a la luz y ya se enteraría de los detalles más adelante—. ¿Qué te pasa? Estás fatal. ¿Cuánto has bebido?

Tenía los ojos rojos y se tambaleaba de un lado a otro, lo cual no era habitual en él a menos que estuviera borracho como una cuba. Decidí que necesitábamos implementar una regla prohibiendo la bebida en el grupo; la situación se nos estaba yendo de las manos.

—Lo eligió a él, Kenz. ¿Cómo es posible que lo eligiera a él? —Entrecerró los ojos y esbozó una mueca de rabia—. Ella tiene la culpa. Ella fue la culpable de todo.

—Kyle, no digas eso —dijo Megan. Habló con voz débil, como si acabaran de darle una patada en el estómago—. Courtney está muerta. Ella no fue la culpable de nada y no tendrías que hablar así de ella.

Estaba totalmente de acuerdo con Megan.

—¡Me da igual! —Estaba tan alterado que tenía la mirada intensa y distante—. Se lo merecía después de lo que me hizo. Todo el mundo anda diciendo que no se merecían morir, ¡pero ambos se lo merecían!

—¿Que se merecían morir? —cuestionó Megan, mirando a Kyle horrorizada y desconsolada a la vez.

Yo me sentía igual que Megan. Se me revolvió el estómago al oír aquello. Era asqueroso.

Kyle cerró los ojos con fuerza.

—Quiero que vuelva. Quiero que esté conmigo. —Dejó caer los hombros, derrotado—. La amo.

Avancé hacia él, decidida a consolarlo, pero el brazo de Blake me detuvo. Kyle lo miró con rabia.

—¡Vete a la mierda! ¡Kenzie es mi mejor amiga! No le haré ningún daño.

Por el modo en que se movía la ceja de Blake, adiviné que estaba pensando

que Kyle amaba a Courtney y que, aun así, estaba diciendo cosas horribles sobre ella. Blake no se fiaba ni una pizca de Kyle y, a decir verdad, justo en aquel momento, yo tampoco habría estado muy dispuesta a dejar mi vida en sus manos.

—Tranquilo —murmuré, apartando el brazo de Blake. Sabía que Kyle no me haría ningún daño, al menos en público, de modo que caminé hacia él y lo enlacé por la cintura. Era plenamente consciente de que podía estar abrazando a un asesino, aunque, en aquel momento, no era más que un amigo que estaba completamente perdido, desconsolado y destrozado—. Todo irá bien —le susurré.

Todo nos iría bien. Nos tenía que ir bien.

Kyle me abrazó con tanta fuerza que me clavó los dedos en la piel. Percibí lo mucho que estaba sufriendo y se me partió el corazón.

—No sé qué estoy haciendo —dijo, llorando—. Soy incapaz de pensar correctamente. Courtney se ha ido. —Le flaquearon las piernas y nos dejamos caer los dos al suelo—. ¿Qué voy a hacer ahora?

—No lo sé —murmuré.

Cambié de posición para no tenerlo encima de mí. Aún no había pensado en el «después». Al final, llegaría un día en que todos tendríamos que afrontar lo sucedido y gestionarlo debidamente, como hicimos cuando murieron Gigi y Tilly. Tendría que almacenar los buenos recuerdos y aceptar que ya no estaban. Pero no sabía si tendría fuerzas suficientes para volver a repetir el proceso.

—Duele... —dijo, y me abrazó con más fuerza—. No puedo... Dios mío, no puedo...

—Tranquilo —dije sin levantar la voz. Le acaricié la espalda, y sentí que el nudo que se me había formado en la garganta me estaba asfixiando—. Lo superaremos, igual que hicimos cuando murieron Tilly y Gigi.

Megan se arrodilló a mi lado.

—Pero no es lo mismo, Kenz. Lo de Tilly y Gigi fue un accidente. Esto... —dijo, moviendo con desesperación la cabeza— esto fue intencionado.

—No podemos darnos por vencidos —repliqué, llorando—. Debemos mantenernos unidos. Sé que es más duro, pero podemos superarlo. Os necesito a los dos. Y a Aaron también.

«Y a Blake», añadí para mis adentros. Muy especialmente a Blake. Pero no era el momento de incluirlo, porque mis amigos seguían apostando a que Blake era el asesino.

—Tienes razón. ¿Por qué no venís conmigo a casa de Kyle para hablar de todo este asunto? A lo mejor, juntos, encontramos una solución —dijo Megan.

Blake resopló, detrás de nosotros.

—Quieres decir para intentar encontrar una forma de colgarme el crimen a mí.

Me volví y volqué en él toda mi atención.

—No se refería a eso.

Kyle se levantó del suelo con mala cara.

—¿Cómo que no? Todos sabemos que tenías un problema con tu hermano.

Blake se cruzó de brazos y sonrió con ironía.

—Todos sabemos que tú sí que tenías un problema con mi hermano y, teniendo en cuenta que era él quien se metía en las bragas de tu amada, creo que tus motivos te sitúan en el primer lugar.

—¡Parad! —grité, levantándome y extendiendo los brazos hacia los dos—. Parad ya con esto.

—¿Por qué siempre estás defendiéndolo? —me espetó Kyle.

—Porque está en la misma posición que cualquiera de nosotros. Que no lo conocieseis de antes no significa que...

—Mackenzie —dijo Kyle, cortándome—. Tampoco lo conocemos ahora.

Suspiré.

—Pues entonces confía en mí, Kyle.

—Te lo estás follando —dijo Kyle con sarcasmo y tambaleándose un poco.

—No. —Mentí. Me había acostado con él—. Tienes que volver a casa. No pienso hablar contigo mientras estés así.

—Lo que tú digas —murmuró, y caminó hacia el aparcamiento haciendo eses.

Kyle se negó a subir al coche con Blake, de modo que ayudé a Megan a montarlo en su coche y se lo llevó a casa. Yo subí de nuevo al despampanante deportivo y cerré los ojos.

—¿Crees que es Kyle? —le pregunté a Blake en cuanto puso el motor en marcha.

—No lo sé. Está cabreado, pero la verdad es que ahora me parece más autodestructivo que asesino. ¿Quieres que pasemos por casa de Aaron antes de ir a la mía? —replicó.

—¿Me llevas a tu casa?

—Sí, mi madre sigue hecha polvo y no tengo ni idea de cómo gestionar a

las mujeres en ese estado, lo sabes de sobra.

—De acuerdo. Le enviaré un mensaje para decirle a mi madre dónde estamos. Vamos ahora a ver a Aaron. Y ya iremos a visitar a Wright mañana.

—¿Crees que encontraremos algo en casa de Aaron?

—¿Qué esperas encontrar? ¿A Aaron cargando con una bolsa negra sospechosa o una alfombra enrollada? —dije.

—Ja, ja —replicó Blake, sin alterarse—. Anda, ponte el cinturón.

Me lo puse justo antes de que pisara a fondo el acelerador y me dejase clavada en el respaldo del asiento. Llegamos a casa de Aaron rápidamente, porque Blake era un loco al volante. Aparcamos un poco lejos de la entrada.

—¿Podemos hablar de una cosa? —pregunté.

—Creo que fue Aaron, en la cocina, con un cuchillo.

Lo miré con exasperación. Que Blake se tomara en serio lo que yo podía decirle siempre era una cuestión de azar.

—Sabes que llegará un día en que tendrás que enfrentarte a lo que le sucedió a tu hermano, ¿no?

La defensa de Blake siempre consistía en bromear y frivolizar cualquier situación. Seguramente era lo que llevaba haciendo toda la vida. Me lo imaginaba ironizando sobre la mierda de madre que tenía a pesar de estar marcado por ello.

—Claro que lo sé. Tampoco espero con ganas a que te llegue a ti la crisis, la verdad.

—Porque no te gustan las mujeres histéricas.

—No, porque no me gusta verte mal —dijo en voz baja.

—Oh.

Rio con suficiencia.

—¿A que no era esa la respuesta que esperabas?

—Pues no, la verdad.

—No soy tan cabrón como te imaginas, que lo sepas.

—Sí, ya lo sé. *Tan* cabrón no, pero un cabrón al fin y al cabo.

—Ahora en serio, ¿de qué querías hablar, Mackenzie?

Me pasé la lengua por los labios, decidiendo si sería o no buena idea decírselo. Aunque, en realidad, no tenía nada que perder.

—He recibido un par de mensajes.

Me miró a los ojos.

—¿Sin número? ¿Alguna mierda críptica?

Enderecé la espalda.

—¿Tú también los has recibido?

—Sí.

—¿Y por qué no me lo contaste?

—¿Acaso me lo habías contado tú?

Suspiré, me acerqué a Blake y le pasé mi teléfono.

—Enséñame los tuyos.

—Mackenzie, estoy ya...

—No termines la frase, Blake. Enséñame los mensajes que has recibido.

Levanté la mano y moví los dedos. Depositó su teléfono en mi palma abierta mientras repasaba ya mis mensajes. Leí los que Blake había recibido.

¿Le has contado a la policía lo mucho que odiabas a Josh? No pienses que vas a engañar a nadie.

Miré a Blake, pero seguía aún absorto en mis mensajes. ¿A quién creía el remitente que Blake no conseguiría engañar?

Pobre tío Pete. No tendría que haber metido las narices en este asunto.

Me llevé la mano al cuello y palpé el calor. ¿Qué tipo de persona podía enviar un mensaje como ese? Por mucho que Blake no tuviera una relación estrecha con Pete, seguía siendo un familiar.

Si vas a la policía, Mackenzie será la siguiente.

Me estremecí y dejé de mirar el teléfono de Blake. Sentía náuseas. No quería seguir leyendo. ¿Me amenazaban ahora a mí?

—¿Crees que Megan, Kyle y Aaron también están recibiendo mensajes? —pregunté.

El corazón me latía con fuerza y me temblaban las manos. Alguien quería hacerme daño. ¡Alguien había amenazado con hacerme daño!

Blake se encogió de hombros.

—Creo que al menos dos de ellos sí.

—Venga, ¿de verdad piensas que quienquiera que sea no se enviaría también mensajes a su propio teléfono?

—Habría que preguntárselo. Su reacción podría darnos una pista.

—Sí, es posible.

Me mordí el labio y le devolví el teléfono.

—Mackenzie, eso que acabas de leer...

—No es necesario comentarlo.

—Nadie te hará ningún daño.

«Espero que no», pensé. Le sonreí y me serené. No era momento para asustarse. Blake me dio unos golpecitos en la rodilla.

—¡Aaron está en la puerta!

Una persona con chaqueta negra con capucha y vaqueros negros estaba hablando con Aaron en la puerta de su casa. Intercambiaron algunas palabras y Aaron volvió a entrar.

—Drogata de mierda —murmuró Blake—. Creo que podríamos afirmar con total seguridad que Aaron sabe dónde encontrar todo tipo de drogas.

Me entraron ganas de entrar corriendo en casa de Aaron, llevarme lo que hubiera comprado y abofetearlo hasta hacerlo entrar en razón. Pero si le apetecía descontrolarse, yo no podía hacer nada para evitarlo, sino simplemente confiar en que espabilase y se diese cuenta del callejón sin salida en el que se había metido. La muerte de Josh y Courtney le había hecho rememorar todo lo que había sentido con la pérdida de Tilly. Pero la culpabilidad que lo obsesionaba por no haber sabido sacar adelante aquella relación no desaparecería a base de porros. No podía estar así eternamente.

Pese a que era imposible negar lo que acababa de ver con mis propios ojos, seguía sintiendo una punzada de honor. Quería defender a Aaron.

—Creo recordar que dijiste que la hierba y el flunitrazepam eran cosas totalmente distintas y que no deberíamos...

—Sí, Mackenzie, pero ¿cuánta gente conoces que se dedique a traficar con hierba? ¿Y que tenga un Range Rover tan fardón como ese? Un coche que, por cierto, es de lo más típico. Es el coche preferido de los camellos.

—No conozco ningún camello. En mi mundo no hay drogas —repliqué. Blake sonrió con ironía e hizo un gesto para señalar a Aaron. Después de lo cual, añadí—: Que yo supiera.

—Seguir con esto no tiene sentido. Lo de conducir este coche ha sido divertido, pero no somos la policía secreta. Devolvamos el coche y vayamos a mi casa —dijo—. Hoy ha sido una pérdida de tiempo. —Acarició el volante—. Aunque me ha gustado conducirlo.

—Oh, espero que te retractes de lo que acabas de decir —repliqué con sarcasmo.

—También me ha gustado pasar el día contigo —dijo Blake en voz baja.

Cuando decía esas cosas me enamoraba todavía más de él.

—Sí, a mí también —dije.

Sonrió como un niño.

—Vamos a hacer el vago un rato en mi cama y dejaré que te aproveches de mí.

Le di un empujón y le regalé una de mis mejores sonrisas.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Miércoles, 26 de agosto

Puesto que Blake y yo habíamos reconocido que estábamos recibiendo mensajes amenazadores, decidimos que sería buena idea registrar la habitación de Josh por si hubiera estado recibiendo amenazas antes de morir. No teníamos acceso a la casa de Courtney, pero, en caso de descubrir algo sospechoso en la habitación de Josh, encontraría la manera de acceder a ella.

—No entiendo nada —le dije por teléfono a Blake mientras miraba el techo de mi habitación.

Mis padres estaban abajo. No aguantaba tenerlos constantemente preguntándome si estaba bien. No lo estaba, y tener que aparentar lo contrario resultaba agotador.

—La verdad es que no te enteras de nada. No protestes; nadie entiende nada.

Ignoré el comentario, en parte porque no tenía ganas de perder el tiempo discutiendo con él y en parte porque no lo había dicho para hacerme sentir como una tonta.

—Si Josh y Courtney hubieran estado recibiendo algún tipo de acoso antes de morir, ¿por qué ella no me comentó nada? Es una posibilidad remota, ¿verdad?

—Probablemente, pero sigue siendo un escenario que tendríamos que considerar. A lo mejor averiguaron quién los estaba amenazando y por eso los mataron.

Sí, tenía sentido. Si Megan, Kyle o Aaron habían estado enviando amenazas y Court y Josh habían descubierto quién de ellos era el autor, era más que probable que el acosador les hubiera querido cerrar la boca. A lo mejor conseguíamos encontrar alguna pista de esa persona en la habitación de Josh. Yo, por ejemplo, había conservado todos los mensajes que había recibido.

—¿Así que tendríamos que encontrar algo que vinculara a Megan, a Kyle o a Aaron con las evidencias que podamos descubrir en la habitación de Josh? —dije, y conecté el altavoz del teléfono para no tener que sujetarlo.

—Pan comido, ¿verdad? —replicó Blake con ironía.

—Tengo miedo, Blake. Quienquiera que esté enviando estos mensajes nos ha metido el miedo en el cuerpo para que no vayamos a enseñárselos a la policía. Ese mensaje que recibiste decía que me iban a matar.

La traición me quemaba como el ácido. Quienquiera que enviara ese mensaje estaba demostrando que le daba igual a quién hacer daño, lo que lo convertía en alguien muy peligroso.

—¿Quieres que pase a recogerte? —sugirió Blake.

—No, tranquilo. Enseguida estoy ahí.

—Como quieras. Hasta ahora.

Me tumbé hacia un lado y corté la llamada. Cuando llegara a casa de Blake me sentiría mejor. Estar a su lado me hacía sentir más segura. Era grande y fuerte y sabía que jamás permitiría que me sucediera nada. Por mucho que lo conociese desde hacía poco tiempo, confiaba en él por encima de cualquiera de mis amigos. Era el único que me estaba ayudando. Desconocía si Courtney y Josh ya estaban muertos cuando Blake y yo subimos a la habitación, y estaba segura de que Blake tampoco lo sabía.

Desde los asesinatos, salir a la calle me ponía muy nerviosa, y aquel día no iba a ser una excepción. Me preparé y salí de casa cerrando de un portazo. Las mujeres que se reunían para tricotar en el local social del ayuntamiento iban de camino a su encuentro semanal: cinco viejas criticonas que se pararon para mirarme de arriba abajo.

Antes de los asesinatos se habrían quedado un rato charlando conmigo para decirme que tendría que poner «un poco más de carne a esos huesos». Pero esta vez se limitaron a chismorrear por lo bajo entre ellas y a lanzarme miradas por el rabillo del ojo.

Mildred, la mayor y la que, además, llevaba el tinte rojo más chillón de todo el grupo, solía ser siempre la primera en decirme algo. El invierno pasado me había tejido una bufanda a rayas rosas y marrones porque, según ella, nunca iba lo bastante abrigada. Me dolía que me hubiera rechazado con tanta facilidad.

En teoría, la gente seguía siendo inocente hasta que se demostrase lo contrario. Las ignoré, subí al coche y me alejé rápidamente de sus miradas críticas.

Cuando llegué a su casa, Blake estaba sentado en los peldaños de la entrada.

—Veo que estabas esperándome —dije en cuanto salí del coche.

—¿Sabes si Josh tenía algún rollo con Tilly o con Gigi?

—¿Con Tilly o con Gigi? ¿De dónde sacas eso?

Se encogió de hombros.

—Creo que estaban liados.

—No, no tuvo nada con ninguna de ellas. Gigi era lesbiana, ¿lo recuerdas?

—Y Megan, no, ¿lo recuerdas?

Buen punto.

—¿Por qué lo preguntas, Blake?

—Porque... —respondió, mostrándome un puñado de fotos de Tilly— porque he encontrado esto en su cajón de los calcetines.

Ladeé la cabeza, cogí las fotos y las miré. Eran primeros planos de Tilly. En las fotografías, Tilly no posaba; eran en su mayoría imágenes espontáneas, como si no se diera cuenta de que la estaban fotografiando.

—Tilly —musité, y percibí una tremenda sensación de inquietud que me calaba hasta los huesos—. ¿Por qué guardaría todas esas fotos? —Debía de haber como mínimo veinte fotografías. Cogí una de las últimas del montón y vi que era solamente de su escote. Se las devolví a Blake—. ¿Por qué las tendría?

—Ni idea.

—Oh, Dios... ¿Estaría él también engañando a Courtney? —dije, negando con la cabeza ante un pensamiento tan ridículo. Tilly jamás se acercaría a Josh. Ni que fuese el último hombre vivo que quedara en la tierra. Lo tenía incluso en menos estima que yo—. No tienen buena pinta, ¿verdad? Si estás posando, te pones un poco bien. Pero la mitad de estas fotos parecen tomas espontáneas, y la otra mitad son fotografías normales y corrientes.

—¿Normales y corrientes?

—¡Sí! —exclamé, superado ya mi nivel de tolerancia a sus comentarios inteligentes—. Una sonrisa para una fotografía que podría tomar cualquiera.

—De acuerdo. Josh tenía fotografías espontáneas de Tilly y también otras normales y corrientes. Nada de poses *sexy*. —Meneó la cabeza—. Aún no sé adónde quieres ir a parar con esto.

—¿En serio no lo sabes? —repliqué sin alterarme, pasando por su lado para entrar en la casa—. A ver, Blake, todo esto da a entender que a Josh le gustaba Tilly, pero que el agrado era solo por su parte.

—Que a ella no le iba, vamos —murmuró Blake, y cerró la puerta.

—Creo que vas a recibir muy pronto, pesado —dije.

Sonrió y se alejó corriendo de mí.

—De acuerdo, me dejo.

Me mantuve firme, por mucho que todos y cada uno de los nervios de mi cuerpo se erizaran, decidida a no demostrarle cómo me afectaba su reacción. Seguro que le encantaría saber que mis piernas se transformaban en gelatina en cuanto se quedaba a escasos centímetros de mí y que su voz me ponía la carne de gallina.

—Adelante —dije, señalándole la escalera.

—Las damas primero —replicó con voz grave, ronca e increíblemente *sexy*.

—Sí, pero tú no eres un caballero.

Me sentía ya como si flotara y pensé que me desmayaría si mantenía su mirada clavada en mí mientras subíamos la escalera. Esbozó una sonrisa.

—Tienes razón.

Blake tomó la delantera. En cuanto se abrió una mínima distancia entre nosotros, mi mente ofuscada se despejó. No tendría que estar pensando en chicos con todo lo que estaba pasando y, además, no podía comentarlo con nadie, puesto que con Megan la situación se había enrarecido mucho, y las otras amigas con quienes podía hablar de chicos habían muerto.

Me detuve delante de la puerta abierta de la habitación de Josh. Blake ya había entrado y no le importaba que estuviéramos a punto de irrumpir en la intimidad de su hermano muerto.

—¿Piensas quedarte aquí fuera esperando todo el día? —preguntó.

—No me parece correcto.

—¿Quieres que salgamos de una vez por todas de la lista de Wright o prefieres respetar la intimidad de Josh?

Entré al instante.

—Ajá, eso pensaba. En los cajones no hay nada más, pero aún no he mirado en otros sitios de la habitación. Inspecciona tú debajo de la cama y yo me ocuparé del armario.

—Estupendo —murmuré.

¿Sería de muy mal gusto examinar lo que pudiera haber debajo de la cama de un chico de dieciocho años? No quería saber la respuesta, y eso que yo necesitaba una respuesta para todo.

Arrugué la nariz solo de pensar en todas las cosas asquerosas que podría

encontrarme, me arrodillé y acerqué la cabeza al suelo. Si había un condón usado, me iba a dar algo.

—Nada —dije, sorprendida.

Todo el mundo tenía al menos un calcetín debajo de la cama. Pero el suelo estaba tan limpio que se veía perfectamente el otro lado.

—Vaya mariquita. Tendrías que ver debajo de mi cama —dijo Blake.

Desde donde estaba no alcanzaba a ver su risilla insolente, pero sabía que estaba ahí.

—No, gracias —repliqué, incorporándome—. ¿Y dónde podría guardar las cosas que no quería que nadie viera?

Blake se encogió de hombros y me mostró una caja de plástico de color negro.

—Supongo que aquí.

Mi primer pensamiento fue: «Por favor, que encontremos aquí dentro una pista que nos resulte útil», y el segundo: «La verdad es que, si la hay, preferiría no saberlo». ¿Y si encontrábamos allí la prueba de que Josh mantenía una relación secreta con Tilly y Aaron lo había descubierto? Estaban pasando cosas extrañas. No sobrenaturales, pero sí extrañas.

—¿Estás preparada para ver los secretos oscuros que guardaba mi hermano?

Hice un gesto negativo.

—La verdad es que no.

—Bien —replicó, como si le hubiese dicho que sí—. Pues abrámosla.

Tiró la caja en la cama. Rebotó y la paró con una mano. Cuando Blake abrió la tapa, contuve la respiración.

—Revistas de coches. ¿Por qué esconderlas? —cuestioné.

Sentí alivio al pensar que no era más que una caja llena de basura que Josh no había tirado. Jamás encontraríamos lo que necesitábamos.

Blake ladeó la cabeza y me sonrió, como queriendo decir: «Tranquila».

—Miremos debajo —dijo, y levantó las dos revistas que escondían el verdadero contenido de la caja.

Abrí los ojos como platos al ver aquello.

—Pero ¿qué...?

—¡Oooh, Joshua! —exclamó Blake, riendo—. Pero ¿en qué andabas metido?

Sacó una mordaza negra y la hizo rodar sobre su dedo índice. «Creo que

voy a vomitar.» Me quedé muda y paralizada mientras Blake jugaba con aquello y sacaba a continuación unas esposas metálicas y otro objeto que parecía extraído de una cámara de torturas de época medieval.

—Vale, ya está —dije—. Guárdalo otra vez.

—Oh, ¡y tenemos también fotografías! —dijo sacando de la caja una bolsa con fotografías hechas con una cámara de usar y tirar.

Levanté una mano.

—No quiero verlas. No podemos.

—Podrían ser una pista. ¿Y si hay algunas de Tilly?

—Entonces se sumarían a las otras que encontraste.

Y aún quería verlas menos. Sabía que era probable que fueran fotos de Courtney esposada, atada y haciendo lo que fuera que hiciesen los dos.

—¿Y por qué la policía no encontró todo esto cuando registró la habitación?

—Porque a lo mejor lo encontré yo anoche en el desván y lo puse aquí antes de que tú llegases.

Levanté las manos, exasperada. Blake era peor que un niño travieso.

—¿Y por qué la guardaste en el armario y me dijiste que mirara debajo de la cama?

—Porque no podía dejarla encima de su mesa, ¿no te parece? Mi madre podría haber entrado y haberla encontrado. Y lo de hacerte mirar debajo de la cama lo he hecho simplemente por divertirme. —Se echó a reír—. La cara que has puesto cuando has pensado que ibas a encontrar algo asqueroso ahí abajo...

Respiré hondo.

«Cuenta atrás empezando por diez...», me dije.

—Mackenzie, tenemos que mirar las fotografías. El objetivo de fisgonear en sus cosas no es otro que encontrar pruebas.

—Sí, encontrar algo que nos lleve al asesinato, no a entender lo retorcido que era Josh.

—¿Y cómo sabes que no está todo relacionado? ¿Quién sabe en qué andaba metido y hasta qué punto?

—¿Y si andaba metido en alguna secta satánica o algo de ese estilo?

—No creo que sea necesario adorar al diablo para disfrutar de un poco de sexo duro.

Lo mire con exasperación.

—No me refiero a eso, pero ¿y si fuera así?

—¿Miro yo?

—Te encantaría, ¿verdad?
—No voy a negártelo, cariño.
Pero ¿qué demonios le pasaba?
—No me mires así. A mí no me va ese rollo, pero a nadie le amarga un dulce.
Reí, y reí de verdad.
—¿Lo dices en serio? ¿Te van esas cosas?
—Ay, qué buena e ingenua es mi niña. —Sacó las fotos de la funda y abrió los ojos de par en par—. Joder.
—¿Qué pasa? ¿Por qué dices eso?
Se quedó mirando una de las fotos, blanco como un fantasma.
—Mejor que no las veas, la verdad.
Sentí un hormigueo en la punta de los dedos.
—¿Qué se ve? No me las enseñes, limítate a explicármelo. ¿Es Courtney?
Blake asintió.
—Y hay algunas de Josh —anunció, abriendo aún más los ojos—. Habrá que hacer mucha terapia.
Lo metió todo otra vez en la caja, se estremeció y cerró la tapa.
—¿De qué eran esas fotografías, Blake? ¿Tan malo es?
Se estremeció de nuevo.
—Es malo, sí. Hablemos de ello en mi habitación.
«Debe de ser muy malo si no soporta siquiera seguir en la habitación de Josh.»
—¿Y bien? —dije, cerrando la puerta con manos temblorosas.
—Se hacían cosas mutuamente.
—Ya, eso ya me lo imagino. ¿Qué-qué cosas?
—Latigazos. He visto un látigo y... Josh con marcas de latigazos. Sangre.
El pulso me retumbaba en los oídos como un tambor.
—¿Sangre? Pero ¿qué hacían? ¿Y de quién era la sangre?
—De Josh. Tenía cortes en el pecho. Sujetaba la cámara a cierta distancia para hacerle una fotografía a Courtney.
Oh, no, no, no.
—Courtney. ¿A Courtney haciendo qué?
—Lamiéndola.
—Anda ya —dije. «Si cree que voy a tragármelo...»
—Mackenzie —musitó. Estaba muy serio. No bromeaba. El estómago me

dio un vuelco y me llevé la mano a la boca—. Tal vez tenías razón con lo del rollo satánico. Sé que hay tíos a los que les va lo de sufrir dolor cuando la tienen metida hasta el fondo, pero eso...

Arrugué la nariz.

—Dios, ¿es que no puedes referirte al sexo sin tener que decir «metida hasta el fondo»?

Esbozó una media sonrisa, pero vi que también sentía náuseas.

—Mierda —murmuré, y me senté en la cama.

Courtney nunca me había mencionado nada de ese tipo de cosas. Ni siquiera que Josh la atara o le vendara los ojos. Y eso que nos confiábamos todos nuestros secretos íntimos. ¿Se sentiría avergonzada?

—¿No sabías nada? —preguntó Blake.

Negué lentamente con la cabeza, intentando procesar aún lo de la sangre.

—Jamás me mencionó absolutamente nada al respecto.

—No me sorprende.

—Ni a mí. No me sorprende que no hablase sobre las... cosas raras. Siempre pensé que comentaría cosas más normales, pero no... ni siquiera cuando Tilly reconoció que le encantaba que la ataran y Gigi nos confesó que el *mousse* de chocolate era su fetiche.

—Dime, por favor, que grababais vuestras fiestas de pijamas.

Arqueé la ceja y levantó las manos en un gesto de rendición.

—Courtney nunca mencionó nada —proseguí—. Nada que se saliera de lo normal. ¿Crees de verdad que quería hacer esas cosas?

—¿Lo de lamer la sangre de su novio mientras tenían relaciones sexuales? ¿Crees que a alguien le puede apetecer eso?

—¿Piensas entonces que la obligaba?

Blake se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Lo que sí pienso es que esa combinación de asesinato-suicidio podría ser una posibilidad, definitivamente. Y pienso que lo hizo Courtney.

—No. De ninguna manera. No podría.

—Piensa en lo que le hacía a Josh, Mackenzie. Si hubiese vislumbrado una manera de acabar con aquello, si de verdad no quería hacer esas cosas, ¿no crees que habría intentado aprovechar la oportunidad?

—Podría haber cortado con él y ya está.

—A lo mejor no era tan sencillo. Piensa en cómo debía de sentirse si él la

estaba obligando a hacer esas cosas.

Asqueada y denigrada.

Pero ¿capaz de cometer un asesinato y suicidarse?

Me rasqué la cabeza.

—Ya no sé qué pensar, la verdad.

—Le llevaremos esto a Wright y que investigue.

—Sí —repliqué, dejándome caer en la cama.

—¿Estás bien?

Hice un gesto de indiferencia. Notaba el escozor de las lágrimas en los ojos.

—¿Y si Courtney no quería hacer esas cosas?

Qué asustada y sola debía de haberse sentido.

Blake se colocó de rodillas delante de mí y apoyó los antebrazos en mis muslos.

—No sé qué decir, Mackenzie. Decir lo más adecuado en situaciones como esta no es precisamente mi punto fuerte.

—No tienes que decir nada. A veces ni siquiera existen las palabras.

—¿Qué quieres que haga?

¿Qué podía hacer Blake? ¿Qué se suponía que tenías que hacer cuando descubrías que podrían haberse aprovechado de tu amiga muerta o incluso haber abusado de ella? ¿Cómo se habría sentido? ¿Por qué no me lo habría contado? Yo podría haberla ayudado.

—Pudo haber sido Courtney —murmuré.

—No pudo ser Courtney. ¿Quién envía entonces los mensajes?

Cerré los ojos con fuerza.

—No lo sé. Nada de todo esto tiene sentido, pero hay que ir a Wright y explicárselo. Podría ayudar a averiguar lo que sucedió realmente.

¿Estaba de verdad planteándome que Courtney hubiera matado a Josh y que luego se hubiera suicidado? ¿O que alguien hubiera averiguado quién era el asesino y estuviera ahora fastidiándonos a Blake y a mí?

—No creo que sea muy buena idea. Pensará que estamos intentando quitarnos el muerto de encima —dijo Blake.

—No podemos guardar este secreto.

—¿Por qué no? Tampoco hemos contado a nadie lo de los mensajes de texto que estamos recibiendo.

De acuerdo, ahí me había pillado.

—No es verdad. Hemos decidido mantener los mensajes en secreto porque

me están amenazando. Tú mismo dijiste que cuando arrestaran a quien fuera y la situación fuera segura lo diríamos. Que así tendrían más evidencias contra el asesino. Pero esto que hemos descubierto ahora podría ayudar a la policía a resolver el crimen.

Blake refunfuñó y se tapó los ojos con la mano. Era evidente que no estaba de acuerdo en llevarle las fotografías a Wright. Nadie tenía por qué enterarse de que se las habíamos entregado y, por lo tanto, no tendría que temer más por mi seguridad de lo que ya temía por ella desde que había leído aquel mensaje amenazándome.

—Por favor. —Me acerqué un poco más a él y posé mi mano en su brazo—. Entiendo que no quieras compartir estas fotografías de tu hermano, pero no nos queda otro remedio. Vamos, por favor. Vayamos a la policía ahora mismo, Blake.

Bajó el brazo y me miró a los ojos.

—De acuerdo, pero será una pérdida de tiempo y aún quedaremos peor.

No creía que pudiéramos quedar peor ante los ojos de nadie. La ciudad nos había condenado y Wright sospechaba de nosotros.

No teníamos mucho que perder, pero sí una inocencia que demostrar.

CAPÍTULO VEINTE

—Es buena idea, ¿verdad? —le pregunté a Blake por décima vez.

Estábamos dentro del coche, mirando la puerta de la comisaría, y necesitaba su confirmación. Me lanzó una mirada.

—No.

—¿Por qué te muestras tan contrario?

—¡Ya te lo he dicho! Es mala idea; pero, oye, el espectáculo es tuyo.

—¿Espectáculo? —dije entre dientes—. ¡Esto no es ningún juego, Blake! Y, si lo es, me gustaría que alguien me explicara sus malditas reglas.

—Tranquilízate —dijo Blake, bajando la voz—. No quería decir eso, ¿vale? Entraré contigo, pero luego que no te pille por sorpresa si todo esto se vuelve en nuestra contra. Lo único que me preocupa es que acabe haciéndonos parecer más sospechosos.

—Blake —dije. Me acerqué más a él y le cogí la mano—. Estamos en esto juntos. Sé que eres inocente y pronto lo sabrá también el resto del mundo.

Movió los dedos y los entrelazó con los míos.

—Ojalá pudiera compartir tu optimismo.

—Mi optimismo vale para los dos.

Blake respiró hondo y cogió con fuerza la caja que contenía el material sexual pervertido y horripilante de Josh. Era como si se sintiera culpable por sacar a la luz el oscuro secreto de su hermano.

Existía la posibilidad de que el asesino hubiese sido Courtney o Josh. Cabía esa posibilidad. Tampoco a mí me apetecía que la gente se enterara de lo que hacían los dos en la cama, sobre todo teniendo en cuenta que era evidente que Courtney quería mantenerlo en secreto, pero la verdad era que nos estábamos quedando sin alternativas.

—¿Listo? —pregunté.

Blake sonrió, pero fue una sonrisa forzada. Salió del coche y lo seguí. Estaba nerviosísima y me sudaban las manos. «Dios mío, es una de las peores ideas que he tenido en mi vida», me dije. Solo confiaba en que Wright no

pensara que estábamos compartiendo con él aquella teoría para esconder nuestra culpabilidad, y muy especialmente la de Blake. Era probable que lo pensara, pero, por desgracia, ignorar lo que habíamos descubierto era imposible.

Cuando entramos, Wright estaba detrás del mostrador de recepción hablando con un colega y se volvió de repente, como si hubiera intuido nuestra llegada. Se me formó un nudo en el estómago. ¿Cómo podía haberlo percibido? Aquel hombre no era humano.

—¿A qué debo este placer? —dijo Wright, enlazando los dedos por encima de su barriga.

Blake lo miró entrecerrando los ojos.

—Nos gustaría hablar con usted. Si no es mucha molestia.

—¿Ha venido a confesar, señor Harper?

—Queríamos comentarle otra posibilidad —dije, interfiriendo antes de que Blake mordiera el cebo de aquel comentario estúpido—. Si nos concede un poco de tiempo.

—Por usted haría cualquier cosa, señorita Keaton.

«Cabrón engreído y cínico», pensé. Pero sonreí, o intenté al menos esbozar un amago de sonrisa. Lo seguimos hacia la ya conocida sala de interrogatorios.

—¿Cómo es posible que nadie se lo haya cargado todavía? —me dijo Blake al oído.

Me encogí de hombros. Wright tenía que haber jodido a mucha gente. Me pregunté si gestionaría todas sus investigaciones tal y como estaba gestionando la nuestra. Seguramente no. Mis conocimientos sobre el trabajo de la policía y los detectives se limitaban a lo que había visto en la tele, pero aquel hombre no me parecía profesional. Era demasiado excéntrico y tenía una forma de proceder demasiado enérgica y poco competente.

—Tomen asiento —dijo indicándonos las sillas metálicas.

Estar en una sala de interrogatorios me hacía sentir como una criminal. Era como cuando vas por la carretera y te sigue un coche patrulla. No has hecho nada malo, pero estás seguro de que acabarás metiéndote en problemas.

Blake se sentó tan cerca de mí que su brazo rozó el mío. Y no fue por casualidad. Sabía que yo necesitaba apoyo y me recosté contra él como si fuera una línea de vida.

—Y bien —dijo Wright moviendo la mano—, el escenario es suyo.

—Veamos... Es que resulta que hemos encontrado algo y queríamos enseñárselo —murmuré, soltando las palabras a trompicones, muy nerviosa.

Wright asintió, y su sonrisa paternalista me obligó a apretar los dientes.

—¿Otro sospechoso? Veo que traen una caja con cosas.

Fruncí el ceño.

—Sí.

Ver que ni siquiera nos tomaba en serio me hacía hervir la sangre. Pero el contenido de la caja le iba a borrar de la cara aquella sonrisa engreída.

—Pensamos que podría haberlo hecho Josh —dijo Blake—. O Courtney.

—Una teoría muy interesante, señor Harper, y que le iría muy bien a usted, ¿verdad? Una teoría así resolvería todos sus problemas.

Sí, efectivamente.

—Josh tenía problemas de celos. Consideraba que Courtney era de su propiedad. Su vida sexual estaba muy alejada de la cómoda y tradicional postura del misionero. No sé. A lo mejor se enfadó con ella o algo así. O tal vez fue ella la que se hartó. ¿Podría mirar esto, por favor? —dije, acercándole la caja.

Wright ladeó la cabeza, ignorando por completo todo lo que acababa de decirle.

—Veo que lo tiene todo muy bien pensado, ¿no?

—¿Lo de limpiar mi nombre y el de mis amigos? Supongo que no le sorprenderá, pero sí, así es.

«Cálmate. No permitas que te gane la partida.»

—Permítanme que comparta una información con ustedes, para facilitarles la investigación, más que nada —dijo—. Josh y Courtney fueron asesinados. Por el ángulo de las heridas, habría sido muy pero que muy difícil que cualquiera de los dos se las hubiera provocado y, dada la brutalidad y la cantidad de heridas por arma blanca que sufrieron, los descarto a ambos como sospechosos, sobre todo porque las puñaladas fueron efectuadas por la misma persona. La verdad es que me ofende un poco que no hayan dado por sentado que yo no hubiera investigado ya esa posibilidad.

Blake se encogió de hombros.

—La verdad es que nos cuenta tan poca cosa que no sabemos ni cómo hemos llegado hasta aquí.

Le di un puntapié por debajo de la mesa y Blake sonrió con superioridad.

—Mire, lo único que queremos saber es quién lo hizo. Eran mis amigos.

—Excepto Joshua. Si no recuerdo mal, no era persona de su agrado —replicó Wright.

Cerré la boca con fuerza. ¿Por qué no nos hacía caso?

—Eso no significa que deseara su muerte.

—Tal vez no.

—Por supuesto que no —le espeté—. Pero ¿tiene alguna idea de quién fue?

Wright se inclinó por encima de la mesa y sonrió.

—Tengo *cinco* ideas, Keaton.

Blake se levantó a tanta velocidad que la silla emitió un desagradable sonido al rascar contra el suelo.

—Eso es un no. Vámonos, Mackenzie. Es evidente que no tiene ni idea. ¿Quiere, de todos modos, que le dejemos esta caja para que pueda echar un vistazo a las fotografías y reflexionar sobre si Courtney fue capaz de apuñalar de forma tan brutal a su novio después de lo que le estaba haciendo pasar, o sigue todavía descartando esa posibilidad?

—Gracias, Harper. Pediré a alguien que le eche un vistazo a esto y le devolveremos la caja lo antes posible.

Blake resopló, meneando la cabeza.

—No sabe nada, ¿verdad?

Me levanté y fuimos hacia la puerta. Estaba tan harta como Blake. ¿Qué sentido tenía ir a la policía si ni siquiera se dignaban a escucharte?

—Hay algo que sí sé —dijo Wright justo cuando nos disponíamos a salir.

—¿Y es? —pregunté, mirándolo por encima del hombro.

—Que su amigo Aaron nos ha explicado los motivos del señor Harper. Todos sabemos que tuvo la oportunidad de hacerlo.

Me quedé a cuadros y me giré en redondo. ¿Así que Aaron había estado hablando con Wright sobre Blake?

—¿Qué? —murmuré.

—No me sorprende que Aaron vaya despotricando sobre mí. No es mi mayor admirador, la verdad —replicó Blake con un gesto de indiferencia, para demostrarle a Wright que le traía sin cuidado.

Pero a mí sí que me importaba. Y mucho. ¿Cómo podía Aaron comportarse de aquella manera? A mí jamás se me ocurriría compartir secretos con el inspector por el simple hecho de salir airosa. Aaron no tenía ninguna prueba de que hubiera sido Blake y, en consecuencia, no tendría que andar propagando rumores. Yo no lo hacía, y eso que sabía que estaba jugando con drogas.

La sonrisa de Wright se desvaneció de una forma tan leve que casi la pasé por alto.

—¿Hay algo más que quieran comentarme o ya están...?

—Ya estamos —respondí, y salimos de la sala.

Me habría gustado reclamar un detective como Dios manda, pero tenía la sensación de que técnicamente Wright no lo estaba haciendo mal. Nos ocultaba los detalles de la investigación hasta que decidía que era el momento de dárnoslos a conocer, lo cual no era ningún crimen, sino una táctica utilizada habitualmente en las investigaciones policiales.

Como mis padres no estaban, fuimos a mi casa y subimos a mi habitación.

—Estamos jodidos, ¿verdad? Si no consiguen averiguar quién lo hizo, nos lo colgarán a nosotros —dije.

—Si no hay pruebas, no.

—Pero la cárcel está llena de gente inocente. ¿Y si al jurado se le pide eso de decidir más allá de la duda razonable?

La sonrisa de suficiencia de Blake se acentuó.

—Creo que harías mejor carrera como detective que como abogada.

Me dejé caer sobre los cojines.

—No eres nada gracioso. Lo sabes, ¿no?

Rodó sobre la cama hasta quedarse encima de mí.

—Por favor, ¡si te parezco divertidísimo!

—Sí —dije—, pero seguramente no en el sentido en que tú estás pensando.

Me miró con seriedad y me entraron más ganas de besarlo que de seguir respirando.

—¿Lo dices de verdad? —susurró, acercándose aún más a mí.

Estaba segura de que si seguía tonteando con él se vengaría de mí apartándose, de modo que me mordí la lengua. Ya tendríamos tiempo para bromear, ahora era hora de besarse.

—Blake —dije, casi sin aliento.

—¿Qué?

—Eres malísimo.

—Si no hago nada —replicó con inocencia.

Lo miré entrecerrando los ojos, lo agarré por la camiseta y tiré de él hacia mí.

—Si tienes intención de besarme, hazlo o...

Cerró los labios sobre los míos y me besó con pasión. Su boca se movió contra la mía con una desesperación que me erizó el vello. Nos atacamos como animales.

Pero no teníamos mucho tiempo. Mi madre volvería a casa muy pronto y no

me apetecía en absoluto que nos sorprendiera.

—Blake —conseguí murmurar, pegada a su boca. Gimió y me agarró por las caderas, pegando mi cuerpo al suyo. Cuando vi que me costaba ya respirar, le di un empujón en el pecho y se apartó con una sonrisa—. Pareces un quinceañero caliente.

Juntó las cejas.

—Pues la verdad es que me siento como si lo fuera.

—Blake Harper, ¿estás reconociendo que te gusta una chica?

—Lo que tú digas —murmuró mientras se sentaba. No me gustaba la sensación de que quedara espacio entre nosotros. Me gustara o no, lo tenía bajo mi piel—. Tendríamos que ir a mi casa y ver qué tal sigue mi madre.

—¿Tendríamos?

—No estoy seguro de si te lo he mencionado, pero...

—No sabes qué hacer con las mujeres histéricas —dije, terminando la frase —. Lo habrás mencionado solo un par de veces. Te acompaño.

Blake guardó silencio durante todo el camino hasta su casa. Lo observé conducir durante un minuto y entonces, viendo que no llenaba aquel silencio con ninguna tontería, decidí que hablaría con él sobre una cosa que me rondaba la cabeza.

—Blake, ¿por qué no me cuentas algo más sobre tu relación con Josh?

Esbozó una tensa sonrisa que me recordó lo poco que le gustaba compartir sus sentimientos y, también, lo poco que le gustaba su hermano.

—¿Qué quieres saber?

—¿La relación no era buena?

—No era la mejor, pero la verdad es que apenas habíamos pasado tiempo juntos. Creo que a lo largo de la adolescencia debí de verlo unas diez veces. En realidad no éramos hermanos, tal y como se entiende en condiciones normales.

—¿Y tú querías serlo?

—Supongo. La verdad es que no le he dado muchas vueltas. No éramos una familia. A mí ya me iba bien. Mi padre y yo nos entendíamos bien. —Sonrió al recordar—. Aunque siempre comíamos mierda. Tendríamos que estar el doble de gordos de lo que estamos.

—¿No es buen cocinero tu padre?

—La verdad es que no. Sabemos preparar cuatro cosas, pero comemos mucha comida rápida, más que nada por pereza.

—¿Por qué tienes la sensación de que tu madre prefería a Josh?

—Porque es así. Si tienes un hijo con el que convives a diario y otro con el que apenas pasas una semana al año, ¿cuál de los dos sería tu favorito? Pero no pasa nada. Yo prefiero a mi padre y estoy seguro de que Josh prefería a mi madre. Querer más a aquel con quien pasas más tiempo es lo natural, ¿no?

Me mordí la lengua. «No, si eres padre o madre.»

—Sí, es posible —dije.

—¿Por qué decidiste venir con nosotros a la cabaña? No te lo tomes mal, me alegro de que lo hicieras. Pero no entiendo por qué.

Llegamos a su calle y giró.

—Mi padre empezó a trabajar mucho fuera. Cuando llegas a casa y te la encuentras siempre vacía, al final acabas acordándote de la otra mitad de tu familia. Josh y yo habíamos pasado juntos un par de meses hacía poco y había ido bien. Pensé que tal vez entonces, que podíamos controlar con quién y dónde íbamos, podríamos ser hermanos. Hasta ese momento siempre habían sido nuestros padres los que decidían, y siempre nos habían llevado en dirección contraria.

De modo que Blake quería reconectar, o conectar, con su hermano.

—Siento mucho que lo perdieras antes de tener la oportunidad de volver a conectar con él.

Blake tragó saliva y asintió. Tensó la mandíbula. Entendí que tenía que cambiar de tema antes de que la situación se volviera excesivamente emotiva. No quería que volviese a retraerse.

—Esta noche cocinaré para ti y tu madre. ¿Cuál es tu comida favorita?

Blake parpadeó.

—Veo que has dado un giro de ciento ochenta grados a la conversación. Estupendo. Me gustan los espaguetis a la boloñesa. Y creo que a mi madre también.

—Me parece bien.

Le sonreí y él me devolvió la sonrisa, como si estuviera intentando descifrar mis pensamientos. Aparcó en el camino de acceso a su casa y fue entonces cuando vi el coche patrulla estacionado al lado del de su madre.

—¿Qué hacen aquí? —murmuró Blake, poniendo mala cara.

Salimos rápidamente del coche. Recé para que Eloise no hubiera cometido ninguna estupidez. ¿Qué haría Blake si estaba muerta? Por mucho que creyera lo contrario, la necesitaba.

Blake abrió la puerta y lo adelanté para entrar corriendo en el salón. Había

dos agentes sentados en un sofá y Eloise estaba en el otro. Suspiré aliviada al ver que estaba bien, al menos físicamente.

—¿Qué sucede? —preguntó Blake.

Los agentes, a quienes no reconocí, se levantaron a toda velocidad, agarraron a Blake por los brazos y se los unieron a la espalda.

—Blake Harper, queda arrestado por los asesinatos de Joshua Harper y Courtney Young. —El agente le leyó sus derechos y dijo a continuación—: ¿Todo entendido?

—¿Qué? —dije, aturdida y totalmente en *shock*—. ¿Por qué?

Blake tenía la mandíbula tremendamente tensa.

—Entendido —espetó.

—¡Lo he encontrado debajo de su cama! —gritó Eloise, que se balanceaba de un lado a otro en el sofá.

—¿El qué? ¿Qué ha encontrado? —le pregunté.

—Los pendientes de Courtney y la cadena de Josh. Lo hizo él. Él los mató. Él mató a mi Josh.

Me quedé boquiabierta y el alma se me cayó a los pies. Negué con la cabeza.

—No...

Los dos agentes empujaron a Blake hacia la puerta. Tardé unos segundos en poder obligar a mis piernas a moverse y andar, pero cuando lo conseguí eché a correr hacia la puerta.

—¡Esperen! —grité. Sabía que habían cometido un error.

Los agentes acababan de abrir la puerta de atrás para que Blake entrara en el coche. Blake me miró y su expresión de derrota me rompió el corazón.

—Yo no lo hice, Mackenzie —dijo, justo antes de desaparecer en el asiento de atrás.

El coche arrancó y él siguió mirándome, suplicándome con la mirada que lo creyese.

Creía en él. Por supuesto que creía en él, y ver cómo se lo llevaban fue tan doloroso que se me cortó la respiración. Me había enamorado de Blake.

CAPÍTULO VEINTIUNO

El coche se perdió de vista y mi corazón se hizo añicos. Aquello no estaba bien. ¡Ser acusado de asesinato por tu propia madre!

«Pero hay pruebas», me dije.

En la habitación de Blake había cosas de Courtney y de Josh, cosas que cualquiera podía haber puesto allí. Blake nunca se ponía irascible ni nervioso cuando yo estaba en su cuarto, jamás, y ni siquiera consideraba el espacio que tenía en casa de su madre como su verdadera habitación. ¿Por qué iba a esconder allí aquella cadena si era de Josh?

«Le han tendido una trampa», pensé.

Entré corriendo en la casa.

—¡Eloise! —grité. Tuve que agarrarme al marco de la puerta para sujetarme y poder parar antes de caer al suelo.

Eloise estaba acurrucada en su sillón, con las manos enlazándose las rodillas, llorando. Apreté los dientes para contener la rabia que me hervía en el estómago. Lloraba porque su hijo era culpable. ¿Por qué era incapaz de creer en él?

«Mantén la calma», me dije.

Me acerqué lentamente y me senté en el brazo del sofá, al lado de su sillón.

—¿Qué ha pasado?

—Encontraron esas cosas en su habitación. —Intentó secarse las lágrimas. Tenía la cara sucia y congestionada—. No puedo creerlo. No quiero creerlo.

—Pues no lo crea. Yo no lo creo. Blake no lo hizo y lo sabe. La policía ya registró la casa en su momento y no encontró nada. No tiene sentido que pusiera ahora esas cosas ahí.

—Sí lo tiene. Él pensó que los registros ya habían terminado, que ya estaba seguro.

Negué con la cabeza.

—No. Alguien tiene que haber dejado esas cosas ahí para hacerlo parecer culpable. A Blake le han tendido una trampa, Eloise. ¿Quién más ha estado en la casa?

Pensé que tenía que haber dejado entrar a alguien.

—No..., no estoy segura. Ha venido mucha gente a verme.

Su voz se quebró y rompió de nuevo a llorar. Se secó las lágrimas con la manga.

Respiré hondo para tranquilizarme y le pregunté:

—¿Han pasado por aquí Aaron, Megan o Kyle?

—Estuvieron aquí después del funeral de Josh.

—¿Solo esa vez?

Eloise asintió.

—Sí, solo esa vez.

Cerré los ojos e intenté rememorar aquel día. La policía había registrado nuestras casas enseguida, mucho antes del funeral. Pasamos la mayor parte del tiempo todos juntos, aunque yo estuve alternando entre ellos y Blake. ¿Quién de ellos había desaparecido solo? Ninguno se había movido del lugar donde los dejé, o eso creía, y en ningún momento estuve ausente mucho tiempo, aunque podría haber sido suficiente para subir a la habitación y volver a bajar. ¿Quién de ellos habría tenido el atrevimiento de acudir al velatorio con los trofeos de sus amigos muertos con la intención de dejarlos en la habitación de Blake? No me imaginaba a ninguno de ellos con la valentía —o la estupidez— suficiente como para hacer eso.

—¿Por qué Blake querría hacer daño a su propio hermano y a su tío? —preguntó Eloise, y me despertó de aquel bucle de preguntas.

—No lo hizo. No fue él. Tiene que creerme. Piénselo bien. Alguien ha dado el chivatazo a la policía y han encontrado como por arte de magia esos objetos de Josh y de Courtney en la habitación de Blake. No tiene sentido que Blake los pusiera ahí después del primer registro. Los habría tirado. No renuncie a él, por favor. Blake la necesita.

Eloise hundió la cabeza entre las rodillas y se tiró del pelo.

—No me queda nada que darle.

Apreté la mandíbula y noté que me temblaban las manos.

—¡Es su hijo! Tiene que encontrar compasión en su interior, la misma que sentiría por Josh. Se lo digo en serio, Eloise. Blake la necesita. No puede pensar de verdad que fue él.

Eloise frunció el ceño, dubitativa.

—No lo sé. Es que no lo sé.

—¡Lo que usted diga! —le solté, y salí antes de acabar diciendo cualquier cosa de la que luego pudiera arrepentirme.

Habíamos llegado allí en el coche de Blake, de modo que no tenía manera de desplazarme si no era andando. No quería llamar ni a mis padres ni a ninguno de mis amigos. Tenía que averiguar quién había dejado aquellos objetos en la habitación de Blake, y pensaba empezar con Aaron.

Era el que tenía más carácter.

Decidí ir caminando a casa de Aaron. Mi cabeza era un torbellino de posibilidades y teorías. Blake debía de estar aterrado. Acababan de arrestarlo por un crimen que no había cometido. No quería creer que pudiera haber sido Aaron, pero sabía que podría acabar entregándose en un instante si alguien lo presionaba debidamente.

Era un día caluroso, pero las calles estaban desiertas. Respiré hondo. Había alguien cortando el césped. Olía a verano, era verano, pero no me gustaba la sensación. Todo el mundo suponía que el verano previo al acceso a la universidad tenía que ser divertido, pero yo jamás en mi vida me había sentido tan triste.

Doblé la esquina y oí lo que me parecieron unos pasos. Me volví para escuchar mejor y me detuve para observar en ambas direcciones.

Lo único que se oía eran los latidos de mi corazón acelerado.

«Estás paranoica. Ahí no hay nada.»

Me puse de nuevo en marcha y aceleré el paso hasta adquirir un ritmo con el que me sintiese cómoda.

«Tranquila. Lo único que tienes que hacer es ir a casa de Aaron.»

Forcé más el paso y los muslos empezaron a dolerme por el esfuerzo. Si aquello no me motivaba a volver hacer deporte, era evidente que nada lo conseguiría.

«Pum. Pum.»

Mierda. Eché a correr. Los pulmones me ardían, necesitados de aire. Oía los golpes sordos de mis pies contra el hormigón, las punzadas de dolor en las espinillas iban en aumento. «Continúa. Ya casi has llegado.» Me estaban siguiendo.

¿Querría mi perseguidor atacarme como había hecho con Pete?

¿Habría encontrado Pete alguna prueba?

«¡Corre, Mackenzie!»

Cuando vi por fin la casa de Aaron casi me desmayo del alivio. Corría a tanta velocidad que no podía volverme y mirar si realmente me estaba siguiendo alguien, y mi respiración, superficial y entrecortada, no me permitía oír nada más. Seguí colocando un pie delante de otro, volando hacia mi destino.

«Corre.»

Choqué contra el muro que rodeaba el jardín de la casa de Aaron y estuve a punto de saltar por encima de él. La cadera gritó de dolor al entrar en contacto con el ladrillo.

Grité, me retorcí y me llevé la mano al costado.

Sofoqué un grito y miré a mi alrededor. No vi más que un gato posado en una valla, a lo lejos. Respiré hondo varias veces y me llevé una mano al pecho, con la sensación de que me iban a estallar los pulmones.

—Cálmate —susurré, abriendo y cerrando la mano que me había quedado libre—. Eres una tonta.

No me seguía nadie, y seguramente no me había seguido nadie en ningún momento. ¿Qué demonios me pasaba?

Enderecé la espalda y rodeé el muro para acceder a la puerta de casa de Aaron. Me dolía la cadera, pero me daba igual. Levanté el brazo y llamé.

—¡Un momento! —bramó Aaron desde el interior.

Mi teléfono emitió un sonido.

«No, por favor, otra vez no.»

Lo saqué del bolsillo con cuidado, como si fuera a quemarme.

Era aquel número. Noté el escozor de las lágrimas en los ojos, pero me propuse no romper a llorar cuando leyera el mensaje.

Ve con cuidado, hay por ahí un asesino suelto.

Me tambaleé y dejé caer el teléfono. ¿Me habían estado siguiendo? ¿Quién me había enviado aquello?

No podía ser Blake. Estaba en comisaría y dudaba que le dejaran tener su teléfono. Yo sabía que era inocente. Lo sabía.

Pero ¿y Aaron, o Kyle, o Megan? ¿O cualquier otra persona?

Se abrió la puerta, recogí el teléfono y me lo guardé en el bolsillo. Escondí las manos detrás de la espalda para que Aaron no viera cómo me temblaban.

—Hola —dijo Aaron, con una gran sonrisa que iluminó sus ojos azul claro, cuando me abrió la puerta.

—Hola —dije. Aaron se hizo a un lado y entré, con el corazón encogido—. ¿Podemos hablar?

—Claro. Mis padres andan por casa, así que mejor que subamos a mi habitación.

Subí la escalera y fui directa hacia allí. Acusar a Aaron de asesinato, que era de hecho lo que había ido a hacer a su casa, era una de las cosas más duras que había tenido que hacer en mi vida. Estaba dividida entre el deseo de que lo reconociera y el de que lo negara.

—¿Qué pasa? —me preguntó en cuanto tomó asiento en la silla con ruedas que tenía junto a la mesa de estudio.

Me senté en su cama, de cara a él. Recorrí la estancia con la mirada en busca de un teléfono que no hubiera visto nunca. No había nada, además de toda la porquería habitual.

—Acaban de arrestar a Blake.

Levantó de golpe las cejas. Si era él quien había dejado las pruebas en casa de Blake, fingía muy bien.

—Joder. ¿Por los asesinatos?

—Se ve que la policía encontró algo de Court y de Josh en su habitación.

—Caray... —Movió la cabeza con preocupación—. Aunque no puedo decir que me pille por sorpresa.

—Ya..., tú siempre pensaste que había sido él.

—Y tenía razón, ¿no?

—No. Le han tendido una trampa.

—Vamos, Mackenzie. ¿Cuánto tiempo piensas seguir defendiendo a ese tío? ¡Abre los ojos! Sé que nunca quieres pensar mal de nadie, pero esto ya roza el ridículo. Apenas conocemos a Blake. Y resulta que la noche que decide jugar al hermano mayor aparecen dos muertos. ¿Qué te parece?

—Entiendo que parezca raro, y sé que no confías en él. Pero confía en mí, por favor. Blake no lo hizo.

—Así que crees que las hadas de las evidencias depositaron las pruebas en su habitación, ¿no es eso?

Tragué saliva.

—No.

Lo miré a los ojos. Esperé y vi que su expresión se volvía seria lentamente. Noté que le faltaba el aire, como si acabara de darle un puñetazo.

—¿Piensas que fui yo? —vociferó, levantándose—. Pero ¿qué te pasa,

Mackenzie? ¡Ese tío es un bicho raro y, sí, creo que lo hizo él, pero yo jamás le tendería una trampa a nadie y mucho menos asesinaría a nuestros amigos!

—De acuerdo, entendido —repliqué. Me incorporé también y levanté las manos—. Lo siento, pero Wright dijo que andabas diciéndole a todo el mundo que creías que había sido Blake y...

—¿De modo que crees a ese cabrón y no a alguien que conoces desde hace un montón de años? Tenía un concepto más elevado de ti.

Ahora le tocaba a él dejarme sin aliento. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Tenía razón. No tendría que haberme dejado influir por lo que dijo Wright. Jamás me había sentido más ruin que en aquel momento.

—Dios mío, lo siento, Aaron. Ya no sé ni lo que pienso. No sé cómo gestionar todo esto. Todo es un caos y ahora, encima, arrestan a Blake.

Aaron me cogió por los brazos y agachó la cabeza para ponerse a mi nivel.

—Tienes que afrontar el hecho de que fue él. ¿Cuántas pruebas más necesitas?

«Para creer que lo hizo, necesito una confesión.»

—No fue él, Aaron. ¿Por qué dejaría los pendientes de Court y la cadena de Josh en su habitación? La policía ya la había registrado y no encontró nada. ¿Crees que guardó esos objetos en algún sitio y luego los metió debajo de su cama? Sería una estupidez. Yo, de ser él, habría tirado esas pruebas a la basura.

Aaron levantó una ceja.

—A lo mejor consideró que era un lugar seguro. No tengo ni idea de qué puede pasar por su cabeza de psicópata, ¿no te parece? Si no crees que fue Blake, ¿quién fue, Kenz? ¿Yo? ¿Kyle? ¿Megan? ¿Tú? Somos tus únicas opciones, así que elige una.

Me solté de entre sus brazos.

—No te atrevas a pedirme que elija entre todos vosotros.

Porque lo elegiría a él. Ahora solo confiaba en Blake.

—No es necesario que te lo pida. Has venido aquí a preguntarme si le tendí una trampa a Blake. Creo que está clarísimo quién piensas que los mató.

—Aaron, he venido en busca de respuestas. Lo único que quiero es saber qué pasó.

—¡Y yo! También eran mis amigos. No eres la única que ha perdido a un ser querido. No eres la única que quiere que se haga justicia.

—De acuerdo, me he equivocado y lo siento. No quiero perderte a ti también.

Aaron refunfuñó al ver la lágrima que rodaba por mi mejilla. Estaba agotada. Mi energía se evaporaba a una velocidad alarmante.

—No llores. Sabes que no me gusta nada cuando lloras. —Me abrazó—. Lo que me has dicho me ha dolido, pero yo tampoco quiero perderte. No sé qué hacer para convencerte de que soy inocente, Kenzie, pero dímelo y lo haré.

—Lo siento —murmuré—. No tienes que hacer nada. Te creo. ¿Me perdonas?

—Ya estás perdonada —replicó—. Megan y Kyle vendrán en cualquier momento. ¿Quieres ayudarme a preparar las bebidas y algo para picar?

Lo que realmente quería era ir a ver a Blake y asegurarme de que estaba bien, pero sabía que Wright no me permitiría verlo. Tal vez quedarme un rato con ellos fuese buena idea. Sabía que todos tenían secretos, pero quizá podría llegar a la verdad. Era poco probable, pero no podía perder la esperanza.

—Claro —dije, algo incómoda—. Oye, ¿aún tienes aquel juego de la granja en el móvil? Tengo ganas de pasarme un rato sin pensar en nada.

—Mmm... —Miró a su alrededor—. Sí, pero creo que debo de tener el teléfono abajo. Vayamos a buscar la comida y lo cogemos.

¿Qué significaba eso de que no sabía dónde tenía el teléfono? ¿Estaba siendo sincero conmigo o era él quien me enviaba aquellos mensajes?

Sonreí.

—Gracias, Aaron.

Ayudé a Aaron a preparar las cosas para picar y luego pasé cinco minutos enfrascada en un juego al que no me apetecía jugar hasta que llegaron Megan y Kyle. Nos sentamos en el suelo formando un círculo. Era como cualquiera de nuestras reuniones, pero la atmósfera no tenía nada que ver. La conversación no fluía con facilidad y había silencios larguísimos.

Mis manos no podían parar quietas. Tamborileé con los dedos y los enlacé una y otra vez. No sabía si la expresión de mis amigos era de «amigo en duelo que ha sufrido mucho» o de «conciencia culpable». Todos estaban igual: cansados. Blake tenía razón. Era imposible saber si lo habían hecho y probablemente nunca sería capaz de averiguarlo.

Estaba muy unida a Kyle porque siempre había sido un libro abierto. Y creía que Megan jamás me había ocultado un secreto. Aaron era el chico de los ojos azules, el amigo cariñoso que lucharía hasta la muerte por la seguridad de

sus seres queridos.

Abrí una botella de un cóctel tropical industrial —la única botella que había visto sin el precinto roto— y di un buen trago. Beber era una estupidez, pero ya me daba todo igual. Tenía el cerebro machacado y quería olvidar por un rato.

A mis amigos no parecía preocuparles la posibilidad de que uno de los presentes en aquel cuarto fuera un asesino y nos hubiera drogado a todos. Era evidente que creían que había sido Blake y que ya no corríamos peligro de ser drogados de nuevo. ¿Estarían todos implicados?

—Por Tilly, Gigi, Josh y Courtney —dijo Kyle levantando su lata de cerveza.

«Y por Pete», pensé.

Levanté la botella y la hice chocar contra las latas de los chicos y el vaso de vodka de Megan.

—¿Piensas emborracharte, Megan? —le pregunté.

—Ya se ha acabado todo, Mackenzie. Blake va a ir a la cárcel por lo que hizo. Ya no hay que preocuparse por que se les haga justicia a Courtney y a Josh. Entiendo que es motivo de celebración, ¿no te parece? —dijo.

«No», pensé.

—Lo es —replicó Aaron—. Por la justicia y para poder seguir por fin adelante.

Cerró los ojos. Parecía estar agotado. Y yo me sentía igual. ¿Cuántos brindis pensaban hacer? El verdadero asesino seguía libre. Era como si estuviera bebiendo con desconocidos.

Diez agónicos minutos más tarde, Megan empezó a reír. No había bebido mucho, pero estaba tomando vodka. No la culpaba por ello. Si yo también estuviera borracha, al menos podría dejar de estar preocupada un rato. Pero no podía hacerle eso a Blake. Sabía que en aquellos momentos debía de estar sentado en un calabozo, y divertirme, escapar de la realidad aunque fuera solo momentáneamente, no me parecía correcto.

—No puedo creer que solo quedemos nosotros cuatro —dijo Kyle—. El año pasado, por esta época, en esta habitación éramos ocho personas, borrachas y muy felices. ¿Os acordáis, chicas, de cómo bailabais por la habitación, utilizando botellas vacías a modo de micrófonos?

Sonreí al recordar aquel día y pensé en lo mucho que me gustaría poder volver atrás en el tiempo. Las cosas, por aquel entonces, eran mucho más sencillas. Resultaba estremecedor ver cómo podía llegar a cambiar tanto todo en

solo un año. Mi círculo de amistades se había visto reducido a la mitad y yo tenía un novio, que en realidad no era un novio, que probablemente se quedaría encerrado en la cárcel antes de que pudiésemos llegar a estar juntos de verdad. Estaba cansada de perder a tanta gente.

—Todo está muy jodido, pero al menos ya tienen al asesino. Ahora todo irá bien —dijo Aaron, y levantó su lata de cerveza para brindar conmigo.

Sujeté con fuerza mi botella, pero no dije nada. A lo mejor, si todos acababan emborrachándose, alguno de ellos se iba de la lengua. No albergaba grandes esperanzas, pero era lo único que me quedaba.

—Gracias a Dios —añadió Megan—. Sabía que superaríamos esto. Bastaba con permanecer unidos.

Por el rabillo del ojo vi que Aaron levantaba una ceja y supe que el gesto iba dirigido a mí. Al preguntarle si había metido aquellas cosas en la habitación de Blake prácticamente lo había acusado de ser el asesino.

—Enseguida vuelvo —dije, y salí de la habitación.

Tenía que hacer una llamada que no podía esperar más y, para ello, me encerré en el cuarto de baño que había en el otro extremo del pasillo.

Wright respondió al segundo de haber sido informado de mi llamada.

—Hola, señorita Keaton, qué sorpresa más grata.

—¿Está bien Blake?

—Harper está bien —respondió.

—¿Qué está pasando? Sabe perfectamente que él no lo hizo, ¿verdad?

—Por desgracia, no puedo hablar sobre...

—Déjese ya de mentiras —le solté—. Todos sabemos perfectamente que usted no hace nada siguiendo el procedimiento habitual, así que no empiece ahora a cambiar su forma de actuar.

La línea se quedó unos instantes en silencio y luego me pareció oír que reía entre dientes.

—Admiro su coraje, Keaton. —*Coraje*. ¿Quién utilizaba aún hoy en día la palabra *coraje*?—. Harper está siendo interrogado.

—Me lo imaginaba. Sigue buscando aún quién asesinó a Court y a Josh, ¿verdad?

—Si lo que está preguntándome es si es usted todavía sospechosa, le diré que sí.

La tensión de mis hombros se aflojó de repente. Lo que acababa de decirme significaba que no se estaba subiendo al tren de «el asesino es Blake», como

todo el mundo.

—Bien.

—Me parece de lo más destacable que prefiera seguir siendo el foco de atención.

—No quiero que un inocente vaya a la cárcel.

—Yo tampoco —replicó Wright—. Hemos enviado a analizar las pruebas que encontramos en la habitación de Harper.

—¿Se refiere a analizar las huellas dactilares?

—No se le pasa nada por alto, ¿verdad?

—Es difícil decirlo. Aunque en estos momentos es usted bastante más transparente que mis amigos.

Era la mayor mentira que había dicho en mi vida.

—Ojalá pudiera decir lo mismo de usted. Que tenga un buen día, Keaton —dijo, y colgó.

Volví a la habitación de Aaron y vi que no se habían movido de donde estaban.

Tomé asiento entre Megan y Kyle y cogí mi bebida, pero, al instante, me lo pensé mejor.

Habían estado a solas con mi botella y ya no me fiaba de ellos.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Salí para casa poco después de que empezaran con los chupitos. Eran solo las siete de la tarde y no tenía que estar de regreso hasta las once, pero no podía seguir celebrando el arresto de Blake. La situación me provocaba náuseas, y si Aaron hacía un brindis más, sabía que acabaría pegándole.

Los coches de mis padres estaban aparcados en el camino de acceso, lo cual era excepcional en un día laborable, porque no salían de trabajar hasta más o menos aquella hora. Con los nervios a flor de piel, abrí la puerta y grité:

—¿Hola?

—Estamos en la cocina —respondió mi madre, y giré hacia la izquierda después de cruzar el umbral de la puerta.

La última vez que habíamos tenido una charla en la cocina había sido hacía tres años, cuando me dieron el «sermón» al empezar a salir con Danny. Recordaba todavía el horror que sentí al oírlos explicarme los detalles de los métodos anticonceptivos. Y sobre todo cuando mi madre le puso un preservativo a un plátano; deseé que me tragara la tierra en aquel momento. El día que supe que estaba embarazada, quemé todos los preservativos que me quedaban.

—Siéntate, Mackenzie —dijo mi padre.

Estaban los dos sentados a la mesa de la cocina, con una tetera llena de té humeante y tres tazas. Tomé asiento y me mordí el labio. Aquello no pintaba bien.

—Han arrestado a Blake —dijo mi madre, sirviendo el té en las tazas.

—Sí, pero él no lo hizo. Sé que no lo hizo.

—Mackenzie... —empezó a decir mi padre, pero lo corté levantando la mano.

—Por favor, papá. Sé lo que vas a decir, pero confío en él. Hemos pasado mucho tiempo juntos y sé que jamás haría lo que se le acusa de haber hecho.

—¿Hasta qué punto lo conoces bien?

Incómoda ante la pregunta, me encogí de hombros, consciente de que mi respuesta iba a sonar como la de cualquier adolescente colada por un chico guapo.

—Lo conozco lo suficiente. Tú eres precisamente el que siempre dice que el instinto nunca falla.

—Y no me arrepiento de ello —murmuró detrás de la taza. Bebió un poco de té—. Simplemente velamos por tu seguridad, cariño, por eso pensamos que deberías quedarte en casa hasta que el asunto se disperse.

«Se disperse.» Lo dijo como si se tratase de una tormenta que pasa rápidamente.

—Todo va bien, papá. Estoy bien.

Mi padre hizo una mueca y dejó la taza.

—Mackenzie, lo he expuesto como una sugerencia, pero no tendría que haberlo dicho así. Te quedarás en casa hasta que la persona responsable de esos asesinatos esté bajo custodia de la policía. ¿Entendido?

—Tengo casi dieciocho años, no podéis castigarme.

Podían, naturalmente, pero me parecía ridículo.

—Me da igual la edad que tengas. Eres nuestra hija y haremos todo lo que sea necesario para velar por tu seguridad. Puedes odiarnos, si es lo que quieres.

Vaya, así que jugando la carta del odio. Estupendo.

—No os odio. Y comprendo por qué estáis castigándome, pero es un poco exagerado y lo sabéis de sobra.

—Cariño, eres nuestra niña. Si te pasara cualquier cosa, jamás nos lo perdonaríamos. Ahora bien, si tú confías en Blake, yo también. Tienes la cabeza bien puesta sobre los hombros, pero si piensas verlo cuando salga de la cárcel, que sea aquí, y cuando haya alguien más en casa —dijo mi madre.

«Anda que no sería violento», pensé.

Dándome por vencida, dije:

—De acuerdo. Gracias por confiar en mí respecto a Blake.

No podía discutirles que estaban demostrándome mucha confianza. Habían coincidido con Blake muy pocas veces y acababan de arrestarlo por asesinato. Mis padres tenían todo el derecho del mundo a prohibirme, incluso, pensar en él.

—¿Es serio lo que hay entre vosotros? —preguntó mi madre.

—No —respondí con cautela.

Nos habíamos acostado y besado un par de veces. Lo cual no era el equivalente a una relación seria y con compromiso, al menos para él.

—No pensarás tener una relación informal de esas, ¿no? —preguntó mi padre con preocupación—. Te mereces algo mejor que eso, Mackenzie.

—¡Por Dios, papá! —exclamé, con la cara encendida—. No estamos haciendo eso. No estamos haciendo nada.

«Tierra, haz lo que tengas que hacer y trágame ya de una vez.»

Mi madre frunció el entrecejo.

—Pero ¿estáis juntos?

—No, mamá.

—La verdad es que no entiendo a los chicos de hoy en día —dijo—. Nunca sabré por qué tenéis que complicarlo todo tanto. Si dos personas se gustan, tendrían que atreverse y decírselo. Me parece una pérdida de tiempo ir dando vueltas en círculo sin llegar a nada cuando podrías ser feliz.

Mis padres reconocieron que se gustaban mutuamente a los pocos días de conocerse y una semana después ya eran pareja. Hoy en día no funcionaba así: si una chica reconocía de entrada que le gustaba un chico, era una obsesa, y si lo reconocía un chico, era un blandengue. Para ser feliz había que tener en cuenta la política de las relaciones modernas y las reglas que había que seguir. Los jóvenes que hoy en día iniciaban muy rápidamente una relación estaban desesperados y a nadie le gustaba tener una lapa pegada todo el día encima.

—¿Podríamos hablar de otro tema, por favor?

Mi madre dejó la taza en la mesa.

—Como tú quieras. Pero tennos al corriente de cómo lo lleváis.

—De acuerdo, mamá. —Bebí un poco de té y deseé que estuviera más caliente para así escaldarme la lengua y tener que ir a urgencias; cualquier cosa con tal de no tener que mantener aquella conversación—. Papá, ¿crees que podrías llamar a comisaría para intentar averiguar qué pasa? Wright no me ha contado gran cosa.

—¿Estás preocupada por tu casi-novio-pero-no-del-todo? —preguntó.

—Si no quieres hacerlo...

—No, no, lo haré.

—Os estáis portando muy bien con todo esto. Y os lo agradezco de verdad —dije—. No conocéis a Blake.

—Pero te conocemos a ti. Y si tú confías en él antes que en tres personas que conoces de toda la vida, será que no es tan mal chico —dijo mi padre, levantándose—. Voy a llamar.

Confiaba en Blake. Pero no podía explicar por qué. Era algo en su persona,

en nosotros, que tenía todo el sentido del mundo.

Mi madre me sonrió cuando mi padre salió de la cocina. Una sonrisa de oreja a oreja, enseñando la dentadura. Se moría de ganas de decirme algo, que sin duda alguna estaba relacionado con Blake. Suspiré.

—Adelante, mamá. Suéltalo.

—¿Os habéis besado? —me preguntó.

—Sí —respondí.

—¿Y te gusta de verdad?

Mi madre era una romántica; mi padre y ella llevaban juntos desde la adolescencia. Su vida había sido extremadamente feliz y deseaba lo mismo para mí.

—Sí.

—¿Vas con cuidado? Y no me refiero únicamente a los métodos anticonceptivos.

—Bueno, ya vale por hoy. —¿Por qué mi familia no entendía nunca cuándo había que parar? Me levanté—. Bajaré para cenar.

—¿Y piensas esconderte hasta la hora de la cena? No tendrías que sentirte incómoda por hablar de chicos conmigo.

—¡Adiós, mamá!

Salí de la cocina y pasé por delante de mi padre, que estaba en el sofá hablando por teléfono.

—No, ya lo sé... ¿No podría decirme alguna cosa? —dijo.

Comprendí que aquello significaba que tampoco estaba consiguiendo nada. No me apetecía esperar, sabiendo como sabía que Blake era inocente. ¿Cuánto tardaría la policía en entenderlo?

Colgó y movió la cabeza en un gesto de negación.

—Lo siento, pequeña. No tengo más noticias.

Me encogí de hombros.

—Gracias por intentarlo. Subo a ver un par de películas.

Mi habitación no era como las que salen en las películas, de las que puedes escabullirte deslizándote por la tubería del exterior. La pared de fuera era de ladrillo y totalmente plana, y la distancia hasta el suelo de piedra era importante. Si intentaba largarme, se enterarían por el ruido. Y, además, ¿adónde podría ir? Me sentía impotente.

«Piensa. ¿Qué podrías hacer?»

La cabaña.

La policía la había registrado a fondo, y Blake y yo también habíamos mirado, pero pensé que tal vez podría volver a visitarla. Mi cabeza sabía que no tenía sentido, pero mi corazón necesitaba ayudar a Blake.

Me acurruqué en la cama e intenté trazar un plan y, mientras consideraba mis opciones de escapar de casa y los distintos métodos detectivescos que podía aplicar, me di cuenta de que era patética. Era uno de esos personajes que salen en las películas que lo hacen todo mal.

Era un desastre y estaba agotada. De modo que decidí que, por una vez, no haría nada y lo dejaría todo en manos de la policía. Intentara lo que intentase, acababa siempre saliéndome el tiro por la culata y, por lo tanto, no quería interferir en el caso por si empeoraba aún más las cosas. Blake no necesitaba que el asunto fuera a peor. Sabía que no era justo que estuviese en comisaría siendo interrogado cuando el asesino estaba de borrachera y celebrándolo, pero ¿qué podía hacer yo para evitarlo?

Hundí la cabeza en la almohada, cerré los ojos y caí en un sueño inquieto.

Alguien me despertó horas después, zarandeándome por el brazo. Refunfuñé y miré el reloj del teléfono. Las diez menos cinco de la noche. Con un nuevo gruñido, me volví para regañar a mi madre o a mi padre por haberme despertado, pero me encontré con los maravillosos ojos azules de Blake mirándome. Brillaron al ver mi cara.

Me lancé sobre él, sin ninguna vergüenza. Tardó un segundo en devolverme el abrazo, pero, cuando lo hizo, casi me aplasta los huesos.

—¿Estás bien? —dije, cerrando los ojos y aferrándome a él como una lapa —. ¿Qué ha pasado? ¿Te han dejado entrar mis padres?

—Sí, y la verdad es que no ha pasado gran cosa. Wright me ha tenido sentado esperando durante más de una hora antes de empezar, y me han requisado el teléfono hasta el final. Ya habían registrado mi habitación y tomado fotografías y, por lo tanto, sabían que ni los pendientes ni la cadena estaban allí. Confío en que estén ya convencidos de que me han tendido una trampa. No han presentado cargos contra mí, pero es evidente que tampoco he dejado aún de ser sospechoso. Podrían reclamarme en cualquier momento, y además es muy probable que me reclamen; pero, por el momento, me han soltado.

—Así que Wright sabe que eres inocente.

—Me ha preguntado si yo dejé allí aquellos objetos para que pareciese que alguien me había tendido una trampa.

—Oh...

Levantó las cejas.

—Sí.

—No entiendo por qué alguien tendría que poner eso allí.

—Si se encuentran objetos de las víctimas después de que la policía haya hecho su registro, es normal que piensen que yo los escondí y pregunten por qué.

—Estoy harta de todo esto. Sea quien sea el asesino, empieza a estar desesperado —murmuré.

—Sí.

Se apartó un poco y me miró muy serio.

—Lo cual significa que es aún más peligroso. No quiero que estés a solas con tus amigos nunca más. Sé que puedo parecer tu padre diciéndote esto, pero no tenemos ni idea de cuál va a ser el próximo paso del asesino.

Lo miré con exasperación.

—Que sepas que ya me han prohibido salir de esta casa.

—Bien. —Se sentó en la cama y tiró de mí cogiéndome de la mano hasta que me tuvo instalada en su regazo—. Mi madre ha ido a comisaría —dijo, con la voz tomada por la emoción.

—¿De verdad? —pregunté, y pensé que a lo mejor lo que le había dicho había tenido algún efecto sobre ella.

—Sí. Y se ha comportado como una madre de verdad, a pesar de haber sido ella quien había llamado previamente a la policía. Ha soltado todo ese rollo de gritos histéricos que imaginé que habría soltado de haber estado Josh en mi situación.

—Eso está muy bien.

—Sí..., ha sido muy raro.

—¿Un raro bueno?

—Un raro bueno —confirmó, apoyando la barbilla en mi cabeza.

—¿Y dónde está tu padre?

—Ahora está en casa con mi madre. Quiere asegurarse de que esté bien durante mi ausencia. Me parece que empiezan a llevarse bien. Al menos no se han gritado, lo cual es llevarse mucho mejor que en todos estos últimos doce años.

—Me alegro. ¿Y ahora qué pasará?

—¿Con?

—Con la investigación, contigo.

—Sigue adelante, y me ha dado la impresión de que a Wright le fastidia que

la cosa siga así, lo cual no es malo del todo. Y tengo que recoger las cosas de mi habitación en casa de mi padre para trasladarlo todo a casa de mi madre.

—¿De verdad? —dije, intentando que mi voz no sonara tan emocionada como me sentía.

Pero, evidentemente, disimulé fatal, porqué noté el pecho de Blake agitándose en silencio de la risa.

—Sí. Mi padre cada vez viaja más, y creo que tiene sentido estar más cerca de la familia. De la familia... y de ti.

«No bailes de felicidad», me dije.

—¿Quieres estar cerca de mí?

Echó la cabeza hacia atrás y ladeó la mía para que pudiera mirarlo.

—No tendría que sorprenderte en absoluto. Al parecer, es tremendamente evidente para todo el mundo que me gustas. Quiero estar contigo, Mackenzie.

Lo reconoció con tantísima facilidad que me pregunté si aquel chico era de verdad «mi» Blake.

Me quedé mirándolo como una tonta.

—Quedarte sin habla no es muy propio de ti —dijo bromeando, y rozó con sus labios mi labio inferior.

Creo que me morí durante un segundo. Blake rio entre dientes, movió la cabeza y sucumbió, presionando su boca contra la mía. Caí rendida. Me resultaba imposible hablar y mantener un ritmo de pulsaciones normal.

Blake enredó sus dedos entre mis cabellos y me besó. Creí que iba a desmayarme. Besarlo era un millón de veces mejor que cualquier otra experiencia que hubiera podido tener. Cuando me soltó para coger aire, estaba tan eufórico como yo. A pesar del lío en que estábamos ambos metidos, habíamos sido capaces de encontrar algo magnífico.

Blake se marchó de mi casa a las diez y media. Cuando mis padres subieron a acostarse, nos dejaron caer una indirecta nada sutil sobre que no debíamos estar solos... al menos hasta que yo cumpliera los veinte. Y Blake, en vez de enfadarse porque lo echaran de casa, se limitó a sonreír, a darme un beso y a decirme que volvería a verme al día siguiente por la mañana.

Me metí en la cama, machacada por haberme preocupado tanto por Blake y emocionada también por saber que por fin había abierto su corazón y que estábamos juntos. No es necesario decir que dormí como un bebé.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Jueves, 27 de agosto

A la mañana siguiente me desperté sonriendo. Blake y yo habíamos quedado a media mañana, pero antes tenía una cosa que hacer. Quería ir a visitar las tumbas de Tilly, Gigi, Courtney y Josh en el cementerio.

Encontré a mi madre en la cocina cuando bajé.

—Hola, ¿qué haces aún por aquí? —le pregunté.

Eran las nueve y media y tendría que estar ya en el trabajo. Yo no sabía cómo me lo iba a montar cuando empezara la universidad y tuviera que levantarme a las siete.

—Entro un poco más tarde y he pensado que podríamos desayunar juntas.

Mi cabeza pasó rápidamente a un lugar oscuro.

—¿Qué ha pasado?

—Nada nuevo, cariño. Que estoy preocupada por ti. Todo es muy estresante ahora mismo, y quiero que sepas que no tienes que preocuparte tantísimo como sé que haces.

Si fuera capaz de decirme cómo conseguirlo, estaría encantada.

—Estoy bien, pero me gustaría que la investigación hubiera terminado ya.

—Terminará pronto, estoy segura. Nadie cree que seas responsable de lo que pasó.

Mi madre mentía fatal. La ciudad entera pensaba que había mucho más de lo que decíamos. Cargaban la culpa sobre uno de nosotros cinco o sobre todos nosotros, directamente. Y por terrible que fuera saber que había gente que me consideraba capaz de asesinar a un amigo, cuando todo esto hubiera acabado al menos habría sacado en claro en quién podía confiar.

—Estás siendo muy valiente, Mackenzie, pero no es necesario que muestres esa fachada de confianza delante de tu padre y de mí.

—No lo hago. Ya habrá tiempo para procesarlo todo pero, de momento, tengo que ir superando cada día hasta que esto haya acabado.

Preparó dos tazas de té y unas tostadas.

—Pues... creo que entre Blake y yo empieza a haber algo —dije.

—Era solo cuestión de tiempo.

—Pero estoy preocupada por él. Megan, Kyle y Aaron creen que es el culpable.

—Lo que los demás piensen carece de importancia, Mackenzie. Lo único que importa es lo que pienses tú. La verdad acabará saliendo a la luz.

—Sí, pero hasta entonces la gente cambia de acera cuando se cruza con Blake, como si fuese a contagiarles la peste.

—La gente se forma opiniones sin tener ni un solo hecho. Eso no podrás cambiarlo nunca.

Estupendo, de modo que tendríamos que vivir con eso hasta que la policía averiguara quién lo había hecho... si es que algún día lograban averiguarlo.

—Sí, ya sé que tienes razón.

—Sé que es duro, cariño, pero tú mantén siempre la cabeza bien alta y aférrate a lo que sabes. Tu padre y yo intentaremos hablar hoy con Wright para ver si le sacamos alguna información. No creo que sigas siendo sospechosa mucho tiempo más.

Confiaba en que fuera así.

—¿Qué planes tienes para hoy?

—Estaba pensando en ir a ver a Megan. Nos echamos de menos y creo que pasa el tiempo con Aaron porque Kyle está demasiado ocupado con la rabia que siente por Courtney.

Mi madre movió la cabeza con preocupación.

—Uno cree que conoce a la gente y luego... —«A mí me lo vas a decir», pensé—. Vale, de acuerdo, pero quiero que vayas en coche y que luego vuelvas directamente a casa. Nada de paradas, Mackenzie Lauren, te lo digo muy en serio.

Había mencionado mi segundo nombre, por lo que era verdad que lo decía en serio. Solo lo sacaba a relucir cuando no había espacio para discusiones.

—Te lo prometo —dije, y sonrió.

Mi madre se marchó a trabajar y yo salí de casa al mismo tiempo que ella. Quería asegurarse de que abandonaba la casa sin problemas y me pidió que le enviara un mensaje cuando llegara a casa de Megan, cuando saliera de allí y cuando llegara de nuevo a casa. No me importaba hacerlo.

Puse rumbo a casa de Megan con The Killers sonando a tope por los altavoces. Habíamos perdido un poco el contacto y el sentimiento de culpa por

ello era como un peso enorme sobre mis hombros. Lo de Blake no tendría que haberse interpuesto entre nosotras, pero la verdad es que había pasado.

Al doblar la esquina vi un destello por el retrovisor, pero cuando volví a mirar no había más que una calle vacía. Me puse en alerta de inmediato. Pisé un poco más el acelerador y el coche subió de velocidad mientras yo miraba por el retrovisor cada pocos segundos. Algo había visto, seguro. La explicación más probable es que fuera una persona que cruzaba la calle, que caminaba rápido y había desaparecido enseguida. Quienquiera que fuera podía haberse escondido fácilmente detrás de los árboles que flanqueaban la calle.

Megan vivía a escasos minutos de mi casa, y normalmente iba a su casa andando. Pero desde el asesinato de Court y Josh mis padres habían insistido en que fuera en coche a todas partes y en aquel momento se lo agradecía, puesto que, de haber ido a pie, habría estado diez veces más nerviosa.

Volví a mirar el espejo y, aunque no estaba segura de si era porque estaba tan nerviosa o porque realmente había alguien ahí, creí ver algo moviéndose detrás de un árbol. «Dos giros más y ya estás en casa de Megan», me dije.

Doblé las dos esquinas a más velocidad de la habitual y cuando llegué vi que no había coches aparcados fuera de la casa. A veces su madre cogía prestado el coche de Megan si su padre se llevaba el que compartían, así que era posible que Megan estuviera en casa. Una parte de mí no quería salir del coche.

Escudriñé bien la zona y me dispuse a abrir la puerta. No había nada anormal. Nadie me iba a saltar encima. Me estaba comportando como una tonta. Miré una vez más a mi alrededor y salí.

Pero no llegué muy lejos, ni siquiera al camino de acceso a la casa.

Un objeto duro impactó contra mi cabeza y la punzada de dolor se extendió por mi cráneo. Caí de rodillas al suelo. ¡Me habían golpeado! Me llevé las manos a la cabeza, a la espera de otro golpe. El corazón me latía con tanta fuerza que pensé que se me iba a salir del pecho. Y entonces, por encima de los pitidos de los oídos, oí la respiración de una persona. ¿Era la de mi atacante o era la mía?

Me dolía la cabeza, pero no era insoportable. La adrenalina recorrió mi organismo hasta que me quedé sin apenas sentir nada. Quería levantarme y echar a correr, pero el miedo me tenía clavada en el suelo.

No tenía ni idea de con qué tipo de objeto me habían golpeado, pero sí sabía que era grueso y duro, como un bate. Pensé rápidamente en Pete. Había sido el mismo atacante.

La persona que tenía detrás no se movía. Notaba su presencia. Se me pusieron los pelos de punta y el corazón se me aceleró al máximo. Cerré mis manos temblorosas en puños y miré al frente. Tenía tanto miedo que no me atrevía siquiera a mirar a mi alrededor, aun sabiendo que si lo hacía vería al asesino de Courtney y Josh. Era lo que más deseaba en el mundo, pero era incapaz de volverme. Jamás me habría imaginado que el instinto de supervivencia pudiera llegar a ser tan fuerte.

Mi respiración se volvió superficial hasta que los pulmones, faltos de aire, empezaron a arderme. Allí no se movía nadie e iba pasando el tiempo. Esperaba que apareciese alguien pronto. ¿Dónde estaban Megan y su familia? Su casa estaba bastante apartada de todo, pero no *tan* apartada. Necesitaba que pasara alguien por allí y espantara a mi atacante.

Quienquiera que fuera, dio un paso atrás... o un paso más hacia mí, era difícil adivinarlo. Al moverse emitió un sonido fuerte y tosco, como el del tacón de madera de un zapato. Tal vez de una bota o de un zapato de vestir. Lo cual no me ayudaba a discernir si la persona era hombre o mujer.

Tragué saliva y el estómago me dio un vuelco. Solo podía pensar en la policía visitando a mis padres para informarles de que me habían matado. El dolor que me imaginé me llenó los ojos de lágrimas.

La imposibilidad de volverme para ver a la persona que me estaba haciendo pasar tan mal trago hacía que la situación fuese aún más aterradora. No sabía qué estaba pasando a mis espaldas, si el atacante tenía una mano levantada y se disponía a atacarme de nuevo.

Oí otro paso, luego otro. El sonido de mi corazón era más potente que el de las pisadas contra el suelo. Muy despacio, el sonido fue amortiguándose hasta que dejé de oírlo. Pero tardé mucho tiempo en poder moverme. Tenía las palmas de las manos marcadas con medias lunas, las marcas de mis propias uñas, e intensas punzadas de dolor en la cabeza.

Pasé todavía varios minutos más arrodillada, aun sabiendo que mi atacante se había marchado hacía un buen rato. Palpé el bolsillo del vaquero y conseguí extraer el teléfono para llamar a Blake.

—¿Me echas de menos? —dijo alegremente.

No podía ni hablar. Mis pulmones soltaron aire a tal velocidad que no podía ni articular las palabras. Blake se dio cuenta enseguida de que algo iba mal.

—¿Qué sucede, Mackenzie? ¿Dónde estás?

—Me han... —dije, y respiré hondo para intentar serenarme.

—¡Mackenzie! —gritó Blake—. ¿Has ido a casa de Megan?

Mi garganta logró emitir un sollozo y sujeté con fuerza el teléfono. «Corre, por favor.»

—Voy para allí. Quédate al teléfono. —Oí el sonido que hacía al coger las llaves del coche y al abrir y cerrar puertas. Oí a continuación el motor del coche. Volví a sollozar. Venía a por mí—. Tienes que respirar lentamente, Mackenzie. ¿Puedes hacerlo?

«No.»

—Voy de camino, te lo prometo. Ahora estás bien. Limítate a escuchar mi voz e intenta ralentizar el ritmo de la respiración. Sea lo que sea lo que haya pasado, ahora estás bien.

Cerré los ojos y escuché su voz. Estaba preocupado por mí y desesperado por llegar lo antes posible, y además estaba haciéndolo todo para ayudarme a mantener la calma.

—Estoy bien —conseguí decir.

—Calla —dijo—. No hables, pequeña. Limítate a respirar hondo.

Hice lo que me dijo, pero no sirvió de nada. Nada serviría hasta que Blake llegara. Mi atacante podía regresar. Seguía delante de casa de Megan, arrodillada en el suelo. No me atrevía a volverme. Los segundos se transformaron en minutos y solo el sonido del coche de Blake derrapando por la calle consiguió que mis hombros empezaran a zarandearse. «Ya está aquí, gracias a Dios.»

El coche se paró y, casi simultáneamente, Blake abrió la puerta y salió corriendo.

—Mierda, Mackenzie, ¿qué ha pasado? —preguntó, arrodillándose en el suelo delante de mí.

Cuando me cogió la cara entre las manos me sentí por fin a salvo. Me dejé caer sobre su regazo y lo abracé. No quería llorar. No tenía sentido. No servía de nada.

Blake me estrechó entre sus brazos y me besó la coronilla hasta que empecé a calmarme lo suficiente como para que mi respiración no recordara a la de Darth Vader.

—Estoy bien —balbucí—. Me han atacado.

Blake me cogió por los antebrazos y me miró.

—¿Qué ha pasado?

Ahora que había conseguido recuperar un poco la calma, me di cuenta de que no paraba de temblar. Mis músculos gritaban, protestando.

—Pensé que me seguía alguien. Y cuando he llegado aquí me han golpeado por detrás, con la fuerza suficiente como para tirarme al suelo. Eso ha sido todo. Luego se ha quedado detrás de mí, Blake.

Nunca lo había visto tan enfadado.

—¿Dónde te han golpeado?

Me solté para llevarme la mano a la parte posterior de la cabeza y, en cuanto lo vio, se acercó a mirar la herida. Creo que ni un médico me habría explorado tan concienzudamente. Me examinó hasta el último centímetro de la cabeza y la cara, hasta que empecé a sentirme como un animal de zoológico.

—Estoy bien, Blake. Tampoco es que me hayan golpeado tan fuerte. Ha sido más el *shock*.

—Tendría que haberte acompañado.

—No digas eso. Ahora no te eches la culpa de lo sucedido.

—Vamos a tu casa. No quiero que sigas más rato aquí fuera.

—De acuerdo, pero antes tengo que localizar a Megan.

—¿No está dentro?

Hice un gesto negativo con la cabeza en el mismo momento en que mi teléfono emitía un sonido. Me estremecí.

—Tengo que llevarme el coche.

—Ya volveré yo a por él.

—No, no puedo dejar el coche aquí. Si Megan lo ve, empezará a hacer preguntas y mis padres no pueden enterarse de lo que ha pasado.

Blake se quedó pensando.

—¿Quieres que esto quede entre nosotros?

—No me queda otra elección —dije, pasándole el teléfono.

—Tenemos que ir a la policía, Mackenzie.

Pero en cuanto bajó la vista, los nudillos se le quedaron blancos.

El mensaje decía: Si se lo cuentas a alguien, remataré el trabajo. Deja de buscar, Mackenzie.

—¡Pero qué demonios es esto! —exclamó Blake.

Aquello nos superaba. Necesitábamos ayuda. Pero ¿cómo íbamos a acudir a la policía si estaban amenazándome? Lo que me acababa de suceder demostraba que no eran amenazas vacías.

—No podemos contárselo a nadie.

Blake se quedó mirándome, considerando las distintas alternativas. Teníamos pocas, y ninguna buena.

—No sé qué hacer para que estés a salvo —dijo.

—Nadie está a salvo, Blake. Ya no. No estaremos seguros hasta que encierren a ese asesino. No podemos ir a la policía, y si seguimos buscando, me harán daño... o algo peor.

—De acuerdo, entonces no haremos nada.

Negué con la cabeza.

—No. Pero tenemos que investigar con mucho más cuidado.

—¿En serio? ¿Estás diciéndome que no solo no quieres informar a la policía de estas amenazas sino que además pretendes seguir investigando? Mackenzie, se te ha ido la cabeza. ¿Acaso tienes ganas de morir?

Me crucé de brazos.

—Cuando algo o alguien me importa, nunca me doy por vencida.

—Pues, sinceramente, tienes que trabajar ese rasgo tan tuyo.

—No creo que sea una mala cualidad, Blake.

—Lo será si acabas asesinada.

—Eres imposible.

Sonrió con suficiencia y levantó una ceja.

—Y eso te encanta.

—No estoy tan segura.

—Y, entonces, ¿cuál es el siguiente paso, detective Keaton? —pregunto Blake con sorna.

—Ni idea. Quería hablar con Megan, con Kyle y con Aaron, pero en estos momentos solo me fío de ti.

Blake sonrió, pero no fue una sonrisa arrogante ni desenfadada.

—Ve con cuidado, Mackenzie, me da la impresión de que te estás colando por mí.

Coladita estaba, sí. De eso no me cabía la menor duda.

—Sígueme hasta llegar a casa, ¿vale? —dije, ignorando su comentario.

Blake no me dejó sola hasta que mis padres volvieron. Le había enviado un mensaje a mi madre informándola de que Megan no estaba en casa y diciéndole que había vuelto directamente a casa, sin hacer mención alguna a lo sucedido ni a que Blake estaba conmigo. Megan respondió a mi mensaje y dijo que estaba pasando el día fuera con sus padres y sus abuelos.

Me acosté pronto porque no me gustaba mentirles a mis padres. Los acontecimientos del día me habían dejado rendida. Por suerte mis padres decidieron también acostarse pronto y a las diez todo el mundo estaba en la cama.

Cerré los ojos y recordé la noche antes de salir de excursión hacia la cabaña. Todos habíamos dejado la comida y la bebida para que Josh la metiera en las bolsas que había designado a tal efecto. Josh, un fanático del control, nos había pedido que dejáramos en su casa toda la cerveza, las botellas de vodka y los refrescos, para que no tuviéramos que preocuparnos por cargarlo todo en los coches al día siguiente. Tendríamos que meter en nuestras bolsas cualquier otra bebida que quisiéramos llevar.

Megan y yo nos habíamos quedado en un rincón del salón, mirándolo exasperadas. Aaron y Kyle lo habían ayudado a meter las botellas de alcohol entre los paquetes y las cajas de comida para que no se rompieran.

No recordaba la mayor parte de la conversación, pero sí vagamente que habíamos hablado sobre preparar el equipaje y que «pillaríamos un buen pedo» todo el fin de semana. Aparte de levantar el dedo corazón en plan burlón hacia Josh cada vez que este se daba la vuelta, nadie hizo nada especial.

Visualicé a los chicos cargando la maleta más pesada hasta el coche de Kyle, a las chicas siguiéndolos, y luego riendo con pocas ganas cuando Josh hizo la bromita de que llevábamos alcohol suficiente como para matarnos a todos.

Inspiré hondo y cogí el teléfono para ver el vídeo que había filmado Kyle aquel día. Me lo había enviado hacía poco, porque se lo había pedido. Pulsé la tecla con dedos temblorosos. Kyle había capturado algunas caras de asco y de hartazgo dirigidas a Josh y había filmado el interior de la cabaña.

Josh nos había dicho que lo ayudáramos a meter las cosas y Kyle nos había grabado saliendo por la puerta. Y entonces empezaron a pitarme los oídos al oír un sonido que me resultaba familiar. Aquellos pasos toscos. Rememoré al instante un momento de aquella misma mañana, cuando había sufrido el ataque. El corazón se me aceleró. El teléfono empezó a sonar de pronto.

—Hola —dije aturdida, sin prestar atención a la identificación de la llamada.

—Hola. —Reconocí de inmediato la voz de mi amigo. Pero lo que me heló la sangre fueron las tres palabras siguientes—: Mackenzie, fui yo.

«Lo sé.»

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Recibí instrucciones de ir sola si quería conocer la verdad y, por encima de todo, quería conocer la verdad sobre Courtney y Josh. Dejé el teléfono con manos temblorosas y rompí a llorar al comprender el alcance de todo aquello. Mi amigo era un asesino. Abandoné mi habitación, bajé y salí de casa. Caminando no tardaría mucho. Me planteé la posibilidad de llamar a Blake, pero no podía correr el riesgo de que sufriera algún daño. Mis piernas me llevaron solas, como en piloto automático, convencida de que estaba viviendo la vida de otra persona. Vislumbré la casa y respiré hondo.

La puerta estaba abierta, así que entré directamente. Los ojos que me miraban eran los mismos ojos azul claro que tanto había querido, aunque habían envejecido. Habían perdido su inocencia.

—Aaron —dije, sin saber muy bien cómo continuar. En el libro de la amistad, debía de haberme saltado el capítulo que hablaba sobre cómo tratar con un asesino. Aaron no se movió del sofá—. ¿Por qué? —musité, avanzando hacia él con inquietud.

—Ya están todos de camino —dijo. Hablaba en un tono monótono que no tenía nada que ver con su voz.

Cuanto más me acercaba, más percibía el fuerte olor a coñac que desprendía su aliento.

—¿Cuánto has bebido?

—No lo suficiente.

—¿Les has pedido también a Kyle y a Megan que vengan?

«¿Cómo podía estar tan sereno?»

—Y se lo he pedido también a Blake. Solo quiero explicarlo una vez.

Tendría que explicárselo unas cuantas veces más a Wright. A menos que Aaron me estuviera dando a entender que no pensaba entregarse. Durante todo aquel tiempo había permitido que nos interrogaran a todos sin hacer otra cosa que cubrirse las espaldas. Yo jamás podría haberle hecho una cosa así a un ser querido.

—¿Por qué has llamado también a Blake? No tienes ninguna necesidad de explicárselo.

Podía explicárselo yo. La idea de que Blake tuviera que aguantar aquello me provocaba náuseas. Aaron lo odiaba y Blake se pondría furioso, sin duda alguna.

Aaron cerró la boca hasta que quedó reducida a una fina línea.

—Lo explicaré cuando estén todos aquí.

—Aaron —murmuré.

—No me mires así, Mackenzie.

¿Había matado a mi mejor amiga y esperaba que lo mirara como siempre? Estaba loco.

—¿Cómo crees que tendría que mirarte?

—No lo sé. Pero no como si me odiases.

Casi me echo a reír. Aquello era brillante, aunque no tenía la menor gracia.

—¡Mackenzie! —gritó Blake, e irrumpió por la puerta como el protagonista de *Misión imposible*—. ¿Estás bien? —preguntó, examinándome entera con la mirada para asegurarse.

—Estoy bien.

Estaba cualquier cosa menos bien, pero ahora que Blake estaba allí me sentía más fuerte.

La postura de Blake se volvió pétrea en cuanto volcó su atención en Aaron. Aunque no mantuviera una relación estrecha con Josh, lo quería como hermano suyo que era. Me dio la impresión de que Blake deseaba arrancarle la cabeza a Aaron.

Me situé entre ellos y supliqué con la mirada a Blake que se calmase. Ni se movió ni pronunció palabra alguna, pero siguió clavándole a Aaron una mirada gélida.

Megan y Kyle llegaron juntos minutos después. Se detuvieron justo al cruzar la puerta, blancos como fantasmas. Kyle movió la cabeza con un gesto de preocupación.

—¿Qué pasa, tío? Dime que no es más que una broma pesada.

Aaron se levantó y reconoció por fin nuestra presencia desde que Blake había entrado en la casa de aquella manera tan grandilocuente. Retrocedí un paso. Su expresión me provocó un terrible vuelco en el estómago.

—No es ninguna broma, Kyle —replicó.

Megan emitió un sollozo y se tapó la boca con la mano.

—¿Por qué? —murmuró, sin apartarla.

—Porque no les importó en absoluto lo que les sucedió a Tilly y a Gigi.

—¿Qué? —exclamé—. ¡Si se quedaron hechos polvo después del accidente!

Courtney se había pasado semanas llorando, no había vuelto a conducir desde entonces y me decía a menudo que el sentimiento de culpa le pesaba como una losa. Josh también había demostrado al principio que lo sentía, y a pesar de que había dicho unas cuantas estupideces, sabía que se sentía culpable.

—¿Tú crees? —dijo en tono burlón, enarcando la ceja—. Ambos lo superaron con tanta rapidez que era como si nunca hubieran existido para ellos.

—Aaron, ¿de dónde sacas eso? —preguntó Kyle, pasmado—. Sabes que no es cierto, tío. ¿Qué te pasó?

Intenté recordar si había algo que se me hubiera podido pasar por alto. Un aniversario de una de las veces que había salido con Tilly. Algo, lo que fuera, que explicara qué había empujado a Aaron a hacer aquello.

—No me pasó nada, Kyle. Pero no lo ves. Ninguno de vosotros puede verlo. No os dabais cuenta de cómo eran. No les importaban para nada ni Tilly ni Gigi ni nadie. Lo único que les importaba en el mundo eran ellos mismos.

Habló sin levantar la voz, en un tono monótono, como si hubiera ensayado su discurso una y otra vez mentalmente hasta perfeccionarlo. Suspiré con incredulidad.

—Eso no es verdad.

Sabía que Courtney quería a Tilly y a Gigi tanto como las queríamos Megan y yo. Éramos más que amigas, casi como hermanas. A pesar de lo que había dicho Aaron, yo sabía que Courtney jamás habría puesto su vida por encima de la de ellas.

—Lo que vamos a hacer es lo siguiente —dijo Aaron, y sacó un cuchillo del bolsillo—. Voy a apuñalar a Blake.

Casi me caigo del susto. Tenía que estar drogado.

Aaron parecía tan sereno y hablaba con tanta calma que era como si acabase de decir «Voy a buscarle a Blake una cerveza» en vez de explicarnos que quería apuñalarlo.

—Y nosotros cuatro... —dijo, señalándose a sí mismo y luego a Kyle, a Megan y a mí—, llamaremos a Wright y le diremos que Blake ha intentado matarnos a nosotros también, pero que le hemos tomado la delantera. Y así será en defensa propia.

Sentí náuseas. Era imposible que Kyle y Megan se apuntaran a aquello. No podían hacerlo.

—Aaron, no —susurré.

—Déjate ya de mierdas, Mackenzie —vociferó, escupiendo saliva—. Ya estoy harto de ese «Equipo Blake» que has formado. Somos tus amigos y, como ya te he dicho mil veces, tenemos que permanecer unidos.

—Aaron, tío —dijo Kyle, que seguía también en *shock*—, no podemos hacer eso que propones. Entiendo cómo te sientes. De verdad te lo digo. Yo también he perdido a la chica que amaba y aún estoy triste y rabioso, pero eso no son formas de mejorar las cosas.

Aaron enderezó la espalda y levantó el cuchillo.

—¡Cierra el pico! Tú no sabes nada, Kyle. Solo tenemos que hacer esta última cosa y dejaremos este asunto atrás de una vez por todas. Todo irá bien. Os lo prometo.

«Ha perdido la cabeza», pensé.

Se había vuelto impredecible y eso era lo que más miedo me daba. Mi encantador amigo rubio de ojos azules era un asesino a sangre fría y, dijera lo que dijese, no pensaba permitir que le hiciera daño a Blake ni a nadie más.

—Aaron —murmuró Megan, dando un paso al frente con las manos levantadas—. Tranquilo. Todo irá bien, pero necesito que dejes ese cuchillo. Podemos hablarlo y encontrar una solución. Entre los cinco buscaremos la manera de que todo esto mejore. ¿Verdad, chicos? —dijo, mirándonos con los ojos muy abiertos y rogándonos que le diéramos nuestro beneplácito.

—Por supuesto —dije.

Estaba concentrada en proteger a Blake. Necesitaba alejar el cuchillo de Aaron. Solo así podría respirar con tranquilidad y colaborar para mejorar la situación.

Blake hizo un gesto de asentimiento y Kyle dijo:

—Sí. Cualquier cosa.

Aaron rio y echó la cabeza hacia atrás.

—¿Os pensáis que soy tonto? Ese irá a ver a Wright en cuanto salga de aquí —espetó, mirando furioso a Blake.

—No, no lo hará, ¿verdad que no, Blake? —dije, confiando en que confirmara mis palabras y me hiciera sonar convincente. La conducta de Blake me daba a entender que no estaba dispuesto a ayudar a Aaron de ninguna

manera, pero asintió para dar conformidad a nuestro plan—. ¿Lo ves? Todo irá bien. Nos cubriremos entre nosotros y al final la cosa se enfriará.

—Mackenzie tiene razón, Aaron —dijo Megan—. Si todos mantenemos la boca cerrada, al final nadie hablará más del tema. La poli no tiene nada que pueda incriminarte.

—¡No! —gritó Aaron, agitando el cuchillo—. La única forma de terminar con esto es haciéndolo ahora.

—¡Cálmate! —chilló Blake—. No vas a apuñalar a nadie más, cabrón hijo de puta. Y ahora suelta ese cuchillo.

—Pero ¿qué haces? —dije, mirando furiosa a Blake. ¿Estaría intentando cabrearlo aún más? Había que gestionar aquello con sumo cuidado—. No quería decirte eso, Aaron.

Aaron rugió.

—¿Puedes parar ya de defenderlo? Si sigues así, te apuñalaré también a ti —dijo abriendo mucho los ojos, como si lo que acababa de decir le hubiera sorprendido incluso a sí mismo—. Lo siento, Mackenzie. No quería decir lo que acabo de decir.

—Pero ¿qué pasa aquí?

Meneé la cabeza. Nada de aquello tenía sentido. Aaron era un chico protector. La única vez que lo había visto metido en una pelea había sido para defender a alguien.

Algo iba mal, y no se trataba solo de que Aaron estuviera plantado delante de mí blandiendo un cuchillo, reconociendo el asesinato y profiriendo amenazas. Mi instinto me decía que había una parte muy grande de toda aquella historia que aún no había salido a la luz.

—Si la tocas, te mato —replicó Blake, con una calma que me pareció excesiva.

Al oír su voz se me heló la sangre. Blake tenía un lado peligroso y me daba miedo, porque temía que acabase saliendo mal parado.

Aaron dio un paso al frente y Blake permaneció inmóvil.

—Más vale que te apartes ahora mismo. —Aquello tenía un doble sentido. Se refería a apartarse tanto de él como de mí—. Te lo advierto, Harper.

Levanté las manos.

—¡Parad! ¡Parad de una vez los dos!

Lo que pasó a continuación se desarrolló tan lentamente que casi me pareció que era como si estuviera soñando. Blake le dijo a Aaron que estaba mal

de la cabeza. Aaron se abalanzó sobre él como había hecho muchas veces en la escuela, cuando se había visto inmerso en alguna pequeña riña infantil. Blake le arreó un puñetazo en la cara y le partió el labio. Pensé que con aquella embestida el intercambio se habría acabado, pero Aaron, colorado, volvió a abalanzarse sobre él.

Me quedé paralizada. La cabeza me hervía. Cayeron encima de mí y me tambaleé. Apenas me dio tiempo a buscar un punto de apoyo antes de caer.

«El cuchillo. Coge el cuchillo, Mackenzie.» Pero, antes de que pudiese llegar a hacer algún tipo de movimiento, me sorprendió el chillido agudo de Megan. Kyle estaba soltando tantos tacos que me encogí de miedo. Tardé un segundo en comprender que Aaron había utilizado el cuchillo. Seguía teniéndolo en la mano y la punta estaba cubierta con una fina capa de rojo. Aaron soltó el cuchillo y retrocedió, con los ojos abiertos de par en par.

Arrepentimiento.

¿A quién había apuñalado? ¿Sería a mí? No sentía nada. Blake bajó la vista y se llevó rápidamente la mano a un costado. Me sentía como si estuviera flotando, como si mis pulmones estuvieran envasados al vacío.

Empecé a ver puntitos negros y supe que iba a desmayarme.

Había apuñalado a Blake.

—No, no, no, no —murmuré. Las palabras me irritaban la garganta. Presioné una mano temblorosa contra la mano que él había puesto sobre su herida—. No pasa nada, no pasa nada —repetí, intentando convencernos a ambos.

Apenas podía con la idea de perder a Aaron como amigo, pero aún menos con la de perder a Blake.

Noté calor en la mano. La sangre de Blake se filtraba entre sus dedos y mojaba los míos. Se quedó mirándome, pero no parecía tan aterrado como yo. «No puedo perderte.» Oía de fondo que Kyle seguía gritando. Oí una disputa, pero me resultaba imposible apartar los ojos de Blake. Megan estaba llamando por teléfono a urgencias, y ya estaban tardando en llegar.

—Mierda —dijo Blake entre dientes, y cayó de rodillas al suelo—. Duele de verdad.

Lo cogí por los antebrazos y lo ayudé a tenderse en el suelo para evitar una caída brusca. Hasta entonces pensaba que el momento en el que me había sentido más impotente en toda mi vida fue cuando descubrí los cuerpos de

Courtney y Josh. Blake, sin embargo, tenía la oportunidad de salir adelante. Respiraba, pero yo no tenía ni idea de qué debía hacer, excepto ejercer presión sobre la herida.

Blake se apoyó contra la pared. Cerró la boca y los ojos con fuerza para intentar no mostrar el dolor que estaba sufriendo.

—Te pondrás bien —le dije, conteniendo las lágrimas y tragando saliva—. Enseguida llegará la ambulancia. ¿Cómo te sientes? ¡Blake!

Me sonrió a pesar del dolor que sentía.

—Me siento como si acabaran de apuñalarme.

—Calla —dije, regañándolo.

Se me escapó un sollozo. El hecho de que pudiera seguir aún con sus bromitas me hizo querer reír y llorar al mismo tiempo. Dios, me encantaba.

Kyle tenía inmovilizado a Aaron en el suelo. Ni siquiera parecía necesario. Aaron estaba paralizado. Lo único que indicaba que estaba vivo era su forma de mirar a Megan.

—Ya te dije que había sido él —dijo en voz baja Blake, haciendo una mueca de dolor.

Le habría pegado de no haber estado como estaba. Lo habría hecho. Era un imbécil.

—Calla —insistí. Pegué mi frente a la de él y le dije en silencio: «Te quiero».

Al cabo de unos minutos que me parecieron horas se oyeron por fin las sirenas. Blake seguía sentado, inmóvil, respirando a un ritmo acelerado y con dificultad. Me sonrió a pesar del dolor que sentía y supe entonces que saldría adelante, porque Blake nunca me abandonaría.

—Te pondrás bien —le dije muy seria—. Seguro.

—Ya lo sé. Te preocupas demasiado.

El personal sanitario y cuatro agentes de policía cruzaron a toda velocidad la puerta. Pensé que me obligarían a alejarme de allí, pero vieron enseguida que estaba ayudando a detener la hemorragia.

—Hola, me llamo Jerry. ¿Qué tal estás? —dijo uno de los enfermeros.

Blake tragó saliva de forma audible.

—Bien.

Jerry sonrió, y pareció entender que Blake estaba quitándole importancia a su dolor.

—Ha sido... —dudé—. Hace poco rato. No sé cuánto tiempo ha pasado. No

deja de sangrar. Tienen que detener la hemorragia.

—Entendido —dijo Jerry. Era la viva imagen de la serenidad y yo tenía la impresión de estar nadando contracorriente—. ¿Y...?

—Se llama Blake —dije, hablando en su nombre—. Y yo Mackenzie. ¿Aparto la mano?

—Entendido, Mackenzie. No, todavía no. Quédate donde estás y mantén la presión. Lo estás haciendo muy bien. ¿Dónde está el cuchillo?

—En el suelo —respondió Blake—. Entreno duro, pero no estoy aún lo bastante tonificado como para romper un cuchillo.

Jerry y Blake se echaron a reír. Yo no podía.

—Eso está bien. Veamos, Mackenzie, ahora cuando te diga ya podrás dejar de ejercer presión. Vamos a hacerlo ahora, poco a poco. —Seguí sus instrucciones y levanté muy despacio la mano. Blake hizo una mueca de dolor —. Bien. Blake, ahora te pondremos en la camilla y te subiremos a la ambulancia.

Miró a su colega, que estaba hablando por la radio sin levantar mucho la voz.

No quería apartarme de Blake, estaba asustada. Me quedé a su lado y me negué a ir por mi cuenta al hospital. No permitiría que nadie me obligara a dejarlo solo.

De refilón y de camino a la ambulancia vi cómo subían a Aaron al coche patrulla.

Blake no pasó ni diez horas en el hospital. Enseguida volvió a casa y estaba descansando en su habitación. Le sacudí un poco las almohadas para que estuviera más cómodo.

—No tendrías que estar aquí. Tendrías que estar en el hospital —le dije. Su madre había dicho exactamente lo mismo.

Poco después de las nueve de la mañana Blake había pedido el alta voluntaria. Yo llevaba mucho rato despierta y estaba agotada. Durante la noche anterior —o la mañana, según se mirase—, había estado tan muerta de miedo que me había negado a dormir por si a Blake le pasaba algo.

—En el hospital no pueden hacer nada más por mí. Prefiero estar en mi cama que durmiendo al lado de desconocidos que se pasan la noche roncando y arriesgándome a pillar, además, una infección por estafilococo.

Sonreí.

—Es que tal como lo pintas... Acuéstate bien. —Hizo una mueca al moverse—. ¿Te duele? Hasta dentro de media hora no puedo darte más pastillas.

—Media hora no es nada. ¿Me las pasas, por favor?

—¡No! —exclamé—. ¡Todavía no! Ha dicho el médico que tienes que tomarlas a las horas exactas.

—El médico también ha dicho que tendría que quedarme un día más ingresado.

Respiré hondo y meneé la cabeza con desesperación.

—Pues en esto no vas a salirte también con la tuya. A la mayoría de los hombres no suele gustarles tomar analgésicos, pero tú quieres tomártelos antes de tiempo.

—Es que yo no soy como la mayoría.

«Eso es evidente», pensé.

—De acuerdo, pero si a cambio te acuestas aquí a mi lado hasta que te toque drogarme.

¿Cómo rechazar una oferta como aquella?

Me tumbé y me acurruqué contra su lado bueno. Por fin había acabado todo. Aaron estaba bajo custodia policial y Kyle, Megan, Blake y yo habíamos dejado de ser sospechosos. Podíamos seguir adelante libremente con nuestras vidas.

«Se ha acabado», pensé.

Sentía dentro de mí un millón de emociones, cada vez más grandes, como un globo inflado en exceso. Estallé en un sollozo y clavé los dedos en el brazo de Blake, aferrándome a él. Era demasiado. Todo era demasiado.

No quería derrumbarme delante de él, y mucho menos en aquel momento. Pero no pude pararlo. Estallé, y no había marcha atrás.

El corazón me pesaba como si fuera de plomo.

—Chisss —murmuró Blake, con la boca pegada a mi cabello, incapaz de encontrar las palabras adecuadas. Pero no era necesario que dijera nada. Lo único que necesitaba de él era que me abrazara. Me acercó los labios a la cabeza y susurró—: Chisss, tranquila. Estoy aquí. No pienso irme a ningún lado. Te lo prometo.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Martes, 7 de febrero

—No puedo creer que hayan pasado dieciocho meses —dije, acariciando la lápida de Courtney.

Hacía justo un año y medio del asesinato de Josh y Courtney. El tiempo había transcurrido con una lentitud dolorosa, aunque también demasiado rápido. Echaba de menos a Courtney cada día, pero finalmente había aceptado que no volvería a verla nunca más.

Blake estaba sentado a mi lado, sin saber muy bien qué decir. Aquello no había cambiado. A pesar de que nos habíamos vuelto inseparables, seguía llevando fatal lo de expresar sus sentimientos. Pero aun así era capaz de hacerme sentir única con solo una mirada.

—Lo sé, pequeña —dijo, apretándome la mano.

—He perdido a demasiada gente. —Me volví hacia él y cogí la mano que tenía posada sobre mi pierna—. Y a ti casi te pierdo también.

La garganta se me cerró de la emoción. Me costaba mucho pensar en aquel día.

—No, eso hubiese sido imposible. Aaron tiene una puntería de mierda.

Tragué saliva y bajé la vista hacia la hierba. Blake era capaz de hablar de aquello con humor. Yo aún no había llegado a ese punto.

—Lo siento, no ha sido un comentario muy acertado. Con todo el tiempo que ha pasado tendría que haber mejorado en esto. Lo siento, Mackenzie —dijo, disculpándose.

No pude evitar sonreír. A pesar de que de su boca en ocasiones salían cosas de lo más inconvenientes, siempre conseguía hacerme sonreír. Por muy afligida que me sintiera, bastaba una de aquellas bromas suyas para dibujar una sonrisa en mi cara.

—Eres mejor de lo que te imaginas... a veces —dije.

—Eso lo dices porque te apetece meterme mano.

Esbocé una mueca de desesperación y devolví la atención a mi amiga.

—Tendrías que haber apostado por Blake desde el principio, Court.

No me cabía la menor duda de que a Court le habría gustado Blake cuando lo hubiera conocido un poco mejor. Sabía que se habría sentado en mi cama y habríamos hablado sin parar de lo evidente que era que lo nuestro acabaría pasando.

—Tenía buen gusto —dijo Blake bromeando.

En aquello sí que no estaba muy de acuerdo con él, pero no me apetecía hablar mal de Josh.

—Dilo —dijo Blake, sin alterarse—. Lo que estés pensando de Josh, dilo.

Le apreté la mano.

—No. Ya sabes lo que pienso. Y no quiero volver ahí. Ya no.

Josh ya no estaba. Todo el mundo conocía mi opinión sobre Josh y no tenía necesidad de seguir reforzándola. Así que lo dejé pasar.

—Siempre tan buena chica —murmuró Blake.

—Ya sabes por qué —musité.

—Lo sé. Pero no comprendo dónde está la diferencia. Si lo piensas, ¿por qué no lo dices?

Blake era de esas personas que se aferran a sus convicciones, sean cuales sean, mientras que yo creía que después de la muerte de una persona no estaba bien hablar mal de ella, al menos en voz alta.

—Pues porque está muerto. Y no quiero ser de esa gente que anda todo el día jodiéndola y...

Blake estalló en carcajadas y lo miré, desesperada. Le encantaba cuando soltaba algún taco, porque no sucedía muy a menudo.

—¡Tú estás muy mal, eh!

—Mi vida sería muy aburrida sin ti, Kenz.

«Yo pienso que sería más bien al revés.»

—Yo nunca sé que decir cuando visito la tumba de Josh o la de Pete —dijo —. La gente se pone a hablar, pero yo solo sé quedarme allí sentado, como un idiota.

—No tienes que decir nada. Basta con que vayas a visitarlos.

—Por favor —dijo Blake—. Seguro que Josh está allá arriba haciendo algún comentario sarcástico.

Probablemente. Al principio, cuando iba a visitar las tumbas de Gigi y Tilly, me pasaba horas sentada allí en silencio. No fue hasta que pasó un mes que empecé a charlar de las cosas sobre las que habríamos hablado de seguir ellas

aquí, y luego empecé a contarles todo lo que hacía y mis planes de futuro.

—Parece que fue ayer cuando estábamos peleando de camino hacia la cabaña. —Acaricié la hierba que había cubierto la montaña de tierra—. Aún no puedo creer que un fin de semana de excursión terminara como terminó —dije, suspirando.

—Oye —dijo Blake, apretándome la mano e inclinándose para besarme en la cabeza—. ¿Quieres que nos vayamos? Siempre que venimos acabas triste.

—De acuerdo —repliqué, y me incorporé con él.

Si hubiese ido sola me habría quedado más rato, pero sabía que a Blake no le gustaba nada verme llorar. Y tampoco me apetecía pasarme la mañana sentada en un cementerio llorando.

Echamos a andar hacia fuera cogidos de la mano. Estar con él no era fácil, pero habíamos salido adelante con mucho esfuerzo y ninguno de los dos estaba dispuesto a rendirse por el simple hecho de que las cosas no siempre fueran sencillas. La gente aún nos miraba mucho y nuestra relación era juzgada y criticada a diario, pero que los demás pensaran que no deberíamos estar juntos nos hacía aún más fuertes.

—¿Y ahora adónde vamos, señorita Keaton? —preguntó.

—A casa de Megan, a casa de Kyle, y luego a ver qué tal está tu madre.

—Y cuando hayas comprobado que todo el mundo está bien, ¿nos aseguraremos de que la que está bien eres tú?

—Yo estoy bien. Ya lloraré después, cuando esté sola en casa.

—Pues, en primer lugar, esta noche voy a quedarme contigo. Y en segundo lugar, no es necesario que programes tus emociones estando yo. Además, ya me estoy acostumbrando a lo desmesuradas que sois las mujeres y a lo jodida que tenéis la cabeza.

Me eché a reír ante una selección de palabras tan sofisticada y echamos a andar hacia casa de Megan.

—Muchas gracias, pero la verdad es que hoy estoy bien. Mejor de lo que pensaba que estaría.

Llevaba dieciséis meses de terapia intensiva y estaba funcionando muy bien. Eso sí, seguía confiando solo en tres personas: mi padre, mi madre y Blake. Pero estaba saliendo adelante y viviendo la vida. Ahora me costaba mucho confiar en los demás. No solo había aprendido que la gente podía llegar a hacer cosas horribles, sino también que mi capacidad para interpretar a los demás era más bien inexistente.

Aún tenía un largo camino por delante, pero me estaba curando.

Y ya no estaba tan enfadada con Aaron como al principio. No era malo. Creía sinceramente que estaba enfermo y Megan me había explicado que estaba recibiendo ayuda en ese sentido. A lo mejor, si nos hubiéramos percatado antes de lo que le pasaba, Courtney y Josh seguirían aún con nosotros. Aunque eso era algo que nunca sabríamos.

Desde aquel día, solo había ido a visitar a Aaron a la cárcel en una ocasión. Me había dado sus explicaciones y después me había marchado. Se hacía difícil verlo tan perdido y tan muerto de miedo, pero lo que había hecho era espantoso y tenía que pagar por ello. Últimamente había estado dándole vueltas a la idea de volver a la cárcel a verlo. Había empezado a perdonarlo muy lentamente. Y pensaba que, si algo bueno podía salir de todo aquello, era que Aaron se curara.

Nadie, excepto Kyle, Megan y sus padres, se había preocupado por él. Yo no quería convertirme en una de las muchas personas que le daban la espalda si había alguna posibilidad de que cambiase. Deseaba con todas mis fuerzas recuperar al Aaron de toda la vida. Pero Blake me recordaba constantemente que mis expectativas debían ser realistas. Era más que probable que el Aaron de toda la vida al que tanto quería no volviera nunca más.

Con el tiempo, también había empezado a perdonarlo por haber intentado tenderle una trampa a Blake y apuñalarlo. No lo había conseguido del todo, pero no deseaba cargar toda mi vida con aquel rencor y aquel odio. Era agotador.

Blake no hablaba nunca mucho sobre perdón, pero me decía que no me guardaría rencor si yo decidía perdonar del todo a Aaron. Sabía que no perdería a Blake, de modo que ese era mi objetivo.

—¿Qué pensarías si te dijera que me apetece ir a visitar a Aaron? —le pregunté a Blake, mirándolo para observar su reacción.

Su mirada se tornó tormentosa y me sujetó la mano con algo más de fuerza.

—Pensaría que estás loca. Pero sé que tienes esa necesidad de ayudar a la gente y te quiero por ello. Sabía que algún día querrías ir a verlo, Mackenzie, y estaba esperando a que llegara ese día. Te quiero más a ti de lo que pueda odiarlo a él, y eso nunca cambiará.

Mi corazón se derritió. Blake no era un romántico, no me decía «te quiero» a cada hora. Y cuando lo decía, sus palabras significaban mucho para mí.

A veces me hacía cruces pensando cómo era posible que nos lleváramos bien. ¿Tendría Blake la sensación de que nunca podría romper conmigo? Pero Blake siempre me decía que me preocupaba sin razón y que lo hablara con el

psicólogo durante mi siguiente sesión.

—Te quiero mucho, Blake.

Rio con suficiencia y su mirada recuperó la normalidad.

—Es normal.

—¿Crees que algún día te convertirás en una persona adulta?

—No, si puedo evitarlo —replicó.

Perfecto. Lo amaba tal y como era. Y teníamos aún años por delante antes de vernos obligados a ser adultos. Por fin estaba aprendiendo a ser de nuevo una adolescente despreocupada y estaba decidida a disfrutarlo.

Megan estaba sola en casa; lo adiviné con solo verla. Cuando sus padres estaban siempre había una ventana abierta, una luz encendida, música, energía.

Refunfuñando, dije:

—Te apuesto lo que quieras a que está alterada.

Blake me miró como si quisiera poner pies en polvorosa, pero en vez de inventarse una excusa para marcharse me apretó la mano. Entramos directamente.

—¡Megan! —grité.

Estaba en la cocina, sentada detrás de la mesa de madera de pino. Llevaba el abrigo, la bufanda y los guantes, como si acabara de llegar a casa o estuviera a punto de salir. Encima de la mesa había una pistola. Su padre tenía unas cuantas y las había visto varias veces, pero nunca cuando él no estaba en casa.

—Hola —dije, preocupada—. ¿Estás bien, Megs?

No se movió.

—¿De quién es esto? —preguntó Blake, cogiendo la pistola de la mesa para mirarla.

—Es de su padre. Déjala donde estaba —dije.

Nunca me habían gustado las armas. Me intimidaban.

Blake la dejó de nuevo en la mesa. Megan no se movió, pero su boca esbozó una amplia sonrisa.

—En serio, Megan, me estás asustando. ¿Estás bien? ¿Ha pasado algo?

«¿Has hablado con Aaron? ¿Está bien?»

Dieciocho meses atrás, Aaron debía de estar sacando de la caja su vodka cargado de droga y verificando si los cuchillos estaban en el armario de la cocina de la cabaña. ¿Estaría pensando en ello hoy?

—Megan, responde a Mackenzie —dijo Blake, y después movió la mano delante de su cara—. ¿Hola? ¿Te encuentras bien?

Le habría arreado un puntapié. Y lo habría hecho a buen seguro de no estar tan preocupada por Megan y tan concentrada en ella. Tenía los ojos apagados y hundidos, como si llevara días sin dormir. Y a lo mejor era eso. Blake, Kyle y yo habíamos ido al cine la noche anterior, pero Megan lo había cancelado en el último minuto. Para ella estaba siendo muy duro volver a cierta versión de la normalidad e imaginé que el aniversario le habría hecho recordar también la muerte de Tilly y Gigi.

Blake suspiró.

—Kenzie está preocupada, Megan. ¿Qué ha pasado?

—Ellos la mataron. Las mataron a los dos —murmuró.

Tenía los ojos muy abiertos y clavados en la mesa. Blake y yo nos miramos. Blake no sabía qué hacer, era evidente. Pero yo estaba a su lado.

—¿De qué hablas, Megan? —le pregunté.

—Sabes perfectamente de quién hablo —me soltó.

«Sí, lo sé.»

—No fue culpa ni de Courtney ni de Josh, Megan. Lo sabes.

Era como si de repente hubiera retrocedido un año. Todo aquello que tanto me había esforzado por dejar atrás empezaba a desmoronarse. No podía volver a pasar por aquello.

—Megs, por favor, no permitas que Aaron pueda contigo.

Megan movió lentamente la cabeza de un lado a otro y torció el labio.

—No lo hizo Aaron, Mackenzie. Lo hice yo.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Me quedé blanca, sin sangre en la cara.

—¿Qué es lo que no hizo Aaron? —dije.

Mi voz salió como un susurro casi inaudible. Lo imaginaba —era evidente —, pero necesitaba que Megan lo confirmara.

Por primera vez desde nuestra llegada, Megan levantó la vista y me miró fijamente a los ojos. Su mirada no contenía ninguna emoción. Sus ojos eran como dos mares oscuros.

—Lo hice yo. Yo maté a Courtney, a Josh y a Pete. Aaron es tan inocente como vosotros. Confesó para encubrirme, pero no aguanta más allá dentro. Piensa contar la verdad.

Me quedé boquiabierta mientras Megan confirmaba lo que yo intentaba pensar que no era verdad.

—Pero... ¿por qué? ¿Por qué?

Lo había hecho ella. Y había permitido que Aaron hiciese aquello por ella. La cabeza me daba tantas vueltas que tuve que sujetarme el estómago para no vomitar.

«Estoy soñando. Tengo que estar soñando.»

—No puedo ir a la cárcel, Mackenzie. Sabes que no soy tan fuerte como cualquiera de vosotros. Allí me moriría.

Cerré los ojos y levanté una mano.

—Espera. No... ¿Cómo lo supo Aaron? ¿Por qué y cómo?

De nuevo, nada tenía sentido.

Blake seguía a mi lado, paralizado, como si estuviese procesando todavía lo que Megan acababa de decir y no hubiera entendido aún sus palabras. Normalmente reaccionaba rápidamente con un comentario estúpido o una sonrisa burlona, pero se había quedado rígido como una piedra.

Tenía como mínimo un millón de preguntas y todas pasaban por mi cabeza a la velocidad de la luz, tan rápido que se me hacía imposible retenerlas el tiempo suficiente como para formular cualquiera de ellas. La situación era de

locos. Megan y Aaron estaban locos. Estaba rabiosa, confusa y dolida.

Megan tenía los ojos llenos de lágrimas. Mantenía la calma, una calma increíble. La envidiaba por ello. Había cometido un acto terrible e imperdonable y la que estaba furiosa era yo.

—¿Tienes idea de lo que es despertarse en el hospital y que te digan que la mujer que amas está muerta? —preguntó.

Hice un gesto de negación con la cabeza. Volvíamos a Gigi. Tenía ganas de gritar, pero sabía que era mejor no hacerlo. Necesitaba la verdad. Aaron necesitaba que la verdad saliera a la luz. ¡Dios mío, Aaron! Lo había considerado culpable, igual que las familias de Josh y Courtney.

—Ellos no mataron a Gigi, Megan. Nadie las mató. Fue un accidente.

Por eso la confesión de Aaron parecía tan ensayada, porque en realidad lo era. Eran las palabras de Megan, no las de él.

—Pues es un infierno —dijo, ignorando por completo mis palabras—. Ni siquiera pude llorar su muerte como es debido porque nadie conocía lo nuestro. La echaba de menos cada segundo de cada día. Era como si me estuviera asfixiando y no hubiera salida. Era incapaz de hacer nada para sentirme mejor o para que alguien pagara por lo que había hecho. La justicia nunca sirvió de nada, pero ambos se merecían lo que obtuvieron.

Cogió la pistola.

«Pero ¿qué hace?», me pregunté.

—Megan —dijo Blake con serenidad, esbozando una sonrisa cálida, como las que utiliza la policía ante alguien que está a punto de lanzarse desde lo alto de un edificio. Yo estaba muerta de miedo y el corazón me iba a mil por hora—. Tranquila, Megan. Todo irá bien, pero necesito que me entregues esa pistola.

—No —replicó ella. Sujetaba la pistola con tanta fuerza que sus nudillos se quedaron blancos. Abrí mucho los ojos. Tenía la sensación de que el tiempo se había detenido—. Todo lo que dijo Josh me consumía por dentro. Se alegró de que hubieran sido ellas y no él. ¿Cómo puedes desear la muerte de alguien antes que la tuya?

Yo eso tampoco lo entendía, pero no por ello estaba dispuesta a matar a nadie.

—No lo sé —dije, por si acaso no era una pregunta retórica.

Miré a Megan, luego miré la pistola.

—Seguí pensando en ellas dos, que se estaban pudriendo en la tierra mientras Josh andaba tan tranquilo haciendo lo que le venía en gana y Courtney

lo seguía por todas partes. Era insoportable. Por culpa de ellos dos, Tilly y Gigi estaban muertas. Pero a ellos les daba igual. Todos nos responsabilizamos y asumimos una parte de culpa, pero ellos no. Ellos pasaban de todo.

—A Courtney no le daba igual —dije, defendiendo a una amiga que no podía ya defenderse.

Fueran cuales fuesen las debilidades de Court, quería mucho a sus amigos. Megan estaba describiendo a Court como si fuera una imagen de Josh, y se equivocaba. Court era culpable de haber permitido que Josh se impusiera en todo sobre ella, pero quería a sus amigas.

Megan movió lentamente la cabeza de un lado a otro, con la mandíbula tensa de rabia.

—La noche después de que Josh dijera que se alegraba de que hubieran sido ellas, le planté cara a Courtney. Y reconoció que se alegraba de no haber muerto ella. ¿Verdad que es increíble?

Sí, la verdad.

—Pero eso no significa que *quisiera* que hubieran sido Tilly y Gigi. Significaba simplemente que no quería morir.

Yo también me alegraba de no haber muerto, y sabía que era egoísta por mi parte, pero era cierto. Aunque, de haber podido elegir, me habría cambiado por ellas sin dudarlo.

—A lo mejor no quería que fueran ellas, pero fueron ellas. Eligió a Josh por encima de sus amigas, como ya había hecho mil veces antes.

—¿Y todo esto implica que Courtney y Josh se merecían morir? —preguntó Blake.

Hizo una mueca de asco y le apreté la mano para intentar apaciguar un poco su rabia. No quería que aquello se convirtiese en una repetición de lo que había sucedido con Aaron. Era imprescindible mantener la calma. Blake tenía que mantener la calma. Megan estaba armada.

—Sí —respondió Megan—. Había un vínculo. Un vínculo entre Tilly, Gigi, Courtney y Josh. —Levantó una mano y señaló a la nada con el dedo índice. Megan se había ido. La chica que yo conocía ya no estaba allí—. Ellos fueron responsables de su muerte y nadie les iba a hacer justicia ni a Tilly ni a Gigi. No soportaba la idea. Habían muerto dos personas preciosas y nadie había asumido la culpa de nada. Nadie era responsable.

—De modo que te tomaste la justicia por tu mano. Eso no es justicia, Megan —dije, con los ojos llenos de lágrimas.

—No entiendes nada, Mackenzie. Josh y Courtney provocaron la muerte de Tilly y Gigi. Tenían que pagar por ello.

—¿Y qué hiciste? Cuéntamelo todo. Necesito saberlo. Me debes una explicación.

—Una vez tomé la decisión de hacer justicia, lo tuve todo muy claro. Fue como si se hubiera levantado la niebla. Al instante me sentí mejor, a pesar de que hubieran muerto, porque sabía que alguien pagaría por ello. Sabía que nunca las recuperaría, pero por lo menos se haría justicia. Al principio pensé en ir a casa de Josh aprovechando alguna ausencia de Eloise. No habría sido complicado, porque, cuando eso sucedía, Josh siempre se jactaba de estar solo en casa.

Sí, eso era muy típico de Josh.

—Pero cuando mencionó que íbamos a ir a la cabaña, todo cambió. Era mejor, más fácil. Sabía que también os incriminaría a todos vosotros, pero lo pensé con detenimiento y comprendí que ninguno acabaría arrestado. La aparición de Blake en el último momento me echó un poco atrás, pero daba igual. Tenía droga de sobra.

Reí sin ganas. Menos mal que tenía suficiente para todos.

—¿Dónde la conseguiste?

Imaginarme a Megan consiguiendo drogas me parecía ridículo.

—¿Te acuerdas de Richard *el porrero*, el del colegio?

—Sí —dije.

Rich había sido expulsado del colegio infinidad de veces por fumar hierba. Era guapo e inteligente, pero su vida familiar era un desastre y utilizaba la hierba para tratar de aligerar la situación.

—Se ve que luego se pasó a cosas más duras y resulta que vive la mar de bien. —Se encogió de hombros—. Puede conseguirte prácticamente de todo, o eso decía. La cuestión es que mi plan era drogaros a todos el tiempo suficiente para que os quedarais groguis hasta la mañana. No quería haceros ningún daño. Puse flunitrazepam en el licor y cogí una segunda botella, que escondí en la maleta para poder intercambiarlas.

—¿Por qué?

Blake resopló.

—Para que cuando la policía analizara las botellas no pudiera encontrar nada.

Megan asintió.

—Sí. Y llevaba también una muda, igual que la ropa que llevaba puesta.

Metí la ropa y la botella en la bolsa, cargué con ella y corrí río arriba lo más lejos posible hasta perder de vista la cabaña. Debe de estar por allá arriba. Después de eso, me di una ducha, me cambié y me acosté.

No quería seguir escuchando.

—Te has saltado la parte en que apuñalaste a tus amigos hasta matarlos.

Lo miré furiosa. Megan bajó la cabeza.

—Ya sabéis lo que pasó.

—¿A quién mataste primero? ¿Cómo lo hiciste? ¿Intentaron defenderse? ¿Murieron rápido? ¿Por qué los apuñalaste tantas veces? —pregunté, esforzándome por mantener la calma.

Deseaba pegarle, gritarle, estrangularla. ¿Cómo podía haber hecho aquello?

—¿De verdad quieres conocer todas esas respuestas, Mackenzie?

—Sí —respondí con sequedad.

Se quedó sorprendida, como si pensara que la iba a dejar escapar sin que me contase lo que pasó durante todas las horas en que estuve ausente por estar drogada.

—Os di a ti, a Blake, a Aaron y a Kyle la mayor parte del licor. —Del licor adulterado, imaginé—. Cuando empezasteis a poner ojos de flipados, me bebí medio chupito y ofrecí un poco también a Josh y a Courtney. Necesitaba que estuviesen un rato más por allí cuando vosotros cuatro ya estuvieseis fuera de combate. Quería que supiesen qué estaba pasando pero que no fuesen capaces de oponerse. Funcionó. Después de oír que Blake y tú subíais, esperé una hora en mi habitación para asegurarme de que estuvieseis groguis. Sabía que en cuanto cayerais, dormiríais como troncos.

Así que nos oyó subir. Jamás había mencionado nada sobre que Blake y yo estuviésemos juntos aquella noche. Me sonrojé, pero la enormidad de lo que Megan había hecho hacía que todo lo demás fuesen nimiedades en comparación.

—Cuando bajé, Josh y Courtney estaban en la cocina, limpiando. Imaginé que llevaban allí un rato y, a pesar de que Courtney mencionó que estaba agotada, Josh quería dejarlo todo limpio. Les dije que me había levantado para beber un vaso de agua y me ofrecí a ayudarlos.

Tenía los ojos hundidos.

—Courtney tropezó contra el mostrador de la cocina, riendo, y empezó a tirar los restos de enchiladas a la basura. Reía como si todo le importara una mierda.

Tenía ganas de sacudirla. Todos habíamos reído desde la muerte de Tilly y

Gigi. El mundo había seguido girando y la vida había continuado. Las cosas eran así, y ni a Tilly ni a Gigi les habría gustado vernos eternamente tristes.

—Mientras Josh guardaba en un armario las botellas que aún tenían algo... apuñalé a Courtney. Fue muy fácil. El cuchillo se hundió en ella como si fuera mantequilla. Al principio no emitió ningún sonido. Por su expresión parecía que estuviera gritando, porque tenía los ojos y la boca muy abiertos, pero no emitió sonido alguno. Conseguí clavarle una puñalada más antes de que Josh se volviera. Los dos estaban groguis, se movían muy despacio y apenas se enteraban de qué estaba pasando. Entonces lo apuñalé también a él.

—¿Y los apuñalaste a los dos un poco más por si acaso? —le solté.

—No digas eso, Mackenzie. Tenía que asegurarme de que estuvieran muertos. Cuando los vi en el suelo, noté que desaparecía la rabia que tenía acumulada dentro por lo que le habían hecho a Gigi. Me... me dejé llevar.

Me tapé la cara, cerré los ojos con fuerza, como si con ello pudiera alejar la imagen de mi cabeza. Se dejó llevar apuñalando a nuestros amigos. Aquello era demasiado. Empecé a ver manchitas negras y a respirar con dificultad; los pulmones se me habían quedado sin aire.

«Dios mío.»

—¿Y Pete? —preguntó Blake, con un tono gélidamente tranquilo—. ¿Qué te hizo Pete?

—Aquello no fue intencionado. Pete lo descubrió. Coincidí con él en la ciudad unos días más tarde y comprendí que me había calado. Sabía que había sido yo, estoy segura. Tuvimos una discusión y me dijo que iría a ver a Wright. Lo seguí hasta su casa y...

Lo hizo ella. No solo había asesinado a Courtney y a Josh, sino que además había matado a Pete. Había drogado a sus amigos y se había ocultado detrás de nosotros para cubrirse las espaldas.

—¿Cómo pudiste hacernos eso? Creía que éramos amigas.

—Y lo somos.

—No. Nos tendiste una trampa para no meterte en problemas.

—Lo planifiqué todo muy bien, Mackenzie. Nadie tenía que acabar arrestado por los crímenes.

—Y entonces, ¿por qué metiste sus cosas en la habitación de Blake?

—Porque no dejabas de creer en Blake. Él tenía motivos. Pudo haberse despertado. Pero que te liases con él casi me lo echa todo a perder. Blake tuvo la oportunidad de hacerlo. Que bajara y lo hiciera él nos daba igual a nosotros, le

daba igual a cualquiera.

Blake cerró las manos en puños sobre la mesa. Aquello era un golpe muy bajo, incluso para Megan. No quise profundizar en lo que acababa de decir porque necesitaba mantener la cabeza fría.

—¿Y Aaron?

Megan se encogió de hombros.

—La situación empezó a ser demasiado agobiante y se lo confesé. Estaba hecha polvo y dijo que él cargaría con el muerto, nunca mejor dicho.

Mentira. Su tono de voz estaba totalmente desprovisto de sentimientos. Era como si estuviera contando un cuento que aborrecía. Todo estaba ensayado. Imaginé que se plantaría ante Aaron histérica y... con amenazas de suicidio. Aaron sabía que en casa de Megan había pistolas y probablemente temió que pudiera quitarse la vida.

—¿Cómo pudiste permitir que hiciera eso?

—No puedo ir a la cárcel, Mackenzie.

Blake estaba furioso. Perdía con rapidez los nervios y la última vez que eso sucedió, acabó apuñalado. Le lancé una mirada, suplicándole que no volviera a cometer el mismo error. No podía arriesgarme a perderle otra vez. Blake apretó los dientes e intentó calmarse.

—Aaron se mostró dispuesto a cargar con la culpa y se lo permití. La gente no cumple nunca la condena completa. Imaginé que estaría fuera en pocos años.

—Estará fuera mucho antes de lo que te imaginas —dije—. Estás contándonos la verdad.

—Aaron apuñaló a Blake, ¿o acaso lo has olvidado?

—Eso no lo olvidaré jamás. —Cada vez que veía la cicatriz se me encogía el corazón. Había estado muy cerca de perderlo—. Pero el verdadero crimen de Aaron no es un asesinato, Megan. Y no va a cumplir condena por algo que hiciste tú. Ya no. Y por lo que a ti se refiere, vas a pasar una temporada muy larga en prisión.

Megan hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No.

—Estás loca, Megan —dijo Blake.

Megan lo miró a los ojos sin pestañear y su sonrisa me caló en los huesos.

—Aún no habéis oído lo mejor. Conservo todavía la sudadera con capucha.

—¿Qué sudadera?

—La que llevaba puesta cuando los maté. Da la casualidad de que es de la

misma talla que usa Blake...

Dejó la frase sin terminar.

—Megan..., ¿qué has hecho?

—Te he dicho que no pensaba ir a la cárcel, y lo he dicho en serio. Aaron no puede seguir más tiempo allí metido y no quiero que mis padres se enteren de lo que hice. La policía encontrará una sudadera negra empapada con sangre de Courtney y de Josh en un cobertizo que hay en casa del padre de Blake. Wright recibirá además un mensaje de voz histérico en el que le contaré que Blake ha estado amenazándome y que ya no puedo más. Comprenderá que estoy tan asustada que no puedo contártelo, Mackenzie, porque Blake me ha amenazado con hacerte daño si lo hago. Y no habrá escapatoria.

Blake y yo escuchamos horrorizados su asqueroso plan.

—Todos hemos recibidos varios mensajes amenazadores desde un teléfono de prepago. —Me miró y sonrió con desdén—. Y encontrarán ese teléfono entre las pertenencias de Blake. Oh, no pongas esa cara de susto, Mackenzie. Ni a Aaron ni a Kyle ni a ti os pasará nada.

Blake rio con sorna.

—Nunca conseguirás salirte con la tuya, Megan. Estás loca si crees que lo conseguirás. Aaron va a confesar.

Megan ladeó la cabeza.

—No tienes ni idea de hasta dónde soy capaz de llegar. Quería confesar si yo no solucionaba el asunto, pero lo he solucionado. Mirad, Aaron dirá que confesó al principio porque tú lo amenazaste con matar a su familia, Blake. Ahora ambos tenemos una escapatoria. Cuando la policía descubra todas las evidencias que existen en tu contra, no costará en absoluto que se convenzan.

—¡Para ya! —dije entre dientes—. Dios mío, Megan, pero ¿qué te ha pasado? Jamás habías sido tan cruel.

—Nunca entenderás todo lo que he sufrido, de modo que no merece la pena rememorarlo. ¿Te imaginas lo que la gente pensará de mí cuando se entere de que perdí al amor de mi vida y que fui torturada durante semanas por un asesino? Estaba tan dolida y destrozada por la pérdida de la única persona a la que amaba de verdad y tan desesperada por librarme del dolor y los abusos que me quité la vida. La gente lamentará mi pérdida, plantará árboles en mi honor, pondrá mi nombre a edificios. Seré amada por todo el mundo y Blake se pudrirá en prisión.

—Megan —musité.

Se levantó y su silla cayó al suelo.

—¡No, Mackenzie! No digas nada.

Con manos temblorosas, apuntó la pistola hacia mí. Blake se quedó paralizado y boquiabierto. Levanté las manos; el corazón me latía a mil por hora.

—De acuerdo, lo siento mucho, Megs, pero, por favor, baja esa pistola. Trazaremos un plan, te lo juro. No es necesario que hagas esto —dije en voz baja, intentando calmarla.

Megan necesitaba consuelo constantemente. Era tímida y tenía que conservar aún en su interior algo de eso.

—No me queda otra alternativa —espetó.

Su mirada era salvaje y sus ojos se movían constantemente entre Blake y yo. La pistola seguía apuntándome en la cabeza.

—Hay otra alternativa. Siempre la hay. Megan, por favor. Suelta esa pistola y deja que te ayude.

Levantó una comisura de la boca.

—Nadie puede ayudarme, ni siquiera tú, Señorita Soluciones para Todo. Y tampoco podrás ayudar a tu chico.

Megan bajó la pistola, aunque siguió sujetándola con fuerza. Suspiré con alivio. «Mantén la calma y demuéstrale que hay una forma de salir de esto.» Sabía que si alguien era capaz de abrirle los ojos a Megan, esa era yo. La cabeza empezó a darme punzadas por la presión y la responsabilidad que aquello conllevaba.

Estaba en juego el futuro de Blake, y tenía que intentarlo.

—Mackenzie tiene razón, Megan, parar esto es posible y vamos a encontrar la manera de ayudarte —dijo Blake, dando un paso sutil hacia mí, sin separar en ningún momento los ojos de la pistola.

—No seas imbécil —replicó Megan—. Es imposible que pueda evitar la cárcel y ya tengo un plan. Un plan que me gusta.

Blake levantó la vista y la miró a los ojos.

—Tu plan no se sostiene por ningún lado.

Megan esbozó una media sonrisa, mirándolo.

—No me digas. Has tocado la pistola, Blake. Tiene tus huellas dactilares. Independientemente de que se quede o no en mi mano, parecerá que la has puesto tú ahí. Lo siento, Mackenzie.

Levantó la pistola hasta la altura de su boca. Y antes de que mi cerebro tuviera tiempo de procesar lo que estaba viendo, apretó el gatillo.

¡Bang!

Me retumbaron los oídos y el cuerpo sin vida de Megan cayó al suelo como un muñeco de trapo.

Mi garganta emitió un grito, pero no oí nada. Viendo que mis piernas flaqueaban, Blake corrió a sujetarme y me agarré a su brazo. Me resultaba imposible apartar los ojos del cuerpo de Megan. Sangre. Más sangre. Estaba harta de ver sangre.

—Dios mío, Megan. Blake, está muerta. ¡Megan está muerta! —chillé—. Se ha matado. Dios mío, ¡hay sangre por todas partes!

Bajé la vista, pero vi que estaba limpia. La sangre había salpicado hacia atrás.

—Mackenzie —murmuró Blake con una voz fría y cargada de terror.

Me cogió por los antebrazos y me obligó a mirarlo.

—Mackenzie, te necesito. Cálmate, mi niña, cálmate, por favor.

No. Tenía razón. Me necesitaba porque sería acusado de todos los crímenes que había cometido Megan y, en consecuencia, todo el mundo amaría a Megan. Pero eso no podía pasar. ¿Cómo era posible que Megan y Aaron hubieran planificado una cosa así?

—Lo siento —murmuré, e intenté coger el aire que con tanta desesperación necesitaba.

—Tranquila.

Me soltó de los brazos, acunó mi cara por las mejillas y se inclinó para besarme. No podía permitir que a Blake le pasara nada. Me había robado el corazón y, mientras él estuviera bien, yo lo estaría también. Haría lo que fuera por ayudarlo.

Y solo había una manera de impedir que lo encarcelaran.

Me aparté de él y fijé la mirada en aquellos preciosos ojos azules de los que me había enamorado con tanta rapidez y con tanta intensidad. Blake lo era todo para mí.

—Huye —le dije en voz baja.

AGRADECIMIENTOS

Escribir este libro ha sido muy divertido. Pero, sin algunas de las personas tan maravillosas que hay en mi vida, *La cabaña* nunca habría llegado a hacerse realidad.

Quiero dar las gracias a mi marido por comprender que su esposa se transforma en una adicta a la cafeína y a las palabras cuando se acercan las fechas de entrega. Gracias al estupendo equipo de Sourceworks, que trabajó en *La cabaña* para convertir el libro en lo que es hoy. ¡Y la cubierta es mi favorita de entre todas las de mis libros!

Y, por último, pero no por ello menos importante, muchas gracias a mis lectores.

¡Me tenéis maravillada!

La cabaña
Natasha Preston

Título original: *The cabin*

© de la ilustración de la portada, David Lichtneker/Arcangel Images

Publicado originalmente en Estados Unidos por Sourcebook, un sello de Sourcebook, Inc. www.sourcebooks.com
© 2016, Natasha Preston
© de la traducción, Isabel Murillo, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2018

ISBN: 978-84-08-19108-7 (epub)